

# CLIVE CUSSLER

**ICEBERG**



se

**L≡LIBROS**

Libro proporcionado por el equipo

**Le Libros**

**Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros**

**<http://LeLibros.org/>**

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

El insólito hallazgo de un yate de lujo quemado e incrustado en un iceberg desata una batalla subterránea entre el gobierno norteamericano y una poderosa organización secreta. El célebre aventurero Dirk Pitt asumirá una peligrosa misión de la que depende el futuro de la humanidad...

**L**  **LIBROS**

Clive Cussler

**Iceberg**

**Dirk Pitt - 02**

Para Barbara, cuya tolerante  
paciencia nunca terminaré  
de agradecer

## PRÓLOGO

El sueño inducido con drogas se disipó, y la muchacha inició la torturante lucha por recobrar el conocimiento. Una luz tenue y difusa llegó a sus ojos, que se abrieron lentamente, mientras un repugnante hedor invadía sus fosas nasales. Estaba desnuda, con la espalda apretada contra una pared húmeda, amarilla, cubierta de cieno. Al despertar intentó convencerse de que todo era irreal, absurdo. Tenía que ser una horrorosa pesadilla. Entonces, de pronto, antes de que hubiera tenido ocasión de combatir el pánico que crecía en su interior, el lodo amarillo del suelo se elevó y subió por los muslos de su cuerpo indefenso. Aterrada, empezó a gritar... a gritar como enloquecida, mientras el cieno reptaba por su desnuda piel sudorosa. Con los ojos desorbitados, forcejeó desesperadamente. Era inútil, tenía las muñecas y los tobillos fuertemente encadenados a la superficie de la pared cubierta de limo. Lenta, muy lentamente, la masa repugnante de lodo alcanzó sus pechos. Y entonces, en el preciso instante en que el cieno tocaba los labios de la joven, un rugido vibrante y una voz espectral, invisible, repercutieron en el tenebroso recinto.

—Lamento interrumpir su período de estudio, teniente, pero el deber lo reclama.

El teniente San Neth cerró con violencia el libro que sostenía en las manos.

—Maldición, Rapp —dijo al hombre de rostro agrio que iba sentado a su lado en la carlinga del estrepitoso aeroplano—, cada vez que llego a una parte interesante, me interrumpe.

El alférez James Rapp señaló con la cabeza el libro. La tapa en rústica mostraba a una muchacha debatiéndose en un charco de cieno amarillo... mantenida a flote, según dedujo, gracias a sus enormes senos.

—¿Cómo puede leer esa basura?

—¿Basura? —repitió Neth con una mueca de dolor—. ¡Usted no sólo invade mi intimidad, alférez, sino que se cree mi crítico literario! —Levantó las manos con fingido desaliento—. ¿Por qué siempre me asignan un copiloto cuyo cerebro primitivo se niega a aceptar el estilo y el refinamiento contemporáneo?

Puso el libro en un estante toscamente construido que colgaba del panel lateral sostenido por una percha. En el anaquel también había varias revistas manoseadas que mostraban cuerpos femeninos desnudos en numerosas

posiciones seductoras. Era evidente que a Neth no le interesaban precisamente los clásicos de la literatura.

Después de suspirar, se enderezó en su asiento y por el parabrisas contempló el mar que se extendía abajo.

Hacía cuatro horas y veinte minutos que el avión de reconocimiento de la Guardia Costera estadounidense volaba cumpliendo una aburrida inspección rutinaria de vigilancia de icebergs, que constituía, al mismo tiempo, una misión cartográfica. La visibilidad era buena, el cielo estaba despejado, y el viento apenas movía el ondulante oleaje; algo excepcional en el Atlántico Norte en pleno mes de marzo. En la carlinga Neth, con cuatro de los tripulantes, pilotaba el enorme boeing cuatrimotor, mientras los otros seis miembros de la tripulación instalados en la sección de carga, vigilaban las pantallas de radar y otros instrumentos científicos. El teniente consultó su reloj y luego hizo virar el avión en un gran arco para dirigirlo hacia la costa de Terranova.

—Misión cumplida —exclamó tranquilo, y cogió de nuevo el libro de terror—. Por favor, Rapp, muestre un poco de iniciativa. No más interrupciones hasta que lleguemos a Saint John.

—Haré lo posible, teniente —respondió Rapp con acritud—. Si ese libro es tan interesante, ¿por qué no me lo presta cuando lo haya terminado?

—Lo siento —dijo Neth al tiempo que bostezaba—. Tengo por principio no prestar jamás mi biblioteca privada. —De pronto el auricular chisporroteó en sus oídos y tomó un micrófono—. ¿Qué pasa, Hadley?

En el vientre del avión, tenuemente iluminado, el marino de primera Buzz Hadley contemplaba con atención el equipo de radar, cuya pantalla arrojaba sobre su rostro un verde resplandor espectral.

—Veo algo misterioso, señor. A veinte kilómetros, rumbo tres cuatro siete. Neth movió el interruptor del micrófono.

—Vamos, vamos, Hadley. ¿Qué quiere decir con eso de « algo misterioso »? ¿Ha divisado un iceberg o tiene en su pantalla una vieja película de Drácula?

—Tal vez haya captado su terrorífica novela pornográfica —gruñó Rapp. De nuevo se oyó a Hadley:

—A juzgar por la configuración y el tamaño, es un iceberg, pero mi señal es demasiado fuerte para tratarse de hielo común.

—Está bien —suspiró Neth—. Echaremos un vistazo. —Miró a Rapp con el entrecejo fruncido—. Pórtese bien y pónganos en rumbo tres cuatro siete.

Rapp asintió con la cabeza e hizo girar la columna de control para cambiar el rumbo. El avión, acompañado por el constante bramido de los cuatro motores Pratt-Whitney a pistón y su incesante vibración se ladeó suavemente hacia un nuevo horizonte.

Neth cogió unos binoculares y los enfocó sobre la interminable extensión de agua azul. Ajustó las perillas de enfoque y los sostuvo con la mayor firmeza

posible, pese al temblor del avión en movimiento. Entonces lo divisó: un inmóvil punto blanco que flotaba serenamente sobre el reluciente mar color zafiro. Lentamente el iceberg se agrandó dentro de los túneles circulares de los binoculares, a medida que el parabrisas de la carlinga cerraba la distancia. Entonces Neth cogió el micrófono.

—¿Qué le parece, Sloan?

El teniente Jonis Sloan, el experto en las grandes masas de hielo a bordo del avión patrullero, estaba observando el iceberg por una puerta de carga semiabierta, detrás de la cabina de control.

—Es de los comunes, variedad doméstica —se oyó por los auriculares la voz mecánica de Sloan—. Un iceberg tabular, con cima en forma de meseta. Calculo que tendrá unos sesenta metros de altura y probablemente pese alrededor de un millón de toneladas.

—¿Común? —Neth parecía sorprendido—. ¿Variedad doméstica? Gracias, Sloan, por su detallada descripción. Estoy impaciente por visitarlo algún día. —Se volvió hacia el alférez—. ¿A qué altitud estamos?

—Trescientos metros —dijo Rapp con la mirada fija hacia adelante—. La misma que hemos mantenido todo el día... y ayer... y anteayer...

—Sólo estaba verificando, gracias —interrumpió Neth en tono pontifical—. Rapp, no sabe usted qué seguro me siento de llegar a viejo estando usted en los controles, con su capacidad y talento.

Se protegió los ojos con unas gafas gastadas de aviador y se preparó para soportar el golpe de frío antes de abrir la ventanilla lateral para ver más de cerca.

—Allí está —dijo haciendo una seña a Rapp—. Haga dos o tres pasadas y veremos lo que hay que ver.

Neth tardó apenas unos segundos en sentir la cara como la castigada superficie de un alfilerero; el aire helado le azotó la piel hasta que, por suerte, se le entumeció. Sin dejar de rechinar los dientes, no apartó la mirada del iceberg.

La enorme masa de hielo, que flotaba con elegancia bajo las ventanillas de la carlinga, parecía un navío fantasma. Rapp tiró hacia atrás las válvulas reguladoras y movió levemente los controles, inmediatamente el avión patrullero se ladeó a babor. Haciendo caso omiso del indicador de ladeo y de viraje, calculó el ángulo correcto mirando la reluciente montaña de hielo por encima del hombro de Neth. Tres veces voló en círculo esperando una señal del teniente para nivelar el aparato. Finalmente éste metió de nuevo la cabeza en la carlinga y tomó el micrófono.

—¡Hadley! Ese iceberg está más desierto que la cabeza de un calvo.

—Hay algo allá abajo, teniente —dijo Hadley—. Tengo una hermosa señal en mí...

—Creo haber avistado un objeto oscuro, teniente —interrumpió Sloan—. Cerca de la línea de flotación del lado oeste.

Neth se volvió hacia Rapp.

—Descienda a sesenta metros.

El alférez tardó apenas unos minutos en cumplir la orden. Pero transcurrieron muchos más, y aún seguía volando alrededor del iceberg a una velocidad de sólo veinticinco kilómetros por hora.

—Más cerca —murmuró Neth con intensidad—, otros treinta metros.

—¿Por qué no aterrizamos de una vez ahí encima? —propuso Rapp en tono casual.

Si estaba más inquieto que de costumbre, no lo demostró. Al contrario, por la expresión de su rostro parecía estar a punto de dormirse. Solamente unas minúsculas gotas de sudor en su frente delataban su plena concentración en la arriesgada maniobra que llevaba a cabo. Las ondas azules parecían tan cercanas que tenía la sensación de poder tocarlas si tendía la mano por encima del hombro de Neth. Y para agregar combustible a su creciente tensión, las paredes del iceberg se alzaban en esos momentos cerca del avión, mientras que su cima desaparecía por encima de los bordes de las ventanillas de la carlinga. Una sacudida, pensó; una corriente de aire atravesada, y la punta del ala de babor chocaría contra la cresta de una ola y transformaría instantáneamente el gigantesco aparato en una rueda que se destruiría a sí misma.

Entonces Neth advirtió algo... algo distinto, algo que cruzaba el umbral invisible entre la imaginación y la realidad. Lentamente ese algo se materializó en un objeto tangible, una forma de hechura humana. Por último, al cabo de un tiempo que a Rapp le pareció una eternidad, Neth volvió a meter la cabeza en la cabina, cerró de nuevo la ventanilla lateral y apretó el interruptor del micrófono.

—¿Ha visto eso, Sloan?

Las palabras sonaron tensas y apagadas, como si el teniente hablara a través de una almohada. Al principio Rapp creyó que era debido a que Neth tenía las mandíbulas y los labios helados de frío, pero entonces, al echarle una rápida ojeada, le sorprendió ver que tenía la cara helada, no por el frío, sino por una expresión de verdadero asombro.

—Sí, teniente, lo he visto. —La voz de Sloan llegó por el intercomunicador como un eco mecánico—. Es increíble.

—Sí —dijo Neth—, pero allí está... Un barco, un condenado barco fantasma incrustado en el hielo. —Se volvió hacia Rapp moviendo la cabeza como si no diera crédito a sus propias palabras—. No he podido distinguir ningún detalle. Sólo un borroso contorno de la proa, o tal vez de la popa, imposible decirlo con seguridad.

Se quitó las gafas y con el pulgar de la mano derecha hizo una señal hacia arriba. Con un suspiro de alivio, Rapp niveló el avión patrullero de forma que ganó un tranquilizador margen de espacio entre la parte inferior del aparato y el frío océano Atlántico.

—Discúlpeme, teniendo —dijo Hadley por los auriculares. Estaba inclinado sobre su equipo de radar estudiando minuciosamente una pequeña señal blanca, situada casi en el centro exacto de la pantalla—. Creo que le interesará saber que el largo del barco que hay en el iceberg es de alrededor de cuarenta metros.

—Lo más probable es que sea un pesquero náufrago —sugirió Neth, mientras se masajeara vigorosamente las mejillas, esbozando una mueca de dolor cuando se reanudó en su cara la circulación de la sangre.

—¿Quiere que me comunique con la jefatura de distrito en Nueva York y pida un equipo de rescate? —preguntó Rapp.

Neth negó con la cabeza.

—No es necesario movilizar un barco de rescate. Es obvio que no hay supervivientes. Haremos un informe detallado en cuanto aterricemos en Terranova.

Hubo una pausa; luego se oyó la voz de Sloan.

—Sobrevuele el iceberg, jefe. Lanzaré una señal colorante sobre él para facilitar su identificación.

—De acuerdo, Sloan. Tirela cuando se lo indique —dijo Neth; luego volviéndose nuevamente hacia Rapp añadió—: Diríjase hacia la parte alta del iceberg, a cien metros.

El boeing, cuyos cuatro motores seguían funcionando con potencia reducida, sobrevoló el majestuoso iceberg como un monstruoso pájaro del mesozoico en busca de su nido primitivo. Atrás, en la puerta de carga, Sloan levantó el brazo y esperó. Después, al oír la orden de Neth, arrojó al espacio un frasco lleno de tinta roja, que se fue haciendo pequeño hasta convertirse en una mota diminuta que chocó finalmente contra la faz lisa del blanco al cual iba dirigido. Al mirar hacia atrás, Sloan vio un brillante chorro bermellón que corría lentamente de arriba abajo por la montaña de hielo de un millón de toneladas.

—Acertó —dijo Neth en tono jovial—. El equipo de exploración no tendrá dificultades en descubrirlo. —Después, bruscamente serio, miró con fijeza el sitio donde yacía sepultado el desconocido barco—. Pobres diablos. Quién sabe si alguna vez sabremos qué les pasó.

En los ojos de Rapp apareció una expresión pensativa.

—No podrían haber pedido una lápida más grande.

—Es sólo provisional. Lo que quede de ese iceberg dos semanas después de que penetre en la corriente del Golfo no bastará para enfriar un cajón de cerveza.

En la cabina se hizo el silencio, un silencio que parecía intensificado por el incesante zumbido de los motores del avión. Por un rato ninguno de los dos habló, sumido cada uno en sus propios pensamientos. Sólo podían contemplar el imponente pináculo blanco que se elevaba desde el mar, y reflexionar acerca del enigma encerrado bajo su manto helado.

Por fin, Neth se arrellanó en su asiento, en posición casi horizontal, y recobró su imperturbabilidad habitual.

—Alferez, sugiero que, salvo que ansie hundir este vehículo en aguas a cinco grados de temperatura, nos lleve de vuelta antes de que los indicadores de combustible mueran de sed. Y, por favor, nada de interrupciones —agregó con una sonrisa amenazante.

Después de lanzar a Neth una mirada fulminante, Rapp se encogió de hombros e hizo virar de nuevo el avión de reconocimiento rumbo a Terranova.

Cuando el avión desapareció y se extinguió en el frío aire salado el último rumor de sus motores, el enorme iceberg quedó de nuevo envuelto en la mortal quietud que lo rodeaba desde que, separado de un glaciar casi un año antes, se había visto empujado al mar junto a la costa occidental de Groenlandia.

Entonces, de pronto, en el hielo, hubo un movimiento leve pero imperceptible, justo encima de la línea de flotación del iceberg. Dos formas indistintas se transformaron lentamente en dos hombres que se incorporaron y miraron hacia el avión que se alejaba. A más de veinte pasos de distancia, habrían pasado inadvertidos para el ojo humano, ya que ambos llevaban trajes blancos para la nieve que se confundían perfectamente con el ambiente incoloro.

Permanecieron largo rato inmóviles, aguardando y escuchando pacientemente. Cuando estuvieron convencidos de que el avión patrullero ya no volvería, uno de ellos se arrodilló y, apartando el hielo, dejó a la vista un pequeño transmisor y receptor de radio. Extendiendo la antena telescópica, de tres metros de alto, estableció la frecuencia y dio vueltas a la manivela. No tuvo que hacerla girar con mucho empeño ni durante mucho tiempo. En alguna parte, alguien mantenía estrecha vigilancia en esa misma frecuencia, y la respuesta fue casi inmediata.

El capitán de corbeta Lee Koski apretó un poco más los dientes sobre la boquilla de su pipa, hundió los puños cuatro centímetros más en su abrigo forrado en piel y se estremeció bajo el intenso frío. Tenía cuarenta y un años y dos meses y había pasado dieciocho años de su vida al servicio de la Guardia Costera estadounidense. Koski era bajo, muy bajo, y sus gruesas y abundantes ropas lo hacían parecer casi tan ancho como alto. Bajo el hirsuto cabello color trigo, sus ojos azules relucían con una intensidad que nunca parecía disminuir, cualquiera que fuese su estado de ánimo. Tenía la confiada actitud de un perfeccionista, cualidad que había sido determinante a la hora de ser nombrado comandante del más nuevo súper escampavía de la Guardia Costera, el Catawaba. De pie en el puente como un gallo de pelea, con las piernas abiertas y bien afirmadas, no se molestó en volverse cuando se dirigió al hombrón que estaba junto a él.

—Incluso con radar les costará mucho encontrarnos con este tiempo —dijo con tono tan incisivo y penetrante como el aire frío del Atlántico—. La visibilidad es nula a más de un kilómetro.

Lenta y premeditadamente, el teniente Amos Dover, oficial ejecutivo del Catawaba, lanzó una colilla de cigarrillo tres metros al aire en línea recta, y observó con interés analítico cómo el viento atrapaba el humeante cilindro blanco y lo arrastraba sobre el puente de la nave a lo lejos, en el ondulante mar.

—Da lo mismo que nos encuentren o no —murmuró. Tenía los labios morados por la brisa helada—. Tal como estamos cabeceando, el piloto de ese helicóptero tendría que ser sumamente estúpido, o estar ebrio, o ambas cosas a la vez, para pensar siquiera en descender a la pista.

Y señaló con la cabeza hacia la popa, donde se hallaba la plataforma de aterrizaje del Catawaba, mojada por el agua que el viento arrastraba.

—Hay quienes no dan importancia al modo de morir —dijo severamente Koski.

—Nadie podrá decir que no se les advirtió —repuso Dover, que no sólo se asemejaba a un oso sino que tenía una voz que parecía retumbar desde las profundidades de su estómago—. En cuanto el helicóptero partió de Saint John, le envié un mensaje para informarle de la inminente tormenta y aconsejar que desistiera de encontrarse con nosotros. Lo único que obtuve del piloto fue un

cortés « Gracias » .

Entonces comenzó a lloviznar, y el viento arrojó la lluvia sobre la nave en violentas cortinas que no tardaron en obligar a todos los hombres que cumplían tareas sobre cubierta a correr en busca de sus impermeables. Afortunadamente para el Catawaba y su tripulación, la temperatura del aire se mantuvo a cuatro grados, todavía lejos del peligro de congelación, desagradable situación que habría cubierto rápidamente toda la nave con un manto de hielo.

Koski y Dover acababan de ponerse sus impermeables cuando el altavoz del puente lanzó un chisporroteo mecánico.

—Capitán, hemos captado el helicóptero en el radar y lo estamos guiando hacia aquí.

Koski tomó el transmisor manual y acusó recibo del mensaje.

—Me temo que se esté urdiendo un complot —dijo volviéndose hacia Dover.

—¿Le extraña tanta urgencia por recibir pasajeros? —preguntó Dover.

—¿Y a usted no?

—Desde luego. También me extraña que las órdenes de estar atentos y permitir el aterrizaje de un helicóptero civil hayan venido directamente de la comandancia en Washington, y no de nuestro comandante de distrito.

—Qué falta de consideración la del comandante —rezongó Koski—, al no decirnos qué quiere esa gente. Una cosa es segura: no se van a encontrar en un viaje de placer a Tahití.

De pronto, Koski se enderezó y aguzó el oído hacia el inconfundible golpeteo de la hélice de un helicóptero. Por un breve instante el aparato fue invisible entre las densas nubes. Después ambos hombres lo divisaron al mismo tiempo. Venía del oeste, a través de la tenue lluvia, en línea recta hacia el barco. Koski lo reconoció inmediatamente como una versión civil de dos asientos del Ulysses Q-55, un aparato que podía volar a casi trescientos kilómetros por hora.

—Está chiflado si lo intenta —comentó secamente Dover.

Sin contestarle, Koski tomó de nuevo el transmisor.

—Hagan señales al piloto de ese helicóptero —dijo bruscamente—, y díganle que no intente descender cuando estamos atravesando olas de tres metros de altura. Díganle que no me haré responsable de sus acciones descabelladas.

Koski esperó unos segundos sin apartar la mirada del helicóptero.

—¿Y? —preguntó después.

El altavoz chisporroteó en respuesta.

—Dice el piloto que agradece mucho su preocupación, capitán, y respetuosamente solicita que tenga algunos hombres preparados para sujetar el mecanismo de aterrizaje en cuanto toque la pista.

—Hay que reconocer que el desgraciado es muy educado —gruñó Dover.

Sacando un poco más la mandíbula, Koski apretó con mayor fuerza todavía la boquilla de su pipa.

—¡Qué educado ni qué demonios! Es muy probable que ese idiota arruine un buen pedazo de mi barco —dijo encogiéndose de hombros con resignación; luego cogió un megáfono y gritó—: ¡Capataz Thorp! Tenga listos a sus hombres para sujetar ese helicóptero en cuanto aterrice. Pero, por amor de Dios, manténgalos a cubierto hasta que haya finalizado la maniobra de aterrizaje... y tenga un equipo de primeros auxilios a la espera.

—En este preciso momento —comentó Dover en voz baja— no me pondría allá arriba en el lugar de esos individuos ni por todas las bellezas de Hollywood.

Koski calculó que el Catawaba no podía enfrentar directamente el viento, porque la turbulencia despedida por la superestructura lanzaría el helicóptero a una segura destrucción. Por otro lado, si la nave iba a través del mar, el excesivo balanceo impediría al helicóptero aterrizar en la pista. Tantos años de pericia y buen criterio, junto con el conocimiento de las características de manejo del Catawaba, hicieron que su decisión fuese rutinaria.

—Los recibiremos con el viento y el mar plenos de proa. Reduzca la velocidad y haga el cambio de rumbo necesario.

Dover asintió con la cabeza y desapareció dentro de la caseta del timón:

—Pleno de proa, como se ordenó, y lo más firmes que permite el mar —dijo apareciendo en el puente al cabo de un momento.

Presas de helado temor, Koski y Dover contemplaron con fijeza el helicóptero amarillo que atravesaba rápidamente la niebla, enfrentaba el viento y se acercaba a la popa del Catawaba en ángulo de treinta grados por encima de la amplia estela del barco. Aunque el viento azotaba con fuerza el Ulysses, el piloto logró mantenerlo nivelado. A unos cien metros de distancia, comenzó a disminuir la velocidad hasta que finalmente se detuvo en el aire, cerniéndose como un colibrí sobre la pista de aterrizaje, que subía y bajaba. Por un momento, que a Koski le pareció una eternidad, el helicóptero se mantuvo a esa altura, mientras el piloto calculaba el punto alto de la bovedilla del escampavía cada vez que se elevaba en la cresta de una ola pasajera. Entonces, bruscamente, cuando la pista de aterrizaje alcanzaba su punto más alto, el piloto del helicóptero detuvo sus reguladores y el Ulysses se posó limpiamente en el Catawaba, apenas un segundo antes de que la popa bajara con una sacudida al seno de la ola siguiente.

Los patines apenas habían tocado la pista cuando cinco tripulantes del escampavía se precipitaron por la cubierta en declive y forcejearon bajo las violentas ráfagas de viento para sujetar el helicóptero antes de que fuera arrastrado al agua por la borda. Pronto el escape del motor se apagó, las paletas giratorias se detuvieron, y en un lado de la carlinga se abrió una portezuela. Después dos hombres, agachando las cabezas para protegerse de la fuerte llovizna, saltaron a la plataforma.

—Grandísimo hijo de perra —murmuró Dover, maravillado—. Realmente hizo que pareciera fácil.

Las facciones de Koski se endurecieron.

—Les conviene tener credenciales de primera... y les conviene que su autoridad provenga de la jefatura de la Guardia Costera de Washington.

—Tal vez sean parlamentarios en gira de inspección —dijo Dover sonriendo.

—No es probable —contestó Koski con aspereza.

—¿Los acompaño a su camarote?

—No. Transmítale mis felicitaciones, y llévelos al comedor de oficiales... En este preciso instante, lo único que me interesa de veras es una taza de café caliente —agregó con sonrisa socarrona.

Dos minutos exactos tardó el comandante Koski en estar sentado ante una mesa del comedor de oficiales, calentando agradecido sus manos frías alrededor de una humeante taza de café. La tenía medio vacía cuando se abrió la puerta y entró Dover seguido por un sujeto regordete con grandes gafas sin armazón y cuya calva se veía bordeada de cabello blanco largo y despeinado. Al principio a Koski le recordó la imagen estereotipada de un científico loco, pero el individuo tenía la cara redonda y bonachona, y unos ojos castaños que reflejaban una amplia sonrisa. Al divisar al comandante, el desconocido se acercó a la mesa y tendió la mano.

—El comandante Koski, supongo... Soy el doctor Bill Hunnewell. Lamento causarle tantas molestias.

Koski se puso de pie y estrechó la mano de Hunnewell.

—Bienvenido a bordo, doctor. Por favor, siéntese y tome una taza de café.

—¿Café? No, gracias —dijo Hunnewell con tristeza—. Pero vendería mi alma por una taza de chocolate.

—Tenemos chocolate —dijo amablemente Koski, y, echándose atrás en su silla, alzó la voz para llamar—: ¡Brady!

De la cocina salió un camarero con chaqueta blanca. Era alto y enjuto, y su andar delataba su procedencia tejana.

—A la orden, capitán. ¿Qué desea?

—Una taza de chocolate para nuestro huésped, y dos cafés más para el teniente Dover y... —Koski se interrumpió y buscó con la mirada detrás de Dover—. Me parece que falta el piloto del doctor Hunnewell.

—Vendrá dentro de un minuto —dijo Dover, cuyo rostro expresaba descontento como queriendo hacer una advertencia a Koski—. Se ha quedado comprobando que el helicóptero estuviera bien sujeto.

Koski miró pensativo a Dover, pero al fin renunció a adivinar.

—Está bien, Brady... y deje la cafetera, me vendrá bien otra taza.

El camarero se limitó a asentir con un movimiento de cabeza y luego regresó a la cocina.

—Es un verdadero lujo estar rodeado de nuevo de cuatro paredes sólidas —dijo Hunnewell—. Estar sentado en esa cometa vibratoria con una burbuja de

plástico entre los elementos y yo basta para encanecer a cualquiera. —Sonrió, mientras se mesaba los pocos mechones blancos que aún le rodeaban el cráneo.

Koski dejó su taza sin sonreír.

—Doctor Hunnewell, me parece que no se da cuenta de lo cerca que ha estado de perder el resto de su cabello, además de su propia vida... Fue una temeridad por parte de su piloto el pensar siquiera en volar con este tiempo.

—Le aseguro, señor, que este viaje era necesario —contestó Hunnewell en tono benévolo, el mismo que podría haber utilizado para sermonear a un escolar—. Usted, su tripulación, su barco, tienen una función vital que desempeñar, y el tiempo es la dimensión decisiva. No podemos permitirnos el lujo de perder un solo minuto. —Sacó del bolsillo delantero de su camisa un papel que pasó a Koski por encima de la mesa—. Mientras le explico por qué hemos aterrizado en su barco, debo pedirle que ponga rumbo inmediato hacia esta posición.

Koski tomó el papel sin leer su contenido.

—Discúlpeme, doctor Hunnewell, pero no estoy en condiciones de llevar a cabo su petición. La única orden que tengo de la comandancia es la de recibir dos pasajeros a bordo. No se mencionó nada en cuanto a darle a usted carta blanca para dirigir mi barco.

—Usted no comprende...

Por encima de su taza de café, Koski fijó en Hunnewell una mirada penetrante.

—Eso no es explicación suficiente, doctor. ¿Cuál es exactamente su misión? ¿Por qué se encuentra aquí?

—Tranquilícese, comandante. No soy un agente enemigo a punto de sabotear su valioso barco. Soy oceanógrafo, y en la actualidad trabajo para la NUMA<sup>[1]</sup>.

—No he querido ofenderlo —dijo Koski sin alterarse—. Pero eso deja todavía una pregunta sin contestar.

—Tal vez yo pueda contribuir a despejar sus dudas.

La nueva voz era suave, pero firme, con una resonancia que transmitía autoridad.

Enderezándose en su silla, Koski se volvió hacia la figura que se apoyaba con negligencia en el marco de la puerta: un hombre alto, bien proporcionado. El rostro tostado del color del roble, los rasgos duros, casi crueles, los penetrantes ojos verdes sugerían que no era un individuo al que se pudiera pisotear. Vestido con chaqueta de vuelo y uniforme azul de la fuerza aérea, alerta, aunque distante, ofreció a Koski una tolerante sonrisa.

—Ah, llegó por fin —dijo Hunnewell en voz alta—. Comandante Koski, permítame presentarle al mayor Dirk Pitt, director de proyectos especiales de la NUMA.

—¿Pitt? —repitió Koski con voz inexpresiva. Miró a Dover y elevó una ceja. Dover se limitó a encogerse de hombros con aire incómodo—. ¿Por casualidad

es usted el mismo Pitt que aclaró el caso de contrabando submarino en Grecia el año pasado?

—Hubo por lo menos otras diez personas implicadas en ese trabajo, cuyo mérito es tan grande como el mío —contestó Pitt.

—Un oficial de la fuerza aérea trabajando en programas oceanográficos... Está un poco fuera de su elemento, ¿verdad mayor? —preguntó Dover.

Pequeñas arrugas bordearon los ojos de Pitt cuando éste sonrió.

—No más que los hombres de la armada que fueron a la luna.

—No le falta razón —admitió Koski.

Apareció Brady, que sirvió el café y el chocolate. Se marchó y volvió de nuevo para dejar una bandeja con sándwiches antes de retirarse por última vez.

Koski empezó a inquietarse de veras. Un científico enviado por un destacado organismo gubernamental... malo. Un oficial de otra rama del servicio, famoso por sus peligrosas aventuras... peor aún. Pero la combinación de ambos, sentados allí, del otro lado de la mesa, y diciéndole qué hacer y adonde ir... una peste absoluta.

—Como le iba diciendo, comandante —insistió Hunnewell con impaciencia—. Debemos llegar a la posición que le he indicado lo antes posible.

—No —repuso Koski sin rodeos—. Si mi actitud parece terca, lo siento, pero aceptarán ustedes que estoy en mi derecho al rechazar sus exigencias. Como capitán de este barco, las únicas órdenes que estoy obligado a obedecer provienen de la jefatura de distrito de la Guardia Costera en Nueva York, o de la comandancia en Washington. —Hizo una pausa para servirse otra taza de café—. Y mis órdenes fueron recibir dos pasajeros, nada más. He obedecido, y ahora voy a reanudar mi rumbo inicial de patrulla.

Los ojos de Pitt sondearon los graníticos rasgos de Koski como un experto en metalurgia podría examinar una vara de acero en busca de una falla. De pronto se irguió, se acercó cautelosamente a la puerta de la cocina y miró adentro. Brady estaba ocupado vertiendo una gran bolsa de patatas en un enorme caldero humeante. Entonces Pitt, siempre con cautela, se volvió y escrutó el pasadizo, junto al comedor. Pudo advertir que su ardid daba resultado; Koski y Dover cambiaron miradas perplejas mientras observaban sus movimientos. Finalmente, aparentando satisfacción por la ausencia de mirones, Pitt volvió a la mesa, se sentó y, acercándose a los dos marinos, bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

—Bien, caballeros, les diré lo que pasa. La posición que les dio el doctor Hunnewell es la ubicación aproximada de un importante iceberg.

Aunque enrojeció un poco, Koski logró mantenerse impassible.

—Y si puedo preguntárselo sin parecer estúpido, ¿qué es lo que usted considera un iceberg importante, mayor?

Pitt hizo una pausa para lograr mayor efecto.

—Uno que contiene los restos de un barco. Un escampavía ruso, para ser exacto, repleto de los más refinados aparatos electrónicos de detección que la ciencia soviética haya ideado hasta ahora. Sin mencionar los códigos y datos correspondientes a todo el programa ruso para la vigilancia del hemisferio occidental.

Sin pestañear siquiera, ni apartar la mirada de Pitt, Koski sacó del bolsillo una bolsita y se puso a llenar su pipa con toda calma.

—Hace seis meses —continuó Pitt— un pesquero ruso llamado Novgorod navegaba a pocos kilómetros de la costa groenlandesa y vigilaba las actividades en la base de misiles de la fuerza aérea estadounidense en la isla Disko. Las fotografías aéreas indicaron que el Novgorod llevaba todas las antenas de recepción electrónica conocidas y algunas más. Los rusos actuaban con serenidad, el escampavía y su tripulación, treinta y cinco hombres y mujeres muy expertos, jamás penetraron en los límites territoriales de Groenlandia. Incluso nuestros pilotos se alegraban al divisarlo, ya que lo utilizaban como punto de referencia cuando hacía mal tiempo. Casi todos los barcos espías rusos son relevados cada treinta días, pero éste mantuvo su posición durante tres meses seguidos. El departamento de contraespionaje naval se extrañó por ello. Entonces, una mañana de tormenta, el Novgorod desapareció. Hasta tres semanas después no apareció el barco que lo relevó. Este retraso aumentó el misterio, ya que hasta entonces los rusos nunca habían roto su costumbre de no mudar a un barco espía hasta que se presentara otro en el lugar. —Pitt hizo una pausa para golpetear su cigarrillo en un cenicero—. Hay sólo dos rutas que el Novgorod pudo haber tomado para regresar a Rusia. Una es a Leningrado por el mar Báltico, la otra, por el mar de Barents hasta Murmansk. Los ingleses y los noruegos nos aseguraron que el Novgorod no tomó ninguna de las dos. Resumiendo, en alguna parte, entre Groenlandia y la costa europea, el Novgorod desapareció con todos sus tripulantes.

Koski dejó su taza y contempló pensativo el poso.

—Me resulta un tanto extraño que la Guardia Costera no haya sido informada al respecto. Sé con certeza que no hemos recibido informes acerca de un escampavía ruso desaparecido.

—A Washington también le sorprendió. ¿Por qué los rusos han mantenido en secreto la pérdida del Novgorod? La única respuesta lógica es que no quieren que un país occidental encuentre los restos de su nave más moderna.

En los labios de Koski se dibujó una sarcástica sonrisa.

—¿Pretende convencerme de que hay un barco soviético atrapado en un iceberg? Vamos, mayor, dejé de creer en los cuentos de hadas cuando descubrí que no existía un país de Oz sobre el arco iris, ni un cacharro con oro debajo de él.

Pitt sonrió asimismo a Koski.

—De todas formas, fue uno de sus aviones patrulleros el que avistó un barco cuyos contornos correspondían a los de un escampavía dentro de un iceberg a 47° 36' norte, 43° 17' oeste.

—Es cierto —dijo con frialdad Koski—, el Catawaba es la nave de rescate más cercana a esa posición, pero ¿por qué las órdenes de comprobarlo no proceden directamente del comando de distrito en Nueva York?

—Cosas del contraespionaje —contestó Pitt—. Lo que menos quería la gente de Washington era un anuncio público transmitido por radio. Afortunadamente, el piloto del avión que avistó el iceberg esperó a aterrizar para dar un informe detallado de su ubicación. La idea, por supuesto, es inspeccionar el pesquero antes de que los rusos tengan la posibilidad de impedirnoslo. Creo, comandante, que sabrá apreciar lo valiosa que es para nuestro gobierno cualquier información secreta acerca de la flota espía soviética.

—Sin embargo, sería más lógico llevar hasta el iceberg a expertos en electromecánica e interpretación de informaciones. —Aunque difícilmente podía decirse que el sutil cambio en el tono de Koski indicara su rendición, era indudable que comenzaba a ceder—. Perdóneme, pero considero que enviar a un piloto y a un oceanógrafo a esta misión no tiene demasiado sentido.

Pitt lanzó una mirada penetrante a Koski, luego a Dover, y de nuevo a Koski.

—Es una fachada falsa —dijo con voz queda—, pero tiene un objetivo. Los rusos no son precisamente primitivos en las actividades de espionaje. Cualquier avión militar que volara por una zona de mar abierto que pocos o ningún barco recorren, habría despertado sus sospechas. En cambio, saben que los aparatos de la Agencia Nacional de Investigaciones Marinas lleva a cabo proyectos científicos en aguas desiertas.

—¿Y qué especialización tienen ustedes?

—Soy experto en la conducción de helicópteros en climas árticos —contestó Pitt—. En cuanto al doctor Hunnewell, no cabe duda de que es la principal autoridad mundial en formaciones de hielo.

—Comprendo —dijo lentamente Koski—. El doctor Hunnewell estudiará el iceberg antes de que los muchachos del contraespionaje den la alarma.

—Exacto —admitió Pitt—. Si lo que hay bajo el hielo es realmente el Novgorod, mi misión es determinar el método más conveniente para penetrar en el casco de la nave. Estoy seguro de que usted sabrá, comandante, que los icebergs tienen peculiaridades engañosas. Es como tallar un diamante; si el tallador calcula mal, lo arruina. Demasiada termita en un sitio inadecuado, y el hielo puede agrietarse y partirse. O bien una fusión brusca y excesiva puede ocasionar un cambio en el centro de gravedad que vuelque el iceberg. Estoy seguro de que comprende que es urgente analizar la masa de hielo antes de que se pueda penetrar en el Novgorod con cierta seguridad.

Koski se reclinó, evidentemente más tranquilo, fijó un momento los ojos en

Pitt y luego sonrió.

—¡Teniente Dover!

—¿Señor?

—Por favor, haga caso a estos caballeros y establezca rumbo 47° 36' norte, 43° 17' oeste a toda máquina. Y comuníquese al comando de distrito en Nueva York nuestra intención de alejarnos de nuestra posición actual.

Dicho esto, observó el rostro de Pitt esperando que éste cambiara de expresión, pero no fue así.

—No se ofenda —dijo Pitt con calma—, pero sugiero que no envíe esa comunicación a su comandante de distrito.

—No desconfío de usted, mayor —se disculpó el marino—, pero no tengo la costumbre de andar por todo el Atlántico Norte sin informar a la Guardia Costera de dónde están sus propiedades.

—Muy bien, pero le agradecería que no mencionara nuestro destino —dijo Pitt apagando su cigarrillo—. Además, hágame el favor de notificar a la oficina de la NUMA en Washington que el doctor Hunnewell y yo hemos llegado sanos y salvos a bordo del Catawaba, y que continuaremos nuestro vuelo a Reykiavik cuando el tiempo mejore.

Koski enarcó las cejas en un gesto de sorpresa.

—Nuestro destino final —explicó Pitt.

Koski tuvo la intención de hacer nuevas objeciones, pero, finalmente, se encogió de hombros y dijo:

—Será mejor que los acompañe a sus habitaciones, caballeros —dijo; luego volviéndose hacia Dover añadió—: El doctor Hunnewell puede instalarse con nuestro oficial de ingeniería. El mayor Pitt dormirá con usted en su camarote, teniente.

Pitt sonrió a Dover y después fijó de nuevo su mirada en Koski.

—¿Para vigilarme mejor?

—Yo no he dicho eso, mayor —respondió Koski, sorprendido ante la expresión apenada que observó en el rostro de Pitt.

Cuatro horas más tarde, Pitt dormitaba en un catre que había sido introducido con dificultad en la caverna de hierro que Dover llamaba su camarote. Estaba casi dolorido de cansancio, pero los pensamientos que ocupaban su mente le impedían entrar en el paraíso del sueño profundo. Una semana antes, a esa misma hora, estaba sentado junto a una bella pelirroja ávida de sexo en la terraza de la posada Newporter, desde donde se contemplaba el pintoresco puerto de Newport Beach, California. Recordó con nostalgia cómo acariciaba a la joven con una mano mientras en la otra sostenía un whisky con hielo, disfrutando de la vista de los yates bañados por la luz de la luna que se deslizaban sobre las aguas. Ahora estaba solo, tumbado en un catre plegadizo duro como una tabla, a bordo de un escampavía de la Guardia Costera que se bamboleaba en alguna parte del

frío norte del océano Atlántico. « Debo ser un masoquista diplomado —pensó— al ofrecerme como voluntario para cualquier proyecto extravagante que se le ocurre al almirante Sandecker ». El almirante Sandecker, director en jefe de la Agencia Nacional de Investigaciones Marinas, habría rechazado el término « proyecto alocado » ; él habría preferido llamarlo « maldito rompecabezas » .

—Lamento mucho arrancarte de la soleada California, pero ha caído en nuestras manos este maldito rompecabezas. —Sandecker, un hombre bajo, de cabello color fuego y cara de diablo, agitaba en el aire un largo cigarro como si fuera un bastón—. Se supone que nos ocupamos de investigaciones científicas submarinas. ¿Por qué nosotros? ¿Por qué no la armada? Lo lógico sería que la Guardia Costera resolviera sus propios problemas; sin embargo, nos han encajado esta misión a nosotros —agregó, moviendo la cabeza con irritación mientras chupaba su cigarro.

Pitt terminó de leer el informe y luego dejó sobre el escritorio del almirante una carpeta amarilla con el sello de « confidencial » .

—No había pensado nunca en la posibilidad de que un barco quedara congelado en medio de un iceberg.

—Aunque es sumamente improbable, el doctor Hunnewell me ha asegurado que puede haber ocurrido.

—Encontrar el iceberg en cuestión puede resultar difícil; han pasado ya cuatro días desde que la Guardia Costera lo divisó. Es posible que ese enorme cubo de hielo esté ya a mitad de camino de las Azores.

—El doctor Hunnewell ha calculado la corriente y la velocidad de flotación hasta una zona de treinta kilómetros cuadrados. Y si tu vista es buena, no creo que te cueste descubrir el iceberg, porque la Guardia Costera arrojó sobre él tintura roja para facilitar su localización.

—Descubrirlo es una cosa —comentó Pitt pensativo—, aterrizar sobre él con un helicóptero es otra. ¿No sería más conveniente y menos peligroso llegar por...?

—¡No! —interrumpió Sandecker—. Nada de barcos. Si el navío que está bajo el hielo es tan importante como supongo, no quiero que nadie se acerque a él a menos de cincuenta kilómetros de distancia, salvo Hunnewell y tú.

—Quizá esto le sorprenda, almirante, pero nunca he aterrizado con helicóptero sobre un iceberg.

—Es muy posible que nadie lo haya hecho hasta ahora. Por eso pedí que fueras mi director de proyectos especiales —dijo Sandecker con una sonrisa traviesa—. Tienes el irritante don de lograr resultados espectaculares.

—¿Tengo la posibilidad de ofrecerme como voluntario esta vez? —preguntó socarronamente Pitt.

—No aceptaría otra cosa.

Pitt se encogió de hombros con aire desvalido.

—No sé por qué cedo siempre con tanta facilidad ante usted, almirante. Empiezo a pensar que me considera un incauto de primera.

—Yo nunca he dicho tal cosa —dijo Sandecker con una amplia sonrisa.

Chasqueó la cerradura y la puerta de la cabina se abrió. Pitt abrió perezosamente los ojos y vio entrar al doctor Hunnewell. Como un equilibrista, el obeso científico trató de maniobrar entre el catre de Pitt y el ropero de Dover para llegar hasta un silloncito situado junto a un escritorio. Allí suspiró audiblemente, a coro con los crujidos de protesta del sillón cuando dejó caer con dificultad su mole sobre él.

—¿Cómo demonios entra aquí un gigante como Dover? —preguntó incrédulo, sin dirigirse a nadie en particular.

—Llega tarde, doctor —dijo Pitt desperezándose—. Lo esperaba hace horas.

—No podía escabullirme por los rincones ni arrastrarme por los extractores de aire como si me dirigiera a una sesión de espías. He tenido que esperar a tener una excusa para hablar con usted.

—¿Una excusa?

—Sí. Saludos del comandante Koski; la cena está lista.

—¿Por qué tantos subterfugios? —preguntó Pitt con sonrisa astuta—. No tenemos nada que ocultar.

—¡Nada que ocultar! ¡Nada que ocultar! ¿Se queda ahí acostado como una virgen inocente a la espera de la primera comunión, y me dice tan tranquilo que no tenemos nada que ocultar? —Hunnewell movió la cabeza desalentado—. Los dos nos veremos frente a un escuadrón de fusilamiento cuando la Guardia Costera se entere de que los embaucamos para usar uno de sus nuevos escampavías.

—Los helicópteros tienen la mala costumbre de no volar con aire en sus tanques de combustible —dijo sarcásticamente Pitt—. Necesitábamos tener una base de operaciones y un sitio donde reabastecemos de combustible. El Catawaba es el único barco en esta zona con las instalaciones necesarias. Además, fue usted quien envió ese falso mensaje del comandante de la Guardia Costera; usted tendrá que responder por ello.

—Ese cuento increíble del pesquero ruso desaparecido... No puede negar que eso es suyo desde el principio al fin.

Ayoyay la cabeza en las manos, Pitt miró al techo.

—Me parece que les ha gustado a todos.

—Tengo que reconocer que ha sido el engaño más hábil que he tenido la desgracia de presenciar en mi vida.

—Lo sé. A veces me detesto.

—¿Ha pensado qué sucederá cuando el comandante Koski descubra nuestro insidioso plan?

Pitt se incorporó desperezándose.

—Haremos lo que haría cualquier embaucador norteamericano de pura sangre.

—¿O sea?—preguntó Hunnewell vacilante.

—Simplemente, preocuparnos cuando llegue el momento —dijo Pitt sonriendo.

De todos los océanos, tan sólo el Atlántico es del todo imprevisible. El Pacífico, el Índico, el Ártico incluso, tienen cada uno sus peculiaridades, pero todos poseen un rasgo en común: casi nunca dejan de proporcionar algún indicio que revele su estado venidero. No así el Atlántico, especialmente al norte del paralelo 15 de latitud. En cuestión de pocas horas, una mar calma como un cristal puede transformarse en un enorme caldero espumajoso, instigado por un huracán de potencia 12. En otros momentos, la caprichosa naturaleza del Atlántico actúa a la inversa. Fuertes vientos y olas agitadas durante la noche dan a veces todos los indicios de una inminente tormenta; sin embargo, cuando amanece, no se ve otra cosa que un espejo azul bajo un cielo despejado. Eso fue lo que les ocurrió a los tripulantes del Catawaba, pues el sol del nuevo día los sorprendió navegando tranquilamente por un pacífico paisaje marino.

Pitt despertó lentamente. Al abrir los ojos vio la parte trasera de unos grandes calzoncillos blancos colmados de sobra por Dover, que agachado sobre una pequeña palangana se frotaba los dientes.

—Está más encantador que nunca —dijo Pitt.

Dover se volvió con el cepillo de dientes inmovilizado sobre sus molares inferiores izquierdos.

—¿Eh?

—¡Dije buenos días!

Dover se limitó a asentir con la cabeza, masculló algo incoherente con la boca llena de la pasta dentífrica, y se volvió de nuevo hacia la palangana.

Pitt se sentó y escuchó. Aún se oía el zumbido de los motores, y el otro único sonido mecánico era el del aire caliente que salía por el extractor. El movimiento de la nave parecía tan suave que era casi imperceptible.

—No quiero ser un anfitrión grosero, mayor —sonrió Dover—, pero le sugiero que se levante. Dentro de una hora y media estaremos en la zona de exploración.

Pitt echó a un lado las mantas y se incorporó.

—Empecemos por lo primero. ¿Qué clasificación tiene este establecimiento por su desayuno?

—Dos estrellas en la guía Michelin —repuso Dover alegremente—. Además,

pienso invitarle.

Pitt se lavó con rapidez, decidió no afeitarse y se puso sus ropas de vuelo. Después siguió a Dover hasta el pasillo, mientras se preguntaba cómo un hombre tan corpulento como el teniente podía andar de un lado a otro por el barco sin golpearse la cabeza contra los mamparos bajos al menos diez veces por día.

Acababan de terminar un desayuno que, según calculó Pitt, les habría costado aproximadamente cinco dólares en cualquiera de los mejores hoteles, cuando un marino se acercó a ellos para comunicarles que el comandante Koski quería verlos en la sala de control del puente. Dover lo siguió, y también Pitt, unos pasos más allá, con una taza de café en la mano. Cuando entraron en la sala, vieron al comandante y a Hunnewell inclinados sobre una mesa de mapas.

Koski levantó la vista. La prominente mandíbula ya no avanzaba como la proa de un rompehielos, y los intensos ojos azules parecían casi tranquilos.

—Buen día, may or. ¿Disfruta usted de su estadia?

—El dormitorio es un poco pequeño, pero la comida es soberbia.

—¿Qué opina de nuestra pequeña feria electrónica? —preguntó Koski con su sonrisa dura, pero sincera.

Pitt haciendo un giro de trescientos sesenta grados examinó la sala de control. Era algo que parecía salido de una película de ciencia-ficción espacial. Del piso al techo, los cuatro mamparos de acero quedaban sepultados bajo una avalancha mecánica de computadoras, monitores de televisión y consolas con instrumentos. Filas interminables de interruptores y perillas con designaciones técnicas cruzaban de un lado a otro el equipo, guarnecidas por luces indicadoras suficientes para llenar el letrero luminoso de un casino en Las Vegas.

—Notable —dijo Pitt sin demasiado entusiasmo mientras sorbía su café—. Pantallas de radar para búsqueda aérea y de superficie, los más recientes equipos de navegación tipo Loran de frecuencias media, alta y ultra alta, además del plan de navegación por computadora. —Pitt dijo todo esto con la indiferencia de un director de relaciones públicas enviado por el astillero que había construido el Catawaba—. El Catawaba salió provisto de fábrica con más equipo oceanográfico, de comunicaciones, navegación, aerológico y planeamiento que cualquier otra nave de su tamaño en el mundo. Básicamente, comandante, su barco está diseñado para permanecer en el océano, en cualquier condición atmosférica, como estación meteorológica, efectuar operaciones de búsqueda y rescate y colaborar en tareas de investigación oceanográfica. Además está tripulado por diecisiete oficiales y ciento sesenta marineros rasos, y costó entre doce y trece millones de dólares construirlo en los astilleros Northgate, en Wilmington, Delaware.

Koski, Dover y los demás hombres presentes en la sala de control del puente, salvo Hunnewell, que siguió examinando el mapa, no pudieron disimular su sorpresa. De haber sido el primer marciano en visitar la Tierra, Pitt no hubiera

sido objeto de tanto recelo.

—No se sorprendan, caballeros —dijo Pitt, sintiendo la calidez de la autosatisfacción—. Tengo la costumbre de preparar mis deberes en casa.

—Comprendo —observó Koski con severidad, aunque era evidente que no comprendía—. Tal vez quiera darnos una pista de por qué ha estudiado sus lecciones con tanto esmero...

Pitt se encogió de hombros.

—Como ya dije, es una costumbre.

—Una costumbre irritante, a decir verdad. —Koski miró a Pitt con un asomo de inquietud—. Me pregunto si es usted realmente lo que afirma ser...

—El doctor Hunnewell y yo somos de confianza —contestó Pitt en tono tranquilizador.

—Lo sabremos con seguridad dentro de dos minutos exactos, mayor —repuso Koski en tono súbitamente cínico—. También a mí me gusta preparar mis deberes.

—No confía en mí —observó secamente Pitt—. Qué lástima. No tiene por qué preocuparse. Ni el doctor Hunnewell ni yo tenemos intención, ni recursos, dicho sea de paso, para arriesgar la seguridad de su tripulación.

—Ustedes no me han demostrado en ningún momento que así sea —replicó el marino con mirada inexpresiva y voz helada—. No traen órdenes escritas, no he recibido ninguna comunicación radiotelefónica que confirme su autoridad, nada... sólo un vago mensaje de la jefatura de la Guardia Costera que anunciaba su llegada y que podría haber enviado cualquiera que conociera nuestra señal de llamada.

—Nada es imposible —respondió Pitt, que no pudo dejar de admirar la perspicacia de Koski. El comandante había dado exactamente en el clavo.

—Si sus propósitos son turbios, mayor, no quiero tener nada que ver con... —Koski se interrumpió para leer detenidamente un mensaje que le pasó uno de sus hombres. La expresión de su rostro se tornó pensativa—. Parece que son ustedes una fuente de sorpresas inagotable... —dijo entonces frunciendo el entrecejo, al tiempo que entregaba a Pitt el comunicado.

Si bien Pitt no demostró inquietud alguna, no cabe duda de que la sintió. La obvia denuncia había tardado en llegar, y él había tenido tiempo de sobra para prepararse. Lamentablemente, no se le había ocurrido una versión plausible para justificarse. Pitt decidió con rapidez que lo único que podía hacer en ese momento era coger la hoja que le ofrecía el comandante y aparentar tranquilidad. El mensaje decía:

« En respuesta a su consulta sobre el doctor William Hunnewell y el mayor Dirk Pitt cabe decir que las credenciales del doctor Hunnewell, director del Instituto Californiano de Oceanografía, provienen de las más altas esferas. El mayor Pitt es, en efecto, director de Proyectos Especiales de la NUMA, e hijo

del senador George Pitt. Ambos están trabajando en una investigación oceanográfica vital para los intereses del gobierno, por lo que debe ofrecerles toda la ayuda y cortesía posibles. Además, se ruega informar al mayor Pitt de que el almirante Sandecker le solicita que cuide de las mujeres frías». Lo firmaba el Comandante de la Guardia Costera.

—La defensa no tiene nada que agregar —declaró Pitt, saboreando cada sílaba hasta el final. Sandecker, ese viejo zorro, había utilizado su influencia para convencer al comandante de la Guardia Costera de que participara en el juego. Con un hondo suspiro, devolvió a Koski el mensaje.

—Debe ser muy provechoso tener amigos en puestos importantes —dijo Koski algo furioso.

—Suele ser útil.

—No me queda otra alternativa que darme por satisfecho —dijo el capitán, y añadió—: No quiero violar ningún secreto sagrado, pero ¿la última parte del mensaje estaba en código?

—No es un gran secreto —repuso Pitt—. El almirante Sandecker nos dice a su manera que nos dirijamos a Islandia después de estudiar el iceberg.

Koski permaneció un momento inmóvil, sin decir nada. Movi6 la cabeza, perplejo, y aún seguía haciéndolo cuando Hunnewell golpeó la mesa con el puño.

—Aquí está, caballeros —dijo—. La ubicación exacta de nuestro barco fantasma, kilómetros cuadrados más o menos... —Hunnewell estuvo magnífico. Si había advertido la tensión vivida en la sala de control poco antes, no lo demostró en ningún momento. Dobló el mapa y lo guardó en el bolsillo de su abrigo—. Mayor Pitt, creo conveniente partir lo antes posible.

—Como usted diga —repuso Pitt amablemente—. Puedo tener el helicóptero preparado para partir en diez minutos.

—Muy bien —asintió Hunnewell—. En estos momentos nos encontramos en la zona donde el iceberg fue avistado por el avión patrullero. Según mis cálculos, a la velocidad actual de flotación, el iceberg alcanzará los lindes de la corriente del Golfo mañana. Si el cálculo del tamaño que hizo la patrulla es correcto, la montaña de hielo ya se está fundiendo a razón de mil toneladas por hora. Cuando llegue a las aguas más cálidas de la corriente del Golfo, durará como mucho diez días. Lo único que no sabemos es cuándo la nave rusa se desprenderá del hielo... Es probable que esto ya haya ocurrido... De todas formas, esperemos que no sea así y siga atrapada en el iceberg unos cuantos días más.

—¿A qué distancia de vuelo calcula que se encuentra nuestro objetivo? —preguntó Pitt.

—Aproximadamente a noventa kilómetros —dijo Hunnewell.

—En cuanto despeguen, reduciré la velocidad a un tercio y mantendré un rumbo de 1-0-6 grados —dijo Koski a Pitt—. ¿Cuánto tiempo calcula que tardarán en regresar al Catawaba?

—Unas tres horas y media aproximadamente —dijo Pitt.

Koski se mostró pensativo.

—Cuatro horas... Si pasan cuatro horas y no han regresado, iré en su busca.

—Gracias, comandante —dijo Pitt—, le agradezco sinceramente su preocupación.

Koski sabía que era cierto.

—¿Está seguro de que no puedo acercarme más al Catawaba a la zona del iceberg? Si tienen algún accidente o se ven obligados a saltar al agua, dudo de que pueda auxiliarlos a tiempo. En aguas a cinco grados de temperatura, un hombre vestido no puede vivir más de veinticinco minutos.

—Tendremos que correr ese riesgo —contestó Pitt. Tomó el último sorbo de su café y, contemplando ociosamente la taza vacía, añadió—: Tal vez los rusos y sospechen algo, puede que alguno de sus pesqueros divisara el domingo su barco guardacostas en una zona ajena a su área de patrulla habitual. Por eso recorreremos el último tramo con el helicóptero. Podemos mantenernos a una altura lo bastante baja como para evitar que nos descubran con el radar, y al mismo tiempo evitar que nos divisen. Además, el tiempo es importante. Un helicóptero puede llegar a la ubicación del Novgorod y alejarse de ella en menos tiempo que el Catawaba.

—Está bien —suspiró Koski—. Usted decide. Pero no deje de estar de vuelta en la plataforma de aterrizaje a las... —Vaciló, consultó su reloj y dijo—: No más tarde de las diez y media. —Luego sonrió—. Si se porta bien y llega a la hora fijada, lo esperaré con una botella de Johnnie Walker.

—Vaya, eso es lo que yo llamo un excelente incentivo —dijo Pitt sonriendo.

Esto no me gusta —gritó Hunnewell para hacerse oír por encima del estrépito del motor del helicóptero—. Ya deberíamos haber avistado algo.

Pitt consultó su reloj.

—Vamos bien de tiempo. Todavía nos quedan dos horas.

—¿No puede elevarse más? Si duplicamos nuestro alcance visual, nuestras posibilidades de descubrir al iceberg serán mayores.

Pitt negó con la cabeza.

—Imposible. También aumentaríamos la posibilidad de que nos descubran. Es más seguro mantener el helicóptero a cincuenta metros de altura.

—Tenemos que encontrarlo hoy —insistió Hunnewell, con una ansiosa expresión en su rostro de querubín—. Mañana puede ser demasiado tarde para un segundo intento.

Estudió un momento el mapa que tenía sobre las rodillas; después cogió unos binoculares y los enfocó hacia el norte, en dirección a varios icebergs que flotaban juntos.

—¿Ha visto algún iceberg que coincida con la descripción del que buscamos? —preguntó Pitt.

—Hace alrededor de una hora nos cruzamos con uno de tamaño y configuración parecida, pero no tenía tintura roja en las paredes —dijo Hunnewell mientras movía los binoculares escudriñando el océano oscuro y agitado, tachonado por cientos de enormes icebergs, algunos rotos y dentados, otros redondeados y lisos como objetos geométricos de papel blanco lanzados al océano—. Siento herido mi orgullo —agregó lúgubrememente—. Desde mis clases de trigonometría en la escuela, nunca me había equivocado tanto en mis cálculos.

—Tal vez un cambio en la dirección del viento haya arrastrado al iceberg en una dirección distinta.

—Difícil —dijo Hunnewell—. La masa de un iceberg es siete veces más grande que lo que aparece en la superficie. Nada, salvo una corriente oceánica, tiene el menor efecto sobre su movimiento. Fácilmente puede moverse con la corriente contra un viento de veinte nudos.

—Una fuerza irresistible y un objeto imposible de mover...

—Eso y mucho más... es algo casi indestructible —continuó Hunnewell sin dejar de mirar por los binoculares—. Por supuesto, se disgregan y disuelven poco después de llegar a las aguas cálidas del sur... Pero durante su paso hasta la corriente del Golfo, no ceden ante tormentas ni hombres. Contra los icebergs se han lanzado torpedos, cañonazos, dosis masivas de bombas de termita, y toneladas de polvo de carbón para absorber el sol y acelerar el proceso de deshielo. Los resultados han sido comparables al daño que podría sufrir una manada de elefantes después de ser bombardeada con hondas por una tribu de pigmeos anémicos.

El helicóptero de Pitt se inclinó bruscamente, para esquivar las escarpadas paredes de un enorme iceberg; una maniobra que obligó a Hunnewell a apretarse el estómago.

El científico volvió a consultar el mapa. Doscientos kilómetros cuadrados recorridos sin resultado alguno...

—Intentemos ir hacia el norte durante quince minutos —dijo—. Después vuelva al este hasta el borde del témpano de hielo, y dirijase al sur durante diez minutos antes de volver de nuevo al oeste.

—Un vuelo en cuadrado hacia el norte, a la orden —dijo Pitt, al tiempo que movía levemente los controles. El helicóptero experimentó un amplio balanceo hasta que la brújula indicó cero grados.

Los minutos pasaron y se multiplicaron, y la fatiga comenzó a mostrarse en las arrugas cada vez más profundas que rodeaban los ojos de Hunnewell.

—¿Cómo andamos de combustible?

—Esa es la menor de nuestras preocupaciones —contestó Pitt—. Los elementos que nos escasean en este momento son tiempo y optimismo.

—Debo admitir —dijo Hunnewell algo fatigado— que a mí se me acabó el optimismo hace un cuarto de hora.

Pitt apretó el hombro de Hunnewell, tratando de alentarlo.

—Aguante un poco, doctor. Nuestro esquivo iceberg puede estar a la vuelta de la esquina.

—Si lo está, ha desafiado todas las pautas conocidas de flotación.

—¿Es posible que la tormenta de ayer haya borrado la señal de tintura roja?

—Afortunadamente, no. La tintura contiene cloruro de calcio, un ingrediente necesario para que penetre en profundidad... La mancha tarda semanas, a veces meses en desaparecer.

—Eso nos deja una sola posibilidad...

—Sé lo que está pensando, pero se equivoca —contestó Hunnewell en tono terminante—. He colaborado de cerca con la Guardia Costera durante más de treinta años, y, que yo sepa, nunca se han equivocado a la hora de ubicar un iceberg.

—Nada que hacer, entonces. Un trozo de hielo de un millón de toneladas evaporado como...

Pitt dejó la frase sin terminar, en parte porque el helicóptero comenzaba a desviarse de su rumbo, en parte porque había divisado algo. Hunnewell quedó de pronto rígido en su asiento y se inclinó, apretando los binoculares contra sus órbitas.

—Ya lo tengo —exclamó.

Sin esperar una orden, Pitt hizo descender el helicóptero en la dirección indicada por los binoculares de Hunnewell.

—Tome —dijo el científico pasándole los prismáticos a Pitt—, eche una ojeada y dígame que mis viejos ojos no están viendo un espejismo.

Pitt hizo malabarismos con los binoculares y las palancas de comando del helicóptero, mientras se esforzaba por evitar que la vibración del motor desenfocara el iceberg.

—¿Puede distinguir la mancha roja? —preguntó ansioso Hunnewell.

—Como un chorro de dulce de fresa en medio de un helado de vainilla.

—No lo entiendo —confesó Hunnewell moviendo la cabeza—. Ese iceberg no tendría que estar ahí. Según todas las leyes conocidas sobre corrientes y flotación, debería estar por lo menos cien kilómetros al sureste de este lugar.

Pero allí estaba, posado en la nítida línea del horizonte, una alta mole de hielo, bellamente tallada por la naturaleza, grotescamente estropeada por sustancias químicas de hechura humana. Antes de que Pitt pudiera bajar los binoculares, los cristales de hielo del iceberg atrajeron el sol y reflejaron el brillo en sus ojos, con una intensidad que atravesó bruscamente las gafas protectoras. Momentáneamente cegado, ganó altura y alteró el rumbo unos grados para eliminar el resplandor. Hubo de pasar un minuto para que los fuegos artificiales que cegaban sus ojos se extinguieran.

Entonces, de pronto, Pitt advirtió una sombra tenue, casi imperceptible, en el

agua. Apenas tuvo tiempo de distinguir la oscura silueta mientras el helicóptero sobrevolaba las azules olas, a menos de cien metros por debajo de los patines de aterrizaje. El iceberg se hallaba todavía a casi ocho kilómetros de distancia cuando el helicóptero viró en amplio semicírculo hacia el este en dirección al Catawaba.

—¿Qué demonios le pasa? —inquirió Hunnewell.

Pitt no hizo caso de la pregunta.

—Me temo que tenemos huéspedes inoportunos —dijo.

—¡Disparates! No hay ningún barco ni avión a la vista.

—Llegan a la reunión por el sótano...

Hunnewell levantó las cejas con expresión interrogante. Después se desplomó lentamente en el asiento.

—¿Un submarino?

—Un submarino.

—Es muy posible que sea uno de los nuestros.

—Disculpe, doctor, pero no debe hacerse ilusiones.

—Dios, hemos llegado tarde —dijo Hunnewell.

—Todavía no —dijo Pitt mientras dirigía el helicóptero de nuevo hacia el iceberg—. Podemos estar sobre el iceberg dentro de cuatro minutos. El submarino tardará por lo menos media hora en llegar hasta él. Con un poco de suerte, podremos hallar lo que hemos venido a buscar y escapar a toda prisa antes de que lleguen ellos.

—Eso es un poco peligroso. —Hunnewell no parecía confiar demasiado en que Pitt estuviera en lo cierto—. Cuando los rusos nos vean correteando por el iceberg, vendrán a atacarnos.

—Me sorprendería que lo hicieran. Es verdad que el capitán de ese submarino ruso tiene a su disposición armas suficientes para hacernos volar en pedazos cuando se le antoje... Pero apuesto a que no correrá ese riesgo.

—¿Qué puede perder?

—Nada. Pero sería el responsable de un incidente internacional de vastas proporciones. En su situación, cualquier comandante que valga un rublo sabrá que nosotros estamos en constante contacto radiotelefónico con nuestra base de origen, de forma que podemos notificar de inmediato la posición del submarino y dar la alarma al primer disparo. De este lado del Atlántico, estamos en territorio norteamericano y él lo sabe. Está demasiado lejos de Moscú para hacerse el matón del barrio.

—Está bien, está bien —dijo Hunnewell—. Vamos allá, entonces. Supongo que hasta recibir una bala es mejor que seguir un minuto más sentado en esta licuadora.

Sin decir más, Pitt aterrizó suavemente en una pequeña zona plana de hielo que apenas medía seis metros de largo por tres y medio de ancho. Después, antes

de que las paletas giratorias se detuvieran definitivamente, él y Hunnewell saltaron de la carlinga al silencioso iceberg, preguntándose cuándo saldría a la superficie el submarino ruso, preguntándose qué hallarían bajo la helada mortaja que los separaba de las frías aguas hostiles. No veían nada vivo, no sentían nada vivo. Una fría brisa acariciaba suavemente sus mejillas, pero aparte de eso, no había nada, absolutamente nada.

Tensos minutos transcurrieron en silencio antes de que Pitt se decidiera a decir algo importante. Cuando por fin lo hizo, su voz le sonó como un vago susurro. «¿Por qué susurrar?», pensó. Hunnewell sondeaba el hielo a diez metros de allí; el submarino ruso, que en esos momentos flotaba inmóvil en la superficie, se hallaba a un cuarto de kilómetro de la orilla norte del iceberg. Finalmente, Pitt logró atraer la atención de Hunnewell con una voz todavía apagada por aquel silencio de catedral.

—Nos queda poco tiempo, doctor...

Aún le parecía posible que lo oyeran, pero los rusos no hubieran podido captar sus palabras ni aunque hubiese gritado.

—No soy ciego —contestó Hunnewell secamente—. ¿Cuánto tardarán en llegar?

—Están a unos cuatrocientos metros... Tardarán entre quince y veinte minutos en lanzar al agua un bote, remar desde el submarino y desembarcar...

—Pues no nos queda tiempo que perder —dijo Hunnewell con impaciencia.

—¿Ha encontrado algo?

—¡Nada! —vociferó Hunnewell—. El barco náufrago debe estar más hondo de lo que supuse —agregó mientras introducía febrilmente la sonda en el hielo—. Está aquí; tiene que estar aquí. Un barco de ese tamaño no puede haber desaparecido.

—Tal vez la Guardia Costera haya visto un navío fantasma.

Hunnewell hizo una pausa para ajustarse las gafas de sol.

—La vista podría haber engañado a la patrulla exploradora, pero no a su equipo de radar.

Pitt se acercó a la portezuela abierta del helicóptero. Fijó la mirada en Hunnewell, después de nuevo en el submarino, y un segundo más tarde atisbaba el horizonte con los prismáticos. Examinó las diminutas figuras que brotaban de las escotillas del submarino y recorrían rápidamente la cubierta azotada por el mar. En menos de tres minutos quedó inflado un bote para seis tripulantes que fue lanzado junto al casco y abordado por un grupo de hombres que empuñaban armas automáticas. Entonces las ondulantes aguas azules trajeron un confuso estallido. Ese ruido bastó... bastó para que Pitt redujera drásticamente su cálculo

de tiempo.

—Ya vienen. Son cinco, tal vez seis, no lo sé con certeza.

—¿Están armados? —preguntó Hunnewell.

—Hasta los dientes.

—¡Dios santo, hombre! —gritó Hunnewell con irritación—. No se quede ahí con la boca abierta; ayúdeme a buscar ese barco.

—Olvídelo —dijo Pitt con calma—. Los rusos estarán aquí dentro de cinco minutos.

—¿Cinco minutos? Usted dijo...

—No conté con que su bote tendría un motor fuera borda.

Hunnewell, consternado, contempló el submarino.

—¿Cómo se han podido enterar de la existencia del barco náufrago? ¿Cómo habrán logrado saber su ubicación?

—No es ninguna hazaña —dijo Pitt—. Sin duda, dado que no se trataba de secreto reservado, alguno de sus agentes del KGB en Washington tuvo acceso al informe de la Guardia Costera sobre el descubrimiento; así pues, han debido enviar a la zona a todos los pesqueros y submarinos que tenían de este lado del Atlántico en busca del témpano. Es una lamentable coincidencia para nosotros, pero afortunada para ellos, que ambos hayamos descubierto el iceberg al mismo tiempo.

—Parece que hemos perdido la partida —dijo lúgubrememente Hunnewell—. Ellos han ganado, y nosotros somos los perdedores. Maldición, si tan sólo pudiéramos localizar el casco del barco hundido, al menos podríamos destruirlo con bombas de termita y así evitar que los rusos se apoderaran de él.

—El vencedor se lleva el botín —murmuró Pitt—. Un millón de toneladas del mejor, más puro y genuino hielo de Groenlandia en el océano Atlántico. —Aunque desconcertado, Hunnewell nada dijo. La aparente indiferencia de Pitt no tenía sentido—. Dígame, doctor, ¿qué fecha es hoy? —continuó Pitt.

—¿La fecha? —repitió Hunnewell, confuso—. Hoy es miércoles, 26 de marzo.

—Nos adelantamos —dijo Pitt—. Faltan tres días para el primero de abril.

—Este no es el momento ni el lugar para frivolidades —dijo Hunnewell con voz dura y brusca. En inglés, April's Fool's Day, día de los inocentes en los países de habla inglesa.

—¿Por qué no? Alguien nos ha jugado una broma a nosotros y a esos idiotas —contestó Pitt, señalando a la partida de desembarco que se aproximaba con rapidez—. Usted, yo, los rusos, somos protagonistas de la comedia más graciosa que se haya visto jamás en el Atlántico Norte. El último acto culmina cuando todos nos enteramos de que en este iceberg no hay ningún barco. —Hizo una pausa para exhalar una columna de humo—. De hecho, nunca lo hubo.

Hunnewell no entendió a qué se refería Pitt, pero experimentó un atisbo de

esperanza.

—Continúe —dijo.

—Además del contacto por radar, la tripulación del avión patrullero informó que habían avistado el contorno de un barco en el hielo. Sin embargo, nosotros no vimos nada antes de aterrizar. Eso ya no es lógico. Ellos iban en un avión, volando a una velocidad probable de doscientos kilómetros por hora. En todo caso, nuestras posibilidades de divisar algo desde un helicóptero en vuelo eran mucho mayores.

Hunnewell, pensativo, parecía sopesar las palabras de Pitt.

—No sé con certeza qué sugiere... —Después, súbitamente, sonrió, recobrando su habitual animación—. Pero ya me estoy acostumbrando a su astucia; debe tener algo escondido en la manga.

—No se trata de magia. Usted mismo lo dijo: según todas las leyes conocidas sobre corriente y flotación, este iceberg debería encontrarse cien kilómetros al suroeste.

—Es cierto —afirmó Hunnewell, mirando a Pitt con renovado respeto—. Y como conclusión, ¿qué piensa exactamente?

—No qué, sino quién, doctor. Alguien nos ha llevado de la nariz, como suele decirse... Alguien ha quitado la tintura roja del iceberg que contiene el barco perdido y ha arrojado un nuevo frasco de sustancia química sobre otro a cien kilómetros del lugar correcto...

—Por supuesto, el iceberg que sobrevolamos hace horas. Igual tamaño, configuración y peso... pero sin mancha roja.

—Allí encontraremos el barco misterioso —dijo Pitt—. En el preciso lugar donde usted calculó que debía estar.

—Pero ¿quién está burlándose de nosotros? —preguntó Hunnewell intrigado—. Es obvio que no son los rusos, ya que están tan confundidos como nosotros...

—Por el momento, eso no importa —contestó Pitt—. Lo importante es despedirnos afectuosamente de este palacio de hielo flotante y remontar el vuelo. Nuestros visitantes inoportunos han llegado... —Señaló con la cabeza la pendiente del iceberg—. ¿No se ha dado cuenta?

Hunnewell no lo había advertido, pero entonces los vio. El primer integrante de la cuadrilla de desembarco proveniente del submarino saltó al borde del hielo. Pocos segundos después, otros cinco hombres desembarcaron en el iceberg y se dirigieron con cautela hacia Pitt y Hunnewell. Iban bien armados y vestían de negro, lo cual los identificaba como infantes de marina rusos. Aun a cien metros de distancia, Pitt pudo distinguir la inequívoca expresión de quienes sabían exactamente qué se disponían a hacer.

Pitt subió con tranquilidad al helicóptero, accionó el interruptor de ignición y empujó el arranque. Antes de que las paletas giratorias iniciaran su primera vuelta, Hunnewell se acomodó en el asiento del pasajero y se ciñó el cinturón de

seguridad.

Cuando se aprestaba a cerrar la puerta de la carlinga, Pitt se asomó y, rodeándose la boca con las manos, gritó a los rusos que avanzaban:

—¡Que lo pasen bien, pero no olviden recoger los desechos!

El oficial que encabezaba el grupo de los tripulantes del submarino lo oyó gritar, pero se encogió de hombros en señal de que no entendía. Estaba seguro de que el norteamericano no se molestaría en traducir al ruso lo que había dicho, y para indicar a los ocupantes del helicóptero sus intenciones pacíficas, bajó su arma automática y los saludó con la mano, mientras Pitt y Hunnewell, cediéndoles la posesión del iceberg, se elevaban hacia el radiante cielo azul.

Sin prisas, Pitt condujo el helicóptero a la velocidad mínima, manteniendo rumbo al norte durante quince minutos. Entonces, una vez que estuvieron fuera del alcance visual y de radar del submarino, viró en un amplio círculo hacia el suroeste, y a las 11.15 encontraron la nave náufraga.

Mientras se aproximaban al gigante de hielo, Pitt y Hunnewell compartieron una extraña sensación de vacío. No era sólo el final de largas horas de incertidumbre, (ya habían sobrepasado el límite de tiempo establecido por el comandante Koski), sino la misteriosa apariencia de aquel barco. Ni uno ni otro habían visto jamás algo parecido. Una atmósfera de aterradora desolación, que no pertenecía a la tierra, sino a algún planeta muerto y lejano, rodeaba el iceberg. Solamente los rayos del sol quebraban esa inmovilidad, penetrando el hielo y distorsionando las líneas del casco y la superestructura de la nave hasta convertirlas en una serie de cambiantes sombras abstractas. Era una visión tan irreal que a Pitt le fue difícil aceptar el hecho mismo de su existencia. Mientras ajustaba los controles y bajaba el helicóptero hasta el hielo, previo que el navío sepultado desaparecería en cualquier momento.

Pitt procuró aterrizar en un sitio liso, cerca de la orilla del iceberg, pero el ángulo del hielo resultó demasiado empinado; finalmente, descendió directamente sobre el barco náufrago. Hunnewell saltó del helicóptero poco antes de que los patines tocaran el hielo, y ya había recorrido la silueta del barco de proa a popa cuando Pitt se reunió con él.

—Raro, rarísimo —murmuró Hunnewell—. Nada sobresale de la superficie, ni siquiera los mástiles ni la antena del radar. Hasta el último centímetro cuadrado se halla sólidamente aprisionado en el hielo.

Pitt sacó del bolsillo de su chaqueta de vuelo un pañuelo, con el que se sonó la nariz antes de olfatear el aire como si lo probara.

—¿No siente un olor extraño, doctor?

Hunnewell echó atrás la cabeza e inhaló con lentitud.

—Hay cierto olor... aunque demasiado débil. No logro identificarlo.

—Es que usted no suele frecuentar los sitios adecuados —sonrió Pitt—. Si saliera con más frecuencia de su laboratorio y aprendiera algo acerca de la vida,

reconocería el nítido olor a basura quemada.

—¿De dónde proviene?

Pitt señaló con la cabeza el barco helado que tenían bajo los pies.

—De ahí abajo, por supuesto...

Hunnewell movió la cabeza en un gesto de negación.

—Imposible. Es un hecho científico que no se puede oler desde afuera una sustancia inorgánica que está dentro de un bloque de hielo.

—Mi vieja nariz nunca miente —repuso Pitt, mientras abría su chaqueta de vuelo, ya que el calor de mediodía empezaba a vencer el frío—. Debe haber alguna grieta en el hielo.

—Usted y su nariz... —comentó ácidamente Hunnewell—. Sugiero que deje de jugar al sabueso y empiece a colocar las cargas de termita. El único modo de penetrar en este barco será fundir la cobertura del hielo.

—Correríamos un riesgo.

—Confíe en mí —dijo Hunnewell sin alterarse—. No pienso partir el iceberg y perder el barco, el helicóptero y a nosotros mismos. He pensado poner cargas explosivas pequeñas al principio para que podamos descender poco a poco.

—No pensaba en el iceberg, sino en el barco. Es muy posible que los tanques de combustible hayan reventado y el gasóleo bañe toda la quilla. Si cometemos un error y encendemos aunque sea una gota, el barco arderá como un fósforo.

Hunnewell golpeó el duro hielo con un pie.

—¿Cómo piensa atravesar esto, con un punzón para hielo?

—Doctor Hunnewell —dijo Pitt con voz queda—, no discutiré el hecho de que su nombre es famoso en todas partes por su excepcional intelecto científico. Sin embargo, como a la mayoría de los supercerebros, le es difícil resolver los problemas cotidianos y vulgares. Cargas de termita, punzones para hielo, dice usted. ¿Por qué molestarse con sistemas complejos y trabajosos cuando podemos recurrir simplemente al método del «ábrete sésamo»?

—Está pisando hielo glacial —observó Hunnewell—. Es duro y sólido. No puede atravesarlo caminando.

—Discúlpeme, amigo mío, pero se equivoca por completo —dijo Pitt.

Hunnewell lo miró con suspicacia.

—¡Demuéstrelo!

—Quiero decir que el trabajo duro ya está hecho. Es obvio que nuestro Maquiavelo y su alegre banda de laboriosos ayudantes estuvieron aquí antes que nosotros. Observe, por favor —y señaló dramáticamente hacia arriba.

Elevando intrigado una ceja, Hunnewell miró en la dirección indicada y examinó con atención la vasta fachada de la empinada ladera de hielo. En los bordes exteriores y cerca de la base inferior, a sólo unos metros de donde se encontraban, el hielo era liso y parejo. Pero desde la cima hasta la mitad de la pared, el hielo estaba tan agujereado como la superficie lunar.

—Vaya, vaya —murmuró Hunnewell—. Parece, en efecto, que alguien se tomó mucho trabajo para eliminar la mancha de tinte roja lanzada por la patrulla costera... —Después de mirar detenidamente el elevado pináculo de hielo, se volvió hacia Pitt—. ¿Por qué habrán raspado la mancha a mano cuando podrían haberla borrado fácilmente con explosivos?

—No puedo contestar a eso —dijo Pitt—. Tal vez temieran romper el iceberg, o tal vez no tenían explosivos en ese momento, ¿quién sabe? Sin embargo, apuesto un mes de sueldo a que nuestros avisados amigos no se limitaron a raspar hielo. Estoy seguro de que encontraron un modo de entrar en el barco.

—Así que ahora sólo tenemos que descubrir el cartel luminoso que señale la entrada —dijo Hunnewell en tono sarcástico. No estaba habituado a que lo aventajaran en perspicacia, y por la expresión de su rostro era evidente lo mucho que esto le disgustaba.

—Un lugar blando en el hielo sería más adecuado.

—Supongo que se refiere a una tapa camuflada sobre algún túnel de hielo.

—Sí, había pensado en ello.

El doctor atisbo a Pitt por encima de sus gafas.

—Manos a la obra, entonces. Si nos quedamos aquí hablando es probable que se me congelen los testículos.

Aunque no debería haber sido tan difícil, ni mucho menos, el caso es que no resultó tan fácil como Pitt había imaginado. Lo imprevisible ocurrió cuando Hunnewell perdió pie en la cuesta y resbaló hacia un empinado reborde que asomaba al mar helado. Cayó, manoteando desesperadamente el hielo, arañando y rompiéndose las uñas al tratar de aferrarse a la dura superficie. Retrasó por momentos su caída, pero no lo suficiente. Todo ocurrió tan deprisa que sus tobillos asomaban al borde del abismo cuando se le ocurrió gritar pidiendo auxilio.

Pitt estaba retirando un trozo de hielo suelto cuando oyó el grito. Al volverse y advertir la apurada situación de Hunnewell, tuvo una instantánea impresión de lo imposible que sería el rescate si el doctor cayera en las aguas heladas, y en un solo veloz movimiento se sacó la chaqueta de vuelo y se lanzó cuesta abajo en un salto acrobático, los pies por delante, las piernas absurdamente levantadas.

Hunnewell, presa del pánico, vio en la acción de Pitt un acto de locura.

—¡Oh, Dios, no, no! —gritó.

Pero nada podía hacer, sólo mirar cómo Pitt se lanzaba hacia él como un trineo. «Tal vez hubiera existido alguna posibilidad —pensó— si Pitt se hubiera quedado en el iceberg». Pero en esos momentos parecía seguro que ambos morirían juntos en las heladas aguas saladas. Por su cabeza pasaron las palabras del comandante Koski: «Veinticinco minutos». Veinticinco minutos era todo lo que un hombre podía aguantar vivo en aguas a cinco grados de temperatura. Pero aunque tuvieran todo el tiempo a su disposición, una vez en el agua, jamás podrían preparar de vuelta a los lisos costados del iceberg.

De haber tenido algunos valiosos instantes para pensarlo, no hay duda de que Pitt habría estado de acuerdo con Hunnewell. Realmente parecía un loco, deslizándose por el hielo con los pies alzados por encima de su cabeza. De pronto, cuando apenas la faltaba el largo de una pierna para chocar contra Hunnewell, Pitt bajó los pies con una potencia y una velocidad que, aun en tan desesperadas circunstancias, le arrancaron un gruñido de dolor cuando sus talones atravesaron violentamente el hielo, se hundieron con tenacidad y detuvieron su descenso con una sacudida que le estremeció los músculos. Entonces, como impulsado por el instinto, en el mismo movimiento arrojó a Hunnewell una manga de su chaqueta.

El aterrorizado científico no necesitó que le insistieran. Se aferró a la tela con fuerza y se colgó de ella, temblando durante casi un minuto, a la espera de que su maduro corazón latiera a un ritmo más normal. Una temerosa mirada con el raballo del ojo le permitió advertir lo que sus sentidos entumecidos no podían sentir: el filo del precipicio de hielo le oprimía la cintura a la altura del ombligo.

—Cuando esté en condiciones —dijo Pitt con voz serena, aunque con perceptibles rastros de tensión—, procure trepar hacia mí.

Hunnewell movió la cabeza en un gesto de negación.

—No puedo —murmuró con voz ronca—. Apenas si puedo sostenerme.

—¿No encuentra dónde apoyar el pie?

Sin contestar, Hunnewell se limitó a mover de nuevo la cabeza.

Inclinándose más sobre sus propias piernas estiradas, Pitt aferró con más fuerza la chaqueta.

—Estamos todavía aquí gracias a dos duros tacos de goma y no a abrazaderas de acero. El hielo no tardará mucho en partirse alrededor de ellos —dijo con una sonrisa, intentando alentar a Hunnewell—. No haga ningún movimiento brusco. Voy a izarlo fuera del precipicio.

Esta vez Hunnewell movió la cabeza en un gesto de asentimiento. Le dolía el estómago, le latían las puntas de sus desgarrados dedos, su cara empapada en sudor reflejaba terror y angustia. Una cosa, una sola cosa, le llegaba a través del manto de miedo que lo envolvía: la decidida expresión de la mirada de Pitt. Hunnewell miró con fijeza su rostro enjuto y tostado, y en ese momento supo que la fuerza y seguridad interiores de ese hombre era un asidero para su mente aterrada.

—Deje de sonreír como un idiota y empiece a tirar —dijo con voz débil.

Cautelosamente, poco a poco, Pitt izó al doctor. Sesenta torturantes segundos tardó en tener la cabeza de Hunnewell a la altura de sus rodillas. Entonces Pitt, primero con una mano y luego con la otra, soltó la chaqueta y sujetó a Hunnewell por las axilas.

—Esta ha sido la parte fácil —bromeó Pitt—. El próximo ejercicio le toca a usted.

Con las manos ya libres, el científico se pasó una mano por la sudorosa

frente.

—No puedo garantizarle nada.

—¿Tiene a mano su compás?

—En el bolsillo de la chaqueta —dijo desconcertado por un instante.

—Muy bien —murmuró Pitt—. Ahora trepe por encima de mí y estírese todo lo que pueda. Cuando tenga los pies bien afirmados sobre mis hombros, saque el compás y clávelo en el hielo.

—¡Una escala humana! —exclamó Hunnewell, comprendiendo de pronto—. Es usted muy ingenioso, mayor.

Hunnewell trepó por encima del cuerpo de Pitt, forcejeando como una locomotora al ascender las montañas Rocosas. Entonces, con los tobillos bien aferrados por las manos de Pitt, el científico sacó el compás con puntas de acero que solía utilizar para calcular distancias en los mapas y lo clavó profundamente en el hielo.

—Ya está —dijo Hunnewell.

—Ahora repetiremos el proceso —declaró Pitt—. ¿Puede aguantar?

—Dese prisa —repuso Hunnewell—. Tengo las manos casi entumecidas.

Tentativamente, con un talón todavía incrustado en el hielo como medida de seguridad, Pitt probó su peso sobre las piernas de Hunnewell. El compás se mantuvo firme. Con la rapidez y soltura de un gato, trepó por encima del doctor, sintió que sus manos tanteaban el borde de la cuesta, donde ésta se nivelaba, y trepó retorciéndose hasta terreno firme. No perdió ni un instante. Casi de inmediato, según le pareció a Hunnewell, Pitt arrojó una soga de nailon desde el helicóptero. Medio minuto más tarde, el pálido y exhausto oceanógrafo se sentó en el hielo a los pies de Pitt.

Hunnewell lanzó un gran suspiro y miró el aliviado rostro de Pitt.

—¿Sabe lo primero que haré cuando llegemos a la civilización?

—Sí —sonrió Pitt—. Me pagará la cena más exquisita de todo Reykiavik, comprará todo el licor que yo pueda beber y me presentará a una ninfómana islandesa, sensual y opulenta.

—La cena y la bebida son tuyas, se lo debo. En cuanto a la ninfómana, no le prometo nada. Han pasado tantos años desde la última vez que negocié para conseguir los encantos de una mujer que temo haber perdido mis facultades para ello.

Riendo, Pitt dio una palmada en el hombro de Hunnewell y lo ayudó a incorporarse.

—No se preocupe, viejo amigo. De las mujeres me ocupo yo. —Se interrumpió de pronto y dijo con brusquedad—: Tiene las manos como si las hubiera pasado por una piedra de afilar.

Hunnewell levantó las manos y contempló con indiferencia sus dedos sangrantes.

—En realidad, no están tan mal como parecen. Un poco de antiséptico y una manicura las dejarán como nuevas.

—Venga —dijo Pitt—. En el helicóptero hay un botiquín de primeros auxilios.

Pocos minutos más tarde, mientras Pitt ataba el último pequeño vendaje, Hunnewell preguntó:

—¿Encontró la entrada del túnel antes de que yo cayera rodando?

—Fueron muy hábiles —dijo Pitt—. Toda la circunferencia de la tapa de entrada está biselada y concuerda perfectamente con el hielo circundante. Si alguien no se hubiera descuidado abriendo un pequeño asidero, habría pasado por encima sin verla.

El rostro de Hunnewell se oscureció de pronto.

—Este condenado iceberg —dijo con tono sombrío—, juro que nos guarda una enemistad personal.

Flexionó los dedos mientras estudiaba detenidamente los ocho pequeños vendajes que ocultaban las puntas. Parecía tener la vista cansada, y en su rostro se reflejaba la fatiga.

Mientras tanto Pitt levantó una plancha de hielo redonda de un metro de diámetro y de ocho centímetros de grosor, y apareció un túnel toscamente perforado y apenas lo bastante grande como para permitir que un hombre penetrara en él arrastrándose. Instintivamente apartó la cabeza; un potente y acre hedor a pintura, tela y combustible quemados, mezclado con el de metal fundido a soplete, se elevó de la abertura.

—Esto demuestra que puedo detectar olores a través de un cubo de hielo —comentó Pitt.

—Sí, ha aprobado usted la prueba olfativa —dijo Hunnewell, socarrón—. Pero ha fracasado lamentablemente en su teoría de la carga de termita. Ahí abajo sólo hay un cascarón incendiado. —Hizo una pausa para mirar a Pitt con aire sabiendo por encima de sus gafas—. Podríamos haber estado dinamitando este iceberg hasta el verano próximo sin causar daño alguno al barco.

Pitt se encogió de hombros.

—A veces se acierta, a veces no... —dijo, mientras daba una linterna a Hunnewell—. Yo iré primero. Deme cinco minutos, después sígame.

Hunnewell se puso en cuclillas al borde del túnel de hielo mientras Pitt se arrodillaba para entrar en él.

—Dos. Le daré dos minutos, nada más. Después iré detrás de usted.

El túnel, iluminado por los rayos del sol reflejados en los cristales de hielo de la superficie, descendía diez metros en un ángulo de treinta grados, hasta detenerse en las ennegrecidas chapas de acero, carbonizadas y dobladas, del casco. El hedor era tan intenso que a Pitt le costaba respirar. Tratando de protegerse del irritante olor, se arrastró hasta hallarse a treinta centímetros del metal quemado. Así descubrió que el túnel se curvaba y seguía paralelo al casco

durante tres metros más, hasta terminar finalmente en una escotilla abierta, brutalmente retorcida y deformada. Pensó, maravillado, en las elevadas temperaturas que habían causado tal destrozo.

Cuando arrastrándose alcanzó el dentado borde de la escotilla, se incorporó y movió la luz de la linterna para contemplar los muros deformados por el calor. Era imposible deducir la finalidad de aquel compartimiento. La terrible intensidad del fuego lo había destruido por completo. Pitt sintió un súbito temor hacia lo desconocido. Por un momento permaneció inmóvil, obligando a su mente a recobrar el dominio de sus emociones, luego, caminando por encima de los desechos, se dirigió a la puerta que conducía al pasadizo. Allí enfocó la linterna hacia la oscuridad.

El rayo de luz recorrió el negro recinto hasta la escalera que comunicaba con una cubierta inferior. El corredor estaba vacío, sólo se veían los carbonizados restos de una alfombra. Lo espectral era el silencio. No había crujidos de chapas, ni vibrar de motores, ni chapoteo del agua contra un casco cubierto de algas; sólo la total ausencia de sonido del vacío. Durante un largo minuto vaciló en la entrada. Su primer pensamiento, mejor dicho, su primera convicción, fue que algo había salido mal, terriblemente mal en los planes del almirante Sandecker. No era aquello lo que ellos habían esperado encontrar.

Hunnewell atravesó la escotilla y se reunió con él. De pie junto a Pitt, contempló con fijeza las ennegrecidas paredes, el metal deformado y cristalizado y las bisagras fundidas que antes sostenían una puerta de madera. Con aire fatigado, se apoyó en la entrada, tenía los ojos semicerrados y movía la cabeza tratando de salir de su estupor.

—Hallaremos bien poco de utilidad.

—No encontraremos nada —repuso Pitt con firmeza—. Lo que pudo haber dejado el fuego, no hay duda de que se lo llevaron nuestros desconocidos amigos. —Como para subrayar sus palabras, paseó el rayo de luz de su linterna por el suelo, y pudieron ver varias huellas de pisadas superpuestas en el hollín, que iban hasta la escotilla abierta y volvían de ella—. Veamos qué estuvieron haciendo.

Salieron al pasillo, pisando cenizas y restos de objetos quemados en la cubierta para llegar al compartimiento contiguo, donde entraron. Aquél había sido el cuarto de radio. Era difícil identificar los restos del incendio. La litera y los muebles eran esqueletos de madera carbonizada; lo que quedaba del equipo de radio, un revoltijo congelado de metal fundido y gotas endurecidas de soldadura sucia. Aunque ambos se habían habituado al hedor abrumador y al grotesco escenario incendiado, no estaban ni remotamente preparados para la forma espantosamente distorsionada que vieron en la cubierta.

—¡Oh, Dios santo! —exclamó Hunnewell.

Y dejó caer su linterna, que rodó por la cubierta hasta chocar contra los restos, horriblemente desfigurados, de una cabeza, iluminando la calavera y los

dientes que emergían de la carne incinerada.

—No le envidio su muerte —murmuró Pitt.

El horrendo espectáculo fue excesivo para Hunnewell, quien se dirigió tambaleándose hasta un rincón donde vomitó durante varios minutos. Cuando finalmente regresó junto a Pitt, parecía recién salido de la tumba.

—Lo siento —dijo avergonzado—. Es la primera vez que veo un cadáver quemado. No tenía la menor idea de que fuera tan horrible. A decir verdad, nunca pensé en ello. No es un espectáculo agradable, ¿verdad?

—No hay cadáveres agradables —dijo Pitt, que empezaba a sentirse también un poco mareado—. Si este montón de cenizas es indicio de lo que vendrá, creo que encontraremos por lo menos otros catorce parecidos.

Con una mueca, Hunnewell se agachó para recoger su linterna. Luego sacó del bolsillo una libreta y, sosteniendo la linterna bajo el brazo, hojeó varias páginas.

—Sí, tiene razón. El barco partió con seis tripulantes y nueve pasajeros; quince en total. —Con cierta dificultad, encontró otra página—. Este pobre diablo debe ser el radiotelegrafista, Svendborg; Gustav Svendborg.

—Tal vez sí, tal vez no. El único que puede decirlo con seguridad es su dentista.

Con la mirada fija en lo que antes había sido un hombre de carne y hueso, que respiraba, Pitt trató de imaginarse su muerte. Una ardiente pared de llamas rojas y anaranjadas, un alarido espectral, la quemante sacudida de un dolor que empujaba la mente a una locura instantánea, y los miembros del cuerpo agitándose en la contorsionada danza de la muerte. «Morir quemado —pensó—, pasar los últimos segundos de vida en una agonía indescriptible, es un final aborrecido por todos, hombres y animales».

Pitt se arrodilló para examinar más el cadáver. Aguzó la mirada y apretó los labios. Debió ser casi como él lo había imaginado, pero había algo más. La figura carbonizada estaba acurrucada en posición fetal, con las rodillas recogidas a la altura de la barbilla y los brazos apretados a los costados, contraídos sobre la carne por el intenso calor. Pero otra cosa atrajo la atención de Pitt, que enfocó la linterna alrededor del cadáver para iluminar tenuemente las retorcidas patas de acero de la silla del radiotelegrafista que sobresalían por debajo de los desfigurados restos humanos.

Con el rostro desprovisto de color, Hunnewell preguntó:

—¿Qué encuentra de tan interesante en esa cosa macabra?

—Fíjese —contestó Pitt—. Parece que el pobre Gustav estaba sentado en el momento de morir. Su silla se quemó literalmente debajo de su cuerpo.

Sin decir nada, Hunnewell se limitó a interrogar a Pitt con la mirada.

—¿No le parece extraño —continuó Pitt— que un hombre pueda morir tranquilamente quemado sin molestarse en ponerse de pie para tratar de escapar?

—Eso nada tiene de extraño —dijo Hunnewell, imperturbable—. Es probable que el fuego lo rodeara mientras estaba inclinado sobre el transmisor enviando una señal de auxilio. —La angustia comenzó a ahogarlo de nuevo—. ¡Dios!, no le devolveremos la vida con nuestras conjeturas. Salgamos de aquí y exploremos el resto del barco mientras aún puedo caminar.

Pitt asintió, al tiempo que se volvía hacia la puerta. Juntos se internaron en las entrañas de la nave náufraga. La sala de máquinas, la cocina, el salón; dondquiera que miraran se repetía el mismo horrendo espectáculo de muerte que habían visto en la sala de radio. Cuando descubrieron los cadáveres decimotercero y decimocuarto en la caseta del timón, el estómago de Hunnewell ya estaba inmunizado. Consultó varias veces más su libreta, marcando ciertas páginas con un lápiz hasta que le quedó un solo nombre sin tachar.

—Ya están casi todos —dijo mientras cerraba la libreta—. Los hemos encontrado a todos, salvo al hombre que vinimos a buscar.

Pitt encendió un cigarrillo y exhaló una larga nube de humo azul, mientras parecía reflexionar.

—Están todos tan carbonizados que es imposible reconocerlos. Podría ser cualquiera de los que hemos visto.

—Pero no lo era —dijo Hunnewell en tono terminante—. El cadáver que buscamos no debe ser demasiado difícil de identificar, al menos no para mí. —Y agregó tras una pausa—: Yo lo conocía bastante bien, ¿sabe?

Pitt arqueó las cejas en un gesto de sorpresa.

—No, no lo sabía.

—No es un secreto —respondió el científico, mientras echaba aliento en los cristales de sus gafas y los limpiaba con un pañuelo—. Hemos mentido, intrigado y arriesgado nuestras vidas para encontrar a ese hombre, a quien lamentablemente, es probable que hallemos muerto. Asistió hace seis años a uno de mis cursos en el Instituto oceanográfico. Era un individuo brillante. Lástima que haya terminado así —agregó señalando las dos figuras quemadas sobre cubierta.

—¿Cómo puede tener la certeza de que podrá distinguirlo de los demás? —quiso saber Pitt.

—Por sus anillos. Le gustaban especialmente. Llevaba anillos en todos los dedos, salvo en los pulgares.

—Los anillos no constituy en una identificación terminante.

Hunnewell esbozó una pequeña sonrisa.

—También le falta un dedo del pie izquierdo. ¿Será suficiente?

—Sí —asintió Pitt, pensativo—. Pero ningún cadáver de los que hemos visto concuerda con esas características. Y ya hemos recorrido todo el barco.

—Aún no... —Hunnewell sacó de la libreta un papel que desplegó bajo la luz de su linterna—. Éste es un toco plano del barco. Calqué una copia del original

que figura en los archivos marítimos. —Señaló el papel doblado—. Mire aquí, justo al lado de la sala de mapas. Una angosta escalera baja hasta un compartimiento situado justamente debajo de una falsa chimenea. Es la única entrada.

Pitt estudió el plano, luego se volvió hacia la puerta y se detuvo fuera de la sala de mapas.

—En efecto, la abertura está aquí. La escalera está totalmente quemada, pero lo que queda del soporte de los escalones bastará para sostener nuestro peso.

El aislado compartimiento, situado en el centro exacto del casco, sin ojos de buey, estaba más destruido aún que los demás; el blindaje de acero de las paredes se doblaba hacia afuera, encorvándose como arrugadas hojas de papel. Al parecer estaba vacío. Tras el incendio, no quedaba ni rastro de los muebles. Pitt se disponía a arrojarse para remover las cenizas en busca del cadáver, cuando Hunnewell lanzó un grito, al tiempo que caía de rodillas.

—¡Aquí! Aquí en el rincón... —dijo, y enfocó la linterna hacia los restos yacentes de lo que una vez había sido un hombre y entonces era un montón de huesos carbonizados, apenas discernible. Sólo se distinguían la mandíbula y la pelvis. Después el científico se agachó y limpió cuidadosamente una parte de los restos. Cuando se incorporó, sostenía en las manos varios trocitos de metal deformado.

—Quizá no sea una prueba definitiva, pero será difícil conseguir algo más concluyente.

Pitt tomó los fundidos trozos de metal y los sostuvo bajo la luz de la linterna.

—Recuerdo muy bien estos anillos —continuó Hunnewell—. Tenían engarces bellamente labrados a mano con incrustaciones de ocho diferentes piedras semipreciosas talladas originarias de Islandia. Cada una de ellas representaba la imagen de un antiguo dios nórdico.

—Parece notable, pero de mal gusto —comentó Pitt.

—Para usted, que no lo conocía, quizá —dijo Hunnewell con voz queda—. Pero si hubiese tenido la oportunidad de hablar con él... —Su voz se perdió.

Pitt miró a Hunnewell, pensativo.

—¿Siempre establece vínculos tan estrechos con sus alumnos?

—Genio, aventurero, científico, leyenda, el décimo entre los hombres más ricos del mundo antes de los veinticinco años. Una persona bondadosa y amable, a quien su fama y su riqueza no afectaba. Sí; creo que no sería aventurado decir que le unía una amistad con Kristjan.

Fyrie originaba un vínculo sentimental.

«Qué raro —pensó Pitt—. Es la primera vez que Hunnewell ha mencionado el nombre de Fyrie desde que salimos de Washington». Y lo había pronunciado en un tono quedo, casi reverente. La misma inflexión, recordó Pitt, que había utilizado el almirante Sandecker al referirse al islandés.

Pitt no se sintió apabullado al encontrarse junto a los lastimosos restos del hombre que había sido una de las figuras más poderosas de las finanzas internacionales. Allí de pie, mirando hacia el suelo, era incapaz de asociar las cenizas que contemplaba a sus pies con la persona de carne y hueso a quien los periódicos del mundo se referían como la apoteosis del mundo elegante e intelectual. Tal vez, de haber conocido al célebre Kristjan Fyrie, habría sentido en ese momento alguna clase de emoción. Aunque, en verdad, Pitt lo dudaba. No solía impresionarse con facilidad. Su padre le había dicho una vez «Quítale las ropas al hombre más importante del mundo, y tendrás delante a un animal muy turbado, desnudo e indefenso».

Pitt contempló un momento los retorcidos anillos de metal, después se los devolvió a Hunnewell. Entonces oyó el ruido de leves movimientos en alguna parte de la cubierta, justo sobre sus cabezas. Quedó inmóvil, escuchando con atención. Pero los sonidos se habían extinguido entre las sombras, más allá de la escotilla superior. Algo de siniestro había en la cualidad del silencio que pendía sobre la devastadora cabina; una sensación de que alguien observaba todos sus movimientos, escuchaba cada una de sus palabras. Pitt se dispuso a defenderse, pero era demasiado tarde. Un potente rayo de luz recorrió el cuarto desde lo alto de la escalera, cegando sus ojos con su fuerte resplandor.

—Robando a los muertos, señores... Por Dios, creo de verdad que ustedes dos son capaces de cualquier cosa.

Aunque la cara estaba oculta tras la luz, la voz pertenecía inconfundiblemente al comandante Koski.

Sin moverse, sin contestar, Pitt permanecía inmóvil en medio de la carbonizada cubierta. Y le pareció estar así casi diez años, mientras su cerebro trataba de encontrar una explicación a la presencia de Koski. Había previsto que el comandante llegaría tarde o temprano a la escena, pero no lo esperaba hasta por lo menos tres horas más tarde. Era obvio que, en lugar de aguardar hasta la hora del encuentro acordada, Koski había modificado su rumbo y dirigido el Catawaba a toda velocidad por la ruta proyectada por Hunnewell hasta el témpano en cuanto el helicóptero se perdió de vista.

Moviendo la luz de la linterna hacia la escalera, Koski reveló la cara de Dover a su lado.

—Tenemos mucho de que hablar. Mayor Pitt, doctor Hunnewell, si me permiten...

Pitt pensó en una respuesta mordaz, pero la descartó.

—¡Váyase al cuerno, Koski! —dijo—. ¡Baje! Y tráigase también a ese matón, su oficial ejecutivo, si así se siente más seguro.

Tras un minuto de colérico silencio, Koski replicó:

—No está usted en situación de plantear exigencias temerarias.

—¿Por qué no? Es demasiado lo que hay en juego para que el doctor Hunnewell y yo nos quedemos aquí chupándonos el dedo mientras usted juega al detective aficionado.

Pitt sabía que sus palabras eran arrogantes, pero tenía que aventajar a Koski.

—No hay por qué ser antipático, mayor. Con una explicación sincera lograré mejores resultados. Ustedes han mentido desde que aterrizaron en mi barco. El Novgorod, por cierto... Al cadete más inexperto de la academia de la Guardia Costera no se le ocurriría identificar estos restos como los de un pesquero espía ruso. Las antenas de radar, el sofisticado equipo electrónico que usted describió con tanta precisión, ¿se evaporaron? Desde el principio desconfié de usted y de Hunnewell, pero lo que dijeron fue convincente, y mi propio cuartel general, no sé de qué modo misterioso, los respaldó. Me han utilizado, mayor. Han utilizado a mi tripulación y a mi barco como si de un tranvía o una estación de servicio se trataran. ¿Una explicación? Sí, creo que no es demasiado pedir. Nada más que la respuesta a una simple pregunta: ¿qué demonios ocurre?

Pitt pensó que Koski ya estaba apaciguado. El arrogante marino ya no exigía, sino que pedía.

—De todos modos, tendrán que bajar donde estamos nosotros. Parte de la respuesta está aquí, entre las cenizas.

Hubo un momento de vacilación, pero Koski, seguido por el corpulento Dover, bajó por la escalera hasta enfrentarse con Pitt y Hunnewell.

—Y bien, caballeros, veamos.

—¿Han visto el resto de la nave? —preguntó Pitt.

Koski asintió con la cabeza.

—Hemos visto lo suficiente. En dieciocho años de rescates marinos nunca me he encontrado un barco tan destruido como éste.

—¿Lo reconoce?

—Imposible. ¿Queda algo por reconocer? Era un barco de placer, un yate; de eso no hay duda. Todo lo que se diga, además de eso, son puras conjeturas. — Koski miró a Pitt con cierta perplejidad y añadió—: Soy yo quien espera respuestas. ¿Adonde quiere llegar?

—El Lax. ¿Ha oído hablar de él?

Koski asintió de nuevo.

—El Lax desapareció hace más de un año con todos sus tripulantes, entre ellos su propietario, el magnate minero islandés... —vaciló, procurando recordar— Fyrie, Kristjan Fyrie. Jesús, si media Guardia Costera lo buscó durante meses. No se encontró ni rastro. ¿Por qué me pregunta por él ahora?

—Porque en estos momentos están ustedes a bordo de él —dijo Pitt con lentitud, dejando que sus palabras hicieran efecto, mientras apuntaba con su linterna hacia la cubierta—. Y este montón de cenizas es todo lo que queda de Kristjan Fyrie.

En los ojos de Koski se manifestó la sorpresa y palideció. Dando un paso adelante, contempló con fijeza los restos iluminados por el haz de luz amarilla.

—Dios santo, ¿está seguro?

—Es evidente que está tan quemado que es imposible reconocerlo, pero el doctor Hunnewell está completamente seguro de que éstos son los efectos personales de Fyrie.

—Sí, los anillos. Oí hablar de ellos.

—Acaso no sea demasiado, pero sí es mucho más de lo que pudimos hallar en los demás cadáveres.

—Jamás vi nada parecido —dijo Koski maravillado—. Es imposible. Un barco de este tamaño no podría desaparecer sin dejar rastros durante casi un año y después aparecer quemado en medio de un iceberg.

—Al parecer, eso es precisamente lo que sucedió —intervino Hunnewell.

—Disculpe, doctor —repuso Koski, mirando fijamente al científico—. Aunque soy el primero en admitir que no estoy a su altura para hablar de las

formaciones de hielo, he andado por el Atlántico Norte lo suficiente para saber que un iceberg puede ser desviado por corrientes y flotar a la deriva en círculos o seguir a lo largo de la costa de Terranova durante tres años, tiempo suficiente para que el Lax, por alguna remota casualidad, quedara atrapado y sepultado en él. Pero, si me perdona el juego de palabras, esta teoría hace agua.

—Tiene usted mucha razón, comandante —admitió Hunnewell—. Las posibilidades de que tal cosa haya ocurrido son muy remotas, pero no se trata de algo imposible. Como usted sabe, un barco destruido por el fuego tarda días en enfriarse. Si una corriente o un viento empujara y apretara el casco contra un iceberg, en sólo cuarenta y ocho horas, o menos, toda la nave quedaría incrustada bajo la cobertura del iceberg. Lo mismo puede ocurrir si se acerca una varilla de hierro al rojo vivo a un bloque de hielo. La varilla funde el hielo y se introduce en el bloque hasta enfriarse. Entonces si el hielo vuelve a congelarse alrededor del metal, lo atrapa en su interior.

—Muy bien, doctor, usted gana. Sin embargo, hay un importante factor que nadie ha tenido en cuenta.

—¿A qué se refiere? —preguntó Pitt.

—El rumbo final del Lax —contestó Koski con firmeza.

—Eso nada tiene de extraño —dijo Pitt—. Apareció en todos los diarios. Fyrie, con su tripulación y pasajeros, partió de Reykiavik la mañana del 10 de abril del año pasado hacia Nueva York. El último en divisar su barco fue un petrolero de la Standard Oil, a seiscientos kilómetros del cabo Despedida, en Groenlandia. Después de eso, nada más se volvió a ver ni a oír del Lax.

—Hasta ahí, perfecto. —Koski se subió el cuello del abrigo para cubrirse las orejas e hizo esfuerzos para que los dientes no le castañetearan—. Pero ocurre que el Lax fue avistado cerca del paralelo cincuenta, demasiado al sur de la zona de los icebergs.

—Quisiera recordarle, comandante —dijo Hunnewell, arqueando una ceja en gesto intimidatorio—, que la Guardia Costera ha registrado quinientos icebergs en un solo año situados por debajo del paralelo cuarenta y ocho.

—Y yo quisiera recordarle, doctor —insistió Koski—, que durante el año en cuestión el número de icebergs avistados por debajo del paralelo cuarenta y ocho fue cero. —Hunnewell se limitó a encogerse de hombros, mientras Koski proseguía—: Doctor Hunnewell, sería muy útil que explicara cómo ha aparecido un iceberg, con el Lax encerrado en su interior, donde no había ninguno, y cómo ha podido esta formación de hielo vencer las corrientes predominantes durante once meses y medio y navegar cuatro grados al norte, mientras los otros icebergs del Atlántico se dirigían hacia el sur a una velocidad de tres nudos por hora.

—No puedo dar ninguna explicación a todo eso —dijo Hunnewell.

—¿Que no puede? —repitió Koski con expresión incrédula. Miró a Hunnewell,

luego a Pitt, y, finalmente, de nuevo al doctor—. ¡Bastardos! —dijo con ferocidad—. ¡No me mientan!

—Su lenguaje no es muy apropiado, comandante —dijo Pitt con aspereza.

—¿Y qué diablos espera? Ustedes dos son personas inteligentísimas, y sin embargo actúan como dos idiotas. Aquí tenemos al doctor Hunnewell, un científico de renombre internacional, que ni siquiera puede explicar cómo es posible que un iceberg flote hacia el norte contra la corriente del Labrador. O es usted un farsante, doctor, o es el profesor más tonto del que se tenga noticia. La simple y llana verdad es que es tan imposible que un iceberg flote en sentido inverso como que un glaciar se deslice cuesta arriba.

—Nadie es perfecto —dijo Hunnewell, encogiéndose de hombros, impotente.

—Sin cortesía, no hay respuesta sincera, ¿verdad?

—No se trata de sinceridad —dijo Pitt—. Nosotros tenemos nuestras órdenes, como usted tiene las suyas, comandante. Hasta hace una hora, Hunnewell y yo nos ateníamos a un plan preciso. Ahora ese plan no sirve para nada.

—Entiendo. ¿Y cuál es su próxima jugada en esta charada?

—El problema consiste en que no podemos dar una explicación a todo —dijo Pitt—. A decir verdad, pocas son las cosas que podemos aclararles. Le diré lo que el doctor Hunnewell y yo sabemos, después usted tendrá que extraer sus propias conclusiones.

—Podrían haber sido sinceros conmigo desde el primer momento.

—Difícilmente —dijo Pitt—. Como capitán de su barco, usted posee plena autoridad. Tiene incluso la facultad de desconocer o cuestionar las órdenes de su comandante, si cree que ponen en peligro a su tripulación y su nave. No podía correr ese riesgo. Teníamos que engañarlo para que colaborara plenamente. Además, no debíamos confiar en nadie. En este preciso momento estoy violando esas órdenes.

—¿Y si tratan de engañarme de nuevo?

—Podría ser —sonrió Pitt—, pero ¿qué ganaríamos con ello? Nada. Vamos a lavarnos las manos de este enredo y dirigirnos a Islandia.

—¿Pretenden que sea yo quien me haga cargo de todo esto?

—¿Por qué no? Los barcos náufragos y a la deriva son cosa suya. Recuerde su lema, *Semper paratus*, siempre listos, la Guardia Costera siempre al rescate y todo eso.

La expresión de Koski era un espectáculo inapreciable.

—Le agradecería que se atuviera a los hechos sin introducir comentarios burlones.

—Está bien —dijo Pitt con calma—. La historia que le conté en el Catawaba era cierta hasta cierto punto... el punto en que sustituí el Lax por el Novgorod. El yate de Fyrie, por supuesto, no llevaba equipo electrónico secreto ni cualquier otro dispositivo mecánico clandestino. Su carga eran ocho técnicos y científicos

de gran renombre de las Minas Fyrie que iban a Nueva York con el propósito de iniciar negociaciones secretas con dos de los más importantes contratistas de la defensa militar de nuestro gobierno. A bordo, en alguna parte, probablemente en este compartimiento, había un archivo de documentos que contenían una exploración geológica del suelo oceánico. Lo que el equipo investigador de Fyrie había descubierto bajo el mar sigue siendo un misterio. Esa información era de vital importancia para muchas personas; nuestro departamento de defensa anhelaba desesperadamente apoderarse de ella. Y también los rusos, que hicieron lo posible para conseguirla.

—Esto explica muchas cosas —dijo Koski.

—¿A qué se refiere?

Koski lanzó una mirada de complicidad a Dover.

—El nuestro fue uno de los barcos que buscó el Lax; ésa fue la primera patrulla del Catawaba. Cada vez que pestañeábamos, nos encontrábamos cruzando la estela de una nave rusa. Entonces creímos vanidosamente que estaban observando nuestros programas de búsqueda. Ahora resulta que también ellos seguían la pista del Lax.

—Asimismo los rusos fueron la razón por la cual nos inmescuimos en sus actuales investigaciones —añadió Dover—. Diez minutos después de que despegara, recibimos un mensaje de la jefatura de la Guardia Costera que nos informaba de la presencia de un submarino ruso que patrullaba cerca del témpano. Tratamos de comunicarnos con ustedes, pero no lo conseguimos.

—No es de extrañar —interrumpió Pitt—. Era esencial que mantuviéramos un estricto silencio radiofónico una vez que nos encamináramos hacia el barco naufrago, por ello desconecté la radio. No podíamos transmitir y mucho menos recibir.

—Cuando el comandante Koski notificó a la jefatura que no habíamos logrado comunicarnos con su helicóptero —continuó Dover—, llegó un mensaje urgente en el que se nos ordenaba que los siguiéramos inmediatamente y los escoltáramos en el caso de que el submarino tratara de detenerlos.

—¿Cómo nos encontraron? —quiso saber Pitt.

—Cuando dejamos atrás dos icebergs, divisamos su helicóptero amarillo. Resaltaba como un canario sobre una sábana.

Pitt y Hunnewell se miraron y se echaron a reír.

—¿De qué se ríen? —preguntó Koski con curiosidad.

—De la suerte, la simple, llana y paradójica suerte —contestó Pitt, con la cara retorcida de risa—. Volamos de un lado a otro durante tres horas hasta encontrar este palacio de hielo flotante, y ustedes lo descubrieron cinco minutos después de iniciar la búsqueda...

Pitt relató brevemente a Koski y Dover su hallazgo del falso iceberg y su encuentro con el submarino ruso.

—¡Dios santo! —exclamó Dover—. ¿Sugiere usted que no somos los primeros en pisar este iceberg?

—Los indicios son evidentes —contestó Pitt—. Han raspado la mancha de tinte lanzada por la patrulla exploradora, y Hunnewell y yo encontramos huellas de pisadas en casi todos los compartimientos de la nave. Y hay otra cosa, algo que convierte este caso en algo más macabro que misterioso.

—¿El incendio?

—Exactamente.

—No cabe duda de que fue accidental. Han habido incendios en barcos desde que las primeras naves de caña navegaron Nilo abajo hace miles de años.

—Han habido asesinatos desde hace mucho más tiempo.

—¡Asesinatos! —repitió Koski con extrañeza—. ¿Ha dicho asesinatos?

—Con A mayúscula.

—Salvo por la magnitud de la destrucción, no he observado nada que no haya visto al menos en otros ocho barcos incendiados durante mi servicio en la Guardia Costera... Cadáveres, hedor, devastación... En su valiosa opinión como oficial de la aviación, ¿por qué piensa que este caso es distinto?

Sin hacer caso del irritado comentario de Koski, Pitt respondió:

—Todo es demasiado perfecto. El radiotelegrafista en la sala de radio, dos maquinistas en la sala de máquinas, el capitán y un piloto en el puente, los pasajeros en sus camarotes o en el salón, el cocinero en la cocina; cada hombre estaba exactamente donde debía estar. Dígame, comandante, usted es el experto. ¿Cómo es posible que un incendio arrasara todo un barco sin que ninguna de las personas que hay en él haga el menor intento de salvarse?

Koski se tironó una oreja, pensativo.

—No hay mangueras tendidas en los pasadizos. Es evidente que nadie trató de salvar la nave.

—El cadáver más cercano al extintor de incendios yace a seis metros de él. Los tripulantes desafiaron todas las leyes de la naturaleza humana si en el último instante decidieron correr a morir en sus puestos habituales.

No imagino a un cocinero que prefiera morir en la cocina antes que salvar su vida.

—De todos modos, eso no prueba nada. Es posible que el pánico...

—¿Qué hace falta para convencerlo, comandante, un golpe en el cráneo con un bate de béisbol? Explique lo del radiotelegrafista. Murió junto a su aparato, y sin embargo se sabe que nunca se recibió una señal de auxilio del Lax ni de ningún otro barco en ese momento. Es extraño que no pudiera emitir al menos tres o cuatro palabras de una llamada de socorro.

—Continúe —dijo Koski con voz queda y un resplandor de interés en los penetrantes ojos.

Pitt encendió un cigarrillo y exhaló una larga nube de humo azul al aire

helado, mientras parecía reflexionar un momento.

—Hablemos del estado de la embarcación. Usted ha dicho antes que nunca ha visto un barco tan destrozado como éste. ¿Por qué? No llevaba explosivos ni cargamento inflamable, y podemos descartar los tanques de combustible; pues aunque ellos hicieron que las llamas se difundieran, no pudieron devastar en esta medida esta parte de la nave, situada justo en el lado opuesto de donde se hallan ubicados los tanques. ¿Por qué ardió todo con tanta intensidad? El casco y la superestructura son de acero. Y además de mangueras y extintores, el Lax tenía un sistema contra incendios. —Hizo una pausa y señaló dos artefactos de metal deformes que colgaban del techo—. En el mar, un incendio suele comenzar en un solo sitio, en la sala de máquinas, o en una bodega de carga, o en un depósito, y luego se extiende de un compartimiento a otro, tardando horas y a veces días en consumir por completo un barco. Le apuesto lo que usted quiera que un experto en la materia se rascaría la cabeza y diría que éste fue un incendio instantáneo, que arrasó todo el barco en pocos minutos, estableciendo un nuevo récord, y fue iniciado por causas o personas desconocidas.

—¿Qué causa le atribuye usted?

—Un lanzallamas —dijo Pitt.

Hubo un minuto de espantoso silencio.

—¿Se da cuenta de lo que está sugiriendo?

—Por supuesto que sí —dijo Pitt—. Estoy hablando del violento estallido de llamas, el horrendo silbido de los surtidores, el terrible humear de la carne quemada. Les guste o no, un lanzallamas es la respuesta lógica.

Todos escuchaban ahora con horrorizado interés. Hunnewell emitió un sonido gutural, parecía a punto de vomitar de nuevo.

—Es fantástico, inimaginable —dijo Koski.

—Toda esta situación es fantástica —contestó Pitt con calma.

Hunnewell lo miró incrédulo.

—No puedo creer que todos se hayan quedado inmóviles como ovejas mientras se convertían en antorchas humanas.

—¿No se da cuenta? —insistió Pitt—. No sé cómo, pero nuestro demoníaco amigo drogó o envenenó a los pasajeros y tripulantes. Es probable que introdujera una dosis masiva de hidrato de cloro en la comida o en las bebidas.

—Tal vez los mataron a tiros —aventuró Dover.

—He examinado algunos de los cadáveres —dijo Pitt moviendo la cabeza en un gesto de negación—, y no he encontrado señales de balas ni de huesos rotos.

—Y si esperó hasta que el veneno los liquidara a todos (ya que prefiero pensar que murieron enseguida), los distribuyó por el barco y luego fue de un compartimiento a otro con un lanzallamas... —Koski dejó sin terminar la hipótesis—. Pero ¿y después? ¿Adonde fue luego el asesino?

—Antes de que intentemos responder a esa pregunta —intervino Hunnewell

algo cansado—, quisiera que alguien me explicara amablemente de dónde salió el asesino. El Lax partió con quince hombres y se incendió con quince hombres, así pues, la lógica indica que esto fue obra de personas que abordaron el yate.

—Esa explicación no es válida —dijo Koski—. Cualquier abordaje requiere alguna clase de contacto radiotelefónico. Aun cuando el Lax hubiera recogido sobrevivientes de un falso naufragio, el capitán habría informado de ello de inmediato. —De pronto sonrió—. Recuerdo que en su último mensaje Fyrie solicitaba que se le reservara un piso alto del Statler-Hilton, en Nueva York.

—Pobre infeliz —dijo Dover pausadamente—. Si la riqueza y el éxito terminan así, ¿quién los quiere? —Volvió a mirar los restos del magnate esparcidos por el suelo y se apartó con rapidez—. Dios santo, ¿qué clase de maniaco es capaz de asesinar a quince seres humanos de una sola vez? ¿De envenenar metódicamente a quince hombres y después quemarlos con un lanzallamas?

—La misma clase de maniaco que hace estallar aviones de pasajeros para cobrar un seguro —dijo Pitt—. Que puede matar a otro ser humano con la misma falta de remordimientos con que usted aplastaría una mosca... Aquí el motivo fue evidentemente el lucro. Fyrie y sus colaboradores descubrieron algo que era muy valioso. Estados Unidos lo quería, Rusia lo quería, pero se lo llevó un desconocido.

—¿Valía todo esto? —dijo Hunnewell con expresión acongojada.

—Para el decimosexto hombre, sí —contestó Pitt, contemplando los macabros restos—. Para el intruso que trajo la muerte a todo el grupo.

Islandia, el país de los hielos y el fuego, de los escarpados glaciares y los ardientes volcanes. La isla de rojos lechos de lava, extensas tundras verdes y plácidos lagos azules se extendía bajo el brillante resplandor dorado del sol de medianoche. Rodeada por el océano Atlántico, bordeada por las cálidas aguas de la corriente del Golfo al sur y por el frío mar polar al norte, Islandia se encuentra a mitad de camino entre Nueva York y Moscú. Una extraña isla de caleidoscópicas escenas, mucho menos fría de lo que sugiere su nombre; en el helado mes de enero la temperatura media pocas veces supera la de la costa de Nueva Inglaterra, en Estados Unidos. Para quien la ve por primera vez, Islandia parece en verdad un fenómeno único de belleza.

Pitt observó cómo crecían en el horizonte los dentados picos cubiertos de nieve de la isla, y cómo bajo el Ulysses las aguas relucientes pasaban del azul oscuro de las grandes profundidades oceánicas al vistoso verde del oleaje cercano a la costa. Después movió los controles y el helicóptero descendió con facilidad en un ángulo de noventa grados y un rumbo paralelo a las empinadas montañas de lava que surgían del mar. Pasaron sobre un diminuto poblado pesquero, situado en una bahía, con techos pintados en una abigarrada multitud de rojos y verdes; un solitario pueblo en la entrada del círculo ártico.

—¿Qué hora es? —preguntó Hunnewell, despertándose de un ligero sueño.

—Las cuatro y diez de la mañana —dijo Pitt.

—Dios, fíjese en el sol, se diría que son las cuatro —comentó Hunnewell, con un sonoro bostezo, mientras intentaba en vano desperezarse dentro de los reducidos límites de la carlinga—. En este momento daría el brazo derecho por dormir entre las suaves sábanas blancas de una cama blanca.

—Mantenga los ojos abiertos, ya falta poco.

—¿Cuándo llegaremos a Reykiavik?

—Dentro de una media hora. —Pitt hizo una pausa para examinar visualmente los instrumentos—. Hubiéramos ido más rápidos por el norte, pero quería ver el litoral.

—Seis horas cuarenta y cinco minutos desde que salimos del Catawaba... No está mal.

—Probablemente habríamos llegado antes sin el estorbo de un tanque de

combustible adicional.

—Sin él estaríamos no sé dónde, tratando de nadar cuatrocientos kilómetros hasta la costa.

—Siempre podríamos haber pedido auxilio a la Guardia Costera —sonrió Pitt.

—A juzgar por el humor del comandante Koski cuando partimos, dudo de que se molestara en ayudarnos aunque nos estuviéramos ahogando en una bañera y él tuviera la mano sobre el tapón.

—Pese a lo que Koski opina de mí, yo votaría por él como almirante en cuanto decidiera presentar su candidatura. Creo que es un hombre excelente.

—Tiene usted un modo extraño de expresar su admiración —dijo secamente Hunnewell—. Aparte de su perspicaz teoría del lanzallamas, por lo que me descubro ante usted, no le dijo nada.

—Le dijimos lo que sabíamos hasta ese momento. Cualquier cosa hubiera sido suposición en un cincuenta por ciento. El único hecho verdadero que omitimos fue el descubrimiento de Fyrie.

—Circonio —murmuró Hunnewell, con la mirada perdida en la distancia—. Número atómico: cuarenta.

—Me costó aprobar mis clases de geología —sonrió Pitt—. ¿Por qué circonio? ¿Vale tanto como para ser la causa de un asesinato en masa?

—El circonio purificado es vital en la construcción de reactores nucleares porque absorbe poca radiación o ninguna. Cualquier nación del mundo con instalaciones de investigación atómica daría lo que fuera por tener grandes cantidades de esta sustancia a su disposición. El almirante Sandecker tiene la certeza de que si Fyrie y sus científicos descubrieron una importante fuente de circonio, ésta debe hallarse bajo el mar, pero lo bastante cerca de la superficie como para poder ser explotada sin invertir en ello grandes cantidades de dinero.

Pitt contempló desde la burbuja de la carlinga el manto azul oscuro que se extendía casi sin ondulaciones hacia el sur. Una barca pesquera con un cortejo de botes de remo se hacía a la mar; los diminutos cascos se movían con tanta calma como si se deslizaran sobre un espejo teñido. Los miró con ojos que apenas veían, con la mente ocupada en el exótico elemento que yacía abajo, cubierto por las frías aguas.

—Tarea difícil —observó, elevando su tono de voz para hacerse oír sobre el zumbido del motor—. La extracción de mineral en bruto del fondo del mar conlleva muchos problemas.

—Sí, pero no son insuperables. Para Fyrie Limited trabajan los más destacados expertos mundiales en minería submarina. Kristjan Fyrie erigió su imperio buscando diamantes en la costa de África. —Era evidente la admiración de Hunnewell por el magnate islandés—. Tenía sólo dieciocho años y era marino de un viejo carguero griego cuando abandonó la nave en Beira, un puerto pequeño de la costa de Mozambique. No tardó mucho en contagiarse de la fiebre

de los diamantes. En esos días se vivía una gran prosperidad, pero las grandes corporaciones tenían en sus manos todos los derechos de producción. Sin embargo, Fyrie destacó de los demás porque era sagaz y creativo. Pensó que si podía hallar depósitos de diamantes en tierra, a menos de dos kilómetros de la costa, sería posible encontrar otros bajo el agua, en la plataforma continental. Así pues, todos los días, durante cinco meses, buceó en las aguas cálidas del océano índico hasta que encontró una zona del fondo del mar que le pareció promisoría. Entonces la dificultad consistía en conseguir los fondos necesarios para comprar el equipo de dragado. Fyrie había llegado a África con lo que tenía puesto y nada más. Mendigar a los financieros blancos del territorio habría sido una pérdida de tiempo: se habrían quedado con todo, sin dejarle nada...

—Uno por ciento de algo es mejor que noventa y nueve por ciento de nada —dijo Pitt.

—Para Kristjan Fyrie, no —contestó Hunnewell—. Era fiel a los principios de un auténtico islandés: compartir las ganancias, pero jamás regalarlas... Acudió a los negros de Mozambique y los convenció de que formaran su propia corporación, con Kristjan Fyrie, por supuesto, como presidente y administrador general. Una vez que los negros reunieron los fondos para la barcaza y el equipo de dragado, Fyrie trabajó veinte horas diarias hasta que toda la operación funcionó como una computadora IBM. Los cinco meses de buceo dieron sus resultados; la draga comenzó a extraer diamantes de mucho valor casi de inmediato. En dos años Fyrie era dueño de cuarenta millones de dólares...

Pitt advirtió una mota oscura en el cielo, a mucha mayor altura y frente al Ulysses.

—Da la sensación de que ha estudiado concienzudamente la historia de Fyrie —comentó.

—Sé que parece extraño —continuó Hunnewell—, pero Fyrie casi nunca trabajó en un proyecto durante muchos años. Cualquiera otro habría extraído de esa operación hasta el último centavo; Kristjan, no. Tras reunir una fortuna que nunca había soñado, entregó el negocio a quienes habían financiado la iniciativa.

—¿Lo regaló?

—Con todo. Distribuyó todas sus acciones entre los accionistas nativos, estableció una administración negra que podía funcionar con eficacia sin él, y se embarcó rumbo a Islandia. Entre los pocos blancos a quienes los africanos estiman, el nombre de Kristjan Fyrie se destaca en primer lugar.

Pitt observó que en el cielo la solitaria mota oscura se convertía en un esbelto avión de propulsión a chorro. Se inclinó con los ojos entrecerrados para evitar el resplandor azul, y vio que se trataba de uno de los nuevos aparatos construidos por los ingleses; rápidos, seguros, capaces de llevar a doce pasajeros de un lado a otro del mundo en pocas horas sin detenerse para cargar combustible. Pitt apenas tuvo el tiempo justo de advertir que el avión estaba pintado de negro ébano,

después el aparato salió de su campo visual en dirección opuesta.

—¿Qué hizo Fyrie entonces? —preguntó.

—Entre otras cosas, extrajo manganeso de la isla de Vancouver, en la Columbia Británica, y descubrió un campo petrolífero marino en Perú. No hubo fusiones comerciales ni empresas subsidiarias. Kristijan convirtió la Fyrie Limited en una gran industria especializada en la explotación geológica submarina, eso es todo.

—¿Tenía familia?

—No. Sus padres murieron en un incendio cuando él era muy pequeño. Sólo tenía una hermana melliza idéntica. En realidad, no sé mucho acerca de ella. Fyrie le pagó los estudios en una escuela privada de Suiza, y según los rumores, más tarde se hizo misionera en alguna parte de Nueva Guinea. Aparentemente la fortuna de su hermano nada significaba para...

Hunnewell no pudo acabar la frase. Cayó de costado sobre Pitt, con lo ojos fijos e inexpresivos, la boca abierta de sorpresa, pero sin que de ella saliera ni una palabra. Pitt apenas tuvo tiempo para ver que el anciano se desplomaba inerte, en el mismo momento en que la burbuja de plexiglás que envolvía la carlina se deshacía en mil astillados fragmentos y caía. Pitt perdió por un momento el control del helicóptero al volverse hacia un lado y tratar de protegerse la cara de la violenta ráfaga de aire frío con un brazo. Con su dirección drásticamente alterada, el Ulysses apuntó bruscamente hacia arriba, casi de punta, lanzando con violencia a Pitt y al inconsciente Hunnewell contra sus respaldos. Fue entonces cuando el mayor advirtió los proyectiles de ametralladora que penetraban en el fuselaje, detrás de los asientos. La súbita maniobra incontrolada salvó temporalmente la vida de ambos; el artillero a bordo del avión negro, sorprendido, había modificado demasiado tarde su trayectoria, y la mayor parte de su descarga se perdió en un cielo vacío.

Incapaz de volar tan despacio como el helicóptero sin que sus motores se atascaran, el misterioso aparato se elevó y dio la vuelta en un ángulo de ciento ochenta grados dispuesto a llevar a cabo un nuevo ataque. « Los muy bastardos deben de haber descrito un brusco círculo este, sur y oeste para atacarnos por la retaguardia », pensó Pitt con rapidez mientras forcejeaba para nivelar el helicóptero, una tarea casi imposible cuando un chorro de aire le azotaba los ojos a doscientos kilómetros por hora. Movié el regulador en un desesperado intento de reducir la fuerza invisible que oprimía su cuerpo contra el asiento.

El avión negro de propulsión a reacción volvió a pasar, pero esta vez Pitt estaba preparado. Imprimió al Ulysses una brusca detención horizontal, mientras las paletas giratorias batían frenéticamente la atmósfera, y elevó el liviano aparato en una línea vertical de ascenso. El ardid dio resultado. El avión pasó bramando por debajo de Pitt, sin que su artillería pudiese dañar de nuevo el helicóptero. Pitt logró librarse de su atacante en otras dos ocasiones, pero era

evidente que en poco tiempo se le acabarían los recursos.

Pitt no se engañaba. No había escapatoria; la batalla era demasiado unilateral. La puntuación era de siete a cero a favor de los visitantes, y sólo quedaban unos segundos de juego. Con una sombría sonrisa, Pitt hizo descender el helicóptero a sólo seis metros por encima del mar. Vencer era imposible, pero pensó que existía una remota posibilidad de lograr un empate. Estudió el avión negro que se preparaba para el último ataque. Sólo cabía esperar el violento estruendo de los proyectiles con cobertura de acero al atravesar la delgada piel de aluminio del Ulysses. Pitt enderezó el pequeño e indefenso aparato y lo detuvo en el aire en el mismo momento en que el avión de propulsión a reacción se abalanzaba como un ave de cemento hacia él.

Esta vez el artillero, que tendido de bruces hacia fuego desde una portezuela de carga abierta, obró con calma. Lanzó un sostenido chorro de proyectiles, seguro de que al haber reducido la distancia darían de pleno en el helicóptero. La mortífera lluvia estaba a sólo treinta metros de su objetivo. Pitt se preparó para el impacto, y luego lanzó el Ulysses hacia arriba, contra el avión atacante; las paletas giratorias del helicóptero se destrozaron al atravesar el estabilizador horizontal del avión de propulsión a reacción. Instintivamente Pitt movió el interruptor de la ignición mientras el motor a turbina, sin el impulso del rotor, se aceleraba locamente entre un aullido de metal torturado. Después el estrépito cesó, y el cielo quedó silencioso. Pitt sólo oía el viento silbar en sus oídos.

Echó una mirada al extraño avión en el preciso momento en que caía al mar con la parte trasera colgando como un brazo roto. Pitt y Hunnewell, que seguía inconsciente, no estaban en una situación mucho mejor. Sólo podían esperar sentados a que el destrozado helicóptero cayera como una piedra durante casi veinte metros hasta las aguas frías del Atlántico. Cuando así ocurrió, fue mucho peor de lo que Pitt había imaginado. El Ulysses cayó de costado en la marejada islandesa, en dos metros de agua, a una distancia de un campo de fútbol de la costa. En la colisión, Pitt se golpeó la cabeza contra el marco de la portezuela, y quedó sumido en un pozo de oscuridad. Afortunadamente, el doloroso azote del agua helada lo hizo reaccionar con un sobresalto. Oleadas de náusea lo dominaban, y supo que poco le faltaba para mandar todo al infierno y quedarse dormido por última vez.

Con el rostro retorcido de dolor, Pitt se desabrochó el cinturón de seguridad y las correas, al tiempo que tragaba una bocanada de aire justo antes de que la cresta de una ola rompiente pasara por encima del helicóptero. Después liberó rápidamente a Hunnewell, que seguía sin sentido, y le levantó la cabeza sobre las arremolinadas aguas. En ese instante, Pitt resbaló y una ola le hizo perder el equilibrio y caer del Ulysses al mar. Sujetando a Hunnewell por el cuello de su chaqueta, luchó contra la fuerte oleada que lo arrastraba hacia la costa, revolcándolo por el fondo rocoso.

Pitt supo muy bien entonces qué sentía un hombre al ahogarse. El agua helada punzaba hasta el último centímetro cuadrado de su piel como un millón de abejas. Sentía que los oídos iban a estallar de un momento a otro, y su cabeza le dolía de forma torturante. Las fosas nasales se le llenaron de agua, que le traspasaba los senos frontales como un puñal, y las delgadas membranas de los pulmones parecían empapadas en ácido nítrico. Finalmente, después de golpearse las rodillas en un lecho de rocas, se incorporó con esfuerzo, aliviado al sentir súbitamente el puro aire islandés. En ese preciso lugar y momento, se juró que si alguna vez decidía suicidarse, no lo haría ahogándose.

Salió tambaleante del agua hacia una playa sembrada de guijarros, arrastrando a Hunnewell como un ebrio que conduce a otro. Al llegar a la orilla, Pitt soltó su carga y examinó el pulso y la respiración del doctor; eran rápidos pero regulares. Entonces advirtió que las balas de ametralladora le habían lacerado terriblemente el codo izquierdo. Con toda la rapidez que le permitían sus manos entumecidas, Pitt se quitó la camisa, le arrancó las mangas y las apretó alrededor de la herida para contener el flujo de sangre. Aunque el daño a los tejidos parecía grave, no había pérdida de sangre arterial, de modo que creyó más oportuna la presión directa que llevar a cabo un torniquete. Después incorporó a Hunnewell apoyándolo contra una gran roca. Improvisó un tosco cabestrillo y elevó la herida para controlar mejor la hemorragia.

Como nada más podía hacer por su amigo, Pitt se tendió sobre la alfombra de piedra y dejó que el dolor y las odiadas oleadas de náusea le inundaran el cuerpo. Trató de relajarse cuanto pudo en sus condiciones, cerró los ojos, y así dejó de ver el magnífico panorama del cielo ártico punteado de nubes.

Pitt debió haber pasado varias horas inconsciente, pero en las profundidades de su cerebro una alarma distante le envió señales, e instintivamente sus ojos se abrieron de pronto apenas veinte minutos después de haberse cerrado. La escena era distinta; el cielo y las nubes seguían allí, pero algo se interponía ante ellos. Los ojos de Pitt tardaron unos segundos en distinguir con claridad a los cinco niños que los rodeaban y los miraban sin temor alguno.

Pitt se apoyó en un codo y trató de sonreír, aunque no le resultó demasiado fácil.

—Buenos días, chicos —dijo—. Habéis madrugado hoy, ¿eh?

Instintivamente, los más pequeños miraron al mayor, un chico. Este vaciló un instante y sopesó las palabras antes de hablar.

—Mis hermanos, mis hermanas y yo llevábamos las vacas de nuestro padre a pastar en el prado, sobre los acantilados. Vimos su... —se interrumpió, parecía perplejo.

—¿Helicóptero? —sugirió Pitt.

—Sí, eso es. —El rostro del niño se iluminó—. Helicóptero. Vimos su helicóptero caído en el océano. —Un leve rubor tiñó su inmaculada tez

escandinava—. Me avergüenza no saber hablar bien inglés.

—No —dijo Pitt con suavidad—. Quien se avergüenza soy yo. Tú hablas inglés como un profesor de Oxford, mientras que yo no puedo decir ni dos palabras en islandés.

Encantado con el cumplido, el muchacho ayudó a Pitt a ponerse de pie.

—Está herido, señor. Le sangra la cabeza.

—Sobreviviré. El que está gravemente herido es mi amigo. Tenemos que llevarlo pronto al médico más cercano.

—Cuando lo descubrimos a usted, envié a mi hermana menor en busca de mi padre. Pronto llegará con su camión.

En ese instante Hunnewell lanzó un suave gemido. Pitt se inclinó sobre él y sostuvo su cabeza calva entre sus manos. El anciano había salido de su inconsciencia. Sus ojos miraron un momento a Pitt, y luego a los niños. Respiraba pesadamente y trataba de hablar, pero las palabras se le atascaban en la garganta. Con una extraña serenidad en la mirada, aferró la mano de Pitt, y murmuró con esfuerzo:

—Dios te proteja...

Luego se estremeció y lanzó una breve exclamación ahogada.

El doctor Hunnewell había muerto.

El granjero y su hijo mayor trasladaron a Hunnewell al camión Land Rover. Pitt viajó atrás, con la cabeza del oceanógrafo en sus rodillas. Cerró los ojos vidriosos que ya no veían y alisó las escasas y largas hebras de cabello blanco. La muerte aterra a casi todos los niños, pero los niños y las niñas que rodeaban a Pitt en el camión iban silenciosos y serenos, parecían aceptar con naturalidad la certeza que nos acecha a todos.

El granjero, un hombre corpulento, curtido por la vida al aire libre, condujo lentamente por un angosto camino empinado hasta la cima de un risco y a través de la pradera, dejando tras la portezuela posterior del vehículo una nubecita de rojo polvo volcánico. Minutos más tarde se detuvo frente a una casita de campo situada en los alrededores de una aldea de casas blancas dominadas por el tradicional cementerio islandés.

De ella salió un austero hombrecillo de suaves ojos verdes agrandados por los gruesos cristales de unas gafas con armazón de acero. Tras presentarse, el doctor Jonsson examinó a Hunnewell y acompañó a Pitt al interior de la vivienda, donde cosió y vendó la herida que tenía en la cabeza y le hizo ponerse ropas secas. Más tarde, mientras Pitt bebía una fuerte mezcla de café y aguardiente que el médico le obligó a tomar, entraron el niño y su padre.

El muchacho saludó a Pitt con un movimiento de cabeza y dijo:

—Mi padre consideraría un gran honor el poder llevar a usted y a su amigo a Reykiavik, si es allí donde desea ir.

Pitt se puso de pie y clavó un instante la mirada en los cálidos ojos grises del padre.

—Dile a tu padre que se lo agradezco profundamente, y que el honor es mío —dijo tendiendo la mano, que el islandés estrechó con fuerza.

El niño tradujo. Su padre se limitó a mover la cabeza en un gesto de asentimiento; después ambos se volvieron hacia la puerta y abandonaron la habitación en silencio.

Pitt encendió un cigarrillo mientras miraba inquisitivamente al doctor Jonsson.

—Forma usted parte de un pueblo extraño, doctor. Parecen rebosar todos de afecto y cortesía interiores, pero por fuera aparentan carecer de toda emoción.

—Los ciudadanos de Reykiavik le resultarán más abiertos. Esto es el campo;

nacemos en una tierra aislada y desnuda, pero hermosa. Los islandeses que viven lejos de la ciudad no se caracterizan por ser muy habladores; entendemos los pensamientos de los demás antes de que éstos hablen. La vida y el amor son cosa habitual; la muerte, nada más que un hecho aceptado.

—Me extrañó que los niños se mostraran tan tranquilos ante un cadáver.

—Para nosotros la muerte es sólo una separación meramente visual. Porque, como ve —continuó el médico señalando las lápidas del cementerio que se veían por la gran ventana—, los que se fueron antes que nosotros siguen estando cerca.

Pitt contempló un momento las lápidas que se elevaban en el promontorio entre el verde césped musgoso. En ese momento le llamó la atención el granjero. Estaba llevando al camión un ataúd de pino hecho a mano. Observó con atención cómo el corpulento y silencioso islandés trasladaba el cuerpo inerte de Hunnewell a la tradicional caja alargada, con el vigor y la ternura con que un padre sujetaría a su hijo recién nacido.

—¿Cómo se llama el granjero? —preguntó Pitt.

—Mundsson, Thorsteinn Mundsson. Su hijo se llama Bjarni.

Pitt miró por la ventana hasta que el ataúd fue lentamente introducido en la caja del camión; después se apartó de allí.

—Nunca dejaré preguntarme si el doctor Hunnewell estaría todavía vivo si yo hubiera obrado de otra manera.

—¿Quién puede saberlo? Recuerde, amigo mío, que si usted hubiera nacido diez minutos antes o diez minutos después, quizá su senda nunca se hubiera cruzado con la de él.

—Entiendo a qué se refiere —sonrió Pitt—. Pero el hecho es que su vida estaba en mis manos y yo cometí una torpeza y la perdí. —Vaciló, reviviendo de nuevo la escena en su mente—. En la playa, me desmayé durante media hora, después de venderle el brazo. De haberme quedado despierto, tal vez Hunnewell no habría muerto desangrado.

—Tranquilece su conciencia. El doctor Hunnewell no murió desangrado. Su muerte se debe a varios factores: su herida, la caída, la conmoción del agua bajo cero. No. Estoy seguro de que una autopsia demostrará que su viejo corazón cedió mucho antes de que su cuerpo se vaciara. Además ya era mayor y, por lo que he podido determinar, no era un hombre físicamente fuerte.

—Era un científico, un oceanógrafo, el mejor.

—En tal caso, lo envidio.

Pitt miró reflexivamente al médico de la aldea.

—¿Por qué dice eso?

—Era un hombre de mar y murió junto al mar al que amaba, y acaso sus últimos pensamientos hayan sido tan serenos como el agua.

—Habló de Dios —murmuró Pitt.

—Fue afortunado. Creo que yo también lo seré cuando me llegue la hora de

reposar allí en el cementerio, a sólo cien pasos del sitio donde nací y entre tantas de las personas a quienes he querido y estimado.

—Ojalá pudiera decir lo mismo, ojalá tuviera un lugar en el mundo, doctor; pero en algún momento del lejano pasado uno de mis antepasados fue un gitano, y yo heredaré su espíritu vagabundo. No he podido vivir más de tres años en un mismo lugar.

—Una interesante pregunta: ¿cuál de nosotros es más afortunado? —Pitt se encogió de hombros—. ¿Quién puede saberlo? Los dos escuchamos el redoble de un tambor diferente —dijo Jonsson.

—Erró usted su vocación, doctor. Debió haber sido poeta.

—Ah, pero es que lo soy —dijo Jonsson sonriendo—. En cada aldea hay por lo menos cuatro o cinco poetas. No le sería fácil encontrar un país más letrado que Islandia. Anualmente se venden más de quinientos mil libros a doscientas mil personas, que son toda nuestra población...

Se interrumpió al abrirse la puerta y entrar dos hombres de aspecto tranquilo y eficiente vestidos de policías. Uno saludó al doctor con un movimiento de cabeza, y Pitt comprendió de pronto.

—No tenía por qué mantener en secreto que había llamado a la policía, doctor Jonsson. No tengo nada que ocultar a nadie.

—No se ofenda, pero es obvio que la herida del brazo del doctor Hunnewell se debe a un arma de fuego. He curado a muchos cazadores heridos y conozco las señales. La ley es explícita aquí, como sin duda lo será en su país. Tengo que denunciar cualquier herida de bala.

A Pitt no le gustaba aquello, pero no tenía otra alternativa. Sería difícil convencer a los musculosos policías que tenía delante diciéndoles que un avión negro fantasma había atacado el Ulysses, perforándolo de agujeros de bala antes de que cayera derribado. La conexión entre el barco naufrago dentro del iceberg y el avión de propulsión a reacción no era una coincidencia ni un accidente. Pitt estaba seguro de que lo que había comenzado como la búsqueda de un barco desaparecido lo había conducido, sin quererlo, a una conspiración vasta y compleja. Estaba cansado: cansado de mentir, cansado de todo aquel maldito enredo. Sólo una idea atenazaba su mente: Hunnewell estaba muerto y alguien tenía que pagar por ello.

—¿Es usted el piloto del helicóptero que cayó al agua, señor? —inquirió uno de los policías. El acento era inequívocamente británico, y el tono, cortés; pero el «señor» pareció algo forzado.

—Sí. —Fue todo lo que Pitt contestó.

Por un momento la concisa respuesta de Pitt pareció desconcertar al policía. Un hombre rubio, con las uñas sucias y un uniforme demasiado pequeño, que le dejaba las muñecas y los tobillos al descubierto.

—¿Cómo se llama usted y cuál era el nombre de su compañero?

—Pitt, mayor Dirk Pitt, de la fuerza aérea estadounidense. Mi amigo se llamaba doctor William Hunnewell, de la Agencia Nacional de Investigaciones Marinas.

A Pitt le pareció extraño que ninguno de los dos policías intentara anotar la información.

—¿Adonde se dirigen? ¿Al aeródromo de Keflavik?

—No, al helipuerto de Reykiavik.

Por los ojos del policía rubio pasó un fulgor de sorpresa. Fue apenas perceptible, pero Pitt lo captó. El que lo interrogaba se volvió hacia su acompañante, un sujeto moreno y robusto, con gafas, para decirle algo en islandés. Volvió la cabeza hacia el camión que estaba afuera, frunció el entrecejo de modo evidente y luego se volvió de nuevo hacia Pitt.

—¿Puede decirme de dónde partieron, señor?

—De Groenlandia... No sé decirle el nombre de la población. Tenía veinte letras, y para un norteamericano es difícil de pronunciar. Cumplía una misión de investigación para nuestro gobierno que consistía en localizar los icebergs de la corriente de Groenlandia oriental. Pensábamos cruzar el estrecho de Dinamarca, aprovisionarnos de combustible en Reykiavik y luego emprender el regreso hacia Groenlandia en un rumbo paralelo, cincuenta kilómetros más al norte. Lamentablemente, no calculamos bien, y nos quedamos sin combustible, ésta fue la razón de que nos estrelláramos en la costa. Eso es todo.

Pitt mintió sin saber realmente por qué. «Dios mío —pensó—, se está volviendo una costumbre».

—¿Dónde se estrellaron exactamente?

—¿Cómo demonios quiere que lo sepa? —dijo Pitt con aspereza—. Siga tres cuadras más allá de la pradera y en Broadway gire a la izquierda. El helicóptero está detenido entre la tercera y la cuarta ola; no puede perderse.

—Por favor, señor, sea razonable —replicó el policía, y Pitt observó satisfecho que enrojecía de pronto—. Debemos tener todos los detalles para informar a nuestro superior.

—En tal caso, ¿por qué no se dejan de rodeos y me preguntan por las heridas de bala del doctor Hunnewell? —preguntó Pitt. La expresión oficial del policía moreno se agrietó en un bostezo ahogado. Pitt miró al doctor Jonsson—. ¿Dijo usted que ése es el motivo por el cual vinieron?

—Mi deber es cooperar con la ley —dijo Jonsson, evidentemente turbado.

—Veamos cómo explica la herida de su camarada —dijo el de las uñas sucias.

—Llevábamos un rifle para matar osos polares —contestó Pitt lentamente—. En la caída se disparó de modo accidental y la bala dio en el codo del doctor Hunnewell.

Era evidente que su sarcasmo no causaba reacción alguna en los dos policías

islandeses, que permanecían inmóviles, mirándolo con impaciente reflexión... «Deben estar pensando —se dijo Pitt— cómo me sujetarán si me resisto ante cualquiera de sus exigencias». No tuvo que esperar mucho.

—Lo siento, señor, pero usted nos obliga a llevarlo a la jefatura para que lo sigan interrogando.

—El único sitio adonde pienso ir es al consulado norteamericano en Reykiavik. No he cometido ningún delito contra el pueblo de Islandia, ni violado ninguna de sus leyes.

—Conozco bien nuestras leyes, mayor Pitt. No nos gusta levantarnos de la cama a esta hora de la mañana para llevar a cabo una investigación. Las preguntas son necesarias. Usted no las ha contestado de forma satisfactoria, por eso debemos llevarlo a la jefatura hasta que logremos determinar qué ocurrió. Allí podrá usted llamar por teléfono a su consulado.

—A su debido tiempo, agente; pero antes ¿tienen inconveniente en identificarse?

—No comprendo —dijo el policía mirando fríamente a Pitt—. ¿Por qué debemos hacerlo? Es obvio que somos policías. El doctor Jonsson puede confirmar nuestra identidad.

El oficial no mostró documento alguno ni la habitual placa policial de identificación; aunque sí era evidente su irritación.

—No hay duda de que son oficiales, señores —dijo Jonsson en tono casi de disculpa—. Sin embargo, el sargento Arnarson es quien suele patrullar nuestra aldea. No creo haberlos visto a ustedes antes por aquí.

—Arnarson recibió una llamada de emergencia y tuvo que ir a Grindavik. Nos pidió que nos hiciéramos cargo de este caso hasta que él llegara.

—¿Les han trasladado a esta parte del país?

—No; sólo estábamos de paso. Nos dirigimos hacia el norte en busca de un prisionero. Nos detuvimos a saludar al sargento Arnarson y tomar una taza de café con él. Lamentablemente, antes de que se calentara la cafetera, recibió su llamada y la de Grindavik casi al mismo tiempo.

—En tal caso, ¿no es mejor que el mayor Pitt se quede aquí hasta que llegue el sargento?

—No lo creo, no. Aquí no conseguiremos nada —dijo el policía, luego se volvió hacia Pitt y añadió—: Discúlpeme, mayor. Por favor, no se enfade con nosotros, sólo cumplimos con nuestro deber. —Finalmente, se dirigió a Jonsson y dijo—: Será mejor que usted también nos acompañe, doctor, por si el mayor requiere nuevamente sus cuidados. Es una simple formalidad.

«Una extraña formalidad, teniendo en cuenta las circunstancias», pensó Pitt. No le quedaba otra alternativa que acceder a lo que pedían los policías.

—¿Y el doctor Hunnewell?

—Pediremos al sargento Arnarson que envíe una vagoneta en su busca.

Jonsson sonrió casi con timidez.

—Perdónenme, señores. Debo terminar de curar la herida de la cabeza del mayor. Me falta coserle dos puntos más, después estará listo para viajar. Por favor, mayor...

Haciéndose a un lado, señaló a Pitt la sala de consulta y cerró la puerta.

—Creí que ya había terminado —bromeó Pitt.

—Esos hombres son unos impostores —dijo Jonsson en voz baja.

Pitt no respondió. Sin demostrar sorpresa, se acercó despacio a la puerta y escuchó. Satisfecho cuando pudo oír voces en la habitación contigua, regresó junto a Jonsson.

—¿Está usted seguro?

—Sí. El sargento Arnarson no patrulla en Grindavík. Además, nunca bebe café. Es alérgico, de modo que se niega incluso a tenerlo guardado en su cocina.

—¿Arnarson mide un metro setenta y cinco y pesa alrededor de ochenta kilos?

—Sí, aproximadamente. Es un viejo amigo mío, lo he examinado muchas veces... —La perplejidad nubló los ojos de Jonsson—. ¿Cómo puede describir a un hombre que nunca ha visto?

—El oficial que habla tiene puesto el uniforme de Arnarson. Si se fija verá unas marcas en las mangas, justo donde antes estaban las insignias de sargento.

—No entiendo —dijo Jonsson en un susurro. Tenía la cara muy pálida—. ¿Qué está sucediendo?

—No tengo ni la mitad de las respuestas. Han muerto dieciséis hombres, puede que diecinueve, y es probable que las matanzas continúen. Creo que el sargento Arnarson ha sido la última víctima. Usted y yo seremos los próximos.

Jonsson se mostró consternado; cerraba y abría las manos con desconcierto y desesperación.

—¿Quiere decir que debo morir porque vi a dos asesinos y hablé con ellos?

—Me temo, doctor, que sea usted un testigo inocente al que hay que eliminar porque puede reconocer las caras de esos matones.

—Y usted, mayor, ¿por qué han urdido un plan tan complicado para matarlo?

—También el doctor Hunnewell y yo vimos algo que no deberíamos haber visto.

Jonsson miró con fijeza el impávido rostro de Pitt.

—Sería imposible asesinarlos a los dos sin que toda la aldea se enterara. Islandia es un país pequeño. Aquí un fugitivo no puede huir muy lejos ni ocultarse por mucho tiempo.

—No cabe duda de que estos hombres son asesinos profesionales. Alguien les paga, y les paga bien. Es probable que una hora después de matarnos estén descansando con una copa en la mano a bordo de un avión rumbo a Copenhague, Londres o Montreal.

—Para ser asesinos profesionales, parecen muy tranquilos.

—Pueden permitirse ese lujo. ¿Adonde podemos ir? Su coche y el camión de Mundsson están frente a la casa; nos cerrarían el paso con facilidad antes de que lográramos abrir una puerta. —Pitt señaló una ventana—. Islandia es un país abierto. No hay ni diez árboles en un radio de cincuenta kilómetros. Usted mismo acaba de decirlo: un fugitivo no podría huir muy lejos ni ocultarse por mucho tiempo.

Jonsson inclinó la cabeza en silenciosa aceptación; luego sonrió levemente.

—Entonces nuestra única alternativa es luchar. Será difícil quitar la vida a alguien que ha pasado treinta años tratando de salvar las de los demás.

—¿Tiene alguna arma de fuego?

Jonsson lanzó un gran suspiro.

—No, mi afición es la pesca, no la caza. Los únicos objetos que podrían ser clasificados como armas son mis instrumentos quirúrgicos.

Pitt se acercó a un armario de almacén de acero y paneles de vidrio que contenía una gran variedad de instrumentos quirúrgicos y medicinales pulcramente ordenados, y abrió la puerta.

—Tenemos una ventaja importante —comentó pensativo—. Ellos ignoran que hemos descubierto su miserable plan... Por consiguiente, les enseñaremos un juego norteamericano llamado «Clavarle la cola al burro».

Apenas dos minutos después Jonsson abrió la puerta de la sala de consulta, y apareció Pitt sentado en una banqueta y con un vendaje en la sangrante cabeza. El médico hizo señas al rubio que hablaba inglés.

—Por favor, ayúdeme —dijo—. Necesito su colaboración.

El otro hombre elevó una ceja inquisitivamente, luego, encogiéndose de hombros, miró a su acompañante, que permaneció sentado con los ojos semicerrados, tan confiado que sus pensamientos estaban a mil kilómetros de distancia.

Para evitar sospechas, Jonsson mantuvo deliberadamente la puerta un poco entreabierta, de forma que sólo podía verse una parte de la sala de consulta.

—Sostenga la cabeza del mayor un poco inclinada, para que pueda terminar mi trabajo sin interrupciones. Se mueve constantemente y así me es imposible aplicar correctamente la sutura —explicó Jonsson con un guiño. Luego añadió en islandés—: Estos norteamericanos son como niños, no soportan el dolor.

El falso policía rió y codeó al médico. Después pasó delante de Pitt, se inclinó y le asió la cabeza con las manos, a la altura de las sienes.

—Vamos, vamos, mayor Pitt, unos cuantos puntos no son nada. Y si el bueno del doctor tuviera que amputarle la...

Todo terminó en menos de cuatro segundos... y en silencio. Con aparente indiferencia y tranquilidad, Pitt tendió las manos y aferró las muñecas del policia rubio, en cuyo rostro apareció primero una expresión de sorpresa, y luego de

verdadero espanto, cuando Jonsson le tapó la boca con una gruesa almohadilla de gasa y le clavó seguidamente una jeringa en el cuello. Aterrado, el oficial lanzó un gemido gutural, un gemido inaudible porque Pitt estaba maldiciendo a gritos a Jonsson por una inexistente operación de sutura. El hombre perdió la visión e hizo un desesperado esfuerzo por tirarse hacia atrás, pero Pitt, que le sujetaba fuertemente las muñecas, se lo impidió. Finalmente, le quedaron los ojos en blanco y se desplomó silenciosamente en los brazos de Jonsson.

Con rapidez, Pitt se arrodilló, sacó el revólver reglamentario de la pistolera del hombre inconsciente, y se acercó despacio a la puerta. Silencioso y veloz, apuntando el arma, abrió la puerta de par en par de una patada. Por un segundo, el siniestro sujeto de gafas permaneció sentado, atónito e inmóvil, mirando a Pitt. Después se llevó la mano rápidamente a su pistolera.

—¡Quieto! —ordenó Pitt.

El falso policía no obedeció, y un disparo resonó en la pequeña sala de espera. Muchos afirman que la mano es más veloz que la mirada, pero son pocos los que sostienen que puede ser más veloz que una bala. El arma cayó de la mano del individuo cuando el proyectil de Pitt penetró en la culata de madera y le cercenó un dedo. Pitt nunca había visto desconcierto y dolor mayor al del asesino a sueldo mientras se miraba el ensangrentado muñón que reemplazaba a su dedo. Pitt iba a bajar su revólver, pero lo levantó y apuntó de nuevo al ver la expresión de su oponente: los labios apretados en una fina línea blanca, un odio mortal reluciendo en los ojos entrecerrados tras las gafas.

—¡Dispare, mayor, rápido, limpiamente aquí! —exclamó tocándose el pecho con la mano sana.

—Vaya, vaya, así que habla inglés. Le felicito. Hubiera jurado que no comprendía nada de nuestra conversación.

—¡Máteme!

Las palabras parecieron repercutir largo rato en la pequeña habitación y en los ojos de Pitt.

—¿Por qué tanta prisa? De todos modos, lo más probable es que lo ahorquen por asesinar al sargento Arnarson —dijo Pitt, mientras amartillaba el revólver—. ¿O me equivoco al suponer que ustedes lo mataron?

—Sí, el sargento está muerto. Ahora, por favor, apriete el gatillo —insistió el individuo con ojos fríos pero implorantes.

—Veo que está ansioso por irse al otro mundo.

Jonsson miraba sin decir nada. Totalmente confuso, se esforzaba por entender las nuevas circunstancias que lo envolvían y que eran contrarias a sus valores anteriores. Como médico, no podía quedarse inmóvil viendo cómo un hombre herido sangraba profusamente sin recibir auxilio.

—Déjeme ocuparme de su mano —se ofreció.

—Quédese detrás de mí y no se mueva —dijo Pitt—. Un hombre que quiere

morir es más peligroso que una rata acorralada.

—Pero por Dios, no puede quedarse sin hacer nada disfrutando con su dolor —protestó Jonsson.

Pitt no le hizo caso.

—Bueno, cuatro ojos, haré un trato con usted. La próxima bala le atravesará el corazón si no me dice cómo se llama el hombre que paga su sueldo.

Sin apartar su mirada llena de odio del rostro de Pitt, el individuo movió la cabeza en silencio en un gesto de negación.

—No estamos en guerra, amigo. No está traicionando ni a su Dios ni a su patria. La lealtad a un jefe difícilmente vale su vida.

—Usted me matará, mayor. Yo le obligaré a hacerlo —dijo el falso policía avanzando hacia Pitt.

—Debo reconocer que es un canalla muy insistente —respondió Pitt.

Apretó el gatillo y hubo un nuevo estallido; la bala calibre 38 se incrustó en la pierna izquierda del hombretón, justo encima de la rodilla.

Pitt nunca había visto reflejada en un rostro humano tanta incredulidad. El asesino a sueldo se desplomó lentamente al suelo, con la mano izquierda crispada sobre la herida de la pierna izquierda en un intento instintivo de contener la sangre, mientras que la derecha yacía inmóvil sobre las baldosas, rodeada por un creciente charco de sangre.

—Al parecer nuestro amigo no tiene nada que decir —dijo Pitt al tiempo que amartillaba de nuevo el revólver ver para volver a disparar.

—Por favor, no lo mate —rogó Jonsson—. Su vida no vale el peso que dejará en su alma. Se lo ruego, mayor, deme el arma. Él ya no puede hacernos daño.

Pitt dudó un momento, desgarrado entre la compasión y la venganza. Luego, lentamente, entregó el revólver a Jonsson y asintió con la cabeza. El doctor tomó el arma y apretó el hombro de Pitt con una secreta comprensión.

—Me duele que compatriotas míos causen pesar y dolor a tantos hombres —dijo con voz apenada—. Yo me ocuparé de ellos y me comunicaré de inmediato con las autoridades. Usted vaya a Reykiavik con Mundsson y descanse. La herida de su cabeza tiene mal aspecto, pero no tiene por qué ser grave si se cuida. Quédese en cama al menos dos días. Es una orden directa de su médico.

—Parece haber un pequeño obstáculo para seguir sus instrucciones —dijo Pitt con una sonrisa forzada, mientras señalaba la puerta de la calle, que seguía abierta—. Antes acertó por completo cuando dijo que toda la aldea se movilizaría en caso de que existiera algún peligro.

Pitt señaló al doctor el camino donde unos veinte vecinos del lugar, erguidos y silenciosos, empuñaban toda clase de armas, desde rifles telescópicos hasta escopetas de pequeño calibre; todas apuntaban con resolución a la puerta de la casa de Jonsson. Mundsson tenía su arma apoyada en el hueco del brazo y un pie en el segundo escalón de la entrada. A su lado, su hijo Bjarni, sostenía un viejo

máuser.

Pitt levantó las manos para que todos pudieran verlas.

—Doctor, creo que éste es el momento adecuado para que me dé un buen consejo. Los buenos de sus vecinos no saben muy bien quiénes son los buenos y quiénes los malos.

Jonsson pasó junto a Pitt y habló un momento en islandés. Cuando terminó, las armas descendieron y algunos hombres se alejaron lentamente hacia sus casas; sólo quedaron algunos en el camino a la espera de nuevos acontecimientos. Jonsson ofreció la mano a Pitt y éste se la apretó.

—Espero de corazón que logre encontrar al hombre responsable de esos terribles crímenes —dijo Jonsson—. Pero temo por su vida si lo consigue. Usted no es un asesino; si lo fuera, hoy habría dos hombres muertos en mi casa. Así pues, puede que su respeto por la vida lo lleve a la derrota. Amigo mío, se lo ruego, no vacile cuando llegue el momento. Que Dios y la suerte lo acompañen.

Pitt se despidió del doctor Jonsson y bajó por los escalones de entrada hasta el camino. Bjarni le aguardaba con la portezuela del camión abierta. El asiento era duro y el respaldo rígido, pero a Pitt no le importó; tenía todo el cuerpo entumecido. Mundsson puso en marcha el motor y condujo el camión por un camino liso y estrecho en dirección a Reykiavik. Hubiera caído fácilmente en un profundo sueño de no ser porque, en los hondos recovecos de su mente, una chispa se negaba a apagarse. Algo que vio, algo que se dijo, un algo indescifrable, no dejaba que su mente descansara. Era como una canción que no podía recordar del todo y cuyo título, a pesar de saberlo, era incapaz de pronunciar. Finalmente se dio por vencido y se durmió.

La escena se repetía una y otra vez. Pitt salía del mar luchando con el oleaje y caminaba tambaleándose por la playa, arrastrando con dificultad a Hunnewell. Centenares de veces se vio vendando el brazo del oceanógrafo, tras lo cual quedaba de nuevo sumido en la oscuridad. Desesperadamente, cada vez que revivía estos hechos, como imágenes provenientes de un proyector cinematográfico, procuraba aferrarse a los momentos fugaces de lucidez, pero, finalmente, caía vencido ante la verdad irrefutable de que nada puede modificar el pasado. « Es una pesadilla », pensó vagamente mientras intentaba alejarse de la playa ensangrentada. Reunió todas sus fuerzas y se obligó a abrir los ojos, esperando encontrarse con un dormitorio vacío. El dormitorio estaba allí, sí, pero no vacío.

—Buenos días, Dirk —dijo una voz suave—. Había perdido las esperanzas de que despertaras alguna vez.

La mirada de Pitt se encontró con los ojos pardos y alegres de una mujer joven, de cuerpo esbelto, que ocupaba una silla al pie de su cama.

—El último pajarito de copete amarillo que brincó en el alféizar de mi ventana no se parecía a ti en lo más mínimo —dijo Pitt.

Ella rió, y también rieron sus ojos, al tiempo que apartaba de su rostro mechones rebeldes de cabello castaño. Después se incorporó y se dirigió a la cabecera de la cama con movimientos sinuosos que recordaban al mercurio fluyendo por un tubo de cristal. Llevaba un vestido rojo de lana ajustado a su figura de reloj de arena perfectamente moldeada, y que dejaba ver sus magníficas piernas torneadas. No poseía una belleza exótica ni demasiado sensual, pero era realmente bonita... muy bonita, con un atractivo descarado capaz de conquistar a cualquier hombre con que se encontrara.

Tocó el vendaje que tenía Pitt a un lado de la cabeza, e inmediatamente una expresión preocupada y solícita reemplazó a la sonrisa que llenaba su rostro.

—Has pasado un mal rato, ¿duele mucho?

—Sólo cuando freno de cabeza.

Pitt conocía el motivo de su ansiedad; sabía quién era ella. Se llamaba Tidi Royal, y su juguetona personalidad era engañosa. Era capaz de escribir ciento veinte palabras por minuto con una máquina de escribir, y aún era más rápida

tomando notas taquigráficas. Estas eran las principales razones por las que el almirante Sandecker la había contratado como su secretaria privada... o al menos eso afirmaba.

Pitt se sentó y miró bajo las mantas para ver si tenía algo puesto. Llevaba tan sólo unos pantalones cortos.

—Tu presencia aquí significa que el almirante está cerca...

—Quince minutos después de recibir tu mensaje por la radio del consulado, estábamos en un avión de propulsión a chorro rumbo a Islandia. El almirante Sandecker está muy afectado por la muerte del doctor Hunnewell; se siente culpable.

—Tendrá que hacer cola. Yo estoy el primero —dijo Pitt.

—Él sabía que te sentirías así. Que tendrías remordimientos de conciencia, y tratarías de revivir lo sucedido una y otra vez —dijo Tidi, procurando hablar con ligereza, aunque no lo consiguió del todo.

—La intuición del almirante debe estar haciendo horas extras.

—Oh, no; no me refería al almirante —exclamó la joven, y Pitt frunció el entrecejo, intrigado—. El señor Jonsson, el médico de una pequeña aldea del norte, llamó por teléfono y dio instrucciones muy explícitas al consulado respecto a tu convalecencia.

—¿Convalecencia? ¡Un cuerno! —exclamó Pitt—. Por cierto, ¿qué demonios haces en mi dormitorio?

—Me ofrecí voluntaria —dijo ella ofendida.

—¿Voluntaria?

—Para sentarme a tu lado mientras dormías —explicó Tidi. El doctor Jonsson insistió en ello. Ha habido un miembro del personal del consulado sentado junto a ti desde que cerraste los ojos anoche.

—¿Qué hora es?

—Pasan unos minutos de las diez... de la noche.

—Dios, he desperdiciado casi catorce horas. ¿Dónde está mi ropa?

—Me imagino que en la basura. Ya sólo podía servir para trapos. Tendrás que pedir ropa prestada a algún miembro del personal.

—En ese caso, ¿qué te parece si me consigues algo mientras me baño y me afeito? —Luego con una mirada amenazante añadió—: Bueno, preciosa, vuélvete hacia la pared.

Ella siguió mirándole.

—Siempre me he preguntado qué aspecto tendrías por la mañana.

Pitt se encogió de hombros y apartó las mantas. Estaba a punto de incorporarse cuando sucedieron tres cosas: sus ojos vieron súbitamente tres Tidis, la habitación dio vueltas alrededor de él y sintió un terrible dolor de cabeza.

Tidi se acercó a él rápidamente y le apretó el brazo derecho. En su rostro apareció de nuevo una expresión preocupada de buena samaritana.

—Por favor, Dirk, todavía no estás recuperado.

—Nada, no es nada. Me incorporé demasiado deprisa, eso es todo. —Logró ponerse de pie y, dando un tumbó, cayó en los brazos de la secretaria—. Serías una enfermera desastrosa, Tidi. Te involucras demasiado en la vida de tus pacientes.

Se abrazó a ella unos momentos hasta que las trillizas se convirtieron en una sola persona y el dormitorio dejó de dar vueltas; pero el dolor de cabeza persistía.

—Eres el único paciente en cuya vida me gustaría verme involucrada, Dirk —dijo ella estrechándolo con fuerza, sin hacer ningún intento de retirar los brazos—. Pero parece que tú nunca adviertes mi presencia. Aunque estuviéramos solos en un ascensor vacío, no te fijarías en mí. A veces pienso que no sabes ni que existo.

—Oh, sí que lo sé —dijo él al tiempo que se apartaba de ella e iba lentamente hacia el cuarto de baño para evitar mirarla a la cara mientras hablaba—. Mides un metro setenta y dos de altura, pesas sesenta y cinco kilos, y tus asombrosas medidas son noventa, cincuenta y cinco, noventa. En fin, una figura que debería estar en la página central del Playboy. Además, tu cabello castaño claro enmarca un rostro vivo y alegre, realzado por unos chispeantes ojos pardos, una atrevida naricilla y una boca perfectamente perfilada, flanqueada por unos hoyuelos que sólo aparecen cuando sonríes. ¡Ah, sí, casi me olvidaba! Tienes dos lunares detrás de la oreja izquierda y en este momento tu corazón late a aproximadamente ciento cinco latidos por minuto.

Ella quedó inmóvil y sin habla, como un concursante asombrado tras ganar un concurso televisivo de preguntas y respuestas. Se llevó la mano a los dos lunares.

—¡Dios! No puedo creer lo que acabo de oír. Es irreal. Te gusto. Me aprecias de veras.

—No te entusiasmes. —Pitt vaciló en la puerta del cuarto de baño y se volvió hacia ella—. Me atraes mucho, como una bella muchacha puede atraer a cualquier hombre, pero no estoy enamorado de ti.

—Nunca, nunca me lo has demostrado. Ni siquiera me has pedido una cita desde que nos conocemos.

—Lo siento, Tidi. Eres la secretaria personal del almirante. Y tengo por regla no meterme en su terreno —explicó Pitt, mientras se apoyaba en el marco de la puerta en busca de sostén—. Respeto a ese viejo; es mucho más que un amigo o mi jefe. No quiero causarle complicaciones.

—Entiendo —dijo ella humildemente—. Aunque nunca imaginé que fueras un héroe modesto que abandonase a su heroína a una máquina de escribir.

—El papel de virgen rechazada que se encierra en un convento no te sienta nada bien.

—No tienes por qué ser desagradable.

—No —repuso Pitt con aprobación—. Qué tal si te portas bien y me traes algo de ropa. Comprobaré si eres tan observadora como yo, y conoces mis medidas.

Tidi no contestó, se quedó inmóvil, con expresión desvalida y curiosa. Finalmente, movió la cabeza en un gesto femenino que mostraba su irritación, y salió.

Exactamente dos horas más tarde, vestido con unos pantalones y una camisa deportiva de su talla, Pitt se hallaba sentado frente al almirante Sandecker que parecía fatigado y mucho más viejo de lo que era. Su cabello rojizo estaba revuelto, y a juzgar por la incipiente barba que le cubría el mentón y las mejillas, debía de hacer dos días que no se afeitaba. En la mano derecha sostenía uno de sus enormes cigarros, cuya larga forma cilíndrica contempló un momento con fijeza, luego lo dejó en un cenicero sin encenderlo. Murmuró algo acerca de la satisfacción que le causaba ver a Pitt con vida y disfrutando aún de todas las partes de su cuerpo. Después sus fatigados ojos sanguinolentos lo estudiaron con detenimiento.

—Bueno, basta de preliminares. Cuéntame qué pasó, Dirk

—Acabo de pasarme una hora escribiendo un informe detallado sobre lo que pasó desde el momento en que Hunnewell y yo despegamos de la pista de la NUMA en el aeropuerto internacional Dulles hasta que el granjero y su hijo nos trajeron al consulado —dijo—. Incluí además mis opiniones y observaciones personales. Conociéndolo, almirante, estoy seguro de que ya lo ha leído por lo menos dos veces. No tengo nada que añadir, aunque sí puedo responder a sus preguntas.

El rostro inexpresivo de Sandecker apenas dejó entrever cierto interés por el caso, pero sí delató una franca curiosidad por la flagrante insubordinación de Pitt. Se puso de pie —llevaba un traje azul que necesitaba ser planchado urgentemente—, luego miró fijamente a Pitt; era una de sus tácticas favoritas cuando se disponía a perorar.

—Sólo me hizo falta leerlo una vez, mayor —dijo Sandecker. Esta vez no lo llamó «Dirk»—. Cuando quiera comentarios sarcásticos, contrataré a un buen guionista de televisión, así estaré seguro de que el trabajo lo hace un profesional. Sé que desde que te saqué de aquella preciosa playa de California, hace apenas setenta y dos horas, has sido hostigado por la Guardia Costera y los rusos, te has congelado el trasero en un iceberg mirando cadáveres incinerados, además de ser tiroteado y caer en el océano Atlántico, y un hombre ha muerto en tus brazos. Pero eso no te da derecho a burlarte de tu superior.

—Me disculpo por la falta de respeto, señor —dijo Pitt en un tono que desmentía sus palabras—. Si me nota un poco irritado es porque presiento que me ha engañado. Tengo la impresión de que me lanzó a un intrincado laberinto sin proporcionarme su mapa.

—¿Y?—preguntó Sandecker elevando apenas las densas cejas rojizas.

—Para empezar, Hunnewell y yo nos arriesgamos mucho cuando logramos mediante mentiras que la Guardia Costera nos proporcionara su mejor escampavía como base de reaprovisionamiento de combustible. Por lo menos, eso creía yo; Hunnewell, no. El sabía que estaba todo preparado desde el principio hasta el fin. Creí que me esperaba la cárcel cuando el comandante Koski llamó al comando de la Guardia Costera en Washington para pedir confirmación de nuestra presencia. Observé a Hunnewell: siguió absorto en sus mapas como si nada ocurriera. No le tembló la mano, no mostró señales de sudor en la frente. Estaba totalmente tranquilo, y a que sabía que usted se había ocupado de todo antes de nuestra partida.

—De todo, no —dijo Sandecker, mientras tomaba el cigarro y lo encendía; luego miró a Pitt con sagacidad—. El comandante estaba estudiando ciertos indicios meteorológicos de un posible huracán en Florida. Tú y Hunnewell cruzasteis Nova Scotia antes de que lograra comunicarme con él. —Lanzó una enorme nube de humo hacia el techo—. Por favor, continúa.

Pitt se arrellanó en su sillón.

—En un iceberg aparece el contorno tenue, casi imperceptible de un barco. La Guardia Costera no tiene la menor idea de ello. Sin embargo, transcurren cuatro días sin que haya investigación. El Catawaba se encuentra a pocas horas de distancia, pero nunca se le notificaba el descubrimiento. ¿Por qué? Desde el gobierno, alguien con la suficiente autoridad ordenó que nadie interviniera.

Sandecker jugueteó con el cigarro.

—Supongo que sabrás de qué estás hablando, mayor.

—No, claro que no... señor —dijo Pitt—. Sin conocer los datos, estoy adivinando. Pero usted y Hunnewell no adivinaban. Sabían que el barco náufrago era el Lax, un navío desaparecido desde hacía más de un año. Tenían pruebas irrefutables. No sé cómo las obtuvieron ni de dónde salieron, pero las tenían. —Pitt clavó su mirada en los ojos de Sandecker—. En este punto mi bola de cristal se nubla. Yo me sorprendí, pero Hunnewell quedó pasmado cuando vio que el Lax había sido incendiado. Este dato no constaba en su informe, ¿verdad, almirante? A partir de ahí, todo, incluyendo su magnífico plan, comenzó a irse al diablo. Alguien con quien no contaban estaba actuando contra ustedes. Alguien con recursos en los que ustedes, o el organismo gubernamental que les apoya, nunca imaginaron siquiera. Perdieron el control. Hasta los rusos estaban despistados. Se enfrentan con una mente perspicaz, almirante. Y hay un mensaje escrito con letras luminosas: ese sujeto no se anda con rodeos ni miramientos. Mata a la gente como un exterminador mata hormigas. Hunnewell me dijo que el botín contiene circonio, pero no lo creo. Hay individuos que podrían matar a una o dos personas por una fortuna, pero no serían capaces de matar a dieciséis hombres. Hunnewell fue su amigo durante muchos años, almirante; y el mío,

durante unos días, pero yo lo perdí. Estaba bajo mi responsabilidad y fracasé. Su contribución a la sociedad supera en mucho cuanto yo pueda hacer en esta vida. Sería preferible que hubiera muerto yo en esa playa y no él.

Sandecker no evidenció emoción alguna ante este discurso. Sin pestañear, miró con fijeza la cara de Pitt mientras, sentado ante su escritorio, tamborileaba pensativo la superficie de cristal con los dedos de la mano derecha. Por fin se puso de pie, rodeó la mesa y apoyó las manos en los hombros de Pitt.

—¡Tonterías! —dijo con voz queda pero firme—. Fue un milagro que llegaran a la costa. Nadie se hubiera atrevido a apostar a que un helicóptero desarmado pudiera derribar un avión de propulsión a chorro provisto de ametralladora. Yo soy el único culpable. Tuve un aviso de lo que iba a pasar y no fui lo suficientemente agudo como para darme cuenta. Eras el único hombre que podía llevar a cabo una difícil misión de vuelo. Pensaba enviar a Hunnewell de vuelta a California, tan pronto como lo trajeras a Reykiavik —Hizo una pausa para consultar su reloj—. Un avión a reacción de la fuerza aérea parte hacia el aeropuerto Tyler, en Nueva Jersey, dentro de una hora y seis minutos. Desde allí podrás llegar a la costa Oeste.

—No, gracias, almirante. —Pitt se puso de pie y se acercó a la ventana, desde donde contempló los tejados de la ciudad bañados por el sol—. He oído decir que las mujeres islandesas son muy bellas. Me gustaría comprobarlo.

—Puedo convertir lo dicho en una orden.

—De nada servirá, señor. Entiendo lo que se propone, y se lo agradezco. El primer atentado contra mi vida y la de Hunnewell tuvo éxito sólo a medias. El segundo fue mucho más complejo y astuto, y yo era su único objetivo. El tercero será sin duda una obra maestra. Me gustaría quedarme para verlo.

—Lo siento, Dirk —dijo Sandecker en tono amistoso—. No pienso desperdiciar tu vida con tanta ligereza. No quiero asistir a tu funeral; así que, si es necesario haré que te encierren y te convocaré ante un tribunal militar por destruir deliberadamente propiedades del gobierno.

Pitt sonrió.

—Tenía pensado hablar con usted acerca de las reglamentaciones de servicio, almirante —dijo mientras cruzaba la habitación para sentarse desenfadadamente en el borde del escritorio—. Hace un año y medio que cumplo fielmente y sin discutir sus órdenes. Sin embargo, ha llegado el momento de aclarar algunos hechos. Primero, si fuera posible (y no lo es) que usted me llevara ante un tribunal militar, dudo de que la fuerza aérea aceptara de buen grado que uno de sus oficiales fuera juzgado por un tribunal naval. Segundo, y más importante, la NUMA no es el puente del buque insignia de la flota. Por consiguiente, usted no es mi comandante en jefe, sino simplemente mi patrón. Si mi insubordinación va en contra de sus normas navales, no le queda otra alternativa que despedirme. Así son las cosas, almirante, y ambos lo sabemos.

Por unos segundos, Sandecker no hizo comentario alguno, pero sus ojos relucieron con un extraño regocijo. Por fin echó hacia atrás la cabeza y su risa, honda y retumbante, llenó la habitación.

—¡Dios me valga! Nada hay peor que un Dirk Pitt fanfarrón. Ojalá te contagies de sífilis y te pudras en el infierno. —Volvió a su sillón y se sentó, con la cabeza apoyada entre las manos—. Está bien, Dirk, te daré toda la información que tenemos pero se te exigirá que actúes con limpieza, sin jugadas independientes y fantasiosas. ¿De acuerdo?

—Usted es el patrón.

Sandecker hizo una mueca perceptible.

—Bueno, y por respeto hacia tu... superior, ¿qué te parece si me cuentas todo desde el principio? Ya leí tu informe, pero ahora quiero oírlo de ti. —Se volvió hacia Pitt con una expresión que desafiaba toda objeción, y añadió—: ¿Empezamos?

Después de oír a Pitt, Sandecker repitió:

—«Dios te proteja», ¿eso dijo?

—Sí, nada más. Después murió. Esperaba que el doctor me ofreciera algún indicio del paradero del Lax entre el momento de su desaparición y el momento en que quedó atrapado en el iceberg, pero sólo me habló de la vida de Kristjan Fyrie y me dio una conferencia sobre el circonio.

—Hizo lo que se le había indicado. Yo no quería que te vieras envuelto en esto.

—Eso fue hace dos días. Ahora estoy metido en este asunto hasta el pescuezo. —Pitt se inclinó hacia el almirante por encima del escritorio—. Bueno, hable, viejo zorro astuto. ¿Qué demonios está pasando?

Sandecker sonrió.

—Por tu bien, interpretaré tus palabras como un elogio —dijo mientras abría un cajón del escritorio y apoyaba en él los pies—. Espero que sepas en qué te estás metiendo.

—No tengo la más mínima idea, pero dígamelo de todos modos.

—De acuerdo. —Sandecker se reclinó en su sillón giratorio y dio varias chupadas a su cigarro—. Voy a contarte lo que ocurrió, aunque faltan todavía muchas piezas para tener siquiera la mitad del cuadro general. Hace cosa de un año y medio, los científicos de Fyrie diseñaron y construyeron con éxito una sonda submarina nuclear capaz de identificar de quince a veinte elementos minerales diferentes en el suelo oceánico. La sonda actuaba exponiendo brevemente los elementos metálicos a neutrones despedidos por una sustancia producida en el laboratorio llamada celtinio 279. Cuando eran activados mediante neutrones, los elementos del fondo del océano despedían rayos gama, que eran analizados y contados por un minúsculo detector en la sonda. Durante unas pruebas efectuadas cerca de Islandia, la sonda detectó y midió muestras

minerales de manganeso, oro, níquel, titanio y circonio; este último en cantidades asombrosamente grandes.

—Creo comprender. Sin la sonda, es posible que nunca se vuelva a encontrar el circonio —dijo Pitt, pensativo—. Lo que está en juego entonces no son los elementos escasos, sino la sonda submarina.

—Sí; ese aparato abre un vasto territorio no explotado para la minería submarina. Quien lo posea desde luego no controlará el mundo, pero podrá reorganizar los imperios financieros privados y enriquecer al país cuyos fondos marinos contengan una abundante provisión de minerales.

Pitt guardó silencio unos instantes.

—¡Dios mío!, ¿y vale tantas vidas?

Sandecker vaciló.

—Depende de cuánto anhele alguien tener ese poder... Hay quienes no matarían ni por todo el oro del mundo, y otros que no dudarían en degollar a una persona por un plato de comida.

—En Washington me dijo que Fyrie y su equipo científico se dirigían a Estados Unidos para iniciar negociaciones con los responsables del departamento de defensa. ¿Se trataba de una pequeña mentira?

—Sí, digamos que era una verdad a medias —dijo Sandecker con una sonrisa—. Fyrie tenía una entrevista con el presidente para entregarle la sonda. —Miró a Pitt y luego continuó con más decisión—: Fui el primero a quien Fyrie notificó el éxito de las pruebas realizadas con la sonda. No sé qué le dijo Hunnewell acerca de Fyrie, pero era un hombre emprendedor, un hombre bueno incapaz de pisar una hormiga o una flor. Sabía lo beneficioso que sería su invento para el mundo; también sabía lo que harían los hombres sin escrúpulos para explotar la sonda si caía en sus manos, de modo que decidió entregarla a la nación que, estaba seguro, utilizaría sus posibilidades de forma beneficiosa y caritativa; según mi opinión, auténticas tonterías de personas nobles. Pero hay que reconocer que esta clase de hombres y mujeres se esfuerzan sinceramente por ayudarnos a todos los demás, la chusma desagradecida. —Su rostro expresó pesar—. Es una lástima. Si Kristjan Fyrie hubiera sido un hombre corrompido y egoísta todavía estaría vivo.

Pitt sonrió comprensivo. Todos los que le conocían sabían que el almirante Sandecker, pese a su áspero carácter, era un buen hombre que pocas veces disimulaba su asco y odio hacia los industriales impulsados por la codicia, una peculiaridad que no le impedía estar en la lista de invitados en las fiestas de alto copete.

—¿Cabe la posibilidad de que ingenieros norteamericanos desarrollen una sonda como la de Fyrie? —sugirió Pitt.

—Sí; ya tenemos una, pero comparada con la del islandés, funciona con la eficacia de una bicicleta al lado de un automóvil de carreras. Los colaboradores

de Fyrie lograron algo que se adelanta en diez años a todo lo que nosotros o los rusos estamos investigando en este momento.

—¿Tienen alguna idea sobre quién robó la sonda?

Sandecker movió la cabeza.

—Ninguna. Es obvio que se trata de una organización bien financiada, pero no sabemos nada más.

—Un país extranjero tendría los recursos necesarios para...

—Ya puede dejar de adivinar —lo interrumpió Sandecker—. La CIA está segura de que ningún gobierno extranjero está involucrado. Hasta los chinos se lo pensarían dos veces antes de matar a más de veinte personas por un instrumento científico sin finalidades bélicas. No, se trata de una iniciativa privada. ¿Con qué fin, aparte del beneficio económico? —Se encogió de hombros con impotencia, y dijo—: No lo sabemos.

—Está bien, digamos que esa misteriosa organización tiene la sonda y descubre un yacimiento en el fondo del mar. ¿Cómo extraen el mineral?

—No pueden —dijo Sandecker—. Sin un equipo técnico muy perfeccionado, no pueden.

—No tiene sentido. Tienen la sonda desde hace un año, pero ¿para qué les ha servido?

—La han utilizado —contestó Sandecker con seriedad—. Han inspeccionado cada metro cuadrado del fondo marino de la costa atlántica de Estados Unidos y Sudamérica. Y para eso usaron el Lax.

Pitt lo miró con curiosidad.

—¿El Lax? No entiendo.

Sandecker arrojó las cenizas a la papelera.

—¿Recuerda al doctor Len Matajic y a su ayudante Jack O'Riley?

Pitt frunció el entrecejo mientras trataba de recordar.

—Les arrojé provisiones desde el aire hace tres meses cuando se instalaron en un témpano de la bahía de Baffin. El doctor Matajic estaba estudiando las corrientes marinas por debajo de los tres mil metros de profundidad para demostrar su teoría de que una capa profunda de agua caliente puede disolver el Polo si se desvía hacia el norte.

—¿Qué fue lo último que supo de ellos?

—Partí para trabajar en el proyecto Oceanlab, en California, en cuanto ellos iniciaron las tareas habituales. ¿Por qué me lo pregunta? Fue usted quien planeó y coordinó su expedición.

—Sí, yo planeé la expedición —dijo lentamente Sandecker, frotándose los ojos con los nudillos de sus dedos índices. Luego unió de nuevo las manos—. Matajic y O'Riley están muertos. El avión que los traía de vuelta desde el témpano cayó al mar. No se hallaron rastros.

—Qué raro... No me había enterado. Debe haber ocurrido hace muy poco.

Sandecker acercó otro fósforo a su cigarro.

—Para ser exacto, ayer hizo un mes del accidente.

Pitt lo miró extrañado.

—¿Por qué se ha mantenido en secreto? No se ha publicado ni se ha dicho nada sobre él. Como director de proyectos especiales, debí haber sido informado inmediatamente.

—Aparte de mí, solamente otro hombre estaba enterado de sus muertes: el radiotelegrafista que recibió su último mensaje. No he hecho públicas sus muertes porque tengo la intención de sacarlos de su tumba en el mar.

—Lo siento, almirante —dijo Pitt—. Me he perdido.

—Está bien —dijo cansinamente Sandecker—. Hace cinco semanas recibí una señal de Matajic. Al parecer, mientras O'Riley hacía una exploración a pie, avistó un barco pesquero que había amarrado en la punta norte del témpano. Como no era una persona impulsiva, volvió a la base e informó a Matajic. Entonces fueron juntos a hacer una visita amistosa a los pescadores para saber si necesitaban ayuda. Era un grupo extraño, según dijo Matajic. Aunque la nave enarbolaba la bandera de Islandia, la mayoría de los tripulantes eran árabes, mientras que los demás provenían de lo menos seis países diferentes; algunos de ellos eran estadounidenses. Parece que se les había quemado un cojinete del motor diesel. En lugar de navegar a la deriva mientras hacían las reparaciones, decidieron amarrar para que la tripulación pudiera descansar.

—En eso no hay nada sospechoso —comentó Pitt.

—El capitán y los tripulantes invitaron a Matajic y O'Riley a cenar a bordo —continuó Sandecker—. En ese momento, este acto de cortesía pareció muy inofensivo. Más tarde se supo que era un intento de evitar sospechas. Por una mera coincidencia, les salió mal...

—De modo que Matajic y O'Riley pasaron a engrosar la lista de los que han visto algo que no debían.

—Usted lo ha dicho... Unos años antes, Kristjan Fyrie había agasajado a Hunnewell y Matajic a bordo de su yate. Aunque el exterior del barco pesquero había sido alterado, por supuesto, Matajic lo reconoció en cuanto entró en el salón principal: era el Lax. Si no hubiera dicho nada, tal vez él y O'Riley seguirían vivos. Lamentablemente, preguntó con inocencia por qué el lujoso Lax había sido convertido en un vulgar barco pesquero. Era una pregunta inocente, que tuvo crueles consecuencias.

—Podrían haberlos asesinado en ese mismo instante y haber arrojado sus cadáveres al mar con lastre; nadie se hubiera enterado jamás de ello.

—Una cosa es que un barco se hunda en el mar con todos sus tripulantes (los diarios olvidaron el caso Lax una semana después de su desaparición), pero, con dos hombres y una estación gubernamental de investigación científicas, no es seguro que ocurra lo mismo. La prensa habría exagerado e insistido en el enigma

de la estación abandonada en los hielos. No; evidentemente era necesario eliminar a Matajic y O'Riley con métodos que tuvieran menos repercusiones en los medios de comunicación.

—¿Atacar en el aire un avión desarmado sin testigos delatores, por ejemplo?

—Ese parece ser el sistema —admitió Sandecker con suavidad—. Matajic no empezó a tener dudas hasta que él y O'Riley estuvieron de vuelta en su base. El capitán del pesquero se había limitado a explicar que su barco era gemelo del Lax de Fyrie. Matajic pensó que era posible: pero si era un barco pesquero, ¿dónde estaba la pesca? Faltaba incluso el inequívoco aroma. Me llamó por la radio al cuartel general de la NUMA para contarme lo sucedido y explicarme sus sospechas; asimismo sugirió que la Guardia Costera hiciera una investigación de rutina del pesquero. Les ordené que esperaran mientras enviaba un avión de aprovisionamiento al norte, para traerlos lo antes posible a Washington, donde podrían presentar un informe detallado. Llegué demasiado tarde —continuó Sandecker, mientras arrojaba de nuevo las cenizas de su cigarro a la papelera con sombría expresión—. El capitán del pesquero debió interceptar el mensaje. El piloto llegó a la base y recogió a Matajic y O'Riley. Después los tres desaparecieron. —Sandecker sacó del bolsillo un papel doblado y manoseado, y dándoselo a Pitt dijo—: Este es el último mensaje de Matajic.

Pitt cogió el papel y lo desdobló sobre el escritorio: «¡SOCORRO! ¡SOCORRO! EL CANALLA NOS ATACA, NEGRO, NÚMERO DE MOTOR ES...». El mensaje quedaba bruscamente interrumpido.

—Es el avión negro de propulsión a reacción.

—Exacto. Después de eliminar a los dos únicos testigos, el capitán sólo debía resolver el problema de la Guardia Costera, que, estaba seguro, aparecería en cualquier momento.

Pitt miró pensativo a Sandecker.

—Pero la Guardia Costera no fue, porque nunca se le dio la orden. Todavía le falta explicar por qué guardó silencio después de comprobar que un grupo de asesinos ambulantes mataba impunemente a hombres de la NUMA.

—En ese momento no lo sabía con certeza. —Esta vaguedad no era habitual en Sandecker, que solía ser decidido y directo como un rayo—. Supongo que no quería que esos culpables hijos de perra tuvieran la satisfacción de saber que su plan había tenido éxito. Me pareció mejor dejarlos en la duda. Admito que es como aferrarse a una rama en un huracán, pero existe la remota posibilidad de que alguna vez actúen inconscientemente y cometan un error que nos proporcione un leve indicio de su identidad; y creo que eso sucederá cuando resucite los espectros de Matajic y O'Riley, si es que lo consigo.

—¿Qué indicaciones ha dado para la misión de búsqueda?

—Notifiqué a todas las unidades de búsqueda y rescate del comando norte que desde un barco de investigaciones científicas de la NUMA había caído una

pieza de equipo muy valiosa, que flotaba extraviada. Comunicé el rumbo que habría tomado el avión y esperé informaciones, pero no he sabido nada. — Sandecker movió en un gesto de impotencia su cigarro—. También aguardé en vano a que se avistara un pesquero cuyo casco tuviera un diseño idéntico al del Lax, pero se había evaporado.

—Por eso estaba seguro de que lo que había dentro del iceberg era el Lax.

—Digamos simplemente que lo estaba en un ochenta por ciento —dijo Sandecker—. Además, consulté a todas las autoridades portuarias entre Buenos Aires y la bahía del Ganso, en Labrador. Doce puertos registraban el arribo y partida de un pesquero islandés, cuya superestructura modificada era igual a la del Lax. El navío llevaba el nombre de Surtsey, que significa «submarino» en islandés.

—Comprendo. —Pitt buscó un cigarrillo en el bolsillo, pero recordó que llevaba puesta la ropa de un desconocido—. Es difícil que un barco pesquero del norte navegara por aguas sureñas. La única explicación es que transportaba la sonda submarina.

—Es como si nos regalaran una coneja preñada —gruñó Sandecker—. Una sola solución nos deja ante una nueva carnada de enigmas insondables.

—¿Está usted en contacto con el almirante Koski?

—Sí. El Catawaba está atracado junto al barco naufrago, mientras un equipo de investigadores lo revisa minuciosamente. Recibí un mensaje de ellos poco antes de que usted se levantara. Han sido identificados tres cadáveres, por lo visto se trata de tres miembros de la tripulación de Fyrie. Los demás están demasiado calcinados y ha sido imposible determinar su identidad.

—Es como un relato de fantasmas de Edgar Allan Poe... Fyrie, sus hombres y el Lax desaparecen en el mar. Casi un año más tarde, el Lax atraca en una de nuestras estaciones de investigación científica con otra tripulación. Más tarde, poco después de eso, el mismo barco aparece calcinado dentro de un iceberg, con los restos de Fyrie y de su tripulación. Cuanto más lo pienso, más me reprocho no haber subido a ese avión de la fuerza aérea rumbo al aeropuerto Tyler.

—Te lo previne. —Con una agria sonrisa, Pitt se tocó levemente el vendaje de la cabeza—. Es probable que seas el canalla más afortunado del mundo —comentó Sandecker—. Has sobrevivido a dos atentados en una sola mañana.

—Por cierto, ¿cómo están mis dos cordiales policías? —inquirió Pitt.

—Están siendo interrogados. Pero salvo que recurramos a la tortura como la Gestapo, dudo seriamente que obtengamos de ellos ni siquiera un nombre, categoría o número de serie. Insisten en que como de todos modos van a ser asesinados, no tiene sentido que proporcionen información.

—¿Quién los está interrogando?

—Agentes del contraespionaje nacional en nuestra base aérea de Keflavik. El

gobierno islandés coopera con nosotros en todo. Al fin y al cabo, Fyrie era prácticamente un héroe nacional para ellos. Tienen tanto interés como nosotros en averiguar qué sucedió con la sonda y el Lax. —Sandecker se interrumpió para sacarse de la lengua un pedacito de tabaco—. Te preguntarás por qué la NUMA está mezclada en esto, en lugar de quedarse a un lado aplaudiendo a la Agencia Nacional de Contraespionaje y a su ejército de superespías; la respuesta es, mejor dicho era, Hunnewell. Mantuvo correspondencia con los científicos de Fyrie durante meses para ofrecer sus conocimientos a fin de conseguir un éxito definitivo en la aplicación de la sonda. Fue él quien logró que se elaborara el celtinio 279, y sólo él tenía una idea aproximada de cómo era la sonda; por lo tanto Hunnewell era el único hombre que podía haberla desmontado sin peligro.

—Eso explica, por supuesto, por qué Hunnewell tenía que ser el primero en subir a bordo del barco naufrago.

—Sí; el celtinio en estado refinado es muy inestable. En las condiciones adecuadas, puede explotar con una potencia igual a la de una bomba de fosfato de cincuenta toneladas, aunque con una importante diferencia. El celtinio se fulmina con muy poca rapidez y convierte en cenizas todo lo que encuentra. Pero a diferencia de los explosivos más comunes, su fuerza expansiva es muy reducida, más o menos igual a la de un viento de setenta kilómetros por hora. Podría estallar y derretir un panel de cristal, pero sin destrozarlo.

—Entonces mi teoría del lanzallamas era errónea. Fue la sonda que estalló y convirtió el Lax en una pira instantánea.

—Estuviste cerca —sonrió Sandecker.

—Pero eso significa que la sonda fue destruida.

Sandecker asintió, mientras su sonrisa se extinguía con rapidez.

Todo —los crímenes, la sonda, la búsqueda de tesoros submarinos por los asesinos—, fue para nada. Un desperdicio terrible, terrible.

—Es posible que la organización que está detrás de todo esto tenga en su poder el diseño y los planos de la sonda.

—Es más que posible. —El marino hizo una pausa, después con aire distraído continuó—: Pero no les servirá de mucho. Hunnewell era la única persona que conocía el proceso del celtinio 279; además, él solía decir que era tan sencillo que guardaba el secreto en la cabeza.

—¡Qué idiotas! —murmuró Pitt—. Asesinaron a la persona clave para construir una nueva sonda. Pero ¿por qué? Hunnewell no podía ser una amenaza seria para ellos, salvo que hubiera encontrado en el barco naufrago algo que conducía a la organización y al cerebro que la dirige.

—No tengo la menor idea —admitió Sandecker encogiéndose de hombros—. Y tampoco puedo adivinar quiénes fueron los hombres que limpiaron la marca roja del iceberg.

—Ojalá supiera por dónde diablos empezar —murmuró Pitt.

—Ya he resuelto ese pequeño problema.

Pitt lo miró con escepticismo.

—Espero que no sea otro de sus famosos favores.

—Tú mismo has dicho antes que querías comprobar si las islandesas eran hermosas y frías...

—Está cambiando de tema —dijo Pitt mirando fijamente al almirante—. Ya sé, déjeme que adivine. Me va a presentar a una robusta funcionaria del gobierno islandés, de acerados ojos, que me tendrá la mitad de la noche en pie contestando las mismas aburridas preguntas que ya contesté. Lo siento, almirante, no estoy en condiciones para eso.

Sandecker entrecerró los ojos al tiempo que suspiraba.

—Como quieras. La mujer en cuestión no es robusta, ni de acerados ojos, ni funcionaria del gobierno. Es, casualmente, la mujer más bella al norte del paralelo sesenta y cuatro, y, podría agregar, la más adinerada.

—No me diga... —Pitt revivió de pronto—. ¿Cómo se llama?

—Kirsti —dijo Sandecker con una sonrisa—. Kirsti Fyrie, la hermana melliza de Kristjan Fyrie.

Si fuera posible trasladar el restaurante Snorri, de Reykjavik, a cualquiera de las famosas ciudades epicúreas del mundo, sería recibido con respetuoso aplauso. Su único gran salón, con cocina abierta y hornos de arcilla a pocos metros de la zona de comedor, fue diseñado según el estilo vikingo. Paredes con lujosos paneles, puertas y vigas cuidadosamente talladas proporcionan la atmósfera perfecta para una cena cómoda y elegante a la vez. La carta puede satisfacer al más remilgado sibarita, y a lo largo de una pared entera se alzaba una mesa de buffet con más de doscientos platos típicos distintos.

Pitt paseó la mirada por el comedor abarrotado. Las mesas estaban ocupadas por islandeses risueños y parlanchines, sentados junto a sus bellas y esbeltas mujeres. Allí estaba, contemplando la escena, aspirando con fruición los sabrosos olores de la comida, cuando se le acercó el jefe del comedor y le habló en islandés. Pitt movió la cabeza en un gesto de negación y, señalando al almirante Sandecker y a Tidi Royal, cómodamente instalados en una mesa junto al mostrador, se dirigió hacia ellos.

Sandecker ofreció a Pitt una silla al lado de Tidi y al mismo tiempo llamó a un camarero que pasaba.

—Llegas con diez minutos de retraso.

—Disculpe —dijo Pitt—. Di un paseo por los jardines Tjarnargardar e hice un pequeño recorrido turístico.

—Parece que descubriste una tienda para hombres sumamente moderna —comentó Tidi con admiración, mientras que con sus expertos ojos pardos examinaba el suéter de cuello alto, la chaqueta de piel con cinturón y los pantalones a cuadros que lucía Pitt.

—Estaba harto de ir vestido con ropa prestada —dijo él sonriendo.

Sandecker miró al camarero.

—Dos más de lo mismo —dijo, y volviéndose hacia Pitt añadió—: ¿Qué quieres tomar, Dirk?

—¿Qué están bebiendo?

—Ginebra holandesa. Schnapps. A los islandeses les gusta mucho.

—No, gracias —dijo Pitt haciendo una mueca—. Beberé lo de siempre, whisky Cutty Sark con hielo.

El camarero asintió y luego se alejó.

—¿Dónde está ese excitante ser de quien tanto he oído hablar? —preguntó Pitt.

—La señorita Fyrie llegará de un momento a otro —dijo Sandecker.

—Antes de ser atacados, Hunnewell dijo que la hermana de Fyrie era misionera en Nueva Guinea.

—Sí; aparte de eso, no se sabe mucho de ella. A decir verdad, pocos sabían que existiera. Pero tras la lectura del testamento de Fyrie, que la nombraba como su única heredera, se presentó un día en Fyrie Limited y tomó las riendas con tanta destreza como si hubiera sido ella la creadora de ese imperio. Que tu depravada mente no conciba extrañas ideas. Ella es tan sagaz como lo era su hermano.

—Entonces ¿para qué molestarse con presentaciones?

Me dice que me mantenga alejado de ella, y sin embargo tengo la impresión de que se espera de mí que haga de príncipe azul. Que intime con ella, pero no demasiado. Se ha equivocado de hombre, almirante. Soy el primero en admitir que no puedo compararme físicamente con Rock Hudson o Paul Newman, pero cuando se trata de perseguir faldas tengo una pésima costumbre: soy selectivo. No suelo seducir a cada mujer joven que conozco, especialmente si ésta es la viva imagen de su hermano, se ha pasado la mitad de su vida trabajando de misionera y dirige una enorme empresa con mano de hierro. Lo siento, almirante, pero es difícil que la señorita Fyrie sea mi tipo.

—Esto me parece repugnante —dijo Tidi arqueando las cejas sobre sus grandes ojos pardos—. Se supone que la NUMA se dedica a la exploración científica de los océanos, y esta conversación no me parece muy científica que digamos.

Sandecker le lanzó una mirada admonitoria, al tiempo que en su rostro se dibujaba una expresión de desaprobación.

—A las secretarías hay que verlas, pero no oírlas —dijo.

Tidi se salvó de más reprimendas con la oportuna aparición del camarero, que distribuyó las bebidas sobre la mesa con un experto movimiento y luego se marchó.

Sandecker esperó a que el camarero se alejara lo suficiente, después se volvió hacia Pitt y dijo:

—Casi el cuarenta por ciento de los proyectos de la NUMA se centran en la minería del fondo del mar. Rusia nos aventaja en programas de superficie, y a que la ciencia de su flota pesquera supera con mucho la nuestra. Pero los rusos están muy retrasados en la investigación de aparatos de profundidad, que son vitales en la minería submarina. Este es nuestro punto fuerte, y queremos que lo siga siendo. Nuestro país tiene los recursos, pero Fyrie Limited posee el conocimiento técnico.

Con Kristijan Fyrie trabajábamos en estrecha colaboración. Ahora que él no es más que un recuerdo, no quisiera que fracasaran nuestros esfuerzos en el preciso momento en que los programas de la NUMA están a punto de culminar con éxito. Hablé con la señorita Fyrie. De pronto se ha vuelto muy evasiva, dice que ha decidido reconsiderar los programas de su firma con nuestro país.

—Antes dijo que era una mujer sagaz —repuso Pitt—. Quizá esté reservándose para el mejor postor. No tiene por qué ser tan magnánima como su hermano.

—Maldición —exclamó irritado Sandecker—. Todo es posible. Tal vez odie a los norteamericanos.

—Pues no es la única.

—En tal caso, debe haber un motivo y tenemos que averiguarlo.

—Aquí entra Dirk por la izquierda del escenario.

—Exactamente, pero sin jugarretas. Voy a sacarte del proyecto del laboratorio oceanográfico del Pacífico por tiempo indefinido, y a asignarte a éste... Mientras trabajes en él, olvídate de jugar al agente secreto. Deja la intriga y los cadáveres a los servicios de inteligencia. Debes ceñirte a tus responsabilidades como director de proyectos especiales para la NUMA; ni más ni menos. Si te encuentras con alguna información que pueda conducir a las personas que mataron a Fyrie, Hunnewell y Matajic, debes darlas a conocer de inmediato.

—¿A quién?

Sandecker se encogió de hombros.

—No lo sé. Los del servicio de inteligencia no creyeron necesario comunicármelo antes de mi partida de Washington.

—¡Magnífico! Publicaré un anuncio de una página en el diario local —dijo Pitt con acritud.

—No te lo recomiendo —dijo Sandecker. Después, tras beber un trago de su vaso, hizo una mueca y añadió—: ¡Dios!, ¿qué le encuentran a esta porquería? —Bebió un poco de agua—. Debo estar en Washington pasado mañana. Eso me da tiempo suficiente para prepararte el camino.

—¿Con... la señorita Fyrie?

—Con Fyrie Limited. He creado un programa de intercambio. Me llevo a uno de sus mejores ingenieros a Estados Unidos para que estudie nuestras técnicas; mientras tanto te quedarás aquí y nos mantendrás informados sobre el trabajo de la compañía. Tu principal tarea será restablecer las buenas relaciones de que disfrutábamos antes con la directiva de Fyrie Limited.

—Si la señorita Fyrie se ha mostrado tan fría con usted y la NUMA, ¿por qué aceptó entrevistarse con nosotros esta noche?

—Por cortesía. El doctor Hunnewell y su hermano eran buenos amigos. La muerte del doctor, y el hecho de que tú intentaras salvar su vida, aunque sin

conseguirlo, la han emocionado. En suma, insistió en conocerle.

—Empieza a parecerme una mezcla de Catalina la Grande y Aimee Semple McPherson, la predicadora —dijo Tidi con sarcasmo.

—Estoy impaciente por encontrarme con mi nueva patrona cara a cara —dijo Pitt.

Sandecker asintió con la cabeza.

—Podrás hacerlo dentro de exactamente cinco segundos exactos. Acaba de entrar.

Pitt miró hacia la puerta, al igual que el resto de los hombres que había en el restaurante. Ella estaba parada en el vestíbulo. Alta y rubia, era el ideal de la perfección femenina. Estaba increíblemente bella, como si la cámara de un fotógrafo de modas la hubiera captado en la pose perfecta. Un largo vestido violeta de terciopelo con bordados campesinos en las mangas y la cintura cubría su escultural figura. Al ver a Sandecker, que la llamaba con un ademán, se dirigió hacia la mesa, con movimientos gráciles y fluidos, que parecían los de una bailarina y evidenciaban su naturaleza atlética.

Todas las mujeres que había en el restaurante la observaron con envidia instintiva.

Pitt apartó su silla y se levantó, al tiempo que estudiaba el rostro de la mujer que se aproximaba. Le sorprendió su bronceado. Era extraño que una mujer islandesa luciera una tez tostada, aunque hubiera pasado buena parte de su vida en zonas apartadas de Nueva Guinea. Su aspecto era asombroso. El cabello rubio, sencillo y natural, algo despeinado, los profundos ojos violeta que hacían juego con el color de su vestido... Decir que no era lo que Pitt esperaba, ni mucho menos es quedarse corto.

—Mi estimada señorita Fyrie, me siento honrado de que haya podido venir a cenar con nosotros —dijo el almirante, mientras le tomaba la mano y se la besaba. Luego se volvió hacia Tidi, que mostraba una máscara de cordialidad—. Permítame presentarle a mi secretaria, la señorita Tidi Royal.

Ambas mujeres intercambiaron saludos corteses, pero típicamente fríos y femeninos. Entonces Sandecker se volvió hacia Pitt.

—Y éste es el mayor Dirk Pitt, la verdadera fuerza motriz de los proyectos de mi agencia.

—Así que éste es el valiente caballero de quien tanto me ha hablado, almirante —dijo ella con voz ronca y sensual—. Lamento mucho la trágica pérdida del doctor Hunnewell. Mi hermano lo tenía en muy alta estima.

—También nosotros lo lamentamos —dijo Pitt.

Hubo un silencio, durante el cual ambos se miraron; Kirsti Fyrie con mirada un tanto reflexiva y algo que quizá fuera más que un interés amistoso; Pitt con analítica evaluación masculina. Fue él quien rompió el silencio.

—Disculpe que la mire así, señorita Fyrie, pero es que al almirante Sandecker

se le olvidó decirme que la dueña de Fyrie Limited tenía unos ojos tan místicos.

—No es la primera vez que un hombre me dice un piropo, mayor Pitt, pero usted es el primero que ha calificado mis ojos de místicos.

—Puramente académico —explicó Pitt—. Los ojos son las puertas de los secretos que las personas ocultan en su interior.

—Y ¿qué profundas y oscuras sombras ve usted escondidas dentro de mi alma?

—Un caballero jamás revela los pensamientos íntimos de una dama —dijo Pitt con una sonrisa al tiempo que le ofrecía un cigarrillo. Ella lo rechazó moviendo la cabeza en un gesto negativo—. En serio, nuestros ojos tienen algo en común.

—Los ojos de la señorita Fyrie son de color azul oscuro; los tuyos, verdes —intervino Tidi—. ¿Qué pueden tener en común?

—Los ojos de la señorita Fyrie, como los míos, tienen rayos que se expanden de la pupila al iris —dijo Pitt—. Se les llama destellos. —Hizo una pausa para encender un cigarrillo—. Los profesionales en la materia aseguran que son signo de poderes psíquicos.

—¿Es usted clarividente? —preguntó Kirsti.

—Admito que soy un fracasado en ese aspecto —dijo Pitt—. Siempre pierdo al póquer porque no consigo adivinar las cartas de mi oponente, ni sus pensamientos. ¿Y usted, señorita Fyrie? ¿Es capaz de ver el futuro?

Vio que una sombra fugaz pasaba por sus ojos.

—Conozco mi destino; por lo tanto, puedo controlarlo.

Los rasgos sonrientes de Pitt no revelaron sus intenciones de iniciar el camino de la eterna persecución. Se apoyó en la mesa hasta que apenas unos centímetros separaron sus ojos de los de ella... Verde y violeta frente a frente.

—¿Quiere decir que por lo general espera obtener lo que desea?

—¡Sí! —respondió ella sin vacilar un instante.

—Entonces suponga que le dijera que en ninguna circunstancia trataría de hacerle el amor.

—Sé qué clase de respuesta espera, mayor —dijo ella. Su rostro se animó con una expresión de desafiante decisión—. Pero si realmente deseara hacer el amor con usted y exigiera su atención, me pondría literalmente en sus manos. No; pocas veces me molesto por algo que no quiero. Haré caso omiso de su rechazo.

Pitt actuó como si no advirtiera cómo la atmósfera se hacía cada vez más tensa.

—Vaya, señorita Fyrie, nunca pensé que fuera una artista de la fuga.

—¿Una artista de la fuga? —preguntó ella extrañada.

—Así llamamos en Norteamérica a los cobardes —dijo Tidi con lengua afilada como una navaja y cubierta con varias capas de azúcar.

El almirante Sandecker se aclaró la garganta. Sabía lo que ocurriría si la conversación seguía por esos derroteros.

—No veo razón alguna para que un anciano se muera de hambre escuchando esta alegre charla —dijo—. Especialmente cuando a sólo tres metros de distancia hay varios metros cuadrados de deliciosa comida que reclaman nuestra atención.

—Por favor, permítanme que les diga en qué consisten nuestros platos más típicos —dijo Kirsti—. Confío en que la gana de comer del mayor Pitt esté más regulada que su apetito sexual.

—*Touché!* —dijo Pitt con una sonrisa mientras se ponía de pie y retiraba la silla de Kirsti—. De ahora en adelante actuaré con moderación.

Las variedades de pescado parecían infinitas. Pitt contó más de veinte platos diferentes de salmón, y casi quince de bacalao. Los cuatro regresaron a la mesa con los platos rebosantes de comida.

—Veo que le gusta nuestra carne de tiburón curada, mayor —dijo Kirsti sonriente.

—He oído hablar mucho de cómo la preparan, y ahora por fin tengo ocasión de probarla —dijo Pitt.

En los bellos ojos de la islandesa se manifestó la sorpresa al ver cómo Pitt comía varias tajadas.

—¿Está seguro de que sabe cómo se prepara la carne de tiburón?

—Por supuesto —respondió él—. La especie de tiburón que se encuentra en aguas frías no se puede comer fresca, de modo que se corta en tiras y se entierra en arena de playa durante veintiséis días; después se deja curar al viento.

—¿Sabe que la está comiendo cruda? —insistió Kirsti.

—¿Existe otro modo de comerla? —dijo Pitt, mientras se llevaba a la boca otro bocado.

—No pierda su tiempo tratando de escandalizarlo, señorita Fyrie —intervino Sandecker, mientras miraba con asco la carne de tiburón—. La cocina es la afición favorita de Dirk Su especialidad son los pescados, y es un experto en su preparación.

—Está muy sabroso —logró decir Pitt entre bocado y bocado—. Sin embargo, tal como lo preparan los malayos tiene mejor gusto. Curan la carne de tiburón envuelta en un alga marina llamada equidna, que le da un sabor algo más dulce.

—Los norteamericanos suelen pedir bistec o pollo —comentó Kirsti—. Usted es el primer americano que conozco que prefiere el pescado.

—No siempre —dijo él—. Como la mayoría de los estadounidenses, mi plato preferido sigue siendo una buena hamburguesa doble con patatas fritas y chocolate malteado.

Kirsti miró a Pitt y sonrió.

—Creo que tiene un estómago de hierro.

Pitt se encogió de hombros.

—Un tío mío es el más conocido *bon vivant* de San Francisco. Yo, más modestamente, procuro seguir sus pasos.

El resto de la cena transcurrió con una tranquila charla. Los cuatro se sentían cómodos y relajados en aquella atmósfera de cordialidad y buena comida. Dos horas más tarde, mientras saboreaban un postre flambeado de fruta y crema, especialmente preparado por Pitt y el amable jefe de cocina del restaurante, Kirsti se disculpó por tener que irse pronto.

—Espero que me disculpe, almirante Sandecker, pero temo que muy pronto tendré que dejarlos a usted, la señorita Royal y el señor Pitt. Mi novio insistió en llevarme a un recital de poesía esta noche, y como soy sólo una mujer, me es difícil contrariar sus deseos —explicó al tiempo que dirigía a Tidi una suave mirada femenina de complicidad—. Estoy segura de que la señorita Royal me entenderá perfectamente.

Tidi entendió al instante a qué se refería Kirsti.

—La envidio, señorita Fyrie. Un novio que ama la poesía es algo que no abunda.

Con una sonrisa de congratulación, Sandecker intervino:

—Mis sinceros deseos de felicidad, señorita Fyrie. No tenía idea de que estuviera comprometida. ¿Quién es el afortunado?

Pitt pensó que el almirante conservaba la serenidad de modo admirable. Sabía que estaba consternado hasta la suela de los zapatos. Esta novedad cambiaba por completo sus planes. Pitt se preguntó cómo sería su rival.

—Rondheim, Oskar Rondheim —dijo Kirsti—. Mi hermano nos presentó mediante una carta. Oskar y yo intercambiamos fotografías y nos escribimos durante años hasta que por fin nos conocimos.

Sandecker la miró fijamente.

—Espere un minuto —dijo lentamente—. Creo haber oído hablar de él. ¿No es el propietario de una cadena internacional de fábricas de conservas alimenticias? ¿Industrias Rondheim? ¿Una flota pesquera tan grande como la armada española? ¿O se trata de otro Rondheim?

—No, es el mismo —asintió Kirsti—. Sus oficinas están en Reykiavik.

—¿Los barcos pesqueros pintados de azul que enarbolan una bandera roja con albatros? —inquirió Pitt.

Kirsti asintió con un movimiento de cabeza.

—El albatros es el símbolo de buena suerte para Oskar. ¿Conoce usted sus naves?

—He tenido ocasión de volar sobre ellas —dijo Pitt.

Por supuesto que las conocía y también su símbolo, al igual que las conocían los pescadores de todos los países al norte del paralelo cuarenta. Las flotas pesqueras de Rondheim eran famosas porque saqueaban las zonas de pesca hasta

su extinción, robaban las redes de otros pescadores y echaban sus inconfundibles redes rojas dentro de los límites territoriales de otros países. El albatros de Rondheim era tan respetado como la esvástica nazi.

—Una fusión comercial entre Fyrie Limited e Industrias Rondheim originaría un poderoso imperio —dijo Sandecker lentamente, como si sopesara las consecuencias.

Los pensamientos de Pitt seguían los mismos derroteros que los del almirante. De pronto Kirsti interrumpió sus cavilaciones al agitar la mano mientras exclamaba:

—Ahí está. ¡Es él!

Los demás se volvieron, y siguiendo la mirada de Kirsti, vieron una figura alta, de cabello blanco como la nieve y de aspecto distinguido que se dirigía hacia ellos.

Era bastante joven, de unos treinta y ocho años, rostro duro y marcado por los años de borrascas pasadas en el océano y el aire salado. Sus ojos eran de un frío gris azulado, su nariz fuerte y estrecha, y su boca parecía afable y cálida, aunque Pitt pensó, sin equivocarse, que rápidamente podía apretarse y endurecerse en una agresiva línea durante las horas de trabajo. Pitt lo consideró un rival despierto y astuto, decidido a no darle nunca la espalda.

Rondheim se detuvo ante la mesa, y mostró sus dientes blancos y perfectos en una sonrisa aparentemente cordial.

—Kirsti, querida, qué encantadora estás esta noche —dijo antes de abrazarla con cariño.

Pitt sintió curiosidad por ver en quién se fijaría seguidamente la mirada gris azulada, ¿en él o en el almirante? Se equivocó: Rondheim se volvió hacia Tidi.

—Ah, ¿y quién es esta bella joven?

—La secretaria del almirante Sandecker, la señorita Tidi Royal —dijo Kirsti—. Permítame presentarle a Oskar Rondheim.

—Señorita Royal —dijo él haciendo una leve inclinación—. Tiene unos ojos cautivadores, muy interesantes.

Pitt tuvo que taparse la boca con la servilleta para contener la risa.

—Creo que yo dije algo parecido —dijo.

Tidi se echó a reír por lo bajo, y Sandecker la imitó con una sonrisa jovial que atrajo las miradas de las mesas vecinas. Pitt miró fijamente a Kirsti. Le intrigó la expresión de temor, casi de pánico, que asomó a su rostro antes de que, con una tenue sonrisa forzada, se uniera al regocijo general.

Rondheim no la imitó, ni mucho menos. Se quedó inmóvil, de pie, con una expresión confusa en la mirada y la boca fuertemente apretada: era evidente que no estaba acostumbrado a que se rieran de él.

—¿He dicho algo gracioso? —preguntó.

—Parece que ésta es la noche de piropear a las mujeres por sus ojos —

contestó Pitt.

Kirsti explicó a Rondheim lo sucedido, y luego le presentó apresuradamente a Sandecker.

—Es un verdadero placer conocerlo, almirante —dijo Rondheim, cuya mirada había recobrado la serenidad—. Su reputación como marino y oceanógrafo es muy conocida en los círculos de la marinería.

—También la suya es sobradamente conocida, señor Rondheim —dijo Sandecker, mientras le estrechaba la mano, luego se volvió hacia Pitt y añadió—: El mayor Dirk Pitt, director de proyectos especiales.

Rondheim guardó silencio un momento para evaluar de forma fría y profesional al hombre que tenía frente a él.

—Mayor Pitt —dijo finalmente tendiéndole la mano.

—Hola, ¿qué tal? —Pitt hizo rechinar los dientes cuando la mano de Rondheim estrujó la suya, y conteniendo el deseo de apretar a su vez, dejó la mano flácida como un pescado muerto—. Dios santo, señor Rondheim, es usted un hombre muy fuerte.

—Disculpe, mayor. —Rondheim hizo una mueca de sorpresa y repugnancia a la vez, y retiró la mano como si hubiera sufrido una descarga eléctrica—. Los hombres que trabajan para mí son gente recia y así hay que tratarlos. A veces, cuando no estoy en el puente de un barco pesquero, olvido comportarme como un caballero de tierra firme.

—Por favor, señor Rondheim, no tiene por qué disculparse. Admiro a los hombres viriles —dijo Pitt, luego, alzando la mano y agitando los dedos, añadió—: Mientras pueda usar un pincel, no hay problema.

—¿Pinta usted, mayor? —preguntó Kirsti.

—Sí, sobre todo paisajes. También me gusta pintar naturalezas muertas con flores. En las flores hay algo que inspira el alma, ¿no les parece?

Kirsti miró a Pitt con curiosidad.

—Me gustaría ver alguno de sus cuadros.

—Lamentablemente, dejé todas mis telas en Washington. Sin embargo, me encantaría regalarle alguna pintura que reflejase mis impresiones de Islandia durante mi estadía. —Pitt se llevó un dedo a los labios en un ademán femenino—. Acuarelas, sí, eso es. Haré una serie de acuarelas. Tal vez a usted le guste colgar alguna en su oficina.

—Es muy amable, pero no podría aceptar...

—Tonterías —interrumpió Pitt—. El litoral de su país es magnífico. Me muero de ganas de comprobar si soy capaz de captar cómo las fuerzas contrapuestas del mar y las rocas se encuentran en una erupción natural de luz y color.

—Si insiste —dijo Kirsti sonriendo cortésmente—. Pero debe permitirme que a cambio haga algo por usted.

—Le pido un solo favor, una embarcación. Para hacer justicia a la costa

islandesa, tengo que dibujarla desde el mar. Nada lujoso; con cualquier barca pequeña bastará.

—Vaya a ver a mi capataz, mayor. Él le tendrá preparado un crucero. — Kirsti vaciló un momento cuando Rondheim se acercó a ella y puso una mano sobre su cuello y hombro—. Nuestras embarcaciones se encuentran amarradas en el muelle 12.

—Vamos, querida —dijo Rondheim con suavidad y mostrando los dientes—. Max leerá esta noche su nueva antología. No debemos llegar tarde. —Apretó la mano, y ella cerró los ojos—. Espero que nos disculpen.

—Sí, por supuesto —contestó Sandecker—. Han sido dos horas muy agradables, señorita Fyrie. Gracias por acompañarnos.

Antes de que alguien pudiera decir algo más, Rondheim tomó a Kirsti del brazo y la condujo fuera del comedor. En cuanto desaparecieron tras la puerta, Sandecker arrojó su servilleta sobre la mesa, y dijo:

—Bueno, Dirk, ¿qué te parece si nos explicas tu pequeña farsa?

—¿Qué pequeña farsa? —preguntó Pitt en tono inocente.

—«Admiro a los hombres viriles» —remedó Sandecker—. Esa maldita imitación de un homosexual, a eso me refiero. Sólo te faltaba cecear.

Pitt apoyó los codos en la mesa, muy serio.

—Hay situaciones en las cuales ser subestimado ofrece una ventaja indudable. Ésta es una de ellas.

—¿Rondheim?

—Exacto. Él es el motivo de la súbita renuencia de Fyrie Limited a cooperar con Estados Unidos y la NUMA. Ese hombre no es ningún tonto. Una vez casado con Kirsti Fyrie, tendrá en sus manos el control de las dos corporaciones privadas más grandes del mundo. Las posibilidades son inmensas. Islandia y su gobierno son pequeños, dependen demasiado de la futura unión Fyrie-Rondheim, para que su economía ofrezca siquiera una resistencia formal a una incursión tan bien financiada. Entonces, con una estrategia adecuada, las islas Faroe y Groenlandia darán a Rondheim el dominio virtual sobre el Atlántico Norte. Después de eso, quien sabe en qué dirección apuntarán las ambiciones de ese hombre.

—Das demasiadas cosas por sentadas —dijo Sandecker moviendo la cabeza en un gesto negativo—. Kirsti Fyrie jamás aprobaría un plan internacional para lograr poder.

—No tendrá alternativa —dijo Pitt—. En un matrimonio, la personalidad dominante se impone.

—Una mujer enamorada es ciega, ¿verdad?

—No —contestó Pitt—. No creo que ésta sea una unión basada en el amor.

—Ahora resulta que eres un experto en asuntos amorosos —comentó sarcásticamente Sandecker.

—No creo que lo sea —dijo Pitt sonriendo—, pero tenemos la suerte de

contar aquí con una experta que tiene una intuición natural para esas cosas. —Se volvió hacia Tidi y preguntó—: ¿Quieres decirnos cuál es tu opinión como mujer, querida? —agregó dirigiéndose a Tidi.

—El le da miedo —asintió ésta.

Sandecker la miró pensativo.

—¿Qué quiere decir?

—Exactamente lo que he dicho —insistió Tidi con firmeza—. La señorita Fyrie estaba muerta de miedo. ¿No han visto cómo le apretó el cuello? Estoy segura de que tendrá que usar jerseys de cuello alto durante una semana, hasta que desaparezcan las magulladuras.

—¿Está segura de que no son imaginaciones tuyas, de que no exagera?

Tidi negó con la cabeza:

—Kirsti tuvo que hacer esfuerzos para no gritar.

De pronto los ojos de Sandecker se llenaron de hostilidad.

—¡Qué asqueroso hijo de perra! —exclamó. Luego miró fijamente a Pitt—. ¿Tú también te diste cuenta?

—Sí.

Esto aumentó la cólera de Sandecker.

—Entonces, ¿por qué demonios no hiciste nada?

—No podía. Hubiera tenido que abandonar mi personaje —respondió Pitt—. Rondheim tiene motivos para pensar que soy un homosexual, y quiero que siga creyéndolo.

—Espero que tengas alguna idea de lo que estás haciendo —dijo Sandecker con severidad—. Sin embargo, me temo que te has metido en un aprieto al presentarte falsamente como un artista. Sé muy bien que eres incapaz de dibujar una línea recta. Erupción natural de luz... ¡Dios me valga!

—No seré yo quien pinte. Tidi se ocupará de esa tarea por mí. He visto muestras de su obra, y es muy buena.

—Yo pinto cuadros abstractos —objetó ella algo dolorida—. Jamás he intentado pintar un paisaje marino.

—Hazlo ahora —dijo Pitt con brusquedad—. Haz un paisaje marino abstracto. No nos proponemos impresionar al director del Louvre.

—Es que no tengo los elementos necesarios para pintar —gimió Tidi—. Además, el almirante y yo partiremos para Washington pasado mañana.

—Tu vuelo acaba de ser cancelado, ¿verdad, almirante? —dijo Pitt mirando a Sandecker.

Este unió las manos y meditó unos instantes.

—En vista de lo que hemos averiguado en los últimos cinco minutos, considero preferible quedarme aquí algunos días.

—El cambio de clima le sentará bien —dijo Pitt—. Quizá hasta pueda participar en alguna excursión pesquera.

Sandecker escrutó las facciones de Pitt.

—Imitaciones de invertidos, clases de pintura, excursiones pesqueras... Haz un favor a un pobre anciano, y dime qué está tramando tu mente.

Pitt levantó un vaso de agua y revolvió el transparente contenido.

—Un avión negro —dijo con voz queda—. Un avión negro que reposa bajo una mortaja de agua.

Alrededor de las diez de la mañana llegaron al muelle 12, donde un guardia alto y moreno de Fyrie Limited les abrió la barrera de entrada. Sandecker vestía ropas viejas y arrugadas, llevaba puesto un sombrero sucio y deformado y en la mano sujetaba una caja de aparejos y una caña de pescar. Tidi iba con pantalones, una blusa anudada y un abrigo masculino. Bajo un brazo llevaba una libreta de dibujo, bajo el otro un bolso del tamaño de un maletín, y tenía las manos bien hundidas en los bolsillos del abrigo. El guardia se sobresaltó al ver a Pitt, éste cerraba la marcha y caminaba por el muelle con cortos pasos afeminados. Sandecker y Tidi tenían el aspecto de dos pescadores, pero Pitt parecía una modelo. Llevaba botas de gamuza roja, pantalones de dril a rayas multicolores tan ajustados que las costuras parecían a punto de romperse, un cinturón de cinco centímetros de ancho y un suéter ceñidísimo de color púrpura, adornado en el cuello con un pañuelo amarillo. Pitt pestañeó con rapidez tras unas gafas al estilo de las de Ben Franklin. Su atuendo se complementaba con una gorra tejida con borlas. La boca del guardia se abrió lentamente.

—Hola, encanto —saludó Pitt con furtiva sonrisa—. ¿Está listo nuestro barco?

El guardia permaneció boquiabierto. Estaba atónito, y parecía incapaz de reconocer la aparición que tenía ante él.

—Vamos, vamos —insistió Pitt—. La señorita Fyrie nos ha permitido generosamente utilizar una de sus embarcaciones. ¿Cuál es? —dijo mientras miraba insistentemente la ingre del guardia.

Éste reaccionó como si le hubieran dado un puntapié; su expresión absorta se convirtió rápidamente en una de extrema repugnancia. Sin decir palabra, los guió por el muelle durante unos treinta metros, y después señaló desde arriba un reluciente crucero Chris Craft de diez metros de largo.

Pitt saltó a bordo y desapareció en el interior de la embarcación. Un minuto más tarde estaba de regreso en el muelle.

—No, no; no nos sirve. Es un barco demasiado ostentoso. Para pintar necesito una atmósfera creativa. —Recorrió el muelle con la mirada—. Allí, ¿qué les parece aquel barco?

Antes de que el guardia pudiera contestar, Pitt cruzó el muelle trotando y saltó a la cubierta de un barco pesquero. Después de explorarlo, asomó la cabeza por

una escotilla.

—Este es perfecto. Tiene carácter, es de una tosca originalidad. Iremos en éste.

El guardia dudó un momento; finalmente se encogió de hombros y asintió. Luego se alejó de ellos, sin dejar de mirar de vez en cuando hacia atrás para ver a Pitt al tiempo que movía la cabeza. Cuando ya no podía oírlos, Tidi exclamó:

—¿Por qué este sucio barco? ¿Por qué no aquel precioso yate?

—Dirk sabe lo que hace —intervino Sandecker mientras depositaba la caña y la caja de aparejos sobre las tablas gastadas de la cubierta y miraba a Pitt—. ¿Tiene medidor de brazas?

—Un Fleming seis-diez, el mejor. Frecuencias extra-sensibles para detectar peces a distintas profundidades. —Pitt señaló una estrecha escalera de cámara—. Esta barca ha sido una buena elección. Le mostraré la sala de máquinas, almirante.

—¿Quieres decir que no iremos en ese hermoso Chris Craft porque no tiene medidor de brazas? —preguntó desilusionada Tidi.

—Así es —contestó Pitt—. Un medidor de brazas es nuestra única esperanza de dar con el avión negro.

Pitt llevó a Sandecker hasta la sala de máquinas. El aire estancado y el rancio olor a aceite y agua del pantoque llenaron inmediatamente sus fosas nasales, lo que les produjo una sensación de ahogo, sobre todo porque venían de respirar la atmósfera pura de arriba. Reconocieron otro olor. Sandecker miró inquisitivamente a Pitt.

—¿Emanaciones de gas?

Pitt asintió.

—Eche una ojeada a los motores.

Un motor diesel es el medio más eficaz para impulsar una embarcación pequeña, sobre todo si se trata de un barco pesquero. Pesado, de pocas revoluciones por minuto, lento, pero barato de mantener y seguro, el motor diesel se utiliza en casi todas las embarcaciones de trabajo que no funcionan a vela. Uno al lado del otro, con los ejes de sus hélices hundidas en el pantoque, dos motores Sterling de 420 HP a gas relucían a la tenue luz de la sala de máquinas como gigantes dormidos a la espera del movimiento de palanca que los pusiera en estrepitosa acción.

—¿Qué diablos hace con tanta potencia una lancha de carga como ésta? —preguntó Sandecker intrigado.

—A menos que me equivoque —murmuró Pitt—, el guardia cometió un error.

—¿A qué te refieres?

—En un estante de la cabina principal encontré un gallardete con albatros. Esta embarcación pertenece a Rondheim, no a Fyrie —dijo. Pitt pasó una mano

por los motores Sterling; una limpieza le hubiera permitido pasar cualquier inspección naval.

Sandecker meditó un momento.

—La señorita Fyrie nos dijo que viéramos a su capataz. Por algún motivo desconocido no está, y el muelle ha quedado a cargo de ese canoso sujeto de bigote manchado de tabaco. Es para preguntarse si no nos habrán tendido una trampa.

—No lo creo —dijo Pitt—. No hay duda de que Rondheim nos tendrá vigilados, pero no le hemos dado motivos para que desconfíe de nosotros, al menos de momento. El guardia se equivocó sin querer. Como no tenía instrucciones concretas, probablemente ha pensado que teníamos permiso para elegir cualquier embarcación que hubiera en el muelle, y por eso, naturalmente, nos mostró primero lo mejor que había. Nadie previó que elegiríamos esta joya.

—¿Qué hace aquí? Sin duda a Rondheim no le falta espacio en sus muelles.

—Qué importa —exclamó Pitt con una amplia sonrisa—. Ya que las llaves están puestas, sugiero que nos lo llevemos deprisa, antes de que el guardia cambie de idea.

El almirante no esperó a que le dijera nada más. Cuando se trataba de obrar con astucia para poder lograr un fin que él consideraba honesto, era increíblemente hábil. Se puso bien su sombrero estropeado, y no perdió tiempo en dar la primera orden a su nueva tripulación.

—Suelta amarras, Pitt. Estoy ansioso por ver qué son capaces de hacer estos Sterling.

Exactamente un minuto más tarde, apareció el guardia corriendo por el muelle y agitando los brazos como loco. Ya era demasiado tarde. De pie en la cubierta, Pitt le saludó a su vez con una mano simulando un inocente agradecimiento, mientras Sandecker, contento como un niño con un juguete nuevo, aceleraba los motores y conducía la embarcación de engañoso aspecto hacia las afueras del puerto de Reykiavik.

El barco se llamaba Grimsi, y su pequeña y cuadrada casilla del timón, instalada a sólo un metro y medio de la popa, hacía que pareciera avanzar en dirección opuesta a la prevista por su armador al construir la quilla. Era una nave muy vieja, tanto como el antiguo compás instalado junto a la rueda del timón. Aunque lisas de tan gastadas, las tablas de caoba de cubierta eran todavía fuertes y resistentes, y tenían un penetrante olor a mar. En el muelle les había parecido una vieja y fea bañera por su forma rechoncha y sus anchos baos, pero cuando los potentes motores Sterling trepidaron, su proa se levantó del agua como una gaviota que se eleva al viento. Parecía complacerse en que la condujeran sin esfuerzo ni molestias, de un modo alegre y vivo.

Sandecker movió las válvulas reguladoras para disminuir la velocidad del Grimsi hasta el mínimo, y guió la nave en un lento y tranquilo recorrido por el

puerto de Reykiavik. A juzgar por su sonrisa, el almirante parecía estar de pie en el puente de un acorazado. Estaba en su elemento disfrutando al máximo. Cualquiera que hubiera reparado en la embarcación hubiera dicho que sus pasajeros eran turistas en una gira programada; Tidi se tostaba al sol y trataba de captar con su cámara todo lo que veía, y Pitt dibujaba absorto en un cuaderno de bocetos. Antes de salir del puerto, se detuvieron junto a una barca donde vendían cebo y compraron dos baldes de arenques. Luego, tras una animada conversación con los pescadores de cebo, zarparon mar adentro.

En cuanto pasaron una punta rocosa y perdieron de vista el puerto, Sandecker abrió las válvulas reguladoras y lentamente aumentó la velocidad del Grimsi a treinta nudos. Era un extraño espectáculo ver la desgarrada nave brincando sobre las olas como un hidroavión Gold Cup. Las olas comenzaron a fundirse unas con otras a medida que el Grimsi tomaba velocidad y las perdía de vista tras su agitada estela. Pitt encontró un mapa de la costa y lo extendió sobre una pequeña repisa, junto a Sandecker.

—Está por aquí —indicó, marcando con un lápiz un lugar en el mapa—. Veinte kilómetros al sureste de Keflavik.

Sandecker movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—A esta velocidad, no tardaremos más de una hora y media. Fíjate, las válvulas reguladoras están todavía a más de cinco centímetros de sus topes.

—El tiempo parece perfecto; ojalá continúe así.

—No hay nubes en ninguna dirección. En esta época del año suele estar calmo alrededor del extremo sur de Islandia. Lo peor que podemos prever es encontrarnos con algo de niebla. Suele levantarse al caer la tarde.

Pitt se sentó y, apoyando los pies en el umbral, contempló el rocoso litoral.

—Al menos no tenemos que preocuparnos por el combustible.

—¿Qué dicen los manómetros?

—Lleno más o menos hasta los dos tercios.

La mente de Sandecker funcionó como una calculadora Burroughs.

—Tenemos de sobra para lo que nos proponemos. No es necesario que tratemos de ahorrar combustible, sobre todo porque quien paga la cuenta es Rondheim.

Y con expresión socarrona y satisfecha, movió las válvulas reguladoras hasta el tope.

El Grimsi se clavó de popa y se lanzó a través del ondulado mar azul, la proa partía la superficie en dos láminas gigantes de espuma. Sandecker no fue demasiado oportuno al hacer esta maniobra, porque en ese momento Tidi estaba subiéndolo con cuidado por la escalerilla desde la cocina con una bandeja con tres tazas de café. La súbita aceleración la cogió por sorpresa y la bandeja voló por el aire, al tiempo que ella desaparecía en la cocina como empujada por una mano invisible. Ni Pitt ni Sandecker advirtieron la cómica caída.

Treinta segundos más tarde, Tidi, muy enfadada, reapareció en la casilla del timón con la cabeza erguida, el cabello mojado y la blusa con manchas pardas de café.

—Almirante James Sandecker —gritó con voz aguda para hacerse oír por encima del bramido de los motores—. Cuando regresemos a nuestro hotel, tendrá que añadir a su cuenta de gastos una blusa nueva y una visita al peluquero.

Sandecker y Pitt se volvieron hacia Tidi, y luego se miraron sin comprender.

—Podría haber ido a parar a un hospital con quemaduras —continuó ella—. Si quieren que haga de camarera en este viaje, sugiero que demuestren un poco más de consideración.

A continuación giró sobre sus talones y desapareció en la cocina.

—¿Qué demonios le pasa? —preguntó Sandecker frunciendo el entrecejo.

Pitt se encogió de hombros.

—Las mujeres no suelen dar muchas explicaciones.

—No tiene edad para estar menopaúsica —masculló Sandecker—. Seguramente debe tener el período.

—Sea lo que sea, le va a costar una blusa y la peluquería —dijo Pitt, admirado por cómo Tidi defendía sus derechos.

La joven tardó diez minutos en preparar otra cafetera. Teniendo en cuenta cómo se inclinaba la quilla del Grimsi después de elevarse y llegar a la cresta de las olas, fue toda una proeza por parte de Tidi lograr subir a la casilla del timón sin derramar ni una gota de las tres tazas que aferraba con empecinada decisión. Pitt no pudo dejar de sonreír mientras sorbía su café mirando pasar bajo la vieja barca el agua azul añil. Entonces pensó en Hunnewell, Fyrie, Matajic y O'Riley, y dejó de sonreír.

Siguió sin sonreír mientras observaba cómo la aguja del medidor de brazas zigzagueaba sobre el papel midiendo el fondo marino, a cuarenta metros de profundidad. Pitt no sonreía entonces porque en alguna parte de esos abismos había un avión con sus tripulantes muertos, y él tenía que encontrarlo. Si la suerte lo acompañaba, el medidor de brazas registraría una curva irregular en su diagrama.

Se orientó por las colinas y esperó lo mejor.

—¿Estás seguro de que nuestro esquema de búsqueda es correcto? —preguntó Sandecker.

—Estoy seguro en un veinte por ciento, lo demás son suposiciones —dijo Pitt—. Podría haberlo calculado con más exactitud si hubiera tenido el Ulysses como punto de referencia.

—Lo siento, pero ayer ignoraba qué te proponías. Fui yo quien ordenó la actuación del equipo de salvamento apenas unas horas después de tu caída. El equipo de rescate aéreo y marítimo de la fuerza aérea sacó tu avión de las aguas con uno de sus helicópteros gigantes. Hay que reconocer que son eficaces.

—Su eficacia nos costará cara —comentó Pitt.

—¿Has revisado el equipo de buceo? —dijo Sandecker tras efectuar una pausa para efectuar un cambio de rumbo.

—Sí, no falta nada. Recuérdeme invitar al personal del departamento de estado a una copa cuando volvamos. Han representado magníficamente su papel de pescadores, y eso que se les avisó con muy poco tiempo. Si había alguien mirando con binoculares, estoy seguro de que habrá creído que se trataba de un encuentro casual. Introdujeron a bordo el equipo de buceo con tal habilidad y sigilo, mientras usted fingía comprar cebo, que yo mismo, que estaba a sólo tres metros de distancia, no advertí la maniobra.

—No me gusta lo que te propones. Bucear solo es peligroso, y lo peligroso puede llevar a la muerte. Sabes que no suelo actuar en contra de mis propias órdenes, no estoy dispuesto a permitir que uno de mis hombres bucee en aguas desconocidas sin las precauciones necesarias —dijo Sandecker, mientras se movía nerviosamente. Iba a contrariar su buen juicio, y la expresión de su rostro mostraba a las claras su inquietud—. ¿Qué esperas encontrar ahí abajo aparte de un avión roto y unos cadáveres hinchados? ¿Cómo sabes que alguien no se nos ha adelantado?

—Hay una remota posibilidad de que en los cadáveres haya alguna identificación que pueda indicar quién está detrás de este descabellado enigma. Esto, por sí solo, hace que el intento de hallar los restos del avión valga la pena. Lo más importante es el aparato. Todos los números e insignias que lo identificaban estaban ocultos con pintura negra, de forma que, a distancia, sólo podía reconocerse su silueta. Ese avión, almirante, es la única pista que tenemos del asesino de Hunnewell y Matajic. Lo único que no se puede tapar con pintura negra es el número de serie de un motor, al menos no el que está en la caja de la turbina, bajo la cubierta. Si encontramos el avión y logro descifrar los números, será fácil contactar con el fabricante, estudiar el avión a partir del motor y, finalmente, llegar hasta el propietario. —Pitt se interrumpió un instante para efectuar un ajuste en el medidor de brazas—. La respuesta a su segunda pregunta es: «imposible».

—Pareces muy seguro de ti mismo —dijo Sandecker—. Por mucho que odie a ese canalla asesino, reconozco que es inteligente. Así pues, sabiendo que los restos del avión perdido lo delatarían, es muy probable que haya intentado localizarlo.

—Habría llevado a cabo una búsqueda en la superficie, es cierto, pero en esta ocasión, por primer vez, la ventaja es nuestra. Nadie presencié el combate. Los niños que nos encontraron a Hunnewell y a mí en la playa dijeron que habían tratado de averiguar qué había sucedido después de ver el Ulysses meciéndose en el mar, no antes. Y el hecho de que nuestros amigos los asesinos no nos mataran cuando tuvieron una oportunidad ideal para hacerlo, en lugar de ir a la

casa del médico mucho más tarde, demuestra que no fueron testigos de lo sucedido. En resumen, soy el único sobreviviente que sabe dónde buscar.

Pitt se interrumpió de pronto para concentrarse en el diagrama y la aguja. Las líneas negras, una fina ondulación que iba y volvía en el papel, comenzaban a ensancharse, y aparecía una pequeña montaña que indicaba una súbita elevación de dos y medio a tres metros sobre el fondo marino de arena.

—Creo que ya lo tenemos —anunció Pitt con calma—. Vire a babor y corte nuestra estela en rumbo uno, ocho, cinco, almirante.

Sandecker giró el timón y desvió la nave doscientos setenta grados al sur, lo cual hizo que el Grimsi se bamboleara con suavidad al pasar sobre las olas de su propia estela. Esta vez la aguja tardó más en oscilar hasta una altura de tres metros antes de disminuir de nuevo a cero.

—¿Qué profundidad? —preguntó Sandecker.

—Cuarenta y cinco metros —dijo Pitt—. A juzgar por la indicación, acabamos de pasar por encima del avión.

Minutos más tarde, el Grimsi echaba amarras sobre el sitio indicado por el medidor de brazas. La costa se hallaba a casi un kilómetro de distancia; bajo el sol del norte, los grandes acantilados exhibían su roca gris cayendo en vertical con más nitidez que nunca. Al mismo tiempo se levantó una leve brisa, que comenzó a ondular la superficie del agua. Era una leve advertencia, una señal que presagiaba un tiempo más agitado. Con la brisa, una escalofriante aprensión erizó los cabellos de la nuca de Pitt. Por primera vez, se preguntó qué encontraría bajo las frías aguas del Atlántico.

El cielo azul estaba libre de nubes y el sol calentaba con fuerza y convertía el traje negro de bucear de Pitt en una hedionda sauna, mientras él revisaba el viejo regulador Deepstar de un solo tubo. Habría preferido un modelo más moderno pero no estaba en situación de elegir. Se consideraba afortunado porque uno de los miembros jóvenes del consulado practicaba el buceo y había podido prestarle su equipo. Ajustó el regulador a la válvula de una botella de aire. Sólo había podido conseguir dos tanques, que apenas bastaban para bucear durante quince minutos, y aún así tendría que aprovechar el tiempo para bajar a cuarenta metros de profundidad. Su único consuelo era que no estaría abajo el tiempo suficiente como para preocuparse por la descompresión.

Lo último que vio en la cubierta del Grimsi antes de que el agua verde azulada se cerrara sobre su máscara fue al almirante Sandecker, sentado y soñoliento, con la caña de pescar en las manos, y a Tidi que, vestida con las extravagantes ropas de Pitt, con el cabello castaño cubierto con una gorra de lana, bosquejaba absorta la costa islandesa. Para evitar que alguien desde los acantilados pudiera verlo, Pitt se deslizó por un lado del barco, tras la casilla del timón, y pasó a ser parte de la vastedad del mar. Tenía el cuerpo en tensión. Al bucear sin compañero no podía permitirse el lujo de cometer errores.

El efecto del agua helada en su cuerpo sudoroso estuvo a punto de quitarle el sentido. Utilizó la sogla del ancla como guía, siguiéndola hasta que ésta desaparecía en las profundidades. Pitt iba dejando a su paso un rastro de burbujas de aire que se arremolinaban y ascendían perezosamente a la superficie. A medida que él descendía, la luz disminuía y la visibilidad era menor. Verificó sus dos referencias vitales. El manómetro de profundidad indicaba treinta metros, y por la esfera anaranjada del reloj Doxa de buceo supo que hacía dos minutos que estaba abajo.

El fondo apareció poco a poco ante él. Automáticamente se despejó los oídos por tercera vez y le llamó la atención el color de la arena: era negra. A diferencia de casi todas las zonas del mundo donde la arena del fondo es blanca, en Islandia, debido a la actividad volcánica, la alfombra oceánica está cubierta de suaves granos de ébano. Se movió con más lentitud, hechizado por la rareza del color de la arena bajo la extensa mortaja de agua verde azulada. La

visibilidad era de unos doce metros; bastante buena, teniendo en cuenta la profundidad.

Instintivamente nadó en un arco de trescientos sesenta grados. No había nada a la vista. Al alzar los ojos, vio una sombra que pasaba por encima de él. Era un pequeño cardumen de bacalao que merodeaba cerca del fondo en busca de su alimento favorito: camarones y cangrejos. Por un momento miró el lento deslizarse de sus cuerpos levemente achatados, de color aceituna oscuro y salpicados por cientos de motitas pardas. «Lástima que el almirante no pueda pescar uno», pensó. El más pequeño debía de pesar unos siete kilos.

Pitt nadó en círculos cada vez más amplios alrededor de la sogá del ancla, arrastrando una aleta por la arena para marcar su rastro. Bajo el agua solía ver fantasías; a grandes profundidades su percepción se deformaba, el peligro se magnificaba y le impedía pensar con claridad. Había recorrido cinco veces aquella zona cuando vio a través del resplandor azul una forma confusa. Pataleando rápidamente con las aletas, nadó hacia ella. Treinta segundos más tarde sus esperanzas quedaban rotas y descartadas. Aquella forma resultó ser una gran roca dentada que sobresalía del fondo como un fortín olvidado y ruinoso en medio de un desierto. Sin esfuerzo, se deslizó alrededor de la roca desgastada por la corriente, con la mente enturbiada, tratando de dominarse. Pensó que la roca no podía ser lo que había indicado el medidor de brazas, pues el pico era demasiado cónico y no coincidía con el fuselaje de un avión.

Entonces, a sólo un metro y medio de distancia, vio algo tumbado en la arena. La pintura negra de la portezuela rota y abollada enterrada en la arena negra pasaba casi inadvertida. Se acercó nadando y la rodeó, pero tuvo que retroceder sorprendido cuando una gran langosta huyó de su nuevo hogar. No había inscripciones en la parte interior. Pitt tenía que actuar con rapidez. El avión debía estar muy cerca, pero él pronto tendría que tirar de la válvula de su aire de reserva, lo que tan sólo le proporcionaría algunos minutos de respiración adicional; apenas lo suficiente para permitirle llegar a la superficie.

No tardó mucho en hallarlo. El avión estaba partido en dos, debido a la fuerza de la caída. Entonces notó que le costaba respirar, así pues decidió recurrir a la reserva. Tiró de la válvula e inició el ascenso. A medida que se elevaba rodeado de burbujas de aire, el techo de agua que tenía sobre su cabeza se iluminaba lentamente. Cuando le faltaban diez metros se detuvo y buscó la quilla del Grimsi; era importante que al salir del agua no lo vieran desde la costa. Allí estaba como un pato gordo, con sus puntales acomodados en la parte inferior, bamboleándose con las olas. Pitt levantó la vista y buscó el sol para orientarse. El Grimsi había flotado alrededor de la sogá de su ancla en un arco de ciento ochenta grados, de modo que su lado de estribor se encontraba entonces frente a la costa.

Trepó por la parte de babor y, después de quitarse la botella de aire, reptó

sobre la cubierta hacia la silla del timón. Sin alzar la vista, Sandecker apoyó lentamente su caña en la baranda y con igual lentitud se acercó y se apoyó en el marco de la puerta.

—Espero que hayas tenido más suerte que yo —dijo.

—Está a cuarenta y tres metros del bao de estribor —contestó Pitt—. No tuve tiempo de inspeccionarlo por dentro porque se me terminaba el aire.

—Quítate ese traje y bebe una taza de café. Tienes la cara más azul que un molino en un plato de porcelana Delf.

—Mantenga el café caliente. Yo me tranquilizaré en cuanto hayamos conseguido lo que vinimos a buscar —dijo Pitt mientras iba hacia la puerta.

Sandecker lo miró con severidad.

—No irás a ninguna parte hasta dentro de una hora y media. Aún tenemos tiempo de sobra. El día acaba de empezar. Agotar tus recursos físicos es insensato. Conoces los programas de buceo tan bien como el mejor de los buceadores, y sabes que sumergirse dos veces a cuarenta metros de profundidad en treinta minutos puede tener graves consecuencias. —Hizo una pausa antes de continuar—: Has visto a hombres gritar a todo pulmón por el dolor torturante. Conoces a algunos que sobrevivieron y a otros que quedaron inválidos para toda la vida. Aunque pudiera poner a toda velocidad este viejo cacharro, tardaría dos horas en llevarte a Reykiavik. Después hay que contar con otras cinco horas en un avión de propulsión a chorro hasta Londres y la cámara de descompresión más cercana. Imposible, amigo mío. Baja a descansar; yo te indicaré cuando puedes sumergirte otra vez.

—Me doy por vencido, almirante, usted gana —dijo Pitt mientras se sacaba el traje de bucear—. Sin embargo, opino que sería más acertado acostarnos en cubierta, donde los tres podamos ser vistos.

—¿Quién nos va a ver? La costa está desierta y no hemos avistado ninguna embarcación desde que salimos del puerto.

—La costa no está desierta. Hay alguien observándonos.

Sandecker se volvió y miró hacia los acantilados, al otro lado de las aguas.

—Puede que me esté haciendo viejo, pero todavía no necesito gafas, y no veo nada que indique que hay alguna persona mirándonos.

—A la derecha, un poco más lejos de esa roca que sobresale del agua.

—Desde esta distancia no se ve nada —dijo el almirante, mirando de reojo hacia donde había indicado Pitt—. Y no puedo coger los binoculares porque sería como mirar por una cerradura y ver otro ojo. ¿Cómo estás seguro de que hay alguien?

—He visto un reflejo. El sol destelló en algo por un momento. Probablemente unos cristales.

—Pues que miren. Si alguien pregunta por qué sólo dos de nosotros estábamos en cubierta, diremos que Tidi estaba mareada y bajó a descansar en su litera.

—Es una buena excusa —dijo Pitt con una sonrisa—, mientras no distingan la diferencia entre Tidi y yo con esas ropas extravagantes.

—Con prismáticos y a un kilómetro de distancia, ni tu propia madre advertiría la diferencia —dijo Sandecker sonriendo.

—No sé bien cómo debo interpretar sus palabras.

Sandecker se volvió hacia él y clavó su mirada en los ojos de Pitt. Se puso serio y dijo:

—No le des más vueltas y baja enseguida. Es hora de dormir la siesta. Le diré a Tidi que te lleve una taza de café. Y nada de juegos, sé como te excita una jornada de buceo.

Una espectral luz gris amarillenta penetraba por la escotilla cuando Sandecker sacudió a Pitt para despertarlo. Despertó con lentitud, tenía la mente confusa. La pequeña siesta lo había atontado más que si hubiera dormido ocho horas. Pitt pudo sentir la disminución en el movimiento de las olas; el Grimsi apenas se balanceaba sobre las ondas bajas y parejas. No había indicios de brisa. El aire era húmedo y pesado.

—¿Cambio de tiempo, almirante?

—Un banco de bruma se acerca por el sur.

—¿Cuánto tardará en llegar?

—Quince minutos, veinte tal vez.

—No nos queda mucho tiempo.

—Bastará; bastará para una inmersión rápida.

Minutos más tarde, Pitt se había lanzado por la borda después de ponerse el traje de buzo. Otra vez abajo, en un mundo donde no hay ruido ni viento; donde no se conoce el aire. Trató de destaparse los oídos y, moviendo las aletas, descendió. Tenía los músculos fríos y doloridos y su cerebro todavía funcionaba lentamente por el sueño.

Nadaba en silencio, sin esfuerzo, como colgado de un cable a lo largo del gran telón de fondo líquido. Nadaba atravesando los colores oscuros; el verde azulado se transformaba lentamente en gris claro. Nadaba sin dirección alguna, llevado tan sólo por lo que su instinto y las señales del terreno le decían. Por fin halló lo que buscaba.

Con el corazón latándole como un tambor, se aproximó cautelosamente al avión, pues sabía por experiencia que una vez que penetrara en aquellos enmarañados trozos de metal, cada movimiento sería una amenaza.

Moviendo las aletas, llegó a la destrozada abertura del fuselaje, a dos metros y medio de las alas, donde se topó con un pececillo rosado que no medía más de quince centímetros, y cuyas escamas rojo anaranjadas contrastaban vívidamente con el oscuro fondo. Brillaba tanto en la luz tenue del fondo que parecía un diminuto adorno de árbol de Navidad. Por un momento contempló fijamente a Pitt con un solo ojo brillante, incrustado en la espinosa cabeza;

después nadó de un lado a otro frente a su máscara mientras él entraba en el avión.

En cuanto sus ojos se adaptaron a la oscuridad, se encontraron con un revoltijo de asientos arrancados de sus soportes y cajones de madera que flotaban en desorden a la altura del techo. Arrastró dos de ellos hasta la puerta y los empujó afuera, luego se quedó mirando cómo ascendían hasta la superficie. En ese momento divisó un guante que aún contenía la mano de un hombre. El cadáver, unido a esa mano por un brazo verdoso, estaba apretujado entre los asientos, en el rincón inferior de la cabina principal. Tironeando, Pitt lo liberó de los hierros y registró sus ropas. Dedujo que debía de ser el hombre que disparaba con la ametralladora desde la portezuela. La cabeza no era un espectáculo agradable: había quedado aplastada y convertida en una pasta semilíquida; materia gris y fragmentos de cráneo se desprendían de la masa craneal en tentáculos que oscilaban a merced de la corriente. En los bolsillos del uniforme roto de color negro sólo había un destornillador.

Pitt lo guardó bajo su cinturón antes de entrar, medio nadando, medio patinado, en la carlinga. Salvo por el parabrisas roto del lado del copiloto, el centro del avión parecía vacío e indemne. Pero entonces Pitt vio que sus burbujas de aire se elevaban hasta el panel superior y corrían como una serpiente de plata en busca de una salida. Por último se unían y apiñaban en un rincón, circundando a otro cadáver, empujado hacia el techo por los gases internos al expandirse bajo la carne en descomposición.

El piloto muerto llevaba puesto un traje similar al del otro cadáver. Buscó rápidamente entre las ropas, pero los bolsillos estaban vacíos. El pequeño pez rosa pasó culebreando junto a Pitt y mordisqueó el ojo derecho del piloto. Entre fuertes jadeos, Pitt empujó el cadáver a un lado. Conteniendo el impulso de vomitar dentro de la máscara, esperó hasta recobrar el control de su respiración. Consultó su reloj Doxa: hacía sólo nueve minutos que había bajado, aunque tenía la sensación de llevar noventa minutos sumergido. Quedaba poco tiempo. Recorrió con rapidez el pequeño recinto en busca del libro de vuelo o la lista de mantenimiento o de verificación; cualquier cosa que tuviera caracteres impresos. La carlinga mantenía bien guardado su secreto. No quedaba ninguna clase de anotaciones. Ni siquiera una etiqueta con el código radiotelegráfico del avión adherida al radiotransmisor.

Cuando salió del avión fue como abandonar el útero, como nacer de nuevo. Las aguas estaban más oscuras que cuando había entrado. Después de examinar la sección de la cola, se dirigió hacia el motor de estribor. No pudo hacer nada; esa parte estaba totalmente sepultada en la arena del fondo. Con el motor de babor tuvo más suerte: no sólo era fácilmente accesible, sino que, como la cubierta del motor estaba rota, pudo inspeccionar la caja de la turbina. Pero la fortuna no le acompañaba. Descubrió el lugar donde debía haberse hallado la

placa de identificación, pero ya no estaba. Sólo quedaban los cuatro tornillitos de bronce, bien apoyados en sus roscas, que antes la sostenían.

Frustrado, Pitt dio un puñetazo en la caja. Seguir buscando era inútil. Sabía que todas las marcas de identificación de los instrumentos, componentes eléctricos y demás elementos mecánicos del avión estarían borradas. Maldijo en silencio al cerebro responsable de todo aquello por su minuciosidad. Parecía muy extraño que un solo hombre pudiera haber tenido en cuenta todas las contingencias posibles y hubiera tomado precauciones para ellas. Aunque el agua estaba helada, hilos de sudor corrían por su cara bajo la máscara. Su mente buscaba al azar, planteando problemas e interrogantes, pero no podía hallar soluciones. Sin pensar, sin propósito alguno, siguió con la mirada las volteretas del pez rosa, que lo había seguido desde la carlinga y hacía cabriolas alrededor de un objeto plateado alejado algunos metros de la proa del avión. Pitt mantuvo la mirada fija en el pececito durante casi treinta segundos sin advertir nada, sólo oía el ruido de las burbujas de su tubo de oxígeno. Finalmente, reaccionó y vio que ese largo tubo plateado era el amortiguador hidráulico de la rueda delantera.

No tardó en estar junto a él y estudió cuidadosamente el cilindro. El impacto lo había arrancado de la riostra de sostén y había caído junto con la rueda y la cubierta. Como en los otros objetos, alguien había limado el número de serie del fabricante que debía estar en el cárter de aluminio. Entonces, cuando se disponía a volver a la superficie, echó una última y rápida ojeada. En el extremo del cárter, donde la tubería hidráulica se había separado de su conexión, Pitt descubrió una pequeña inscripción: dos letras toscamente talladas en el metal: «SC». Sacó el destornillador de su cinturón y grabó sus iniciales junto a aquellas letras. La profundidad de su inscripción era igual a la de las iniciales.

Pensó que quedarse allí no tenía sentido. Se le estaba haciendo difícil inhalar el aire, lo cual indicaba que su botella estaba quedando vacía. Tiró de su válvula de reserva e inició el ascenso. El pez rosa lo siguió hasta que Pitt se volvió hacia él y agitó la mano. El pequeño ser marino se ocultó entonces tras una acogedora roca. Pitt sonrió, mientras movía divertido la cabeza, su jugueteón acompañante tendría que buscarse otro amigo.

Cuando le quedaban quince metros para alcanzar la superficie, se arqueó para mirar hacia arriba en busca del Grimsi. La luz era igual en todas direcciones; sólo las burbujas ascendentes del oxígeno le indicaban la dirección en que se encontraba su elemento natural. Lentamente comenzaba a ver con más claridad, aunque todavía la luz no era la misma que en los primeros momentos de su zambullida desde el Grimsi. Cuando la ansiosa cabeza de Pitt brotó de las aguas, un denso manto de bruma la envolvió. «Dios mío —pensó—, con esta niebla será imposible encontrar la nave». Dirigirse a la costa habría sido, en el mejor de los casos, un gran riesgo.

Pitt se quitó el corraje de la botella de aire, lo ató a su cinturón, ya

desabrochado, y dejó que todo junto cayera al fondo del océano. Entonces flotó cómodamente gracias a su traje de goma. Permaneció inmóvil, casi sin respirar, tratando de oír algún ruido a través de la densa niebla gris. Al principio sólo oyó el chapoteo del agua alrededor de su cuerpo. Después sus oídos captaron una lejana y áspera voz... Una voz que cantaba una desafinada versión de Mi Bonnie está en el océano. Pitt ahuecó las manos sobre sus oídos para oír mejor y poder determinar la dirección de donde provenía la voz. Nadó quince metros a braza para ahorrar energía, y luego se detuvo. El desentonado cantar había aumentado de volumen. Cinco minutos más tarde, Pitt tocaba el casco gastado del Grimsi y trepaba a bordo.

—¿Qué tal te ha ido?—preguntó Sandecker alegremente.

—He disfrutado poco y no he conseguido casi nada —dijo Pitt mientras bajaba la cremallera del traje de buzo dejando al descubierto la densa mata de pelo negro que le cubría el pecho. Luego miró sonriente al almirante y dijo—: Qué raro, hubiera jurado que oí una bocina de niebla.

—No era una bocina de niebla, sino la voz de un ex barítono del orfeón de Annapolis.

—Tiene mejor voz que nunca, almirante —dijo Pitt mirando a Sandecker a los ojos—. Gracias.

—No me lo agradezcas a mí, sino a Tidi, que tuvo que aguantar diez estribillos —dijo Sandecker con una sonrisa.

Tidi salió súbitamente de la niebla y abrazó a Pitt.

—Gracias a Dios que estás a salvo —exclamó estrechándole con fuerza. Gotas de agua corrían por su rostro y el cabello le caía en mechones enmarañados.

—Me alegra saber que me habéis echado de menos.

—¿Echarte de menos? Eso es poco decir —contestó ella apartándose—. El almirante Sandecker y yo empezábamos a perder la cabeza.

—Hable por usted, señorita Royal —dijo Sandecker.

—No me engaño ni por un segundo, almirante. Estaba preocupado.

—Inquieto es la palabra adecuada —la corrigió Sandecker—. Considero un insulto personal que alguno de mis hombres se lance inconscientemente a una muerte casi segura. —Luego dirigiéndose a Pitt agregó—: ¿Has encontrado algo de valor?

—Tan sólo dos cadáveres. Alguien se ha tomado muchas molestias para eliminar la identificación del avión. Antes de que el aparato se estrellara borraron todos los números de serie de cada parte del equipo. Sólo he encontrado dos letras marcadas en el cilindro hidráulico del aparejo delantero. —Aceptó con gratitud una toalla que le ofrecía Tidi, y añadió—: ¿Ha podido recoger los cajones que mandé arriba?

—No fue fácil —dijo Sandecker—. Salieron a la superficie a unos quince

metros de distancia. Hace años que no pescó con palo, pero lo intenté veinte veces hasta que logré engancharlos y subirlos al barco.

—¿Los ha abierto? —preguntó Pitt.

—Sí. Son modelos en miniatura de edificios. Parecen casas de muñecas.

—¿Casas de muñecas? —preguntó intrigado—. ¿Quiere decir que son maquetas de construcciones?

—Llámalas como quieras. —Sandecker se interrumpió para arrojar al agua la colilla de un cigarro—. Están muy bien hechas. Los detalles son asombrosos. Están divididas en pisos y puede verse su interior.

—Enséñemelas.

—Están en la cocina —dijo Sandecker—, un buen sitio para que te pongas ropa seca y bebas una taza de café caliente.

Tidi, que ya se había puesto su blusa y sus pantalones, se volvió de espaldas mientras Pitt terminaba de quitarse el traje de bucear y se ponía su pintoresca ropa moderna.

—¿La has conservado caliente? —preguntó él sonriendo, mientras ella trajinaba en la cocina.

—¿Tu ropa de marica? —Ella se volvió a mirarlo y Pitt vio en su rostro un incipiente rubor—. ¿Te burlas? Me llevas por lo menos veinte centímetros, y pesas casi treinta kilos más que yo. Nadaba literalmente dentro de esas porquerías. Era como tener puesta una carpa. El aire frío me entraba por las piernas, el cuello y los brazos como un huracán.

—Espero sinceramente que eso no haya causado algún daño grave en tus partes vitales.

—Si te refieres a mi futura vida sexual, temo lo peor.

—La compadezco, señorita Royal —dijo Sandecker sin mucho convencimiento. Luego puso los cajones sobre la mesa y quitó las tapas—. Bueno, aquí están, con mobiliario y cortinas incluidos.

Pitt miró dentro del primer cajón.

—No parece que el agua las haya dañado —dijo.

—Los cajones estaban cerrados herméticamente —explicó Sandecker—. Las empaquetaron con tanto cuidado que no sufrieron daño alguno en la caída.

Decir que aquellas maquetas eran obras maestras del arte miniaturista sería subestimarlas en exceso. El almirante estaba en lo cierto; los detalles eran asombrosos. Cada ladrillo, cada vidrio de las ventanas, era exacto en cuanto a escala y ubicación. Pitt levantó el techo. Ya había visto antes modelos de casas en museos, pero nunca tan perfectos como aquellos. No se había omitido nada. Los cuadros en las paredes eran exactos en color y diseño. La tela de los muebles tenía pequeños dibujos estampados. Los teléfonos, situados encima de escritorios, tenían auriculares que se podían levantar y estaban conectados a cables que penetraban por las paredes. Como detalle culminante, en los cuartos de baño

había rollos de papel higiénico que se desenrollaban al tocarlos. La primera maqueta era un edificio de cuatro pisos y un sótano. Pitt levantó cuidadosamente el techo y estudió cada planta. Examinó todos sus elementos y los devolvió a su sitio con igual cuidado. Después miró la segunda maqueta.

—Este lo conozco —dijo con voz queda.

—¿Estás seguro? —preguntó Sandecker levantando la vista.

—Segurísimo. Es rosado. No se suele olvidar un edificio construido con mármol rosado. Hace unos seis meses estuve entre esas paredes. Fue mientras mi padre cumplía una misión de inspección económica para el presidente. Tuvo que entrevistarse con los ministros de Economía de algunos gobiernos latinoamericanos. Yo pedí treinta días de permiso en la fuerza aérea para ir como su ayudante y piloto durante la gira. Sí, lo recuerdo bien, especialmente a esa exótica secretaria de ojos negros...

—Ahórranos tus aventuras eróticas —lo interrumpió Sandecker con impaciencia—. ¿Dónde está este edificio?

—En Santo Domingo. Esta maqueta es una reproducción perfecta a pequeña escala del palacio de gobierno de la República Dominicana. —Señaló con un ademán la primera maqueta—. A juzgar por el diseño, ésa también debe de representar las oficinas del gobierno de otro país de América del Sur o Central.

—Magnífico —exclamó Sandecker con entusiasmo—. Hemos descubierto a un personaje que colecciona edificios de gobierno en miniatura.

—Eso no nos dice gran cosa —respondió Pitt, mientras sorbía pensativo el café que le había preparado Tidi—. Salvo que el avión negro cumplía dos misiones al mismo tiempo.

Sandecker le sostuvo la mirada.

—¿Quieres decir que iba a entregar estas maquetas cuando cambió de rumbo para atacar el Ulysses?

—Exacto. Es probable que uno de los pesqueros de Rondheim descubriera que nuestro helicóptero se acercaba a Islandia, y el avión recibiera por radio la orden de desviarse para atacarnos cuando llegáramos a la costa.

—¿Por qué Rondheim? No tenemos prueba alguna que lo relacione con todo esto.

—Son puras suposiciones. —Pitt se encogió de hombros—. Admito que estoy buscando a ciegas. Además, yo tampoco estoy convencido de la culpabilidad de Rondheim. Es como la figura del mayordomo en una vieja película de misterio. Todas las pruebas circunstanciales, todas las dudas, lo señalan a él, y lo convierten en el principal sospechoso. Pero al final, el mayordomo resulta ser un policía secreto, y el personaje que menos esperábamos es el culpable.

—No sé por qué no logro imaginarme a Rondheim como policía secreto. —Sandecker cruzó la cabina para servirse otra taza de café—. Pero me cae lo suficientemente mal como para desear fervientemente que tenga algo que ver

con las muertes de Fyrie y Hunnewell, así podríamos ponerle el pie encima al muy canalla.

—No sería fácil. Su posición es bastante sólida.

—Si quieren mi opinión —intervino Tidi—, ustedes dos, grandísimos intrigantes, están celosos de Rondheim porque tiene dominada a la señorita Fyrie.

—Para tener celos hay que estar enamorado —dijo Pitt con una sonrisa.

—Tiene una lengua bífida, señorita —dijo Sandecker sonriendo a su vez.

—No soy malévola por envidia. Kirsti Fyrie me gusta.

—Supongo que también te gusta Oskar Rondheim —sugirió Pitt.

—Ese reptil no me gustaría aunque fuese general del ejército de salvación —dijo ella—. Pero hay que dar al César lo que es del César. Tiene a Kirsti y Fyrie Limited bien metidos en el bolsillo.

—¿Por qué? ¡Dime! —dijo Pitt intrigado—. ¿Cómo es posible que Kirsti lo ame si él la aterra?

—No lo sé —dijo Tidi moviendo la cabeza en un gesto negativo—. Pero no puedo olvidar su mirada de dolor cuando él le apretó el cuello.

—Acaso ella sea masoquista, y Rondheim un sádico —dijo Sandecker.

—Si Rondheim es quien urdió estos terribles asesinatos, deben revelar todo lo que saben a las autoridades correspondientes —dijo Tidi—. Si insisten en llevar esto demasiado lejos, usted y Pitt podrían perder la vida.

—Es vergonzoso, almirante —dijo Pitt con tristeza—. Su secretaria subestima a sus dos personas favoritas. —Se volvió hacia Tidi y la miró lúgubrementemente—. ¿Cómo has podido decir algo así?

—Ahora es casi imposible encontrar una empleada leal —suspiró el almirante.

—¡Lealtad! —Tidi los miró como si los creyera locos—. ¿Qué otra muchacha se dejaría arrastrar al otro extremo del mundo en un incómodo avión militar de carga, para helarse en un viejo barco hediondo en medio del Atlántico Norte, y verse sometida a un constante hostigamiento masculino, por el escaso sueldo que se me paga? Si eso no es lealtad, quisiera saber cómo lo llaman ustedes, hombres machistas y desconsiderados.

—¡Tonterías! Así lo llamo yo —dijo Sandecker. Luego la cogió por los hombros y la miró afectuosamente a los ojos—. Créame, Tidi, que valoro en mucho su amistad y su preocupación por mi bienestar, y estoy seguro de que Pitt piensa lo mismo. Pero debe comprender que han asesinado a un íntimo amigo y a tres miembros de mi agencia, y que el mismo Dirk ha sido objeto de un atentado. No soy de la clase de hombres que se esconden bajo la cama y llaman a la policía. Por Dios, personas desconocidas nos han puesto entre las manos este enredo. Cuando descubramos quiénes son, y sólo entonces, me haré a un lado y dejaré que la justicia y sus representantes se hagan cargo de todo. ¿Está usted de mi parte?

Tidi no pudo disimular su sorpresa ante el súbito despliegue de afecto de Sandecker. Pero después se deslizaron por su rostro grandes lágrimas y apoyó la cabeza en el pecho del almirante.

—Me siento tan estúpida —murmuró—. Siempre hablo más de la cuenta. La próxima vez que lo haga, por favor, amordáceme.

—Puede darlo por hecho —dijo él con la voz más cariñosa que Pitt le había oído hasta entonces. Retuvo a Tidi un minuto más entre sus brazos; luego la soltó y dijo con su aspereza habitual—: Bueno, elevemos anclas y volvamos de prisa a Reykiavik. Me sentará bien un buen ponche caliente.

De pronto Pitt se irguió y levantó una mano pidiendo silencio. Luego se acercó a la puerta de la casilla del timón y escuchó con atención. A través del manto de niebla llegaba un zumbido monótono: era el ruido de un motor funcionando a muchas revoluciones por minuto.

—¿Lo oye, almirante?

—Sí —respondió Sandecker a su lado—. Como a tres kilómetros. Se acerca con rapidez. —Se concentró durante algunos segundos—. Me parece que está justo delante de nosotros.

Pitt asintió con la cabeza.

—Viene derecho hacia el Grimsi —dijo mirando ciegamente hacia la bruma—. Es un sonido raro, parece el gemido de un motor de avión. Deben tener radar. Ningún timonel con cerebro conduciría a tanta velocidad con este tiempo.

—Entonces saben que estamos aquí —susurró Tidi, como si temiera ser oída por alguien que estuviera más allá de la barandilla.

—Sí, saben que estamos aquí —asintió Pitt—. Creo que vienen a investigarnos. Un barco que no tuviera interés alguno en nosotros nos hubiera esquivado al ver en su pantalla el punto indicando nuestra posición. Este, sin embargo, anda buscando problemas. Sugiero que les proporcionemos un poco de entretenimiento.

—Como tres conejos a la espera de una manada de lobos —dijo Sandecker—. Nos superarán diez a uno, y... —añadió con suavidad— no hay duda de que estarán armados hasta los dientes. Nuestra mejor baza son los motores Sterling. Una vez que partamos, nuestros visitantes tendrán tantas probabilidades de alcanzarnos como un perro faldero tras un galgo en celo.

—No apueste por ello, almirante. Si saben que estamos aquí, también sabrán qué barco tenemos y la velocidad que podemos conseguir. Si han pensado en abordarnos, deben de tener una embarcación capaz de superar al Grimsi en velocidad. Y presiento que la tienen.

—Un hidroplano, ¿verdad? —preguntó Sandecker con lentitud.

—Exacto —dijo Pitt—. Eso significa que su velocidad máxima puede estar entre los cuarenta y cinco y los sesenta nudos.

—La situación parece bastante mala —dijo Sandecker con voz queda.

—Tal vez no tanto —dijo Pitt—. Tenemos al menos dos cosas a nuestro favor.

Y rápidamente contó su plan. Tidi, sentada en un banco en la casilla del timón, sintió que el cuerpo se le entumecía, supo que bajo el maquillaje tenía la cara blanca como un papel. No podía dar crédito a lo que oía.

—No... no es posible que hables... en serio —dijo con voz temblorosa.

—Si no lo hago, vamos a vernos en graves aprietos —respondió Pitt. Después se quedó callado mirando el rostro pálido e incrédulo de la joven, que retorció nerviosa la blusa anudada que llevaba puesta.

—Pero estás planeando un asesinato a sangre fría. —Por un momento la boca de Tidi se movió sin pronunciar palabras; luego se obligó a continuar—: No puedes hacerlo. ¡No puedes matar a personas inocentes que ni siquiera conoces!

—Basta ya —interrumpió secamente Sandecker—. No tenemos tiempo para explicar lo evidente a una mujer asustada. —La expresión de sus ojos era comprensiva; su voz imperiosa—. Por favor, baje y ocúltese detrás de algo para protegerse de las balas. —Se volvió hacia Pitt—. Usa el hacha de incendios para cortar la soga del ancla. Hazme una señal cuando quieras que ponga el motor a toda marcha.

Pitt acompañó a Tidi a la cocina.

—Nunca discutas con el capitán de un barco —dijo, y le dio una palmadita en el trasero—. Y no te inquietes. Si es gente amistosa, no tienes motivo para preocuparte.

Tenía el hacha levantada cuando oyó el retumbar de los motores Sterling.

«Menos mal que no dejamos una garantía por posibles daños», se dijo mientras cortaba limpiamente la soga con el hacha. Al hacerlo, el arma se hundió en la borda de madera y una astilla de quince centímetros de largo cayó al mar junto al ancla que se hundió para siempre en el arenoso fondo negro.

La nave desconocida estaba muy cerca, el bramido de su motor disminuyó hasta convertirse en una pulsación amortiguada cuando el timonel movió las válvulas reguladoras para colocarse junto al Grimsi. Desde la proa donde estaba tendido, abriendo y cerrando las manos sobre el mango del hacha, Pitt podía oír el chapoteo del agua contra el casco a medida que, al reducir al mínimo la velocidad, el hidroplano se hundía en el mar. Se levantó con cuidado y con los ojos entrecerrados trató vanamente de ver a través de la densa niebla algún signo de movimiento. El área que circundaba la proa estaba casi en tinieblas. La visibilidad no excedía los seis metros.

Entonces una mole sombría apareció por babor mostrando su proa. Pitt pudo distinguir apenas varias formas indistintas de pie en la cubierta de proa, y tras ellas, un resplandor que sin duda procedía de la casilla del timón. Parecía un barco fantasma con una tripulación compuesta por tenues espectros. La gran forma gris se alzaba amenazadora sobre el Grimsi; Pitt calculó que su longitud sería de más de treinta metros. Entonces vio con claridad a los demás hombres, apoyados en los macarrones, agazapados como si se aprestaran a saltar. Los rifles automáticos que empuñaban indicaron a Pitt todo lo que necesitaba saber.

Con calma y precisión, a tan sólo dos metros y medio de los cañones de las armas del barco fantasma, Pitt hizo tres movimientos, con tal rapidez que casi

parecieron simultáneos. Balanceó el hacha y con la parte plana golpeó fuertemente un cabrestante de hierro: era la señal acordada con Sandecker. Después, aprovechando el mismo movimiento de balanceo, impulsó el hacha y la lanzó por el aire. La parte punzante del arma se hundió en el pecho de un hombre que saltaba sobre la cubierta del Grimsi. Cuando recibió el golpe en el aire, de la garganta del individuo brotó un alarido espantoso mientras caía contra la borda. Allí pendió un instante, con las exangües uñas de una mano clavadas en la moldura de madera, y después cayó en las aguas grises. Antes de que el mar se cerrara sobre la cabeza de aquel hombre, Pitt se había arrojado sobre las tablas gastadas de la cubierta, y el Grimsi se impulsó de un salto como un leopardo asustado, perseguido por una tempestad de proyectiles que barrieron la cubierta y penetraron en la casilla del timón antes de que la vieja embarcación desapareciera en la niebla.

Manteniéndose bajo la borda, Pitt se arrastró hasta la popa y entró en la casilla del timón. El suelo estaba sembrado de trozos de vidrio y madera.

—¿Estás herido? —preguntó Sandecker con una voz apenas audible debido al ruido de los motores Sterling.

—No tengo ningún agujero, ¿y usted?

—Uno de esos canallas apuntó sobre mi cabeza; pero si a eso sumas que pude reducir mi estatura a un metro, obtendrás una combinación afortunada. —Se volvió hacia Pitt con aire pensativo—. Creí oír un grito poco antes de que empezara el alboroto.

—No puedo mentir —dijo Pitt con una sonrisa—. Fui yo con mi hacha.

Sandecker movió la cabeza en un gesto de incredulidad.

—Treinta años en la armada, y es la primera vez que una tripulación a mi cargo debe contener un abordaje.

—Ahora el problema consiste en evitar que se repita el intento.

—No será fácil. Nosotros vamos a ciegas, mientras que ellos, con su maldito radar, conocen todos nuestros movimientos. Lo peor que puede pasarnos es encontrarnos de repente con ellos. A ciegas, son ellos los que más posibilidades tienen de vencer, ya que nos llevan ventaja en cuanto a velocidad. No puedo evitar lo inevitable. Si saben lo que hacen, su timonel aprovechará su mayor rapidez para pasarnos, virar luego en un ángulo de noventa grados y atrápanos en la mitad.

Pitt reflexionó un momento.

—Esperemos que su timonel use la mano derecha.

—No te entiendo —dijo Sandecker frunciendo el entrecejo, desconcertado.

—Los zurdos son minoría. Lo más probable es que use la mano derecha.

Cuando el hidroplano empiece a acercarse de nuevo, y es probable que su proa no esté a más de cuatrocientos metros detrás de nosotros en este instante, el timonel tendrá una tendencia instintiva a oscilar hacia estribor antes de virar para

acometernos. Esto nos dará una oportunidad para usar una de las dos cosas que tenemos a nuestro favor.

—No se me ocurre ni una, mucho menos dos —dijo Sandecker sin dejar de mirarlo.

—Una embarcación como la de ellos depende de su alta velocidad para sostener su peso. Los hidroplanos van por el agua como las alas de un avión van por el aire. Su mayor ventaja es la velocidad, pero su mayor limitación es su capacidad de maniobra. Dicho en términos sencillos, un hidroplano tiene dificultades para virar.

—Y el nuestro no, ¿verdad? —preguntó Sandecker.

—El Grimsi puede hacer dos círculos dentro de un círculo de ellos.

Sandecker levantó las manos del timón y flexionó los dedos.

—Me parece magnífico, salvo que no sabremos cuándo ellos empezarán a virar.

—Escucharemos —suspiró Pitt.

—¿Detener nuestros motores? —dijo Sandecker mirándolo sorprendido.

Pitt movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

Cuando Sandecker volvió a posar las manos en el timón, tenía los nudillos blancos, la boca apretada y sumida.

—Lo que sugieres supone un gran riesgo. Basta con que se atasque el arranque de uno de los motores para que estemos perdidos. —Con la cabeza señaló la cocina—. ¿Has pensado en ella?

—Pienso en todos nosotros. Tanto si nos quedamos como si huimos, lo más probable es que nos maten. El último dólar que apuesta el jugador... Llámelo como quiera, pero, por remoto que sea, es una posibilidad.

Sandecker clavó una mirada inquisitiva en Pitt, que estaba de pie en el vano de la puerta. Vio decisión en su mirada y en su mandíbula apretada.

—Has dicho que tenemos dos cosas a nuestro favor...

—Lo inesperado —dijo Pitt con voz queda—. Sabemos qué se proponen. Ellos, aunque tengan radar, no pueden leer nuestros pensamientos. Esta es nuestra segunda y más importante ventaja; la jugada imprevista.

Pitt consultó su reloj Doxa. La una y media de la tarde; todavía era temprano. Sandecker había detenido los motores y Pitt tenía que esforzarse por permanecer alerta; el brusco silencio y la calma de la niebla amenazaban con embotar su mente. Arriba, el sol era un desteñido disco blanco cuya luz aumentaba y disminuía con el paso de las desiguales capas de niebla. Pitt inhalaba lenta y sostenidamente para evitar que la sensación de frío y humedad penetrara en sus pulmones. Temblaba dentro de sus ropas humedecidas por las finas gotas que caían sobre la tela. Sentado en la escotilla de proa esperaba a que sus oídos captaran los motores del hidroplano. La espera no duró mucho. Pronto escuchó el sostenido golpeteo del hidroplano, mientras el volumen de sus motores

aumentaba.

Todo tenía que salir perfecto la primera vez; no habría una segunda oportunidad. Era probable que en ese instante el operador de radar del hidroplano estuviera reaccionando ante el hecho de que en su pantalla el punto luminoso había perdido ventaja y estaba detenido en el agua. Cuando notificara este hecho a su superior y se tomara una decisión, sería demasiado tarde para cambiar de rumbo. La mayor velocidad del hidroplano habría puesto su proa casi encima del Grimsi.

Quizá por décima vez Pitt volvió a comprobar los recipientes que tenía alineados tras él. Pensó que aquél debía ser el peor sustituto de un arsenal que se hubiera confeccionado jamás. Uno de los recipientes era un frasco de vidrio, de medio litro, que Tidi había encontrado en la cocina. Los otros tres eran latas rotas y oxidadas de gasolina de diversos tamaños que Pitt había hallado en un armario junto a la sala de máquinas. Salvo por su contenido, las mechas de trapo que sobresalían de las aberturas de los tapones y los agujeros abiertos en sus tapas, los cuatro envases tenían poco en común.

El hidroplano ya estaba cerca, muy cerca. Pitt se volvió hacia la casilla del timón y gritó:

—¡Ya!

Entonces encendió la mecha del frasco de vidrio con su encendedor, y esperó la súbita aceleración que se produciría si sus oraciones eran escuchadas.

Sandecker apretó el botón de arranque. Los Sterling de 420 HP tosieron una, dos veces, y luego, con un bramido, estallaron a todas las revoluciones por minuto que su capacidad les permitía. El marino hizo girar el timón con fuerza hacia estribor y empujó las válvulas reguladoras hasta el fondo. El Grimsi partió sobre las aguas como un caballo de carreras que tuviera una flecha metida en el recto. El almirante aguantó con fiereza, aferrado al timón como si temiera chocar de frente con el hidroplano. Entonces, de pronto, cuando voló un rayo del timón y golpeó ruidosamente la brújula, advirtió que algunas balas azotaban la casilla. Aunque no podía ver, comprendió que los tripulantes del hidroplano disparaban a ciegas en medio de la niebla, guiados únicamente por las indicaciones del operador de radar.

A Pitt le era difícil sostener aquella tensión. Su mirada iba alternativamente de la muralla de niebla que había frente a la proa al frasco que tenía en la mano. La llama de la mecha se estaba acercando peligrosamente al ahusado cuello del recipiente y a la gasolina que chapoteaba dentro del vidrio. Cinco segundos después tendría que lanzar el frasco por la borda. Empezó a contar. Llegó a cinco y siguió. Seis, siete... Dobló el brazo. Ocho. Entonces el hidroplano surgió de entre la niebla en dirección opuesta, pasando a tan sólo tres metros de la baranda del Grimsi. Pitt lanzó el frasco.

El instante siguiente quedó grabado en su memoria para el resto de sus días.

La espantosa imagen de un hombre alto y rubio, con un abrigo de cuero, que estaba junto a la baranda contemplando con angustiada fascinación el objeto mortífero que volaba por el aire hacia él. Después el frasco reventó contra el mamparo, a su lado, y él desapareció en medio del estallido de la ardiente llama luminosa. Pitt no vio más; las dos embarcaciones habían pasado velozmente una junto a la otra, y el hidroplano había desaparecido.

Pitt no tuvo tiempo de reflexionar. Rápidamente encendió la mecha de una de las latas de gasolina, mientras Sandecker hacía virar al Grimsi en un arco de ciento ocho grados todo a babor hacia la estela del hidroplano. El gusano había dado la vuelta. El barco atacante había disminuido la velocidad, y era fácil ver a través de la niebla un vibrante resplandor rojo amarillento. El almirante dirigió la nave directamente hacia él. Iba erguido como una baqueta. Estaba seguro de que los que treinta segundos antes habían disparado contra el Grimsi, no estarían de pie en esos momentos en una cubierta en llamas, pensando en perforar con proyectiles el viejo navío. Tampoco había posibilidad alguna de que el hidroplano hiciera alguna maniobra de ataque hasta que el incendio fuera apagado.

—Atácalos de nuevo —gritó a Pitt por la destrozada ventana delantera de la casilla del timón—. Haz que esos canallas prueben su propia medicina.

Pitt no contestó. Apenas tuvo tiempo de lanzar la lata con la mecha encendida antes de que Sandecker hiciera girar el timón y virara frente a la proa del hidroplano para un tercer ataque a toda velocidad. Dos veces más salieron de la niebla, y dos veces más Pitt lanzó sus abolladas latas de abrasadora destrucción hasta que su improvisado arsenal quedó agotado.

En ese momento una atronadora onda explosiva azotó al Grimsi. El impacto derribó a Pitt sobre cubierta y rompió el vidrio que aún quedaba en las ventanas de la casilla del timón. El hidroplano había estallado en un volcánico bramido de fuego y los restos incendiados se convirtieron instantáneamente en un ardiente infierno.

El ruido de la explosión retumbó en los acantilados de la costa. Entonces Pitt se incorporó tambaleante y contempló incrédulo el hidroplano. Lo que antes había sido una embarcación de soberbio diseño, se había convertido en una ruina que ardía furiosamente hasta la orilla del agua. Con paso vacilante fue a la casilla del timón (su sentido del equilibrio estaba temporalmente disminuido por el campaneó en sus oídos y por la confusión) mientras Sandecker reducía la velocidad del Grimsi y lo hacía pasar ante los incendiados despojos.

—¿Ves a algún superviviente? —preguntó Sandecker, que en una mejilla tenía un corte del cual goteaba sangre.

Pitt movió la cabeza en un gesto negativo.

—Hemos acabado con todos ellos —dijo sin apiadarse—. Y si algún tripulante ha caído vivo al agua, morirá de frío antes de que podamos hallarlo con esta niebla.

Tidi entró en la casilla acariciándose con una mano una magulladura que tenía en la frente y con una expresión de desconcierto.

—¿Qué... qué pasó? —Fue todo lo que pudo balbucear.

—No fueron los tanques de combustible —dijo Sandecker—. De esto estoy seguro.

—De acuerdo —asintió Pitt frunciendo el entrecejo—. Debían de tener explosivos en la cubierta. Y mi última bomba incendiaria casera ha debido provocar su explosión.

—Han sido un poco descuidados —comentó Sandecker, en tono casi alegre—. Ha sido una acción inesperada, tal como dijiste. A esos canallas estúpidos jamás se le ocurrió que los ratones acorralados pelearían como tigras.

—Al menos hemos logrado igualar un poco la puntuación —respondió Pitt. Debía haberse sentido mal por ello, pero su conciencia no le atormentaba. Venganza... Sandecker y él habían actuado para salvar sus vidas, y por venganza. Habían hecho un pago a cuenta por las muertes de Hunnewell y los demás, pero todavía faltaba mucho para el ajuste final de cuentas. «Qué raro —pensó—, qué fácil es matar a hombres desconocidos, de cuyas vidas no sabes nada». «Temo que su respeto por la vida cause su derrota —había dicho el doctor Jonsson—. Le ruego, amigo mío, que cuando llegue el momento no vacile». Pitt experimentó una fiera satisfacción. El momento había llegado, y no había vacilado. Ni siquiera había tenido tiempo de pensar en el dolor y la muerte que estaba causando. Se preguntó si esa tolerancia subconsciente para matar a un desconocido era el factor que hacía posibles las guerras entre los hombres.

La voz apagada de Tidi interrumpió sus pensamientos.

—Están muertos; están todos muertos —dijo, y empezó a llorar cubriéndose el rostro con las manos. Los sollozos provocaban sacudidas intermitentes que hacían temblar su cuerpo—. Los habéis asesinado, los habéis matado quemándolos a sangre fría.

—Perdona, señorita —dijo Pitt con frialdad—. ¡Abre los ojos! Mira bien alrededor. Los agujeros de cubierta no los han hecho los pájaros carpinteros. Citando frases de todas las películas de vaqueros que se han hecho: ellos sacaron primero el arma, sheriff. O bien: no tuvimos otra alternativa, eran ellos o nosotros. Has leído mal el guión, preciosa. Nosotros somos los buenos. Ellos tenían la intención de asesinarlos a sangre fría.

La joven miró el rostro enjuto y decidido, vio los ojos verdes llenos de comprensión, y de pronto se sintió avergonzada.

—Os lo advertí. Dije que me amordazarais si volvía a comportarme como una histérica y hablaba más de la cuenta.

—El almirante y yo te hemos aguantado hasta ahora —dijo Pitt sin dejar de mirarla—. Mientras sigas preparándonos café, no nos quejaremos a la gerencia.

Ella se estiró para besar suavemente a Pitt. Tenía el rostro húmedo por las

lágrimas y la niebla.

—Marchando dos cafés —dijo mientras se frotaba los ojos con los dedos.

—Y lávate la cara —dijo él sonriendo—. La pintura de los ojos te llega a la barbilla.

Tidi se dirigió a la cocina. Pitt miró a Sandecker y le guiñó un ojo. El almirante le respondió con un movimiento de cabeza en un gesto de comprensión, luego se volvió para seguir mirando el barco en llamas.

El hidroplano se estaba hundiendo con rapidez por la parte de proa. El mar cubrió las bordas y apagó las llamas, que sisearon en una nube de vapor, entonces el hidroplano desapareció. En pocos segundos sólo quedó un agitado remolino de burbujas aceitosas, pequeños desechos imposibles de identificar y una sucia espuma cremosa. Era como si el barco hubiera sido una nebulosa pesadilla que se desvanecía al terminar la noche.

Con un esfuerzo adicional de voluntad, Pitt volvió a la realidad.

—Quedarnos aquí no tiene sentido. Sugiero que emprendamos el regreso a Reykiavik a la máxima velocidad que nos permita la niebla. Cuanto más rápido y más lejos nos vayamos de esta zona antes de que el tiempo aclare, mejor será para todos.

Sandecker consultó su reloj. Ya eran las dos menos cuarto. Aquella aventura había durado apenas unos quince minutos.

—Cada vez me seduce más la idea de un ponche caliente —afirmó—. Vigila el medidor de brazas. Cuando el fondo se eleve a más de treinta metros, sabremos que nos estamos acercando demasiado a la costa.

Tres horas más tarde, y veinte kilómetros al suroeste de Reykiavik, daban la vuelta al extremo de la península de Keflavik y salían de la niebla. El sol de Islandia, aparentemente eterno, los recibió con su brillo deslumbrador. Un avión de propulsión a chorro de la Pan American, que acababa de despegar de la pista del aeropuerto internacional de Keflavik, pasó por encima de ellos. El sol se reflejó en su armazón de aluminio, luego describió un amplio círculo hacia el este, rumbo a Londres. Pitt lo miró con nostalgia y deseó inútilmente hallarse en la cabina del piloto persiguiendo las nubes en lugar de estar parado en la cubierta de un viejo barco bamboleante. Sandecker interrumpió sus meditaciones:

—No sé cómo decirte cuánto me entristece devolver la embarcación de Rondheim en tan mal estado —dijo con una sonrisa diabólica y socarrona.

—Me emociona, almirante —dijo Pitt sarcásticamente.

—¡Qué demonios!, Rondheim puede darse estos lujos —continuó el marino, mientras retiraba una mano del timón y señalaba la casilla destrozada—. Un poco de masilla para madera, un poco de pintura, cambiar los vidrios y quedará como nueva.

—Quizá Rondheim se ría de los daños sufridos por el Grimsi, pero no le hará mucha gracia enterarse de la suerte de su hidroplano y sus tripulantes.

—¿Qué te hace pensar que Rondheim tiene algo que ver con el hidropilano?— preguntó Sandecker volviéndose hacia Pitt.

—La nave donde nos encontramos.

—Tendrás que concretar un poco más —dijo Sandecker con impaciencia.

Pitt se sentó en el baúl donde se guardaban los salvavidas y encendió un cigarrillo.

—El hombre propone y Dios dispone. Rondheim lo planeó todo bien, pero no tuvo en cuenta la remota posibilidad de que nosotros nos lleváramos su barco. Nos extrañó ver el Grimsi amarrado en el muelle de Fyrie Limited. Pero, en realidad, estaba allí para seguirnos. Poco después de que nosotros partiéramos y empezáramos a recorrer aquel puerto en el lujoso crucero, su tripulación habría aparecido en el puerto y habría ido tras nosotros con este viejo pesquero para vigilarlos. Si una vez en el mar hubiéramos actuado de manera sospechosa, no habríamos podido esquivarlos. Es probable que la velocidad máxima del crucero sea de tan sólo veinte nudos. Sabemos que el Grimsi puede alcanzar los cuarenta.

—Las expresiones de algunas caras deben haber sido dignas de verse —dijo Sandecker sonriendo.

—No cabe duda de que por un momento reinó el pánico —asintió Pitt—, pero a Rondheim se le ocurrió un nuevo plan. Debo reconocer que el canalla es listo. Ha sospechado de nosotros más de lo que pensábamos. Con todo, no sabía a ciencia cierta qué nos proponíamos. Lo decisivo fue que nos llevamos otro barco sólo por accidente. Cuando se recuperó de esta primera sorpresa, supuso erróneamente que lo habíamos descubierto y nos habíamos llevado el barco conociendo sus intenciones y tratando de desbaratar sus planes. Pero ahora sabía adonde íbamos.

—El avión negro —dijo Sandecker sin vacilar—. ¿Se proponía usarnos como alimento para los peces en cuanto averiguáramos su posición exacta?

Pitt negó con un movimiento de cabeza.

—No creo que su intención inicial fuera eliminarnos. Lo engañamos con el equipo de bucear. Él pensó que trataríamos de hallar los restos del avión desde la superficie, y luego volveríamos para efectuar el rescate submarino.

—¿Por qué cambió de idea?

—Por el hombre que nos vigilaba desde la playa.

—Pero ¿de dónde salió ese hombre?

—Vino de Reykiavik en coche —respondió Pitt, inhalando y reteniendo el humo antes de soltarlo y continuar—. Vigilarlos desde el aire no era problema, pero cabía la posibilidad de perdernos de vista en un banco de niebla. Así pues, ordené a uno de sus hombres que fuera a la península de Keflavik y aguardara a que apareciésemos. Cuando llegamos, ese hombre nos siguió bordeando el camino de la costa, y se detuvo cuando nosotros anclamos. Lo que pudo ver gracias a sus prismáticos parecía bastante inocente, pero, como Rondheim,

también nosotros dimos demasiadas cosas por sentadas y omitimos un punto secundario.

—Imposible —protestó Sandecker—. Tomamos todas las precauciones. El que vigilaba habría necesitado el telescopio del monte Palomar para advertir que Tidi estaba disfrazada con tu ropa.

—Es cierto. Pero, en el caso de que las burbujas de oxígeno hayan sido iluminadas por el sol al salir a la superficie, un hombre con unos sencillos prismáticos hubiera podido verlas.

—¡Maldición! —exclamó Sandecker—. Apenas se notan de cerca, pero a cierta distancia y con la mar en calma, si el sol brilla con fuerza... —Se interrumpió.

—Entonces el vigía, que debía de tener radioteléfono en su coche, se puso en contacto con Rondheim y le dijo que estábamos buceando sobre los restos del avión. Entonces Rondheim estaba acorralado. Tenía que detenernos antes de que descubriéramos algo importante que desbaratara sus planes. Necesitaba encontrar una embarcación capaz de igualar y superar la velocidad del Grimsi. Así apareció el hidroplano.

—¿Y qué es eso tan importante para sus planes? —preguntó Sandecker.

—Ahora sabemos que no es ni el avión ni su tripulación, pues todas las placas de identificación fueron borradas. Queda entonces el cargamento.

—¿Las maquetas?

—Sí —dijo Pitt—. No son sólo una mera afición; tienen un propósito definido.

—Y ¿cómo piensas descubrir para qué demonios sirven?

—Muy sencillo. —Pitt sonrió con astucia—. Rondheim nos lo dirá. Les daremos las maquetas a los muchachos del consulado que esperan en el barco donde se vende cebo, y luego nos dirigiremos al muelle de Fyrie Limited como si nada hubiera ocurrido. Rondheim estará ansioso por saber si hemos descubierto algo, y espero que por ello cometa algún error. Entonces le ajustaremos las cuentas como más le duela.

Eran las cuatro cuando llegaron al muelle de Fyrie Limited. La rampa estaba desierta; el encargado y el guardia obviamente se hallaban ausentes. Pero Pitt y Sandecker sabían que alguien seguía todos sus movimientos desde el momento en que el Grimsi rodeó el rompeolas del puerto.

Antes de alejarse de la desamparada y destrozada embarcación, Pitt dejó un mensaje sobre el timón: «Disculpe el desorden. Fuimos atacados por un enjambre de bichos peludos salvajes. Cargue las reparaciones a nuestra cuenta. Almirante James Sandecker» .

Veinte minutos más tarde llegaron al consulado. Los jóvenes funcionarios que habían representado de modo tan profesional el papel de pescadores, se les adelantaron en cinco minutos y ya habían guardado las dos maquetas bajo llave en la caja fuerte del cónsul. Sandecker les agradeció su colaboración y les prometió comprar el mejor equipo de buceo que se fabricara en Estados Unidos para reemplazar el que Pitt había arrojado al agua.

Después Pitt se bañó y se cambió de ropa con rapidez, luego cogió un taxi hasta el aeropuerto de Keflavik.

El taxi, un Volvo de color negro, no tardó en dejar atrás la pintoresca ciudad sin humo por una angosta carretera de asfalto que recorría el camino de la costa hasta el aeropuerto. A la derecha se extendía el Atlántico, en ese momento tan azul como las aguas del mar Egeo que rodeaban las islas griegas. El viento venía del mar, y Pitt pudo ver una pequeña flota de barcas pesqueras que se dirigían hacia el puerto empujadas por las implacables olas. A la izquierda, la verde campiña aparecía surcada por estrechos caminos y salpicada por vacas que pastaban junto a los famosos caballitos islandeses de crines largas.

Mientras el bello paisaje pasaba veloz a su lado, Pitt pensó en los vikingos, aquellos hombres sucios, bebedores, pendencieros, que arrasaron todas las costas civilizadas donde desembarcaron, y que habían sido idealizados en leyendas transmitidas durante siglos. Habían desembarcado en Islandia, donde prosperaron, pero donde, finalmente, desaparecieron. Pero la leyenda de los normandos no había sido olvidada en Islandia, cuyos hombres recios, curtidos por el mar, salían todos los días, con tormenta o niebla, para recoger los peces que alimentaban la nación y su economía.

Pronto los pensamientos de Pitt volvieron a la realidad con una sacudida, cuando el conductor del taxi le habló al entrar en el aeropuerto.

—¿Quiere ir a la terminal principal, señor?

—No, a los hangares.

El conductor pensó un momento.

—Lo siento, señor. Pero los hangares están al borde del campo, detrás de la estación terminal de pasajeros, y sólo se permite la entrada a los vehículos autorizados en la línea de vuelo.

Pitt advirtió en el acento del conductor del taxi algo que le intrigó. Después reconoció su procedencia inconfundible del Oeste Medio norteamericano.

—Hagamos la prueba, ¿quiere?

El chófer se encogió de hombros y condujo el taxi hasta la entrada de la línea de vuelo. Allí se detuvo cuando un hombre alto, flaco y canoso, de uniforme azul, salió de la austera caseta de vigilancia, pintada de blanco, que parecía encontrarse en todas partes junto a las entradas. El guardia se llevó los dedos a la visera de la gorra y les saludó amistosamente. Pitt bajó el vidrio de la ventanilla, se asomó y mostró su tarjeta de identificación de la fuerza aérea.

—Soy el mayor Dirk Pitt —dijo presentándose en tono oficial—. Cumplo una misión urgente para el gobierno de Estados Unidos y debo llegar al hangar comercial de mantenimiento para vuelos no programados.

El guardia lo miró sin entender hasta que terminó; luego, sonriendo confuso, se encogió de hombros.

El conductor abandonó su sitio tras el volante.

—No entiende el inglés, mayor. Permítame que traduzca.

Sin esperar respuesta, el conductor rodeó con un brazo los hombros del guardia, y lo alejó suavemente del coche hacia la entrada. Habló con rapidez, al tiempo que gesticulaba con soltura. Fue la primera ocasión que tuvo Pitt de observar bien a su acompañante.

El chófer era de mediana estatura, alrededor de un metro ochenta, y no tenía más de veintiséis o veintisiete años. Su cabello era del color de la paja y su piel clara. Si se hubiera cruzado con él en la calle, Pitt hubiera dicho que era un ayudante ejecutivo novato, licenciado hacía tres años y ansioso por progresar en el banco de su suegro.

Finalmente, ambos hombres se echaron a reír y se estrecharon las manos. Entonces el conductor volvió a ocupar su asiento tras el volante haciendo un guiño a Pitt, mientras el guardia, siempre sonriendo, abría el portal y les hacía señas para que pasaran.

—Parece que sabe tratar a los guardias de seguridad —dijo Pitt.

—En mi oficio, es algo indispensable. Un taxista no tiene futuro si no puede negociar con un guardia o un policía en una calle obstruida.

—Es evidente que usted es un experto en esa materia.

—Hago lo que puedo. ¿Va a algún hangar en especial, señor? Hay varios, uno de cada compañía de aviación importante.

—Al de mantenimiento general; donde se ocupan de los aviones en tránsito no programados.

El resplandor del sol en el camino de cemento blanco para taxis obligaba a Pitt a entrecerrar los ojos. Sacó de un bolsillo unas gafas de sol y se las puso. Estacionados en filas, había varios aviones de propulsión a reacción de pasajeros que exhibían los emblemas y colores de TWA, Pan American, SAS, Islandesa y BOAC. Los equipos de mecánicos ataviados con uniformes blancos trabajaban bajo las cubiertas de motores y reptaban sobre las alas con mangueras de combustible. Del otro lado del campo, a unos dos kilómetros de distancia, Pitt divisó aviones de la fuerza aérea estadounidense que sin duda estaban siendo objeto de estos mismos cuidados.

—Ya llegamos —dijo el chófer—. Puedo servirle de intérprete, si me necesita.

—No será necesario. Mantenga el taxímetro en funcionamiento, tardaré sólo unos minutos.

Pitt bajó del coche y entró por la puerta lateral del hangar, un edificio que era un gigante esterilizado y abarcaba casi ocho mil metros cuadrados. Había cinco pequeños aviones privados dispersos, como un puñado de espectadores en un salón vacío. Pero a Pitt le llamó la atención un viejo Ford trimotor, conocido como el Ganso de Hojalata. La estructura de aluminio acanalado que cubría la armazón y los tres motores —uno instalado en la punta, enfrente de la carlinga, y los otros dos suspendidos en el espacio por una fea red de alambres y riostras—, ante una mirada inexperta, le daban al aparato un aspecto poco seguro para volar, o incluso para levantar las ruedas del suelo. Pero los viejos pioneros de la aviación confiaban mucho en él; lo consideraban un avión excelente. Pitt pasó la mano por los viejos flancos del aparato, que parecían una tabla de lavar. Pensó que le gustaría probarlo algún día, y luego se dirigió hacia las oficinas, situadas al fondo del hangar.

Al abrir una puerta, se encontró dentro de algo que parecía ser una combinación de vestuario y zona de descanso. Frunció la nariz por el penetrante y denso olor a sudor, humo de cigarrillo y café. Salvo por el café, el hedor que se respiraba tenía una marcada semejanza con el de un gimnasio de escuela secundaria. Permaneció un momento inmóvil, mirando a un grupo de cinco hombres que, apiñados alrededor de una gran cafetera de cerámica de estilo europeo, reían por alguna broma. Todos vestían uniformes blancos, algunos imaculados, otros manchados de aceite negro. Pitt se acercó a ellos sonriendo.

—Perdón, señores, ¿alguno de ustedes habla inglés?

Un hirsuto mecánico de cabello largo que estaba sentado junto a la cafetera levantó la vista y respondió arrastrando las palabras:

—Sí, yo hablo inglés.

—Estupendo —dijo Pitt—. Busco a un hombre cuyas iniciales son S. O, y que probablemente sea especialista en hidráulica.

El mecánico lo miró con inquietud.

—¿Quién es usted? —preguntó el hombre.

Con una forzada sonrisa amistosa, Pitt sacó de nuevo su identificación.

—Me llamo Pitt, mayor Dirk Pitt.

Por unos segundos el mecánico permaneció inmóvil, inexpresivo. Sólo en sus ojos se vislumbró la sorpresa.

Después levantó las manos con aire desvalido y las deja caer fláccidamente a los lados.

—Sí, mayor, ha encontrado al hombre que buscaba. Sabía que era demasiado bueno para durar —dijo con un acento que provenía de lo más hondo de Oklahoma.

Entonces fue Pitt el que permaneció inexpresivo.

—¿A qué se refiere? —preguntó.

—A mis actividades ilícitas —contestó el mecánico lúgubrememente—. He trabajado como especialista en hidráulica para compañías de aviación civiles durante mis horas libres —continuó mientras contemplaba con tristeza su taza de café—. Sabía que iba contra el reglamento de la fuerza aérea estadounidense, pero la paga era demasiado buena para ser desdeñada. Supongo que ya puedo despedirme de mis insignias de suboficial.

—No conozco ninguna reglamentación de la fuerza aérea que impida a un soldado o a un oficial ganarse algunos dólares cuando no está de servicio —dijo Pitt.

—No se trata de la fuerza aérea, mayor, sino de la política de la base de Keflavik fijada por el coronel Nagel, nuestro comandante en jefe. El piensa que deberíamos trabajar en aviones del escuadrón durante nuestro tiempo libre, en lugar de colaborar con los aviones comerciales. Supongo que trata de acrecentar su fama ante el Pentágono. Pero usted no estaría aquí si no supiera todo eso.

—Está bien —dijo Pitt en tono incisivo. Su mirada se desvió para fijarse indagadora en los otros cuatro hombres, después se volvió de nuevo hacia el mecánico de la fuerza aérea. Entonces, mirándolo con frialdad, añadió—: Cuando hable con un oficial superior, aviador, póngase de pie.

—No tengo por qué besarle el trasero, mayor. No tiene puesto el uniforme.

Dos segundos bastaron. Súbitamente, Pitt se agachó, así las patas delanteras de la silla que ocupaba el mecánico, lo arrojó de espaldas y le puso un pie sobre la garganta; todo en un solo y engañoso movimiento. Los demás trabajadores de mantenimiento, atónitos, permanecieron unos segundos inmóviles. Luego, recobrados de la sorpresa, rodearon amenazadoramente a Pitt.

—Diga a sus lacayos que se aparten o le rompo el cuello —dijo él mirando

con placentera sonrisa los ojos asustados del mecánico.

Éste, que no podía hablar al tener la tráquea oprimida por el zapato de Pitt, movió desesperado las manos. Los hombres dieron un paso atrás, aunque ello no se debió tanto a las mudas súplicas de su amigo como a la helada sonrisa de Pitt.

—Así me gusta —dijo éste. Luego se volvió hacia el indefenso mecánico y levantó el pie, aunque sólo lo suficiente como para permitirle hablar—. Bien, ahora su nombre, grado y número de serie. ¡Hable!

—Sam... Sam Cashman —dijo el individuo con voz ahogada—. Sargento. Fuerza aérea 19385628.

—No ha sido tan difícil, ¿verdad Sam? —dijo Pitt inclinándose para ayudar a Cashman a ponerse de pie.

—Disculpe, señor. Pensé que, ya que de todos modos me iba a llevar ante un consejo de guerra...

—Pues pensó mal —dijo Pitt—. Otra vez mantenga la boca cerrada. Admitió ser culpable cuando no era necesario.

—¿Va a detenerme de todos modos?

—Para empezar, me importa un cuerno si usted trabaja ilícitamente o no. Como no pertenezco a la base aérea de Keflavik, poco o nada me interesan los métodos de su coronel Nagel, que parecen pura bazofia. Por consiguiente, no seré yo quien lo detenga. Lo único que quiero son respuestas para unas cuantas preguntas sencillas —concluyó Pitt mirando a los ojos a Cashman y sonriendo afectuosamente—. Y ahora, ¿qué me dice? ¿Me ayudará?

Al rostro de Cashman asomó una expresión de auténtico pasmó.

—¡Dios! ¡Qué daría por tener como jefe a un oficial como usted! —exclamó, y tendió la mano—. Pregunte lo que quiera, mayor.

Pitt correspondió al apretón de manos de Cashman.

—Primera pregunta: ¿suele usted marcar sus iniciales en las máquinas que repara?

—Sí; es como una marca de fábrica. Mi trabajo es bueno y estoy orgulloso de él. Además, es útil. Si reviso el sistema hidráulico de un avión, y éste regresa con alguna avería, sé que el problema está donde yo no he trabajado. Así me ahorro mucho tiempo.

—¿Reparó usted el mecanismo delantero de un avión inglés de doce pasajeros?

Cashman pensó un momento antes de responder:

—Sí, hace alrededor de un mes. Uno de esos Lorelei de turbinas gemelas; una máquina excelente.

—¿Estaba pintado de negro?

—No vi señales de pintura. Cuando recibí la llamada estaba oscuro, era más o menos la una y media de la mañana. —Negó con la cabeza—. Pero no era negro; de eso estoy seguro.

—¿Recuerda algo curioso o fuera de lo común respecto de la reparación?

—Lo más curioso eran los dos tipos raros que lo conducían. —Cashman se echó a reír, luego ofreció una taza de café a Pitt, pero él la rechazó con un movimiento de cabeza—. Bueno, esos sujetos tenían mucha prisa. Daban vueltas alrededor de mí para que acabara lo antes posible. Eso me fastidió mucho. Por lo visto, habían tenido un aterrizaje accidentado en alguna parte y se les rompió un cierre del amortiguador. Tuvieron mucha suerte de que yo encontrara un repuesto en los hangares de la BOAC.

—¿Miró dentro del avión?

—¡No, imposible! Custodiaban la portezuela de carga como si tuvieran al presidente a bordo.

—¿Tiene alguna idea de adónde iban o de dónde venían?

—No; eran muy cautelosos. Sólo hablamos de las reparaciones. Sin embargo, debió de tratarse de un vuelo local, pues no volvieron para cargar combustible. No se vuela lejos en un Lorelei, por lo menos desde Islandia, sin tener los tanques llenos.

—El piloto firmaría seguramente una orden de mantenimiento.

—No, se negó. Dijo que tenía prisa y que me buscaría la próxima vez. Pero me pagó el doble de lo que valía el trabajo. —Cashman guardó silencio un momento, tratando de leer algo en el rostro del hombre que tenía delante, pero las facciones de Pitt eran tan impenetrables como las de una estatua de granito—. ¿Qué hay detrás de estas preguntas, mayor? ¿Puede revelarme su secreto?

—No es ningún secreto —dijo Pitt con lentitud—. Hace un par de días se estrelló un Lorelei, y sólo quedó de él para su identificación una parte del mecanismo delantero. Trato de averiguar de dónde procedía, eso es todo.

—¿No se denunció su desaparición?

—Si así fuera, yo no estaría aquí.

—Estaba seguro de que había algo raro en esos tipos. Por eso rellené un informe de mantenimiento.

Pitt se inclinó y clavó su mirada en los ojos de Cashman.

—¿De qué servía un informe si usted no podía identificar el avión?

Una astuta sonrisa entreabrió los labios de Cashman.

—Aunque sea un simple campesino, no he salido esta mañana de la barriga de mi madre. Voy a darle suerte, mayor —agregó, y señaló con la cabeza una puerta lateral.

Cashman condujo a Pitt a una polvorienta oficina donde tan sólo había un viejo escritorio, decorado con unas cincuenta marcas de quemaduras de cigarrillos, dos sillas igualmente destartaladas y un enorme fichero de metal. Cashman fue directamente hacia el fichero, abrió un cajón, buscó en él un momento, encontró lo que buscaba y puso en manos de Pitt una carpeta con grasientas huellas digitales.

—No bromeaba, mayor, cuando le dije que la oscuridad impedía ver marcas de pintura. Por lo que pude ver, ese avión nunca había sido tocado por un pincel o un rociador. La superficie de aluminio estaba tan brillante como cuando salió de la fábrica.

Pitt abrió la carpeta y leyó rápidamente el informe de mantenimiento. Aunque la letra de Cashman dejaba mucho que desear, la anotación era inconfundible: « Identificación del aparato: Lorelei Mark VIII-B 1608.»

—¿Cómo lo consiguió? —preguntó Pitt.

—Regalo de un inspector inglés de la fábrica Lorelei —repuso Cashman sentándose en el borde del escritorio—. Cuando cambié el cierre en la parte delantera, con una linterna examiné el mecanismo principal de aterrizaje por si había desperfectos o filtraciones, y allí estaba, metida bajo la riostra derecha como si nada. Una etiqueta verde donde decía que el mecanismo de aterrizaje de ese aparato había sido examinado y aprobado por el inspector jefe Clarence Devonshire, de Aviones Lorelei Limitada. El número de serie del avión estaba escrito a máquina en la etiqueta.

Pitt arrojó la carpeta sobre el escritorio.

—¡Sargento Cashman! —exclamó secamente.

Sorprendido por el tono brusco, Cashman se irguió de un salto.

—Sí, señor.

—¿Cuál es su escuadrón?

—Escuadrón 87 de Transporte Aéreo, señor.

—Está bien. —La fría expresión de Pitt fue reemplazada lentamente por una enorme sonrisa. Dio una palmada a Cashman en el hombro—. Tiene toda la razón del mundo, Sam. Ciertamente me ha dado suerte.

—Ojalá yo pudiera decir lo mismo —suspiró Cashman visiblemente aliviado—, pero es la segunda vez en diez minutos que me da un susto de muerte. ¿Por qué ha querido saber cuál es mi escuadrón?

—Para saber adonde enviarle una caja de whisky Jack Daniels. Supongo que le gusta el buen whisky, ¿verdad?

En el rostro de Cashman apareció súbitamente una expresión maravillada.

—Por Dios, mayor, usted es un hombre sorprendente. ¿Lo sabía?

—Procuro serlo —dijo Pitt, mientras pensaba cómo justificaría los gastos de una caja de whisky.

« ¡Qué demonios —pensó—, al cuerno con Sandecker!; esta etiqueta vale las consecuencias». En ese momento recordó algo y se llevó la mano al bolsillo.

—Una cosa más, ¿ha visto esto antes? —preguntó, mientras entregaba a Cashman el destornillador que había encontrado en el Lorelei negro.

—Vaya, vaya, qué me dice. Créalo o no, mayor, este destornillador es mío. Lo compré por correo a una fábrica de Chicago especializada en herramientas. No hay otro como éste en toda la isla. ¿Dónde lo encontró?

—En los restos del avión.

—De modo que fue a parar allí —exclamó colérico el sargento—. Esos canallas me lo robaron. Debí advertir que andaban en algo ilegal. Cuando los procesen avíseme sin falta, testificaré encantado contra ellos.

—Ahorre su tiempo para algo que valga más la pena. Sus amigos no se presentarán a juicio. Se han ido al otro mundo.

—¿Murieron en la caída? —Era más una afirmación que una pregunta. Pitt asintió—. Supongo que podría decir que quien la hace la paga, pero ¿para qué molestarme? Si les llegó la hora, les llegó la hora y nada más.

—Para ser filósofo, es usted un gran especialista en hidráulica, Sam —dijo Pitt estrechando una vez más la mano de Cashman—. Adiós y gracias; le agradezco su ayuda.

—Ha sido un placer, mayor. Tome, guárdese el destornillador como recuerdo. Ya he pedido uno nuevo, así que no me hará falta.

—Gracias, otra vez. —Guardando de nuevo el destornillador en su bolsillo, Pitt se volvió hacia la puerta y salió de la oficina.

Pitt se acomodó en el taxi mientras se ponía entre los labios un cigarrillo que no encendió. Obtener el número de serie del misterioso avión negro había sido un disparo en la oscuridad que había dado en el blanco. En realidad, yendo al hangar, no esperaba descubrir nada. Miraba absorto por la ventanilla sin ver los prados verdes, y se preguntaba ociosamente si sería posible vincular el avión con Rondheim. Seguía pensando todavía en esa posibilidad cuando tuvo la nítida impresión de que la campiña tenía un aspecto distinto al de antes. En los campos no se veían vacas ni caballos; las ondulantes colinas habían sido reemplazadas por una vasta alfombra de estepa. Miró por la otra ventanilla; el mar no estaba donde debía estar. Se hallaba, en cambio, situado detrás del taxi, que desaparecía lentamente por una larga y baja elevación del camino. Se inclinó hacia el asiento delantero.

—¿Tiene una cita con la hija del granjero o tomó otra ruta para aumentar la tarifa?

El conductor apretó el freno para detener el taxi a un lado del camino.

—Buscaba un sitio donde pudiéramos conversar un poco, mayor...

Su voz se heló y se apagó súbitamente porque Pitt le había introducido la punta del destornillador un centímetro y medio en la cavidad de la oreja.

—No quite las manos del volante y diríjase de nuevo a la carretera de Reykiavik —ordenó Pitt con voz queda—, o le quedará la oreja derecha atornillada a la izquierda.

Pitt observaba atentamente el rostro del chófer por el espejo retrovisor. Clavó su mirada en sus ojos azules, pues sabía que éstos delatarían cualquier intento súbito de resistencia. Ni una sombra transformó los juveniles rasgos del taxista, ni siquiera un temblor de miedo. Después, lenta, muy lentamente, la cara reflejada

en el espejo sonrió, la sonrisa se convirtió en una auténtica risa.

—Mayor Pitt, es usted un hombre muy desconfiado.

—Si hubieran atentado contra su vida tres veces en los tres últimos días, usted también se volvería desconfiado.

La risa cesó bruscamente, y las hirsutas cejas se unieron.

—¿Tres atentados? Sólo conozco dos...

Pitt lo interrumpió introduciéndole el destornillador otro cuarto de centímetro en la oreja.

—Es usted afortunado, amigo mío. Podría tratar de obligarlo a que me diera algunos detalles sobre su jefe y sus propósitos, pero no tengo costumbre de llevar a cabo interrogatorios como los del KGB. En lugar de Reykiavik, ¿qué le parece si conduce de vuelta a Keflavik? Aunque esta vez a la parte del aeródromo donde está instalada la fuerza aérea de Estados Unidos, donde podrá reunirse con dos amigos suyos y jugar a las adivinanzas con agentes del servicio de inteligencia. Le van a gustar; son unos expertos en hacer que un tímido se convierta en un auténtico parlanchín.

—Eso podría resultar embarazoso.

—No es mi problema.

Otra vez se veía la sonrisa en el espejo retrovisor.

—En parte sí, mayor. Sería memorable ver su cara al descubrir que había llevado a un agente del servicio de inteligencia para ser interrogado.

Pitt no aflojó la presión del destornillador.

—Muy mediocre —dijo—. A un estudiante de primer año de escuela secundaria, sorprendido fumando marihuana en el cuarto de baño, se le habría ocurrido un cuento mejor.

—El almirante Sandecker me advirtió que no sería fácil hablar con usted.

La puerta estaba abierta y Pitt tuvo la oportunidad de cerrarla.

—¿Cuándo habló con el almirante?

—En su oficina del cuartel general de la NUMA, diez minutos después de que el comandante Koski radiotelegrafió para anunciar que usted y el doctor Hunnewell habían aterrizado sanos y salvos en el Catawaba.

La puerta seguía abierta. La respuesta del chófer coincidía con lo que Pitt sabía: la agencia de inteligencia no se había puesto en contacto con Sandecker desde su llegada a Islandia. Pitt Miró alrededor del automóvil. No se veían señales de vida, ni signos de una posible emboscada. Comenzó a tranquilizarse, pero se contuvo y apretó el destornillador hasta que los dedos le dolieron.

—Está bien, lo escucho —dijo Pitt—. Pero le aconsejo seriamente que hable sin moverse siquiera.

—No se preocupe, mayor. Tranquilícese y levante mi gorra.

—¿Que levante su gorra? —preguntó Pitt extrañado. Dudó un momento; después, con lentitud, usando la mano libre, le quitó la gorra.

—Dentro, pegado con cinta adhesiva al interior de la copa —prosiguió el chófer con voz suave pero imperiosa— hay un derringer Cok calibre veinticinco. Cójalo y sáqueme de la oreja ese maldito destornillador.

Siempre con una sola mano, Pitt abrió la recámara del derringer, pasó el dedo pulgar sobre las cápsulas de los dos diminutos cartuchos para comprobar que las cámaras estaban cargadas, y luego cerró la recámara y amartilló el arma.

—Hasta ahora va bien. Baje del coche y mantenga las manos donde yo pueda verlas —ordenó mientras retiraba el destornillador de la cavidad de la oreja del conductor.

El chófer abandonó su asiento tras el volante, se dirigió a la parte delantera del coche y se apoyó perezosamente en el guardabarros. Levantó la mano derecha y se frotó la oreja con una mueca.

—Qué táctica inteligente, mayor. No la había leído en ningún libro.

—Debería leer más —dijo Pitt—. Hundir un punzón para hielo, a través del tímpano, en el cerebro de una víctima confiada, es una antigua táctica que utilizaban los asesinos a sueldo en las guerras entre bandas rivales, mucho antes de que usted o yo nacióéramos.

—Una lección bastante dolorosa que no olvidaré con facilidad.

Pitt bajó, abrió de par en par la portezuela del coche y permaneció tras ella utilizándola como escudo, mientras que con el arma apuntaba al corazón del chófer.

—Dice usted que habló con el almirante Sandecker en Washington. Descríbalo. Estatura, pelo, distribución de su oficina... todo.

No fue necesario insistir. El chófer habló durante varios minutos, y terminó mencionando algunos de los términos coloquiales preferidos de Sandecker.

—Tiene buena memoria... casi perfecta.

—Tengo una memoria fotográfica, mayor. Mi descripción del almirante Sandecker podría provenir fácilmente de un archivo. Escuche una descripción suya, por ejemplo: mayor Dirk Eric Pitt. Nacido hace exactamente treinta y dos años, cuatro meses y doce días en el hospital Hoag de Newport Beach, California. Nombre de su madre: Bárbara; de su padre: George Pitt, senador de Estados Unidos por su estado natal... —continuó con tono monótono, como si estuviera repitiendo un texto memorizado, y así era en efecto—. No tiene sentido referirse a todas las condecoraciones que ha obtenido en combate y que jamás usa, ni a su formidable reputación de conquistador de mujeres. Si quiere, puedo darle un informe detallado, hora por hora, de sus acciones desde que partió de Washington.

—Con eso basta —dijo Pitt moviendo el arma—. Estoy impresionado, por supuesto, señor...

—Lillie. Jerome P. Lillie Cuarto. Soy su contacto.

—Jerome P... —Aunque lo intentó, Pitt no pudo contener una risa incrédula —. Tiene que estar bromeando.

Lillie hizo un ademán de impotencia.

—Ríase si quiere, mayor, pero el apellido Lillie es tenido en alta estima en Saint Louis desde hace casi cien años.

Pitt pensó un momento.

—Cerveza Lillie —recordó—. Por supuesto, eso es. Cerveza Lillie. ¿Cómo era el lema? «Preparada para la mesa de un gourmet».

—Eso demuestra que vale la pena hacer publicidad —comentó Lillie—. ¿Significa eso que es usted otro de nuestros clientes satisfechos?

—No, prefiero Budweiser.

—Ya veo que va a ser difícil entenderse con usted —se lamentó Lillie.

—En realidad, no —dijo Pitt, mientras soltaba el martillo del derringer y arrojaba el arma a Lillie—. Es suyo. Si fuera un enemigo, no contaría una historia tan descabellada.

Lillie interceptó el arma.

—Su confianza está justificada, mayor. Le dije la verdad.

—Está muy lejos de la fábrica de cerveza, ¿o ésa es otra historia?

—Muy aburrida y que lleva mucho tiempo. Tal vez en otra ocasión le cuente mi vida junto a un vaso de cerveza. —Con una asombrosa calma, volvió a pegar el arma en el interior de su gorra como si aquello sucediera todos los días—. Y ahora veamos; antes dijo que ha sufrido tres atentados.

—Usted me ofreció un relato detallado, hora por hora, de mis acciones desde que partí de Washington. Cuéntemelo usted.

—Nadie es perfecto, mayor. Hoy lo perdí de vista durante dos horas.

Pitt hizo algunas rápidas operaciones aritméticas mentales.

—¿Dónde estaba a eso del mediodía?

—En la costa sur de la isla.

—¿Haciendo qué?

Lillie se volvió y fijó la mirada en los campos yermos, con un rostro vacío de toda expresión.

—Esta tarde, exactamente a las doce y diez, estaba hundiendo un cuchillo en la garganta de otro hombre.

—¿Entonces eran dos los que vigilaban el Grimsi?

—¿El Grimsi? Ah, por supuesto, así se llamaba su nave. Sí, tropecé con el otro individuo por puro accidente. Después de que usted, el almirante y la señorita Royal partieron hacia el sureste, tuve la corazonada de que echarían el ancla en la zona donde cayeron usted y el doctor Hunnewell. Crucé la península en coche y llegué demasiado tarde... Aquel condenado barco era más veloz de lo que pensaba, y usted ya estaba dibujando absorto mientras el almirante Sandecker pescaba. Tanta placidez me engañó por completo...

—Pero no al otro individuo, ¿verdad? Sus binoculares eran más potentes.

—Un telescopio —dijo Lillie moviendo la cabeza en un gesto afirmativo—. Ciento setenta y cinco de potencia, y montado en un trípode.

—Entonces el resplandor que vi desde el barco era del espejo.

—Si el sol se reflejó en él, y el destello lo delató.

Pitt guardó silencio un momento mientras encendía un cigarrillo. El chasquido del encendedor pareció extrañamente sonoro en medio del árido paisaje. Lanzó el humo y miró a Lillie.

—¿Dice usted que lo acuchilló?

—Sí, fue lamentable, pero no me dejó otra alternativa. —Apoyándose en la tapa del motor del Volvo, Lillie, aparentemente turbado, se pasó una mano por la frente—. Ese hombre (no sé cómo se llamaba, pues no iba identificado) estaba inclinado sobre el telescopio hablando por un transmisor portátil, cuando al sobrepasar un saliente rocoso choqué literalmente con él. Su atención y la mía se centraban en su nave, por eso a ambos nos sorprendió encontrarnos. Para su definitivo pesar, él actuó primero y de forma irreflexiva. Sacó de una manga una navaja a resorte (un arma bastante anticuada) y saltó. —Lillie se encogió de hombros—. El pobre tipo trató de apuñalar en lugar de acuchillar, lo que significa que era un aficionado. Debí haberlo cogido vivo para interrogarlo, pero en el calor del momento me entusiasmé y arremetí contra él con su propia navaja.

—Lástima que no lo encontrara cinco minutos antes —comentó Pitt.

—¿Por qué lo dice?

—Porque cuando usted llegó, él ya había informado de nuestra posición a sus compañeros para que fueran a atraparnos.

Lillie lanzó a Pitt una mirada inquisitiva.

—¿Con qué fin? ¿Para robar unos cuantos dibujos y un balde con pescado?

—Algo mucho más importante. Un avión de propulsión a chorro.

—Ya lo sé. Su misterioso avión negro. Cuando deduje adonde se dirigían, se me ocurrió que tal vez fueran a buscarlo, pero en su informe usted omitió indicar el punto exacto en que...

Con voz engañosamente cordial, Pitt lo interrumpió:

—Sé con certeza que el almirante Sandecker no ha tenido contacto con ustedes ni con su agencia desde que salió de Washington. Él y yo somos los únicos que sabemos qué dice ese informe. —Pitt hizo una pausa al recordar súbitamente—. Salvo...

—Salvo el secretario del consulado que lo escribió a máquina —concluyó Lillie sonriente—. Lo felicito, su informe estaba bien redactado —añadió. No se molestó en explicar cómo el secretario del consulado le había pasado una copia, y Pitt no se molestó en preguntárselo—. Dígame, mayor, ¿cómo se va en busca de un avión hundido con tan sólo un cuaderno de dibujo y una caña de pescar?

—Su víctima sabía la respuesta, y a que descubrió mis burbujas de aire con su

telescopio.

Lillie entrecerró los ojos.

—¿Llevaban equipo de bucear? —preguntó extrañado—. ¿Cómo? Los observé al salir del puerto y no vi nada. Los seguí desde la costa, y ninguno de ustedes abandonó la cubierta más de tres minutos. Después perdí la visibilidad al levantarse la niebla.

—La agencia de inteligencia no tiene el monopolio de los planes secretos —dijo Pitt dejando a Lillie derrotado—. Sentémonos en el coche, pongámonos cómodos y le contaré cómo es un día normal en la vida de Dirk Pitt.

Y así, Pitt se arrellanó en el asiento posterior, con los pies apoyados en el respaldo delantero, y relató a Lillie lo sucedido desde el momento en que el Grimsi abandonó el muelle de Fyrie Limited hasta su regreso. Contó lo que sabía con certeza y lo que no sabía, todo, en suma, salvo un pequeño pensamiento indefinible que no abandonaba su mente y que hacía referencia a Kirsti Fyrie.

—De modo que ha elegido a Oskar Rondheim como villano —murmuró Lillie—. Pues no me ha convencido con ninguna prueba sólida.

—Admito que es todo circunstancial —contestó Pitt—. Rondheim es quien más puede beneficiarse. Por consiguiente, tiene motivos. Asesinó para apoderarse de la sonda submarina y volvió a hacerlo para cubrir sus huellas.

—Tendrá que encontrar pruebas.

—Está bien, dígame usted algo mejor —dijo Pitt mirando a Lillie.

—Como agente de prestigio del servicio de inteligencia, me avergüenza admitir que estoy algo confuso.

—Usted está confuso. —Pitt movió la cabeza con fingida tristeza—. No puedo decir que me consuele mucho saber que la seguridad nacional reposa en sus manos.

Lillie sonrió apenas.

—Es usted quien trajo la confusión, mayor. Es usted quien rompió la cadena.

—¿Qué cadena? —inquirió Pitt—. ¿O debo adivinarlo?

Lillie dudó un momento antes de responder. Por último miró directamente a Pitt.

—Durante los últimos dieciocho meses se ha forjado una cadena de extrañas circunstancias, eslabón tras eslabón, país por país, desde el extremo sur de Chile hasta la frontera norte con Guatemala. En secreto, mediante una compleja serie de maniobras clandestinas, las grandes compañías mineras de Sudamérica se han fusionado lentamente en una sola corporación gigantesca. Visto desde fuera parece una compañía normal, pero, tras las puertas cerradas con llave y de sus respectivas administraciones, los métodos que rigen sus operaciones provienen directamente de una sola voz desconocida.

—Imposible —dijo Pitt moviendo la cabeza en un gesto negativo—. Puedo mencionar por lo menos cinco países donde las sociedades mineras han sido nacionalizadas, y bajo ningún concepto pueden unirse a compañías privadas extranjeras.

—No obstante, es un hecho comprobado. Las minas nacionalizadas están controladas por una organización extranjera. Los pozos más importantes de mineral de hierro de Parnagus-Janios, en Brasil; las minas de bauxita Domingo,

de la República Dominicana; las minas gubernamentales de plata de Honduras, todas las dirige una o varias personas.

—¿Cómo han conseguido esa información?

—Contamos con muchas fuentes —respondió Lillie—. Algunas proceden de las mismas compañías mineras. Lamentablemente, nuestros contactos no han podido infiltrarse en las oficinas directivas de los altos cargos.

Pitt aplastó su cigarrillo en el cenicero empotrado en la puerta del coche.

—Que alguien intente lograr un monopolio nada tiene de misterioso. Si tienen el coraje necesario para conseguirlo, pues que les aproveche.

—Un monopolio ya es bastante malo —señaló Lillie—. Entre los nombres que hemos podido descubrir, y que ocupan lugares muy altos en la jerarquía, están los de doce de los hombres más ricos del mundo occidental; todos poseen grandes poderes financieros en la explotación minera. Y todos tienen tentáculos tan largos que pueden controlar a más de doscientas compañías industriales. —Lillie hizo una pausa y miró fijamente a Pitt—. Una vez que obtengan el monopolio, podrán elevar los precios del cobre, el aluminio, el cinc y otros minerales comerciales. La inflación que resultaría de todo ello devastaría la economía de unas treinta naciones. Estados Unidos sería, por supuesto, uno de los primeros en caer de rodillas.

—No necesariamente —dijo Pitt—. Si eso ocurriera, ellos y sus imperios financieros serían arrastrados en la caída.

Lillie sonrió y asintió con la cabeza.

—Ése es el problema. Esos hombres, F. James Kelly, de Estados Unidos; sir Eric Marks, de Gran Bretaña; Roger Dupuy, de Francia; Hans von Hummel, de Alemania; Iban Mahani, de Irán, y otros, poseen fortunas increíbles y son leales a sus respectivos países. Quizá defrauden a su país a la hora de pagar sus impuestos, pero ninguno de ellos lanzaría voluntariamente a su gobierno al desastre económico.

—¿Qué provecho buscan entonces en esta operación?

—No lo sabemos.

—¿Y qué conexión tiene Rondheim?

—Ninguna, salvo su relación con Kirsti Fyrie, que tiene intereses mineros en la costa.

Tras un largo silencio, Pitt dijo lentamente:

—Mi principal interrogante es: ¿dónde encajan ustedes? ¿Qué tiene que ver con Islandia el dominio de las corporaciones mineras latinoamericanas? El servicio de inteligencia no lo envió aquí para que hiciera de taxista con el solo fin de averiguar cómo es la red de carreteras en este país. Mientras otros agentes, sus colegas, acechan tras las macetas, vigilando a Kelly, Marks, Dupuy y los demás, su misión consiste en no perder de vista a otro miembro del grupo de los multimillonarios. ¿Debo nombrarlo o prefiere que escriba su nombre en un papel

y se lo dé en un sobre cerrado?

Por un momento Lillie lo miró fijamente, mientras reflexionaba.

—Está disparando a ciegas —dijo finalmente.

—¿Ah, sí? —insistió Pitt—. Bueno, prolonguemos el suspense y divaguemos un poco. El almirante Sandecker me dijo que había consultado a todas las autoridades portuarias entre Buenos Aires y la bahía del Ganso, y que en doce de estos puertos se habían registrado la llegada y partida de un pesquero islandés idéntico al Lax. Debí decirme que otros habían llevado a cabo esas consultas. Fue la agencia de inteligencia la que se encargó de ello.

—En eso no hay nada extraño —contestó Lillie con rodeos—. A veces nos es más fácil a nosotros obtener información que a un organismo gubernamental relacionado con la marina.

—Pero ustedes ya tenían esa información antes de que Sandecker la pidiera.

Lillie no contestó. No hacía falta que lo hiciera. Su expresión ceñuda era todo el incentivo que Pitt necesitaba para continuar.

—Una noche, hace un par de meses, me encontré con un oficial de comunicaciones del ejército en un bar. Era una noche aburrida, y ninguno de los dos tenía ganas de ir de parranda o de perseguir mujeres, de modo que nos quedamos sentados bebiendo hasta la hora de cierre. El acababa de cumplir servicio en la estación de radiocomunicaciones de Smytheford, en la bahía Hudson, Canadá, un complejo de doscientos mástiles radiotelefónicos que forman una gran plataforma en un extenso paraje. No me pregunte cuál era su nombre o su grado para arrestarlo por divulgar secretos militares, pues los he olvidado. —Hizo una breve pausa para acomodar mejor los pies antes de continuar—. Estaba orgulloso de la instalación, porque era uno de los ingenieros que contribuyó a diseñarla y construirla. Dijo que el refinado equipo del complejo podía interceptar electrónicamente todas las transmisiones radiotelefónicas que se hicieran al norte de Nueva York, Londres y Moscú. Una vez finalizada la instalación, se le ordenó cortésmente, a él y a su equipo de mecánicos del ejército, que fueran a cumplir servicio a otra parte. Aunque eran sólo suposiciones suyas, por supuesto, ese oficial tenía la certeza de que en la actualidad la estación estaba en manos de la agencia del servicio de inteligencia, especializada en la vigilancia secreta para el Departamento de Defensa y la CIA. Una suposición interesante, por cierto, teniendo en cuenta que en un principio se dijo que Smytheford era una estación de seguimiento de satélites.

—¿Adonde conduce todo esto? —lo interrumpió Lillie.

—A dos señores llamados Matajic y O'Riley, que en estos momentos están muertos.

—¿Cree usted que yo los conocía? —preguntó Lillie con curiosidad.

—Solamente de nombre. No hay razón para explicarle quiénes eran. Usted ya lo sabe. Sus agentes en Smytheford interceptaron el mensaje que Matajic

envió a Sandecker tras identificar el Lax, desaparecido tiempo atrás. En ese momento sus expertos en contraespionaje debieron darle poca importancia a esta información, pero no hay duda de que irguieron las orejas electrónicas al recibir el último mensaje del piloto, segundos antes de que el avión negro los derribara al mar a los tres. Desde ese momento, la intriga aumenta. El almirante Sandecker, muy astuto, contó a la Guardia Costera una historia falsa sobre equipos perdidos, y solicitó una búsqueda por aire y mar en la zona donde desapareció el avión de la NUMA. No se encontró nada, o al menos, no hubo información al respecto. La Guardia Costera falló, pero la agencia de inteligencia no. Ustedes sabían donde estaba el Lax y su misteriosa tripulación desde el principio. Cada vez que el barco radiotelegrafiaba a su base de origen, en Islandia, los ordenadores de Smytheford deducían su posición exacta. Entonces los expertos del cuartel general de la agencia de inteligencia en Washington pensaron en una posible conexión entre la sonda submarina perdida y la absorción de las operaciones mineras en Sudamérica; por eso reconstruyeron y rastrearon los movimientos de la nave por la costa del Atlántico. Cuando Sandecker pidió la misma información, esperaron discretamente algunos días, y después, esforzándose por mantenerse serios, le ofrecieron una copia preparada con anterioridad.

—¿Espera sinceramente que yo admita algo de todo eso?

—No me importa gran cosa si lo hace o no —respondió Pitt fatigado—. Me limito a enumerar unos cuantos hechos que señalan al hombre que ustedes tienen vigilado aquí en Islandia.

—¿Cómo sabe que no es una mujer? —preguntó Lillie.

—Porque ustedes han llegado a las mismas conclusiones que nosotros: puede que Kirsti Fyrie controle a Fyrie Limited, pero Oskar Rondheim controla a Kirsti Fyrie.

—De modo que volvemos a Rondheim.

—¿Acaso nos hemos alejado de él en algún momento?

—Sagaz, muy sagaz, may or Pitt —murmuró Lillie.

—¿Quiere ayudarme a despejar algunas dudas?

—Hasta que reciba órdenes de lo contrario, no puedo comunicar a una persona ajena todos los detalles de nuestra operación —dijo Lillie, en un tono oficial poco convincente—. Sin embargo, puedo aceptar sus conclusiones. Acierta usted en todo lo que me ha dicho. Sí, la agencia de inteligencia captó el mensaje de Matajic. Sí, inspeccionamos el Lax. Sí, pensamos que Rondheim está vinculado de alguna manera con la corporación minera. Aparte de eso, muy poco puedo decirle oficialmente que usted no sepa ya.

—Ya que nos hemos hecho tan buenos amigos, ¿por qué no me llama Dirk? —dijo Pitt sonriendo.

Lillie fue benigno en la derrota.

—Como quiera. Pero no se atreva a llamarme Jerome, sino Jerry. —Tendió

la mano—. Bueno, socio, no haga que me arrepienta de haberlo aceptado en la compañía.

Pitt devolvió el apretón.

—Siga a mi lado y llegará lejos.

—Eso me temo —suspiró Lillie. Por un momento guardó silencio mientras contemplaba la árida campiña y sopesaba los acontecimientos. Finalmente cesó en sus meditaciones y consultó su reloj—. Será mejor que emprendamos el regreso a Reykiavik. Me espera una noche movida gracias a usted.

—¿Qué tiene en su agenda?

—Primero, quiero comunicarme lo antes posible con la jefatura para transmitirle el número de serie del avión negro. Con un poco de suerte, creo que podrán averiguar el nombre del dueño y comunicárnoslo por la mañana. Por su bien, después de todas las molestias que se tomó, espero que proporcione una pista importante. Segundo, trataré de enterarme dónde estaba amarrado ese hidroplano. Alguien tiene que saber algo. No se puede tener escondida una embarcación así en una isla tan pequeña como ésta. Y tercero, las dos reproducciones en escala de edificios gubernamentales sudamericanos. Me temo que nos haya puesto ante un enigma cuando las pescó del mar. Su finalidad debe ser funcional. Quizá sean vitales para quien las construyó, o quizá no. Para mayor seguridad, pediré a Washington que envíen un experto en maquetas de esta clase para que examine minuciosamente esos modelos.

—Eficiente, laborioso, profesional. Siga así. Empieza usted a impresionarme.

—Procuraré esmerarme —respondió Lillie con sarcasmo.

—¿Necesita ayuda? —dijo Pitt—. Esta noche estaré libre.

Lillie sonrió de un modo que provocó en Pitt un escozor de inquietud.

—Sus planes ya están hechos, Dirk. Ojalá pudiera cambiar mi lugar por el suyo, pero el deber me reclama.

—Tengo miedo de preguntar qué hay en su perversa mente —dijo secamente Pitt.

—Una fiesta, grandísimo afortunado. Irá a un recital de poesía.

—Está bromeando.

—No, lo digo en serio. Tiene una invitación especial de Oskar Rondheim, aunque sospecho que la idea fue de la señorita Fyrie.

Las cejas de Pitt se juntaron sobre sus penetrantes ojos verdes.

—¿Cómo lo sabe? ¿Cómo puede saberlo? No recibí invitación alguna antes de coger su taxi frente al consulado.

—Secreto profesional. De vez en cuando logramos sacar algún conejo del sombrero.

—Está bien, le concedo un punto y pego una estrella de oro en su libreta por hoy —dijo Pitt mientras subía la ventanilla, pues empezaba a hacer frío—. Un recital de poesía —dijo algo molesto—. Jesús, eso sí que va a ser divertido.

Entre los islandeses se discute si la gran casa que se extiende sobre la cima de la más alta colina, junto a Reykiavik, es más elegante todavía que la mansión del presidente en Bessastadir. Se podría discutir sobre esto hasta que ambos edificios se desmoronaran y se convirtieran en polvo, principalmente porque no hay una verdadera base de comparación. La residencia del presidente de Islandia es un modelo clásico y sencillo, mientras que el moderno edificio de Oskar Rondheim parecía engendrado por la imaginación desatada de Frank Lloyd Wright.

Toda la manzana, frente a las ornadas puertas enrejadas, estaba rodeada de vehículos de las marcas de automóviles más caras de cada país: Rolls-Royce, Lincoln, Mercedes-Benz, Cadillac; hasta un Zis de fabricación rusa se hallaba momentáneamente detenido en la entrada circular para coches, mientras descendía de él un cargamento de pasajeros formalmente ataviados.

Más allá de la entrada, de ochenta a noventa invitados se paseaban entre el salón principal y la terraza, conversando en una amplia variedad de idiomas distintos. El sol, que algunas nubes pasajeras habían ocultado en algún momento, entraba luminoso por las ventanas, aunque eran ya las nueve de la noche. En el lado opuesto del vasto salón, Kirsti Fyrie y Oskar Rondheim, apostados bajo un enorme escudo con el emblema del albatros, saludaban a los invitados que iban entrando.

Kirsti estaba esplendorosamente bella. Llevaba un vestido de seda blanca con adornos dorados y el cabello rubio recogido con elegancia al estilo negro. Rondheim, alto y semejante a un halcón, se destacaba junto a ella, entreabriendo sus labios delgados en una sonrisa sólo cuando la cortesía lo exigía. Tras saludar a los invitados rusos, los condujo con presteza a una mesa larga llena de fuentes de caviar y salmón, y adornada con una gran ponchera de plata, pero entonces en sus ojos se dibujó apenas el asombro y la forzada sonrisa se heló. Kirsti se irguió de repente, mientras el murmullo de los huéspedes se apagaba en un extraño silencio.

Pitt entró majestuosamente en la sala, con el alarde de un ídolo cinematográfico cuyas aparatosas entradas en escena fueran cosa de todos los días. En lo alto de la escalinata se detuvo, tomó el mango de unos impertinentes que le colgaban del cuello por una cadenita de oro, y sosteniendo la diminuta

lente ante el ojo derecho, inspeccionó a la sorprendida concurrencia que lo miraba a su vez con desenfado.

Nadie podía reprocharles que lo hicieran, ni siquiera una autoridad de la etiqueta. El atavío de Pitt era una mezcla de ropa de la corte de Luis XI y Dios sabe qué. La chaqueta roja llevaba unos encajes en el cuello y las mangas y los pantalones amarillos iban metidos dentro de las botas de gamuza roja. Llevaba una faja de seda parda con la punta adornada con borlas que colgaban hasta por encima de sus rodillas. Si Pitt tuvo la intención de asombrar a la concurrencia, lo consiguió con todos los honores. Cuando todos estuvieron pendientes de él, bajó por la escalera con paso delicado y se aproximó a Kirsti y Rondheim.

—Buenas noches, señorita Fyrie. Señor Rondheim. Han sido ustedes muy amables al invitarme. Los recitales de poesía son absolutamente mis veladas favoritas. No me perdería uno ni por todo el encaje de China.

Kirsti, con los labios entreabiertos, miró fascinada a Pitt.

—Oskar y yo nos alegramos de que haya podido venir —dijo con voz ronca.

—Sí, me alegro de volver a verle, mayor. —A Rondheim se le atragantaron las palabras cuando, olvidando su experiencia anterior, apretó la mano de Pitt, flácida como un pescado muerto.

Intuyendo que se avecinaba una situación embarazosa, Kirsti, se apresuró a preguntar:

—¿No lleva puesto su uniforme esta noche?

Con aire frívolo, Pitt hizo oscilar los impertinentes colgados de su cadena.

—Cielos, no. Los uniformes son tan aburridos, ¿no le parece? Me pareció divertido venir de civil esta noche para que nadie me reconociera. —Festejó tan ruidosamente su maliciosa broma que todos los que estaban cerca se volvieron para mirarlo.

Pitt se complació al comprobar que a Rondheim le costaba sonreír cortésmente.

—Teníamos la esperanza de que también vinieran el almirante Sandecker y la señorita Royal.

—La señorita Royal llegará de un momento a otro —respondió Pitt, mientras miraba alrededor con su lente—. Pero desgraciadamente el almirante no se encuentra bien y decidió acostarse temprano. Pobre hombre, no se lo reprocho después de lo sucedido esta tarde.

—Espero que no sea nada grave —dijo Rondheim en un tono que delataba lo poco que le importaba la salud de Sandecker y lo mucho que le interesaba saber la razón de sus dolencias.

—Afortunadamente, no. El almirante sufrió únicamente algunos cortes y magulladuras.

—¿Un accidente? —preguntó Kirsti.

—Espantoso, sencillamente espantoso —dijo Pitt con voz dramática—.

Después de que usted tuvo la amabilidad de ofrecernos una embarcación, nos dirigimos al lado sur de la isla donde yo estuve dibujando la costa mientras el almirante pescaba. A eso de la una, nos encontramos envueltos en una desagradable niebla. Cuando nos disponíamos a regresar a Reykiavik, hubo una horrible explosión entre la bruma. El estallido hizo volar las ventanas de la caseta del timón y el almirante sufrió algunos pequeños cortes en la cabeza.

—¿Una explosión? —preguntó Rondheim en voz baja y ronca—. ¿Tiene alguna idea de su causa?

—Me temo que no —dijo Pitt—. No pude ver nada. Investigamos, por supuesto, pero con sólo seis metros de visibilidad, no encontramos nada.

—Muy extraño —comentó Rondheim inexpresivo—. ¿Está seguro de no haber visto nada, mayor?

—Absolutamente —insistió Pitt—. Probablemente usted está pensando más o menos lo mismo que el almirante Sandecker. Tal vez un barco haya chocado con alguna vieja mina de la Segunda Guerra Mundial, o posiblemente haya estallado un incendio que alcanzó sus tanques de combustible. Dimos aviso a la patrullera costera local, pero ellos deben esperar a que se denuncie la pérdida de algún barco. El caso es que fue una experiencia aterradora... —Se interrumpió al ver que se acercaba Tidi—. Ah, Tidi, por fin llegas.

Rondheim recurrió de nuevo a su sonrisa.

—Señorita Royal —exclamó inclinándose para besarle la mano—. El mayor Pitt nos estaba relatando sus espeluznantes experiencias de esta tarde.

«El muy canalla —pensó Pitt—. Está impaciente por sonsacarle respuestas a ella». Tidi estaba muy bonita y seductora con su vestido largo de color azul. Su cabello castaño le caía por la espalda. Pitt le rodeó amistosamente la cintura con un brazo, y a escondidas le pellizó el trasero. Luego sonrió mirándola a los grandes ojos pardos, que expresaban perspicacia y complicidad.

—Temo haberme perdido la mayor parte —dijo ella mientras llevaba una mano a sus espaldas y, haciendo discretamente la de Pitt, le retorció el dedo meñique hasta que él se dio por vencido y con igual discreción le soltó la cintura—. El estallido me derribó contra un aparador de la cocina —continuó tocándose un pequeño chichón en la frente que había disimulado hábilmente con maquillaje—. Quedé fuera de combate durante la hora y media siguiente. El pobre Dirk tembló y vomitó durante todo el trayecto de vuelta a Reykiavik.

Pitt tuvo ganas de besarla. Tidi había captado rápidamente su mensaje y se había portado como una verdadera veterana.

—Creo que es hora de que alternemos —dijo cogiéndola del brazo para conducirla hacia la ponchera.

Le ofreció una taza de ponche, y ambos se sirvieron bocadillos. Pitt tuvo que esforzarse por no bostezar mientras él y Tidi se paseaban de un grupo a otro. Habitado a acudir a fiestas, Pitt solía trabar contacto con facilidad, pero esta vez

no lograba entablar conversación con nadie. Una atmósfera extraña rodeaba aquella recepción. Aunque no conseguía determinar qué era, había algo realmente poco común en aquel lugar. Estaban presentes las subdivisiones habituales: los patanes, los borrachos, los esnobs y los aduladores. Todos aquellos a quienes abordaron, y que sabían hablar inglés, fueron muy corteses. No detectaron ningún sentimiento antinorteamericano, el tema favorito en las conversaciones de personas de otras naciones. Aparentemente, parecía una reunión como cualquier otra. Entonces, de pronto, se dio cuenta.

—¿No tienes la sensación de que somos persona non grata? —susurró al oído de Tidi.

—No, todos parecen bastante cordiales —dijo ella mirándole con extrañeza.

—Claro, son sociables y corteses, pero es algo forzado.

—¿Cómo lo sabes?

—Reconozco una sonrisa cálida y sincera cuando la veo. Nadie nos sonríe así. Es como si estuviéramos en una jaula. Alimenten a los animales y hablesenles, pero no los toquen.

—Qué tontería. No puedes reprochar a nadie que esté incómodo cuando habla con una persona vestida como tú.

—De eso se trata. El tipo extravagante es siempre el centro de atracción. Si no estuviera seguro de que estoy en una fiesta, diría que esto es un funeral.

La joven miró a Pitt con una sonrisa burlona.

—Estás nervioso porque no estás en tu ambiente.

—¿Quieres una explicación? —preguntó él devolviéndole la sonrisa.

—¿Ves a esos dos hombres de allí? —Tidi señaló hacia la derecha con la cabeza—. ¿Los que están de pie junto al piano?

Disimuladamente, Pitt miró en la dirección indicada por Tidi. Un hombre bajo, rollizo, vivaz, de cabeza calva, gesticulaba de forma exagerada mientras hablaba animadamente a una barba situada a unos veinte centímetros de su nariz. La barba pertenecía a un hombre delgado, de aspecto distinguido y cabello largo y plateado que le llegaba más abajo del cuello de la chaqueta; esto le daba el aspecto de un profesor de Harvard. Pitt se volvió de nuevo hacia Tidi encogiéndose de hombros.

—¿Y?

—¿No los reconoces?

—¿Debería conocerlos?

—No lees las páginas de la vida social del New York Times.

—Playboy es la única publicación que me molesto en leer.

—Es lamentable que el hijo de un senador de Estados Unidos no pueda reconocer a dos de los hombres más ricos del mundo —dijo Tidi tras lanzarle la típica mirada femenina de fastidio hacia el hombre machista.

Pitt escuchaba a Tidi sólo a medias. Sus palabras tardaron algunos segundos

en ser procesadas por su cerebro. Pero entonces Pitt volvió la cabeza y miró descaradamente a los dos hombres que seguían enfrascados en su conversación. Después se encaró de nuevo a Tidi y le apretó el brazo con tanta fuerza que ella hizo una mueca de dolor al tiempo que abrió exageradamente los ojos en un gesto de sorpresa.

—El gordo calvo es Han von Hummel. El de aspecto distinguido es F. James Kelly —dijo ella.

—Tal vez te equivoques.

—Quizá... No, estoy segura. Vi a Kelly una vez en el baile inaugural del presidente.

—¡Mira por todo el salón! ¿Reconoces a alguien más?

Tidi obedeció y recorrió con la mirada el salón principal en busca de algún rostro conocido. Su mirada se detuvo no una, sino tres veces.

—El anciano de gafas extravagantes que está sentado en el sofá es sir Eric Marks. Y la atractiva morena que hay a su lado es Dorothy Howard, la actriz inglesa.

—Ella no me interesa. Concéntrate en los hombres.

—El otro individuo que me parece vagamente familiar es el que acaba de entrar y está hablando con Kirsti Fyrie. Estoy casi segura de que es Jack Boyle, el magnate australiano del carbón.

—¿Cómo sabes tanto de millonarios?

Tidi se encogió de hombros atractivamente.

—Es uno de los pasatiempos favoritos de muchas jóvenes solteras. Como nunca se sabe cuándo puede conocerse a un multimillonario, una se prepara para la ocasión, aunque ésta sólo tenga lugar en la imaginación.

—Esta vez tus sueños se han hecho realidad.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco. Pero esto empieza a parecer una reunión del clan.

Pitt condujo a Tidi a la terraza, y la guió lentamente a un rincón alejado de la multitud. Contempló los pequeños grupos de invitados que se arremolinaban alrededor de las amplias puertas dobles, y los sorprendió mirando en su dirección. Luego apartaron la vista de ellos, no con turbación, sino más bien como si fueran científicos que tras observar un experimento discuten su probable resultado. Empezaba a tener la inquieta sensación de que entrar en la guarida de Rondheim había sido un error. Estaba pensando en una excusa para irse cuando Kirsti Fyrie los vio y se acercó a ellos.

—Por favor, vayan a sentarse al estudio. Estamos a punto de empezar.

—¿Quién da el recital? —preguntó Tidi.

El rostro de Kirsti se iluminó.

—Oskar, por supuesto.

—¡Oh, Dios santo! —murmuró Pitt por lo bajo.

Como un cordero que va al matadero, dejó que Kirsti lo condujera al estudio, seguidos ambos por Tidi.

La habitación rebosaba de gente cuando llegaron. Encontraron un asiento entre las largas hileras circulares de mullidos sillones agrupados alrededor de una plataforma elevada. Aunque el consuelo era pequeño, Pitt consideró que Tidi y él eran afortunados al estar en la última fila, cerca de la puerta, pues eso significaba que podrían marcharse sin llamar la atención cuando se presentara la oportunidad. Entonces sus esperanzas se esfumaron: un criado cerró las puertas y echó el cerrojo.

Al cabo de unos instantes, el criado hizo girar un reóstato y apagó las luces, de forma que el estudio quedó sumido en una oscuridad total. Entonces Kirsti subió a la plataforma y se encendieron dos reflectores cuya suave luz rosada le daba el aspecto de una diosa griega esculpida, serenamente erguida en su pedestal, tal como aparecería en el Louvre. Pitt la desnudó mentalmente procurando imaginar qué cuadro asombroso habría presentado en esa reveladora situación. Cuando miró a Tidi, su arrobada expresión le hizo preguntarse si sería posible que los pensamientos de su amiga fueran similares a los suyos. Buscó a tientas su mano, la encontró y le apretó con fuerza los dedos. Tan absorta estaba Tidi en la visión de la plataforma que ni siquiera advirtió el contacto de Pitt, ni respondió a él.

Allí de pie, inmóvil, absorbiendo las miradas de un público invisible tras el resplandor de los reflectores, Kirsti Fyrie sonreía confiada, con ese brillo interior de confianza en sí misma que sólo puede poseer una mujer segura de su belleza.

Inclinando la cabeza hacia los cuerpos silenciosos en la oscuridad, comenzó a hablar:

—Damas y caballeros, distinguidos huéspedes, esta noche nuestro anfitrión, el señor Oskar Rondheim, ofrecerá para deleite de ustedes su última obra. La leerá en nuestro idioma islandés natal. Después, como la mayoría de ustedes entienden inglés, leerá versos selectos del maravilloso poeta islandés contemporáneo, Sean Magee.

—Tenía que haberme tomado por lo menos diez tazas más de ese ponche —susurró Pitt al oído de Tidi.

No podía ver la cara de Tidi. Pero sintió que su codo se le hundía fuertemente en las costillas. Cuando volvió de nuevo la mirada hacia Kirsti, ésta había desaparecido, y Rondheim ocupaba su lugar.

Podría haberse dicho que Pitt sufrió las torturas de los condenados al infierno durante la hora y media siguiente. Pero no fue así. Cinco minutos después de que Rondheim comenzó a recitar su saga islandesa con voz monocorde y retumbante, Pitt se durmió profundamente, satisfecho de saber que nadie advertiría su falta de apreciación de la poesía en ese ambiente oscuro.

En cuanto lo cubrió la primera oleada de inconsciencia, Pitt se encontró de

nuevo en la playa por centésima vez, acunando en los brazos la cabeza del doctor Hunnewell. Una y otra vez vio, impotente, la mirada vacía que el doctor clavaba en sus ojos, tratando de hablar, esforzándose desesperadamente por hacerse entender. Después, finalmente, tras pronunciar con dificultad esas tres palabras que no parecían tener sentido, una nube pasaba sobre las fatigadas y viejas facciones de su cara y seguidamente estaba muerto. El extraño fenómeno de aquel sueño no residía en que se repitiera, sino en el hecho de que no había dos secuencias exactamente iguales. Cada vez que Hunnewell moría, algo parecía diferente. En un sueño, los niños estaban presentes en la playa como lo habían estado en la realidad. En el siguiente no estaban, no los veía por ninguna parte. Una vez el avión negro volaba en lo alto en círculos, bajando las alas en un inesperado saludo. Hasta Sandecker apareció en una escena, de pie junto a Pitt y Hunnewell, moviendo tristemente la cabeza. El tiempo, la disposición de la playa, su color diferían de una fantasía a otra. Sólo un pequeño detalle permanecía fielmente constante: las últimas palabras de Hunnewell.

El aplauso del público despertó a Pitt que, tratando de fijar la mirada en algo concreto, reunió sus confusos pensamientos. Las luces se habían encendido, y él dedicó unos instantes a pestañear y habituar los ojos al resplandor. Rondheim estaba todavía en la plataforma aceptando afectadamente la generosa aclamación. Después levantó las manos pidiendo silencio.

—Como casi todos ustedes saben, mi diversión favorita es memorizar poesía. Con toda la modestia debida, tengo que declarar sinceramente que mis conocimientos son bastante extensos. Esta vez me gustaría poner en juego mi reputación, y para ello invito a cualquiera de ustedes comenzar un verso de cualquier poema que se le ocurra. Si no logro terminar la estrofa o completar el poema a su total satisfacción donaré personalmente cincuenta mil dólares a la institución de caridad que la persona en cuestión me indique. —Esperó a que el murmullo de las excitadas voces se extinguiera—. ¿Empezamos? ¿Quién será el primero en desafiar mi memoria?

Sir Eric Marks se puso de pie.

—« Si el amigo vigilante, o tu madre...» . Prueba con éste para comenzar, Oskar.

Rondheim asintió con la cabeza.

—« ... Te hablan de las desdichas del derroche caprichoso, desdeña su consejo, desdeña su inquietud; ¡por fin puedes hacer de tu vida lo que quieras!» . —Hizo una pausa efectista—. Veintiuno, de Samuel Johnson.

Marks se inclinó mostrando así su admiración.

—Absolutamente correcto.

El siguiente en levantarse fue F. James Kelly.

—Termina éste, si puedes, y nombra al autor. « Ahora todos mis días son estupores y todos mis nocturnos sueños...» .

Sin esperar, Rondheim continuó:

—« ... Están allí donde miran tus ojos grises, y donde tu pisada reluce... ¡En qué danzas etéreas, junto a qué eternas aguas!» . El título es A una que está en el paraíso.

Y fue escrito por Edgar Allan Poe.

—Felicitaciones, Oskar —dijo Kelly visiblemente impresionado—. Mereces un sobresaliente.

Rondheim paseó su mirada por la sala con una sonrisa que se extendió lentamente por su cincelado rostro al ver que una figura conocida se levantaba al fondo.

—¿Desea usted probar su suerte, mayor Pitt?

Pitt miró sombríamente a Rondheim.

—Sólo puedo ofrecerle tres palabras.

—Acepto el desafío —dijo Rondheim confiado—. Dígalas, por favor.

—« Dios te proteja » —pronunció Pitt con lentitud, como si no esperara oír la continuación del verso.

Rondheim rió.

—Gracias, mayor. Ha sido usted muy amable al permitirme recitar mi poema favorito —dijo con un desprecio que todos los presentes pudieron advertir—. « Dios te proteja, viejo marinero, de los demonios que te persiguen. ¿Por qué me miras así? Con mi ballesta maté al Albatros. El sol salía ya por la derecha. Del mar surgió, aún envuelto en bruma, y por la izquierda bajó al mar. Y el buen viento del sur seguía soplando, pero ningún dulce pájaro apareció, ni un solo día para comer o jugar; llegó al grito del marinero. Y yo había hecho una cosa diabólica que les traería desgracia, pues todos afirmaron que no había matado el ave que hacía soplar la brisa » . —Entonces, de pronto, Rondheim se interrumpió, mirando a Pitt con curiosidad—. No hace falta continuar. Es obvio para todos los presentes que me ha pedido usted que cite La rima del viejo marinero, de Samuel Taylor Coleridge.

Pitt comenzó a respirar con un poco más de facilidad. De pronto la luz al final del túnel se hacía más brillante. Sabía algo que antes ignoraba. Aunque aquello no había terminado aún, la situación era más promisoría. Entonces se alegró de haberse arriesgado. La jugada había dado como resultado respuestas imprevistas. La pesadilla de la muerte de Hunnewell ya no volvería a turbar su sueño.

Una sonrisa de satisfacción asomó a sus labios.

—Gracias, señor Rondheim. Su magnífica memoria le rinde excelentes servicios.

Algo en el tono de Pitt inquietó a Rondheim, que respondió:

—El placer es mío, mayor.

Pero no le gustó la sonrisa de Pitt; no le gustó en absoluto.

Pitt sufrió media hora más, mientras Rondheim seguía pasmando al público con su vasto repertorio de poesía. Por fin el programa concluyó. Se abrieron las puertas y la multitud pasó al salón principal; las mujeres se dirigieron a la terraza para charlar y beber un dulce con alcohol servido por los criados; los hombres fueron a la sala de trofeos para fumar cigarros y tomar coñac Rouche de cien años de antigüedad.

Llevaron los cigarros en un estuche de plata y fueron ofrecidos a todos excepto a Pitt, que fue alegremente ignorado. Tras el ritual de encenderlos —los fumadores sostuvieron su cigarro sobre una vela para que alcanzara la temperatura deseada—, los criados sirvieron el coñac Rouche, un denso líquido pardo amarillento, en copas de exótico diseño. De nuevo Pitt quedó con las manos vacías.

Aparte de Pitt y Oskar Rondheim, había treinta y dos hombres reunidos alrededor de las llamas que chisporroteaban en la gran chimenea situada al fondo de la sala de trofeos. La reacción ante la presencia de Pitt, tal como se veía reflejada en los rostros, fue interesante. Nadie le hizo caso. Por un fugaz momento se imaginó como un espectro insustancial que había atravesado una pared y aguardaba el comienzo de una sesión espiritista para poder efectuar una aparición. Podría haber imaginado toda clase de extrañas escenas, pero no era fruto de su imaginación el duro cañón de arma que oprimía su espina dorsal.

No se molestó en mirar quién empuñaba el arma; poco importaba eso. Rondheim dio respuesta a cualquier duda.

—¡Kirsti! —exclamó mirando detrás de Pitt—. Llegas temprano. No te esperaba hasta dentro de veinte minutos.

Von Hummel sacó un pañuelo y se enjugó la frente, con lo que dejó empapado el monograma. Luego preguntó:

—La joven que acompañaba al mayor ¿ha sido preparada ya?

—La señorita Royal está muy cómoda —dijo Kirsti mirando a Pitt sin verlo con un tono que le dejó una sensación de duda.

Rondheim se acercó y le cogió el arma de las manos como un padre inquieto.

—Las armas y la belleza no pueden ir juntas —la regañó—. Debes dejar que sea un hombre quien se encargue del mayor.

—Oh, me ha gustado hacerlo —dijo ella en tono gutural—. Hacía tanto tiempo que no empuñaba una.

—No veo motivos para demorarnos más —intervino Jack Boyle—. Nuestro horario es complejo; debemos actuar de inmediato.

—Hay tiempo —dijo Rondheim conciso.

Un ruso, un hombre bajo y robusto, de cabello ralo y ojos pardos, que cojeaba, se puso de pie y se enfrentó a Rondheim.

—Creo que nos debe una explicación, señor. ¿Por qué se trata a este hombre como a un delincuente? —preguntó señalando a Pitt con un movimiento de cabeza—. Usted nos dijo que era un periodista, y que no convenía hablar con él. Sin embargo, esta noche es la cuarta o quinta vez que se dirige a él llamándolo mayor.

Después de estudiar al hombre que tenía delante, Rondheim dejó su copa y oprimió el botón de un teléfono. No levantó el auricular ni habló por él; se limitó a tomar de nuevo su copa y a sorber lo que quedaba en ella.

—Antes de dar respuesta a sus preguntas, camarada Tamareztov, sugiero que mire detrás de usted.

El ruso llamado Tamareztov se volvió con presteza. Todos lo imitaron excepto Pitt, que no lo creyó necesario. Mantuvo la mirada fija en un espejo donde se reflejaba la imagen de varios hombres inexpresivos, de aspecto amenazante, que vestían uniformes negros y que se habían materializado súbitamente en el extremo opuesto de la sala apuntándolos con rifles automáticos AR-17.

Un sujeto corpulento, cargado de espaldas, de unos setenta y cinco años y penetrantes ojos azules en un rostro arrugado, asió a F. James Kelly por el brazo y dijo:

—Tú me invitaste a acompañarte esta noche, James. Creo que sabes qué significa todo esto.

—Sí, lo sé —respondió Kelly con expresión de pesar en la mirada, luego se apartó.

Lenta, muy lentamente, casi imperceptiblemente, Kelly, Rondheim, Von Hummel, Marks y ocho hombres más se agruparon a un lado de la chimenea, y dejaron a Pitt y a los demás invitados de pie al otro lado de las llamas y totalmente perplejos. Con cierta inquietud, Pitt advirtió que todas las armas apuntaban hacia su grupo.

—Estoy esperando, James —insistió el anciano de ojos azules con voz imperiosa.

Kelly eludió responder y miró con bastante tristeza a Von Hummel y a Marks. Esperó con ansiedad hasta que finalmente éstos asintieron garantizándole su aprobación.

—¿Alguno de ustedes ha oído hablar de Hermit Limited?

El silencio que reinaba en la habitación se hizo más intenso. Nadie hablaba,

nadie respondía. Pitt pensó con calma en las posibilidades de fuga, pero se dio por vencido, pues las probabilidades de éxito eran casi nulas.

—Hermit Limited —continuó Kelly— es de alcance internacional, pero no la encontrarán en ninguna bolsa de valores, porque difiere mucho en su administración de cualquier negocio que ustedes conozcan. Como no tengo tiempo de explicarles detalladamente cómo opera, permítanme decir simplemente que el objetivo principal de Hermit es lograr el control de América del Sur y América Central, y apoderarse de ellas.

—Eso es imposible —exclamó un hombre alto, de cabello negro y marcado acento francés—. Absolutamente impensable.

—Hacer lo imposible es también un buen negocio —afirmó Kelly.

—Lo que ha sugerido usted no es un negocio, sino un delirio de poder político. Kelly movió la cabeza en un gesto negativo.

—Delirio tal vez, pero poder político con motivaciones egoístas e inhumanas, no —dijo escrutando las caras que veía al otro lado de la chimenea, caras que expresaban incredulidad—. Soy F. James Kelly —añadió con suavidad—. Durante mi vida he acumulado más de dos mil millones de dólares en bienes.

Ninguno de los presentes dudó de su palabra. Cada vez que el Wall Street Journal enumeraba a los cien hombres más ricos del mundo, el nombre de Kelly figuraba siempre entre los primeros.

—Ser rico trae consigo grandes responsabilidades —continuó—. De mí depende el medio de vida de doscientas mil personas. Si mañana yo sufriera una bancarrota financiera, esto causaría una depresión que se sentiría de un extremo a otro de Estados Unidos, además de verse afectados muchos países de todo el mundo que dependen de mis compañías subsidiarias para un elevado porcentaje de sus economías locales. Sin embargo, como pueden confirmar los caballeros aquí presentes, la riqueza no garantiza la inmortalidad. Pocos hombres ricos han sido recordados en los libros de historia.

Kelly hizo una pausa, parecía enfermo. Los hombres que había en la sala sólo se atrevieron a respirar en espera de que continuara.

—Hace dos años empecé a pensar en lo que dejaría al morir. Un imperio financiero disputado por socios y parientes parásitos que se habrían limitado a contar los días hasta mi funeral para poder apoderarse del botín. Créanme, caballeros, era una idea muy lúgubre. Por eso pensé en métodos para distribuir mis bienes de un modo que beneficiara a la humanidad. Pero ¿cómo? Andrew Carnegie construyó bibliotecas. John D. Rockefeller estableció fundaciones en pro de la ciencia y la educación. ¿Qué beneficiaría más a los pueblos del mundo, ya fueran blancos, negros, amarillos, rojos o pardos, cualquiera que fuese su nacionalidad? Si hubiera prestado oído a mis sentimientos humanos, habría sido una decisión fácil ayudar a la cruzada contra el cáncer, la Cruz Roja, el Ejército de Salvación o cualquiera de los mil centros médicos o universidades de todo el

país. Pero ¿era suficiente? Me parecía demasiado fácil. Entonces decidí tomar otro rumbo, uno que dejaría una huella perdurable y favorecería a millones de personas durante cientos de años.

—Por eso planeó utilizar los recursos de que disponía para convertirse en el Mesías de las naciones latinas más pobres —interrumpió Pitt.

Kelly le dedicó una sonrisa tolerante.

—No, está usted muy equivocado, señor...

—Pitt —intervino Rondheim—. May or Dirk Pitt.

Kelly miró a Pitt pensativo.

—Por casualidad, ¿es usted pariente del senador George Pitt?

—Soy su hijo descarriado —admitió Pitt.

Kelly se quedó un momento inmóvil como una estatua de cera. Se volvió hacia Rondheim, pero sólo encontró un rostro pétreo.

—Su padre es un buen amigo mío —dijo Kelly con vaguedad.

—Lo era —contestó Pitt fríamente.

Kelly se esforzó por conservar la compostura. Era evidente que su conciencia lo turbaba profundamente. Vació su copa de coñac, se tomó un segundo para ordenar sus pensamientos y prosiguió.

—Nunca fue mi intención hacer de dios. Al contrario, pensé que el camino que eligiera debía provenir de un medio mucho más científico, menos emocional que la mente humana.

—¡Computadoras! —La palabra brotó de los labios del anciano amigo de Kelly—. Hermit Limited fue el proyecto que incorporaste a la programación de nuestras computadoras, en nuestra división de elaboración de datos, hace casi dos años. Lo recuerdo bien, James. Cerraste todas las instalaciones durante tres meses, diste vacaciones a todos (un despliegue de generosidad que pocas veces has tenido antes o después de eso), y dijiste que arrendabas el uso del equipo al gobierno para un proyecto militar de alto secreto.

—Ya entonces temí que hubieras adivinado mis intenciones, Sam —repuso Kelly; era la primera vez que llamaba por su nombre al anciano caballero—. Pero el análisis de sistemas proporcionaba la única solución eficaz para el problema que me planteaba. No se podía clasificar el concepto como revolucionario. Cada gobierno tiene sus reservas de inteligencia. Los sistemas espaciales ideados para nuestros proyectos de cohetes y viajes a la Luna han sido utilizados para todo, desde el análisis de informes sobre delincuencia hasta la mejora de los procedimientos quirúrgicos. Programar un ordenador para elegir un país o una zona geográfica que estén preparados para una atmósfera utópica controlada y desarrollada, y el método para alcanzar ese objetivo no es tan disparatado como cualquiera de ustedes puede pensar.

—Es pura ciencia-ficción —dijo Pitt.

—En esta época todos tenemos que ver con la ciencia-ficción, ¿verdad? —

repuso Kelly—. Mediten sobre ello, señores. De todas las naciones del mundo, las de Sudamérica son las más vulnerables a la penetración extranjera, principalmente porque hace más de cien años que no se ven ante la invasión de otras naciones. Estaban protegidas por una muralla, una muralla erigida por Estados Unidos y llamada doctrina Monroe.

—El gobierno norteamericano no verá con buenos ojos su ambicioso plan —intervino un hombre alto, de cabello y cejas blancas y ojos solemnes.

—Cuando sus agentes hayan penetrado en la organización Hermit Limited, habremos demostrado nuestras intenciones con sólidos logros —repuso Kelly—. No nos molestarán. De hecho, predigo que nos darán discretamente vía libre y proporcionarán la ayuda que consideren posible darnos sin repercusiones internacionales.

—Interpreto que no piensa actuar solo —dijo Pitt.

—No —fue la concisa respuesta de Kelly—. Una vez convencido de que el programa era sólido y tenía todas las posibilidades de éxito, abordé a Marks, Von Hummel, Boyle y los demás caballeros a quienes ve aquí; todos ellos poseían los medios económicos para hacerlo realidad. Ellos pensaban como yo. El dinero debe ser utilizado para el bien común de todos. ¿Por qué morir dejando sólo una cuantiosa cuenta bancaria o algunas empresas que no tardan en olvidar quién plantó su semilla y las nutrió hasta su madurez financiera? Entonces nos reunimos y formamos Hermit Limited. Cada uno de nosotros es dueño de acciones por partes iguales y su opinión tiene igual peso en la directiva.

—¿Cómo sabe que uno o más de sus socios en el delito no se volverán codiciosos? —preguntó Pitt con tenue sonrisa—. Quizá estafen a uno o dos países en su propio beneficio.

—La computadora eligió bien —replicó Kelly impávido—. Mírenos. Ninguno de nosotros tiene menos de sesenta y cinco años. ¿Qué nos queda? Uno, dos, tal vez, con suerte, diez años. Ninguno tiene hijos. Por consiguiente, tampoco herederos. ¿Qué puede ganar cualquiera de nosotros con una avaricia excesiva? La respuesta es sencilla: nada.

El ruso movió la cabeza en un gesto de incredulidad.

—Su plan es absurdo. Ni siquiera mi gobierno sería capaz de concebir una acción tan drástica y temeraria.

—Ningún gobierno lo haría —dijo Kelly pacientemente—. Pero en eso está la diferencia. Ustedes piensan sólo en términos políticos. En la historia del hombre, las naciones o civilizaciones sólo han desaparecido o han sido derrotadas por una revolución interna o una invasión extranjera. Me propongo escribir un nuevo capítulo y conseguir lo imposible mediante la adhesión de estrictos principios comerciales.

—No creo recordar que el asesinato fuera una asignatura obligatoria en la escuela de administración comercial —dijo Pitt mientras encendía con calma un

cigarrillo.

—Algo desagradable pero necesario para llevar a cabo nuestro plan —replicó Kelly—. Acaso sea más adecuado el término de «eliminación metódica». —Se volvió hacia el ruso—. Deberían hacer que sus agentes de la KGB leyeran Los ismaelíes, camarada Tamarezov. Incluye abundantes detalles sobre los métodos utilizados por una secta persa de fanáticos que impuso el terror en todo el mundo mahometano en el año 1090 de la era cristiana.

La palabra «asesino» es el oscuro legado de esa secta.

—Usted está tan loco como ellos —dijo severamente el francés.

—Si eso cree, es usted muy ingenuo —repuso Kelly con lentitud.

El francés se mostró confuso.

—No entiendo. ¿Cómo puede...?

—¿Cómo podemos, mis socios y yo, apoderarnos de todo un continente? —dijo Kelly—. Es elemental. Un simple problema económico. Empezamos con un país empobrecido, obtenemos el control de sus recursos económicos, eliminamos discretamente a sus líderes clave y lo compramos.

—Te pones lírico, James —intervino el anciano—. Tendrás que esmerarte más.

—Hay genio en la sencillez, Sam. Piensa, por ejemplo, en Bolivia. Un país cuyo pueblo casi se muere de hambre. En muchos casos, los ingresos por familia no sobrepasan los veinte dólares anuales. Toda su economía se basa en las minas de cobre de Peroza. Quien logre controlar esas minas dominará el país.

—Imagino que el ejército boliviano tendrá algo que decir respecto a una maniobra extranjera de esas características —sugirió Pitt mientras llenaba de coñac un vaso hasta el borde.

—Tiene mucha razón, mayor Pitt —dijo Kelly con una sonrisa. Luego agregó con vivacidad—: Pero a los ejércitos hay que pagarles. Todos tienen su precio, en especial los generales. Si se niegan a dejarse sobornar, se trata simplemente de eliminarlos. Otro principio comercial. Para construir una organización eficiente, los inútiles deben ser descartados y reemplazados por personas fieles y abnegadas. —Se interrumpió un momento, que aprovechó para mesarse la barba—. Una vez que Hermit Limited asuma la administración del gobierno, el ejército será gradualmente disuelto. Y ¿por qué no? Es sólo una carga para la economía. También se podría comparar un ejército con una compañía que produce pérdidas. La solución obvia es cerrar sus puertas y anotarlos como una pérdida impositiva.

—¿Has olvidado al pueblo, James? —volvió a intervenir Sam—. ¿Esperas realmente que se queden quietos mientras tú pones su país patas arriba?

—Como cualquier empresa próspera, tenemos una sección de publicidad y marketing. Tal como sucede con un nuevo producto que se quiere introducir en el mercado, ya tenemos elaborada una campaña publicitaria. La gente sólo sabe lo

que ve y oye en los medios de comunicación a los que tienen acceso. Una de nuestras primeras medidas fue comprar, a nombre de un ciudadano local, por supuesto, todos los diarios y centros de televisión y radio que había disponibles.

—¿Quiere decir que en su paraíso terrenal no habría libertad de prensa?

—La libertad de prensa es tan sólo una forma de indulgencia —respondió Kelly con impaciencia—. Mire para qué le ha servido a Estados Unidos. Los diarios publican cualquier cosa, mientras sea sucia, escandalosa, sensacionalista; publican lo que sea para vender más diarios, para obtener más publicidad. La supuesta prensa libre en Norteamérica ha despojado a una gran nación de toda su fortaleza moral y ha dejado un montón de basura amontonada en la mente del pueblo.

—Admito que la prensa norteamericana no es perfecta —dijo Pitt—. Pero al menos intenta llegar a la verdad y denunciar a los autócratas como usted.

Pitt se apresuró a guardar silencio. Estaba sorprendido por su discurso. Había estado a punto de desvirtuar el personaje que representaba. Ahora sabía que si quedaba una remota esperanza de escapar, ésta residía en que siguiera fingiendo ser un afeminado.

—Dios me valga, no quise alterarme —dijo finalmente.

Cañudo, desconcertado, Kelly volvió a mirar a Rondheim, que a modo de respuesta se encogió de hombros expresando su disgusto.

El anciano Sam rompió el silencio.

—Una vez que compren un país, James, ¿cómo piensan apoderarse de los demás? Ni siquiera tú y tus socios, como los llamas, tienen el capital necesario para obtener el control financiero de todo el continente en una sola operación.

—Es cierto, Sam; tampoco nuestros recursos son ilimitados. Pero podemos convertir Bolivia, por ejemplo, en una sociedad organizada y fructífera. Procura imaginarla sin corrupción en el plano administrativo, sin ejército (tan sólo quedaría una fuerza simbólica), con la agricultura y la industria orientadas para proporcionar una vida mejor al pueblo, los consumidores. —La voz de Kelly empezó a elevarse en intensidad—. Una vez más, principios comerciales: invertir hasta el último centavo en expandirse. Nada se conserva como ganancia. Entonces, cuando Bolivia se haya establecido como prototipo de una sociedad ideal, envidia de todos los pueblos del continente, anexaremos uno por uno a los países vecinos.

—Los pobres y hambrientos aguardando anhelantes para ser arrastrados al paraíso —dijo despectivamente el francés—. ¿De eso se trata?

—Cree exagerar —respondió Kelly con indiferencia—, pero se acerca más a la verdad de lo que piensa. Sí; los pobres y los hambrientos estarán ansiosos por formar parte de un sistema que les garantice un nivel de vida inmensamente más alto.

—La teoría de las fichas del dominó inspirada en nobles pensamientos —

agregó Pitt.

Kelly asintió con un movimiento de cabeza.

—Usted lo ha dicho, nobles pensamientos. ¿Por qué no? La civilización occidental tiene una constante historia de renacimientos engendrados por nobles pensamientos. Nosotros, los hombres de negocios, tal vez la fuerza mayor y más poderosa de los últimos doscientos años, tenemos ahora una valiosa oportunidad de determinar si habrá otro brillante renacimiento, o si una civilización sumida en la miseria permanecerá en ella y desaparecerá para siempre. Admito que soy tradicionalista. Sostengo varias doctrinas que han sido burlonamente rechazadas por las mejores mentes académicas de elevada erudición. Abrigo la idea de que la organización es preferible a la confusión. Prefiero la ganancia a la pérdida, los recursos vigorosos a la mansa persuasión para alcanzar un objetivo. Y tengo la plena certeza de que las sólidas reglas comerciales son más valiosas que las ideologías políticas.

—Su ambicioso designio tiene una falla —comentó Pitt mientras se servía más coñac; una debilidad que fácilmente podría estropearlo todo.

Kelly miró pensativo a Pitt.

—¿Su cerebro contra las técnicas más avanzadas de la ciencia de las computadoras? Vamos, mayor. Hemos dedicado meses a programar cada posibilidad, cada anomalía. Está usted burlándose.

—¿Ah, sí? —Antes de continuar Pitt bebió el coñac como si fuera agua—: ¿Cómo explica a Rondheim y a la señorita Fyrie? No llenan los requisitos de edad para participar en la dirección de Hermit Limited. A Rondheim le faltan veinte años. Y la señorita Fyrie... pues, ni siquiera se acerca.

—El hermano de la señorita Fyrie, Kristjan, era un idealista como yo, un hombre que buscaba un modo de elevar a la gente del lodo de la pobreza y la desdicha. Sus actos de generosidad en África y en otras partes del mundo donde efectuaba sus negocios, nos condujeron a hacer una excepción. A diferencia de casi todos los hombres de negocios empecinados, utilizaba su riqueza para el bien común. Cuando perdió trágicamente la vida, nosotros, el cuerpo directivo de Hermit Limited —continuó mientras hacía una reverencia para los que estaban sentados alrededor de él—, votamos a favor de que la señorita Fyrie ocupara el lugar de su hermano.

—¿Y Rondheim?

—Una circunstancia afortunada en la que teníamos esperanzas, pero con la que no contábamos. Aunque sus vastas instalaciones pesqueras representaban una tentadora adquisición, útil para desarrollar la industria pesquera de Sudamérica, fueron sus talentos ocultos y sus buenas conexiones los que nos decidieron a su favor.

—¿Como supervisor de su sección de eliminaciones? —sugirió Pitt en tono sombrío—. ¿Como jefe de su secta privada de ismaelíes?

Los hombres que rodeaban a Kelly se miraron los unos a los otros, luego miraron a Pitt. Todos guardaban silencio, y no podían disimular su curiosidad. Von Hummel se enjugó la frente por quincuagésima vez, y sir Eric Marks se llevó una mano a los labios e hizo una seña a Kelly con la cabeza, un movimiento que no pasó inadvertido. Balanceando en actitud cómica la faja que le ceñía la cintura, Pitt se acercó a la mesa y se sirvió otro vaso de coñac Rouche, un último trago de despedida, pues sabía que Kelly nunca le permitiría salir por la puerta principal.

—¿Es una suposición? —preguntó Kelly.

—Nada de eso —dijo Pitt—. Cuando la vida de uno ha sido objeto de tres atentados, se llega a saber con certeza ciertas cosas.

—¡El hidroavión! —exclamó bruscamente Rondheim—. ¿Sabe qué le pasó?

Pitt se sentó y sorbió el coñac. Ya que tenía que morir, al menos lo haría con la satisfacción de haber ocupado el escenario al final.

—Fue una terrible torpeza por su parte, mi estimado Oskar, o tal vez del difunto capitán de su nave perdida.

Debería haber visto su expresión poco antes de que mi cóctel Molotov lo alcanzara.

—¡Condenado marica! —exclamó Rondheim con voz temblorosa—. ¡Afeminado mentiroso!

—Los insultos no me hieren, mi estimado Oskar —contestó descuidadamente Pitt—. Piense lo que quiera. Una cosa es segura: debido a su negligencia, nunca volverá a ver su hidroplano ni a la tripulación de éste.

—¿No ven lo que intenta hacer? —dijo Rondheim, mientras daba un paso hacia Pitt—. Intenta enfrentarnos.

—¡Basta ya! —intervino Kelly con tono frío y mirada imperiosa—. Por favor, continúe, mayor.

—Es usted muy amable. —Pitt bebió su coñac y se sirvió otro, ya que pensó que iría bien para menguar el dolor inminente—. El pobre Oskar falló también en el segundo intento. No hace falta que entre en lamentables detalles, pero sin duda sabrán ustedes que en este momento dos de sus imbéciles secuaces están hablando como cotorras con agentes del servicio de inteligencia.

—¡Maldición! —exclamó Kelly al tiempo que se volvía hacia Rondheim—. ¿Es verdad eso?

—Mis hombres nunca nos delatarán —contestó Rondheim mirando furioso a Pitt—. Saben lo que les pasará a sus familias si lo hacen. Además, no pueden decir nada.

—Ojalá esté usted en lo cierto —dijo Kelly lentamente. Luego se acercó a Pitt y lo miró con más inquietud que hostilidad—. Este juego ya ha durado demasiado, mayor.

—Qué lástima. Empezaba a entusiasmarme, estaba por llegar a lo más

interesante.

—No es necesario.

—Tampoco era necesario matar al doctor Hunnewell —continuó Pitt. Su voz era extrañamente tranquila—. Una terrible equivocación, un triste error de cálculo. Sobre todo porque el buen doctor era un miembro clave de Hermit Limited.

Por unos segundos, en los que reinó el asombro y la incredulidad, Pitt dejó que los demás absorbieran sus palabras, mientras él, sentado descuidadamente en un sillón, con un cigarrillo en una mano y un vaso en la otra, parecía el vivo retrato del aburrimiento y la tranquilidad. No ocurría lo mismo con Rondheim y los demás miembros de la Hermit Limited. A juzgar por sus expresiones de perplejidad, parecía que cada uno de ellos, al volver a su casa, hubiera encontrado a su esposa acostada con otro hombre. Kelly tenía los ojos muy abiertos y su respiración pareció detenerse. Después, lentamente, comenzó a recobrar el dominio de sí mismo: sereno, tranquilo, un veterano hombre de negocios, sólo habló cuando en su mente se formaron las palabras adecuadas.

—Debe haber saltado algún dispositivo de sus ordenadores. El almirante Sandecker y yo descubrimos desde el principio al doctor Hunnewell —mintió Pitt, pues sabía que Rondheim y Kelly no tenían modo de probar lo contrario—. A ustedes no les interesará cómo ni por qué...

—Se equivoca, mayor —dijo Kelly con impaciencia—. Nos interesa mucho. Pitt tomó aliento y se lanzó al vacío:

—A decir verdad, obtuvimos nuestra primera información cuando el doctor Len Matajic fue rescatado.

—¡No! Eso es imposible —exclamó Rondheim con voz ahogada.

Pitt agradeció en silencio a Sandecker su descabellado plan de resucitar los fantasmas de Matajic y O'Riley. Ello le servía en ese momento para ganar tiempo.

—Levante el teléfono y pida a la operadora de larga distancia que le dé comunicación con la habitación 409 del Hospital General Walter Redd, en Washington. Sugiero que pida una llamada de persona a persona, así la obtendrá más pronto.

—Eso no será necesario —dijo Kelly—. No tengo motivos para dudar de su palabra.

—Como guste —contestó Pitt con indiferencia. Tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la seriedad ante el éxito de su bravuconada—. Como decía, cuando fue rescatado, el doctor Matajic describió el Lax y a su tripulación con detalle. Ni por un minuto lo engañaron los cambios en la superestructura. Pero

ustedes, claro está, saben todo esto, ya que sus agentes interceptaron el mensaje que Matajic envió al almirante Sandecker.

—¿Y después?

—¿No se dan cuenta? Lo demás fue simple deducción. Gracias a la descripción hecha por Matajic, no costó mucho rastrear el paradero del barco desde el momento en que desapareció con Kristjan Fyrie hasta que amarró en el iceberg donde Matajic tenía instalado su centro de investigaciones científicas. — Pitt sonrió—. Gracias a los poderes de observación del doctor Matajic (la piel tostada de los tripulantes no coincidía con una excursión pesquera por las aguas del Atlántico Norte), el almirante Sandecker pudo deducir la ruta seguida por el Lax a lo largo de la costa sudamericana. Entonces sospechó del doctor Hunnewell. Muy listo el almirante, por cierto.

—Siga, siga —lo apremió Kelly.

—Bueno, es obvio que el Lax había estado utilizando la sonda submarina para encontrar nuevos yacimientos de mineral. Y lo es también que, muertos Fyrie y sus técnicos, el doctor Hunnewell, coinventor de la sonda, era la única persona viva que sabía cómo manejarla.

—Está usted muy bien informado —dijo irónicamente Kelly—. Pero eso difícilmente constituye una prueba.

Pitt se hallaba en terreno peligroso. Hasta entonces había podido eludir el mencionar la infiltración de la Agencia Nacional de Contraespionaje en Hermit Limited. Y aún no había podido sonsacar a Kelly información adicional alguna. « Es hora de decir la verdad », se dijo burlescamente.

—¿Quiere pruebas? Bueno, ¿aceptará usted las palabras de un moribundo? Es un testimonio directo. El hombre a quien me refiero es el doctor Hunnewell en persona.

—No lo creo.

—Sus últimas palabras, antes de morir en mis brazos, fueron: « Dios te proteja ».

—¿De qué está hablando? —vociferó Rondheim—. ¿Qué se propone?

—Quería darle las gracias por ayudarme, Oskar —dijo fríamente Pitt—. Hunnewell sabía quién era su asesino, quién era el hombre que ordenó su muerte. Intentó citar la Rima del viejo marinero donde se explica todo, ¿verdad? Usted mismo la citó: « ¿Por qué me miras así? Con mi ballesta maté al Albatros ». Su marca de fábrica, Oskar, el albatros rojo. A eso se refería Hunnewell. « Pues todos afirmaron que yo había matado el ave que hacía soplar la brisa ». Usted mató al hombre que lo ayudó a sondear el fondo del mar. —Reconfortado por el calor del coñac que le recorría el cuerpo, Pitt se sentía arrogante—. No puedo igualar su memoria para recitar poemas al pie de la letra, pero si la mía no me falla, el Viejo Marinero y su nave de fantasmas se encontraron con un ermitaño casi al final; otra coincidencia. Sí, el poema cuenta todo lo sucedido. Hunnewell

señaló al asesino con su aliento postrero, y usted, Oskar, se declaró culpable sin saberlo.

—Lanzó su flecha en la dirección correcta, mayor —comentó Kelly mientras contemplaba ociosamente el humo de su cigarro—. Pero se equivocó de blanco. Yo ordené que mataran al doctor Hunnewell; Oskar se limitó a cumplir mi orden.

—¿Con qué fin?

—El doctor Hunnewell estaba empezando a tener sus dudas respecto de los métodos de Hermit Limited; ideas bastante anticuadas como no matarás, etcétera. Amenazó con denunciarnos si no clausurábamos la sección de las eliminaciones. Una condición que era imposible aceptar, si queríamos tener alguna posibilidad de alcanzar el éxito. Por consiguiente, hubo que expulsar de la firma al doctor Hunnewell.

—Otro principio comercial, por supuesto.

—Así es —dijo Kelly sonriendo.

—Y a mí había que quitarme de en medio por ser un testigo —dijo Pitt como si respondiera a una pregunta; Kelly se limitó a asentir con la cabeza—. Pero ¿y la sonda submarina? Muertos Hunnewell y Fyrie, las gallinas que pusieron los huevos de oro, ¿qué otro hombre puede construir otro modelo?

—Nadie —respondió Kelly con suavidad. En sus ojos había reaparecido una expresión confiada—. Pero tampoco hace falta, porque nuestros ordenadores ya han sido programados con la información necesaria. Con un análisis adecuado de los datos, dentro de noventa días tendremos un modelo de la sonda en funcionamiento.

Por un instante Pitt permaneció en silencio, ya que la inesperada revelación lo había tomado por sorpresa. Luego se repuso rápidamente de su asombro provocado por la afirmación de Kelly. El coñac estaba empezando a hacer su efecto, pero su mente seguía funcionando como un generador.

—En tal caso, Hunnewell ya no cumplía ninguna función útil para ustedes. Sus cerebros electrónicos descubrieron el secreto para producir celtinio 279.

—Lo felicito, mayor Pitt. Posee usted una penetrante sagacidad —dijo Kelly. Luego consultó su reloj con impaciencia e hizo una señal a Rondheim. Finalmente se volvió hacia el grupo de hombres y dijo—: Lo siento, caballeros, pero me temo que ha llegado la hora. La fiesta ha terminado.

—¿Qué te propones hacer con nosotros, James? —preguntó Sam con la mirada clavada en los ojos de Kelly. Este se apartó para eludir la mirada—. Es obvio que nos has contado tus secretos para satisfacer nuestra curiosidad, pero también es obvio que no nos permitirás salir de esta casa llevándonos esos secretos.

—Es cierto —admitió Kelly mirando a los que estaban del otro lado de la chimenea—. No podemos permitir que ninguno de ustedes cuente lo que oyó

aquí esta noche.

—Pero ¿por qué? —inquirió filosóficamente Sam—. ¿Por qué has querido revelarnos tus operaciones clandestinas y sellar así nuestra condena a muerte?

Kelly se frotó los ojos con aire fatigado, al tiempo que se reclinaba en un gran sillón de cuero.

—El momento de la verdad, el desenlace —dijo escrutando con tristeza los rostros que veía al otro extremo de la habitación. Eran rostros pálidos de angustia e incredulidad—. Ahora son las once de la noche. Dentro de exactamente cuarenta y dos horas y diez minutos, Hermit Limited iniciará sus actividades. Veinticuatro horas más tarde estaremos dirigiendo los negocios de nuestro primer cliente, o país, si así lo prefieren ustedes. Para que este histórico suceso pase lo más inadvertido posible, necesitamos llevar a cabo una maniobra de distracción. Un desastre que atraiga a los medios de comunicación y ocasione la preocupación lógica de los líderes de los gobiernos mundiales, mientras nuestro plan es ejecutado sin que prácticamente nadie lo advierta.

—Y nosotros somos parte importante de esa maniobra de distracción —dijo el hombre alto y canoso de ojos solemnes.

—Sí —dijo Kelly tras sostener una larga y silenciosa mirada con su interlocutor.

—Las víctimas inocentes de un desastre ideado por ordenadores para lograr los titulares periodísticos necesarios. ¡Dios mío, es increíble!

—Sí —repitió Kelly—, pero necesario. Ustedes son hombres importantes en sus países. Representan al gobierno, la industria y la ciencia de cinco naciones distintas. La pérdida conjunta de sus vidas será considerada una tragedia de alcance mundial.

—Esto debe ser alguna broma demente —exclamó Tamareztov—. No pueden matar a tiros a dos docenas de hombres y a sus esposas como si fueran animales.

—Sus esposas serán devueltas a sus casas sanas y salvas, y sin saber nada —replicó Kelly mientras dejaba su copa sobre la repisa de la chimenea—. No tenemos intenciones de disparar contra nadie. Nos proponemos confiar en que la madre naturaleza cumpla su tarea, con una pequeña ayuda, por supuesto. Después de todo, un fusilamiento puede ser descubierto; un accidente sólo se puede lamentar.

Rondheim hizo señas a los hombres uniformados de negro para que se acercaran.

—Por favor, señores, súbanse una manga.

Como obedeciendo a una señal, Kirsti salió de la habitación y regresó poco después con una bandejita cargada de frascos y jeringas hipodérmicas. Dejó la bandeja y comenzó a llenar las jeringas.

—No permitiré que nadie me clave una aguja en el brazo —dijo uno de los

hombres del grupo de Pitt—. Mátenme de un tiro y terminen de una vez.

Se le pusieron los ojos vidriosos cuando un guardia le propinó un golpe detrás de la oreja con la culata de su rifle, y se desplomó en el suelo.

—Basta de discusiones —dijo Rondheim frunciendo el entrecejo. Luego se volvió hacia Pitt—. Mayor, pase a la habitación contigua. Me ocuparé de usted personalmente.

Y con el arma que había quitado a Kirsti señaló una puerta.

Seguido por dos de sus guardias, Rondheim condujo a Pitt por un ancho pasillo, bajaron por un tramo circular de escalera hasta llegar a otro pasillo, luego, con un violento empujón, lo obligaron a traspasar la segunda de una serie de puertas que flanqueaba el segundo corredor. Pitt fingió tambalearse torpemente, cayó al suelo y desde allí examinó la habitación.

Era una sala enorme pintada de blanco. En el suelo había un gran colchón rodeado por diversos aparatos de gimnasia iluminados por varios artefactos luminosos fluorescentes. La sala era un gimnasio, mejor y más costosamente equipado que cualquier otro que hubiera visto Pitt. Las paredes estaban decoradas con unos cincuenta carteles que ilustraban los muchos movimientos del kárate. Pitt admitió en silencio que era una sala de entrenamiento bien concebida y equipada.

Rondheim entregó la pequeña pistola automática a uno de los guardias y dijo secamente:

—Tengo que abandonarlo un momento, mayor. Por favor, póngase cómodo hasta que regrese. Tal vez quiera hacer un poco de ejercicio. Permítame que le sugiera las barras paralelas.

Dicho esto, rió sonoramente y salió de la habitación.

Pitt se quedó en el suelo, donde estaba, y observó a los dos guardias. Uno era un gigante con un rostro frío y una dura mirada. El cabello oscuro que circundaba su cabeza, prematuramente calva, le daba el aspecto de un monje, una ilusión rota por el rifle semiautomático que sostenía en sus manos peludas. Devolvió a Pitt la mirada con ojos que lo desafiaban a escapar, una posibilidad que el segundo guardia hacía imposible. Este último, de pie, llenaba el marco de la puerta, sus hombros casi lo rozaban. A no ser por su gran cara roja y sus espesos bigotes, podría haber sido miembro de un ejército de simios. Empuñaba el rifle con una mano que le llegaba casi hasta la rodilla.

Pasaron cinco minutos, durante los cuales Pitt planeó cuidadosamente su jugada siguiente, sin que las miradas de los guardias se apartaran de él. Por fin, súbitamente, se abrió la puerta del otro lado del gimnasio y entró Rondheim. En lugar del esmoquin llevaba el uniforme blanco de un discípulo de kárate, ropa que, según sabía Pitt, se llamaba gi. Por un momento Rondheim permaneció inmóvil, luciendo una sonrisa segura y confiada. Después cruzó silenciosamente la habitación hasta el grueso colchón que estaba frente a Pitt. Rondheim iba

descalzo.

—Dígame, mayor, ¿sabe usted kárate o kung-fu?

Pitt contempló, intranquilo, el angosto cinturón negro que ceñía la cintura de Rondheim, y rogó fervorosamente que la calidez del coñac aliviara la paliza que sin duda se avecinaba. Se limitó a mover la cabeza en un gesto negativo.

—¿Y judo, quizá?

—No; aborrezco la violencia física —dijo Pitt.

—Lástima. Esperaba tener un contrincante más digno de mí. Pero es como sospechaba. —Tocó perezosamente los rasgos japoneses bordados en su cinturón —. Tengo mis dudas acerca de su masculinidad, aunque Kirsti piensa que es usted más viril de lo que aparenta. Pronto lo sabremos.

Ocultando con esfuerzo su odio, Pitt simuló temblar de miedo.

—¡Déjeme tranquilo, déjeme tranquilo! —exclamó con voz aguda—. ¿Por qué quiere hacerme daño? Yo no le he hecho nada. —En su rostro contorsionado, su boca se agitaba espasmódicamente—. Mentí al decir que había hecho volar su barco. Nunca lo vi entre la niebla, lo juro. Debe creerme.

Los dos guardias intercambiaron miradas de repugnancia, pero la cara de Rondheim iba más allá de la simple repulsión; parecía presa de náuseas.

—¡Basta! —gritó en tono de mando—. Deje ya de desvariar. Ni por un momento creí que hubiera tenido valor para atacar y destruir mi barco y a su tripulación.

Pitt miró desesperado alrededor, con una mirada de terror ciego y estúpido en los ojos que parecía pintada en ellos.

—No tiene motivos para matarme. No diré nada a nadie. ¡Por favor! Puede confiar en mí. —Y comenzó a avanzar hacia Rondheim con las manos tendidas, implorando.

—¡Quédese donde está!

Pitt se inmovilizó. Su representación, tal como había planeado, daba resultados. Debía esperar a que Rondheim se cansara con rapidez de una víctima que no ofrecía resistencia alguna.

—Mayor de la fuerza aérea de Estados Unidos —dijo Rondheim con una mueca—. Apuesto a que no es otra cosa que un homosexual sin carácter que usó la influencia de su padre para obtener su graduación militar. Usted es una alimaña que vive de sus excrementos. Pronto sabrá lo que es sentir dolor infligido por las manos y pies de otro hombre. Lástima que no gozará de tiempo para rememorar su más dolorosa lección del arte de la autodefensa, y para pensar en ella.

Pitt permaneció donde estaba como un alce paralizado por el pánico y a punto de ser derribado por los sabuesos. Estaba inmóvil, mascullando palabras incoherentes, mientras Rondheim avanzaba hasta el centro del colchón y adoptaba una de las muchas posiciones iniciales del kárate.

—No, aguarde...

Pitt ahogó las palabras en su garganta, echó la cabeza hacia atrás y giró hacia un lado en un solo movimiento convulsivo. Había captado en los ojos de Rondheim el leve cambio, el inicio de la fulminante embestida, antes de que el islandés atacara con un puñetazo que conectó en el pómulo de Pitt, un golpe que le habría causado mucho más daño que una magullada hinchazón si no se hubiera bamboleado con el impacto. Trastabilló dos pasos y se quedó como atontado, oscilando aturdido de un lado a otro, mientras Rondheim avanzaba lentamente con la sombra de una sonrisa sádica en sus labios.

Pitt había cometido un error al esquivar el golpe, pues con ello habían quedado en evidencia sus reflejos. Tuvo que esforzarse por mantener su mente concentrada en las reglas del juego. No era fácil. A nadie le gusta quedarse quieto mientras lo muelen a golpes. Rechinó los dientes y esperó con el cuerpo flácido para soportar el siguiente ataque de Rondheim. La espera no fue muy larga.

Rondheim le lanzó un puntapié a la cabeza que le dio de lleno en la cara. El impacto lo arrojó fuera del colchón contra una hilera de barras horizontales de ejercicio empotradas en la pared. Pitt quedó tendido en el suelo en silencio, saboreando la sangre de sus labios aplastados y sintiendo un dolor agudo en los dientes.

—Vamos, vamos, mayor. —Rondheim hablaba con voz tranquilizadora y burlona—. Póngase de pie. La lección acaba de empezar.

Pitt se incorporó vacilante y volvió al colchón como si estuviera ebrio. El deseo de devolver los golpes a Rondheim era demasiado fuerte, pero sabía que debía seguir representando su papel si quería salvarse.

Sin perder tiempo, Rondheim reanudó su ataque. Una veloz sucesión de golpes demoledores a la cabeza, que parecían no terminar nunca, seguidos por un puntapié de frente a la zona descubierta de las costillas. Pitt sintió cómo se rompía una de sus costillas. Como en cámara lenta, cayó de rodillas y se desplomó de bruces. La sangre y el vómito le llenaban la boca y fluían sobre el colchón en un charco que se extendía. No le hacía falta un espejo para saber que era objeto de un castigo espantoso: tenía la cara deformada, los ojos semicerrados, los labios tan hinchados que parecían masa púrpura de carne desgarrada, una fosa nasal partida.

La oleada de dolor que sentía en el pecho y en el rostro destrozado lo arrastraba hasta el borde de las tinieblas. Sin embargo, le sorprendió comprobar que su mente funcionaba con normalidad todavía. En lugar de permitir que el indoloro olvido al que conducía la inconsciencia lo envolviera, se obligó a simular un desmayo, al tiempo que apretaba los dientes para contener un gemido que lo habría delatado.

Rondheim se enfureció.

—Todavía no he terminado con este marica baboso. Despiértalo —ordenó a uno de los guardias con un ademán.

El calvo se dirigió hacia un cuarto de baño cercano, empapó una toalla y sin mucha suavidad limpió de sangre la cara de Pitt. Luego le pasó la toalla enrojecida por el cuello. Como Pitt no reaccionaba, el guardia lo dejó un momento y regresó a su lado con un frasquito de sales aromáticas.

Pitt tosió una, dos veces, luego escupió sangre sobre la bota del guardia, disfrutando de una sombría satisfacción porque lo había hecho de forma premeditada. Se volvió de lado y miró a Rondheim, que se cernía sobre él.

—Parece tener dificultades para mantenerse despierto en clase, mayor —dijo con una suave sonrisa—. Tal vez se está aburriendo. —Su voz se heló súbitamente—. ¡Póngase de pie! Su... curso de instrucción todavía no ha terminado.

—¿Curso? ¿Instrucción? —Las palabras de Pitt brotaron confusas, semiinteligibles, de sus labios hinchados y partidos—. No le entiendo.

Rondheim contestó levantando el pie y hundiendo el talón en la ingle de Pitt, que lanzó un gemido y se estremeció de pies a cabeza, desgarrado por el torturante dolor.

Rondheim le escupió encima.

—¡He dicho de pie!

—No... no puedo.

Entonces Rondheim se inclinó y asestó a Pitt un golpe en la nuca. Esta vez no hubo forma de resistirse, ni de fingir: Pitt se desvaneció de veras.

—¡Háganlo reaccionar de nuevo! —aulló Rondheim como un demente—. Quiero tenerlo de pie.

Los guardias lo miraron atónitos, sin entender; hasta ellos empezaban a cansarse del sangriento juego de Rondheim. Pero no les quedaba más alternativa que tratar de despertar a Pitt como dos entrenadores con un boxeador atontado. Finalmente dio signos remotos de estar consciente. No hacía falta un médico para determinar que Pitt jamás habría podido mantenerse en pie sin ayuda. De modo que los guardias lo sostuvieron por los brazos, pues el cuerpo de Pitt oscilaba como el peso muerto de una bolsa mojada de cemento Portland.

Rondheim aporreó su cuerpo castigado e indefenso hasta que el gi quedó empapado de sudor y manchado de sangre.

En esos momentos de tortura, entre la luz y las tinieblas, Pitt se volvió insensible a toda emoción, había desaparecido todo atisbo de inteligencia; hasta el dolor se extinguía en un gran latido apagado. « Gracias al coñac », pensó. De no haber sido por los efectos adormecedores del alcohol, jamás habría podido sobrevivir hasta ese momento, jamás habría podido aguantar tal brutalidad de manos de Rondheim sin reaccionar. Ya no lo necesitaba. Sus recursos físicos estaban casi agotados, había perdido el dominio de su mente y el contacto con la

realidad, y lo más terrible era que nada podía hacer para evitarlo.

Rondheim lanzó un puntapié especialmente maligno y certero al estómago de Pitt. Cuando la luz se extinguió en los ojos de Pitt por sexta vez, y los guardias lo soltaron, dejando que su cuerpo flácido cayera sobre el colchón, la sádica avidez se disipó lentamente del rostro de Rondheim. Clavó una mirada vacía en sus nudillos ensangrentados e hinchados, mientras jadeaba agitadamente a causa del esfuerzo. Se dejó caer de rodillas y asió a Pitt por el cabello para mover la cabeza de modo que el cuello quedara al descubierto. Entonces levantó la mano derecha abierta y se preparó para asestar el golpe final, el *coup de grâce*, un mortífero golpe de judo que lanzaría la cabeza de Pitt hacia atrás y le rompería el cuello.

—¡No!

Con la mano en alto, Rondheim vaciló y se volvió lentamente. Kirsti Fyrie estaba en la puerta con una expresión de miedo y horror en la cara.

—No —repetió—; ¡por favor, no! ¡No hagas eso!

Rondheim mantuvo la mano en alto.

—¿Qué significa este hombre para ti?

—Nada, pero es un ser humano y merece otra suerte. Eres cruel y despiadado, Oskar. No son cualidades impropias de un hombre, pero deben ser atemperadas por el valor. Castigar a un hombre indefenso y medio muerto, es tan infame como torturar a un niño desvalido. En eso no hay valor. Me desilusionas.

Rondheim bajó lentamente la mano. Se incorporó tambaleándose por el cansancio, y con paso vacilante llegó frente a Kirsti. Le arrancó las ropas de la parte superior del cuerpo y le golpeó violentamente los senos.

—¡Puta! —jadeó—. Te advertí que no te entrometieras en mi trabajo. No tienes derecho a criticarme, ni a mí ni a nadie. Para ti es fácil quedarse sentada mirando cómo yo hago el trabajo sucio.

Ella levantó una mano para golpearlo. Su bello rostro se había deformado por el odio y el furor. Rondheim le aferró la muñeca y se la retorció hasta que ella lanzó un grito.

—La diferencia básica entre un hombre y una mujer, paloma mía, es la fuerza física —dijo burlándose de su impotencia—. Pareces haberlo olvidado. —Y con un brutal empujón la echó del gimnasio. Luego se volvió hacia los guardias y dijo—: Arrojen a ese invertido con los demás. Si tiene suerte y abre los ojos una vez más, podrá tener la satisfacción de saber que murió entre amigos.

En el fondo del negro abismo de la inconsciencia, Pitt empezó a ver luz. Era vaga, tenue como la luz de una linterna cuyas pilas se estuvieran acabando. Se esforzó por alcanzarla. Desesperadamente se estiró varias veces para intentar tocar el amarillo resplandor que, lo sabía, era su ventana hacia el mundo consciente, fuera de su mente. Pero cada vez que creía alcanzarla, se alejaba más, y él se sumía en el vacío de la nada. « Muerto —pensó vagamente—, estoy muerto» .

Entonces advirtió otra fuerza, una sensación que no debía haber estado presente. Llegaba atravesando el vacío, haciéndose más fuerte, más intensa con cada momento que pasaba. Entonces la identificó y supo que aún estaba entre los vivos. Era dolor, un glorioso dolor torturante, que lo invadía como una ola aplastante y demoleadora y le obligaba a gritar.

—¡Oh, Dios mío, gracias! ¡Gracias por revivirlo! —La voz sonaba como a kilómetros de distancia. Pitt trató de despertar y volvió a oírla—. ¡Dirk! ¡Soy Tidi!

Hubo un segundo de silencio. Pitt cobró mayor conciencia de la luz, cada vez más brillante, y del olor a aire fresco. Sintió cómo un suave brazo acunaba tiernamente su cabeza. Su visión era borrosa y deformada; vagamente podía distinguir una forma inclinada sobre él. Procuró hablar, pero sólo logró gemir, mascullar unas cuantas palabras incoherentes y mirar fijamente la figura en sombras que estaba a su lado.

—Parece que nuestro mayor Pitt está por renacer.

Pitt apenas pudo distinguir las palabras. Tuvo la certeza de que no era la voz de Tidi; el tono era demasiado grave, demasiado masculino.

—Lo han golpeado despiadadamente —continuó la voz sin identificar—. Habría sido mejor que muriera sin recobrar el sentido. A juzgar por las perspectivas, ninguno de nosotros vivirá más de...

—Reaccionará —se oyó de nuevo a Tidi—. Tiene que hacerlo... Tiene que hacerlo, y basta. Dirkes nuestra única esperanza.

—¿Esperanza? ¿Esperanza? —susurró Pitt—. Hace tiempo salí con una muchacha llamada Esperanza.

Sentía el torturante dolor del costado como si fuera un hierro calentado al rojo vivo que lo traspasara, pero, cosa extraña, en la cara no sentía nada: tenía la

carne entumecida. Entonces supo por qué, supo por qué veía sólo sombras. Recobró la visión, o al menos un treinta por ciento de ella, cuando Tidi le quitó de la cara un trozo de tela mojada. La joven había destrozado para ello su ropa interior. A Pitt no le dolían las heridas de la cara porque Tidi había estado mojado constantemente los cortes y magulladuras con el agua helada que había en un charco cercano para aliviar la intensa hinchazón. El mero hecho de que Pitt pudiera ver algo por las diminutas aberturas de sus abotagados ojos era una prueba del éxito de los esfuerzos de Tidi.

Pitt se esforzó por ver con claridad. El rostro de Tidi enmarcado por su largo cabello castaño estaba pálido y reflejaba su ansiedad. Entonces oyó la otra voz, que ya no le pareció desconocida.

—¿Anotó el número de matrícula del camión, mayor? ¿O ha sido una máquina la que ha triturado su horrible perfil?

Al volver la cabeza, Pitt se encontró con el rostro de Jerome P. Lillie, que sonreía, aunque con los músculos faciales tensos.

—¿Me creará si le digo que fue un gigante con músculos como troncos?

—Supongo —dijo Lillie en tono expectante— que sus próximas palabras serán: « Si cree que tengo mal aspecto, debería ver cómo quedó el otro» .

—Siento desilusionarle, porque ni siquiera le puse un dedo encima.

—¿No se defendió?

—No, no lo hice.

—¿Se quedó sin hacer nada mientras recibía una terrible paliza? —preguntó Lillie totalmente asombrado.

—¡Oh!, ¿por qué no se callan los dos? —intervino Tidi, que se reía irritada e inquieta—. Para que alguno de nosotros sobreviva, debemos poner a Dirk de pie. No podemos quedarnos aquí charlando.

Pitt se sentó y miró a través de una roja niebla de dolor al sentir las protestas de su costilla rota por el esfuerzo. El movimiento súbito e irreflexivo le hizo sentir como si alguien le sujetara el pecho entre unas enormes pinzas y se lo retorciera. Con cuidado, suavemente, se acomodó hasta que pudo mirar alrededor.

Sus ojos contemplaron un espectáculo que parecía sacado de una pesadilla. Por largo rato miró la escena irreal, y luego a Tidi y Lillie, que tenían perplejidad pintada en sus rostros. Entonces penetró en su mente un asomo de comprensión, y recordó dónde se hallaba. Tendió una mano para apoyarse y sin dirigirse a nadie en particular, murmuró:

—Dios mío, no es posible.

Por espacio de diez segundos, acaso veinte, Pitt permaneció sentado, rígido e inmóvil como un muerto, con la mirada fija en el helicóptero destrozado que estaba a sólo cien metros de donde se hallaban. Los dentados restos del aparato yacían semihundidos en lodo, en el fondo de una profunda hondonada cuyas paredes se elevaban bruscamente hasta casi unirse a treinta metros de altura, en

dirección al cielo islandés. El aparato destrozado era grande, probablemente se trataba de un Titán con capacidad para treinta pasajeros. Era imposible reconocer los colores o inscripciones que el helicóptero pudiera haber tenido inicialmente. Detrás de la carlinga, la mayor parte del fuselaje estaba arrugado como un fuelle, mientras que el resto de la armazón era un montón de metal retorcido.

La primera terrible impresión que recibió Pitt, y que dominó su mente confusa, fue que nadie podía haber sobrevivido a la caída. Pero allí estaban: Pitt, Tidi, Lillie, y dispersos por las empinadas cuestas de la hondonada, en antinaturales posiciones contorsionadas por el dolor, el grupo de hombres que Pitt había visto a su lado en la sala de trofeos de Rondheim, el mismo grupo que se había enfrentado a F. James Kelly y Hermit Limited.

Todos parecían estar vivos, pero la mayoría estaban gravemente heridos; los grotescos ángulos de sus brazos y piernas revelaban una terrible variedad de huesos aplastados y rotos.

—Lamento hacer la pregunta ineludible —masculló Pitt con voz ronca, aunque ya controlada—, pero... ¿qué demonios pasó?

—No es lo que usted piensa —replicó Lillie.

—Y entonces, ¿qué? Es obvio... Rondheim nos llevaba secuestrados a todos a algún sitio cuando el aparato cayó.

—No caímos —dijo Lillie—. Los restos de ese aparato están aquí desde hace días, tal vez semanas.

Pitt lo miró con incredulidad. Lillie parecía estar cómodamente acostado en el suelo húmedo, sin importarle que el agua empapara sus ropas.

—Será mejor que me explique. ¿Qué le ha pasado a esta gente? ¿Cómo ha llegado usted aquí? Todo.

—No tengo mucho que contar —dijo Lillie con voz queda—. Los hombres de Rondheim me sorprendieron merodeando por los muelles de Albatros. Antes de que tuviera tiempo de averiguar alguna cosa, me llevaron a la casa de Rondheim y me encerraron junto con estos otros señores.

Pitt hizo un movimiento hacia Lillie.

—Está usted bastante herido, déjeme ver.

Lillie lo detuvo con un impaciente ademán.

—Escúcheme antes. Después salga de aquí lo antes posible y traiga ayuda. Nadie está en peligro inmediato de morir por sus heridas. Rondheim se ocupó de eso. Nuestro principal enemigo es el frío. Estamos a una temperatura de menos de cinco grados. Dentro de algunas horas será inferior a cero. Después el frío acabará con nosotros. Por la mañana sólo quedarán en esta maldita hondonada cadáveres congelados.

—¿Y Rondheim urdió todo esto? Me temo que...

—¿No lo entiende? Está usted confundido, mayor Pitt. Es obvio que esta

carnicería no es fruto de un accidente. Inmediatamente después de que nuestro sádico amigo Rondheim lo molió a golpes, nos inyectaron a todos una fuerte dosis de Nembutal; y entonces, muy fría y metódicamente, él y sus hombres nos fracturaron todos los huesos que creyeron necesarios para hacernos aparecer como víctimas de la caída del helicóptero.

Pitt miró fijamente a Lillie, pero no dijo nada. Estaba desconcertado. Su mente era presa de un remolino de incredulidad, a pesar de sus esfuerzos desesperados por dilucidar una serie de circunstancias que desafiaban toda comprensión. Tal como se sentía, habría estado dispuesto a creer cualquier cosa, pero lo que Lillie le contaba era tan macabro, tan monstruoso, que le resultaba imposible creerlo.

—Dios mío, no es posible —murmuró Pitt cerrando los ojos y moviendo lentamente la cabeza—. Tiene que tratarse de una loca pesadilla.

—El motivo de todo esto no tiene nada de demente —le aseguró Lillie—. En la locura de Kelly y Rondheim hay un método.

—¿Cómo lo sabe?

—Estoy seguro. Fui el último en recibir la droga, y oí cómo Kelly le explicaba a sir Eric Marks que toda esta tragedia de tintes irreales fue concebida por los ordenadores de Hermit Limited.

—Pero ¿con qué fin? ¿Por qué tanta brutalidad? Kelly podía habernos metido en un avión y hundirlo en el mar sin dejar rastros y sin posibilidad alguna de que hubiera supervivientes.

—Los ordenadores no tienen sentimientos; se basan en los datos fríos —murmuró Lillie fatigado—. Para sus respectivos gobiernos, estos hombres que sufren alrededor de nosotros son figuras importantes. Usted estuvo en la fiesta de Rondheim. Oyó a Kelly explicar por qué debían morir... Con sus muertes pretende distraer a los medios de comunicación y a los líderes políticos mundiales, mientras Hermit Limited lleva a cabo su plan sin interferencias internacionales.

Pitt entrecerró los ojos.

—Eso no explica esta sádica crueldad.

—No —admitió Lillie—. Pero Kelly opina que el fin justifica los medios. Es probable que propusieran a las computadoras una desaparición en el mar, pero sin duda esta propuesta fue rechazada en favor de un plan más sólido.

—Presentar los cadáveres en un momento oportuno.

—En cierto sentido, sí —dijo lentamente Lillie—. El interés mundial por una desaparición en el mar habría cesado en una semana o diez días; es obvio que se habría interrumpido la búsqueda, ya que nadie puede sobrevivir mucho tiempo en las aguas frías del Atlántico Norte.

—Por supuesto —asintió Pin—. La desaparición del Lax fue un ejemplo perfecto de ello.

—Exacto. Kelly y sus amigos poderosos necesitan todo el tiempo que puedan ganar para asegurar su posición en el país que piensan dominar. Cuanto más tiempo se distraiga nuestro Departamento de Estado con la pérdida de diplomáticos de alto rango, más difícil le será luego impedir las maniobras de la Hermit Limited.

—De este modo, Kelly se aprovechará de la ventaja que le proporcionará una búsqueda prolongada —comentó Pitt con voz queda pero terminante—. Y cuando empiecen a disiparse las esperanzas de encontrar supervivientes, podrá tomar medidas para que algún islandés halle accidentalmente los restos del helicóptero y los cadáveres. Y Kelly podrá cosechar las ventajas de dos semanas más, mientras el mundo llora las muertes y los líderes gubernamentales se dedican a pronunciar discursos en los funerales.

—Han examinado minuciosamente todas las alternativas. Se supone que todos volábamos hacia la finca que Rondheim tiene en el norte para pasar un día pescando salmón. Su grupo, la gente de Hermit Limited, llegaría en el siguiente vuelo. Esta será la versión oficial.

—¿Cabe la posibilidad de que alguien nos descubra accidentalmente? —preguntó Tidi mientras enjugaba con suavidad un hilo de sangre que brotaba de la boca hinchada de Pitt.

—No —dijo Pitt mientras examinaba pensativo los alrededores—. Nadie nos puede ver, a menos que alguien se coloque prácticamente encima de nosotros. Además, probablemente nos hallamos en la zona más deshabitada de Islandia, y las posibilidades de que nos encuentren resultan nulas.

—Ahora podrá ver con claridad el cuadro —dijo Lillie—. Debieron de colocar el helicóptero en los estrechos confines de la hondonada, y luego destruirlo, porque no podían hacerlo caer con precisión deliberada, y en una ubicación tan perfecta que resultase imposible descubrirlo. Desde arriba, un avión de rescate sólo puede avistar los restos del aparato durante un segundo, una posibilidad entre un millón, en el mejor de los casos. El paso siguiente consistía en distribuir nuestros cuerpos por la zona. Después, tras dos o tres semanas de descomposición, un forense sólo podrá determinar que algunos de nosotros morimos por las heridas recibidas al caer el avión, y los demás, por el frío y la conmoción.

—¿Soy el único que puede caminar? —preguntó Pitt con aspereza.

Las costillas rotas le dolían como mil llagas, pero las miradas esperanzadas, el mísero fragmento de optimismo en los ojos de esos hombres que sabían que la muerte tardaría apenas unas horas en llegar, lo obligaron a ignorar el dolor.

—Algunos pueden caminar —contestó Lillie—. Pero, con los brazos rotos, jamás llegarán a lo alto de la hondonada.

—En tal caso, supongo que me toca a mí.

—Así es —confirmó Lillie con una tenue sonrisa—. Por si le sirve de

consuelo, le diré que Rondheim se enfrenta con un hombre más fuerte de lo que sus ordenadores le habían indicado.

El aliento que le comunicaban los ojos de Lillie fue el incentivo adicional que Pitt necesitaba. Se puso de pie tambaleante y miró la figura que yacía rígidamente en el suelo.

—¿Qué le rompió Rondheim?

—Los hombros y creo que la pelvis —dijo Lillie con tanta calma como si estuviera describiendo la superficie de la Luna.

—¿No le gustaría estar ahora en Saint Louis administrando la fábrica de cerveza?

—En realidad, no. Mi buen padre nunca tuvo mucha confianza en su único hijo. Si... si cuando vuelva no me encuentra vivo, dígame...

—Mejor dígaselo usted mismo. Además yo no sería lo suficientemente duro. —Pitt tuvo que hacer un esfuerzo para evitar que la voz le temblara—. De todos modos, nunca me gustó la cerveza Lillie. —Se volvió hacia Tidi y se arrodilló a su lado—. ¿Dónde te han hecho daño, preciosa?

—Tengo los tobillos dislocados —respondió ella con animosa sonrisa—. No es nada grave. Creo que tuve suerte.

—Lo siento —dijo Pitt—. No estarías tendida aquí de no haber sido por mi torpeza.

Ella le tomó la mano y la apretó diciendo:

—Es más excitante que tomar notas y pasar a máquina las cartas del almirante.

Pitt se agachó, la levantó en sus brazos y la transportó con ternura a unos metros de distancia donde estaba Lillie.

—Aquí tienes tu gran oportunidad, pequeña ambiciosa. Un verdadero multimillonario de carne y hueso. Y durante algunas horas no tendrá más remedio que escucharte. Señor Jerome P. Lillie, permítame presentarle a la señorita Tidi Royal, el encanto de la Agencia Nacional de Investigaciones Marinas. Que sean ustedes muy felices.

Y dándole un leve beso en la frente, se incorporó torpemente, luego, con paso vacilante, caminó por el suelo húmedo hacia el anciano a quien conocía simplemente como Sam. Pensaba en los distinguidos modales, los ojos cálidos y penetrantes que había visto en la sala de trofeos, cuando bajó la mirada, y se encontró con unas piernas torcidas como las ramas de un roble y los ojos azules empañados por el dolor. Pitt forzó una sonrisa confiada y animosa.

—Aguante un poco, Sam —dijo mientras se inclinaba para apretar suavemente el hombro del anciano—. Antes de la hora de la merienda estará con la más linda enfermera de Islandia.

En los labios de Sam se dibujó una suave sonrisa.

—Para un hombre de mi edad, un cigarro sería mucho más práctico —dijo.

—Será un cigarro entonces —contestó Pitt sonriendo.

Pitt se inclinó y estrechó la mano de Sam. De pronto los ojos azules cobraron vida y el anciano se irguió y apretó a su vez la mano de Pitt con una intensidad que éste no habría creído posible. Vio cómo las líneas del rostro cansado y vencido de aquel hombre adquirirían una resuelta dureza.

—Hay que detenerlo, mayor Pitt. —Habló en voz baja, casi en un susurro—. No se debe permitir que James lleve adelante algo tan terrible. Él se inspira en la bondad, pero a las personas que lo rodean sólo les mueve la codicia y la ambición de poder.

Pitt se limitó a mover la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Perdono a James por lo que hizo —continuó Sam, casi delirando—. Dígale que su hermano lo perdona...

—¡Dios santo! —exclamó Pitt con expresión atónita—. ¿Son hermanos?

—Sí, James es mi hermano menor. Yo permanecí en un segundo plano durante todos estos años, ocupándome de los detalles y problemas financieros que asedian a las compañías multinacionales como la nuestra. James, que es maestro de los negocios, ocupaba el centro de atracción. Hasta ahora éramos un equipo bastante eficaz. —Sam Kelly bajó la cabeza en un gesto de despedida apenas perceptible—. Dios le dé suerte. Y no olvide mi cigarro —añadió con una sonrisa.

—Puede contar con él —murmuró Pitt, y después se alejó.

Su mente, que era un remolino de imágenes y emociones divergentes, se despejó con lentitud y logró centrarse en un solo objetivo. La fuerza motriz, el odio que ardía en su interior desde el primer golpe lanzado por Ronnheim, estalló entonces en una intensa y ardiente llama que consumía su espíritu y no dejaba lugar para nada más. Pero en ese momento, la voz grave del diplomático ruso, Tamareztov, le devolvió a la realidad.

—El corazón de un buen comunista lo acompaña, mayor Pitt.

Este apenas se detuvo para responder:

—Es un honor. No es frecuente que un comunista tenga que confiar en un capitalista para salvar su vida.

—No es una píldora fácil de tragar.

Pitt se detuvo y miró compasivo a Tamareztov. Los brazos le caían flácidos en el suelo y la pierna izquierda estaba inmóvil en un ángulo antinatural. Entonces su rostro se suavizó.

—Si promete no pronunciar ningún discurso político en mi ausencia, le traeré una botella de vodka —dijo Pitt.

Tamareztov miró a Pitt con curiosidad.

—¿Una muestra de humor yanqui, mayor? Aunque me parece que lo del vodka lo dice en serio.

Una sonrisa asomó a las comisuras de los labios de Pitt.

—No interprete mal mis intenciones. Como voy al almacén de la esquina, pensé que podría ahorrarle la caminata.

Y antes de que el ruso, desconcertado, pudiera contestarle, Pitt se alejó e inició el ascenso del terraplén hacia lo alto de la hondonada.

Al principio, subió con cautela, avanzando poco a poco, procurando moverse de modo que las costillas rotas no le dolieran demasiado. Pitt manoteó la tierra blanda y resbaladiza y trepó mirando sólo hacia adelante. Los primeros seis metros fueron fáciles. Después la cuesta se hizo más empinada y el terreno más firme, lo que hacía difícil excavar los asideros que le proporcionaban sus únicos puntos de apoyo.

El ascenso llegó a ser un purgatorio por la tortura de sus heridas, hasta que vació de toda emoción, sus movimientos se hicieron mecánicos: afirmarse y trepar, afirmar y trepar. Trató de llevar la cuenta de lo que avanzaba, pero no pudo conseguirlo por mucho tiempo, pues su cerebro quedó inútil para cualquier función mental.

Como un ciego, andaba a la luz del sol en un mundo de tinieblas, y el único sentido que aún le quedaba era el del tacto. Entonces, por primera vez, sintió miedo: no de caer, ni de sufrir heridas, sino el sincero y frío miedo de fallar a las más de veinte personas cuyas vidas dependían de que él alcanzara esa frontera entre la tierra y el cielo que parecía tan lejana. Pasaron minutos que parecieron horas. ¿Cuántos? No lo supo ni lo sabría jamás. El tiempo, como sistema de medida, ya no existía. Su cuerpo no era más que un robot que efectuaba movimientos inconscientes.

Empezó a contar de nuevo, pero esta vez se interrumpió mucho antes. Después, un minuto de descanso, se dijo, nada más, y empezó de nuevo. Su respiración era dificultosa; tenía los dedos despellejados, las puntas de las uñas quebradas y manchadas de sangre, los músculos de los brazos doloridos por el continuo esfuerzo... Su cuerpo estaba casi agotado. El sudor le corría por la cara, pero su carne torturada no podía sentir el irritante goteo. Hizo una pausa y levantó la vista, aunque no pudo ver gran cosa por las hinchadas hendiduras de sus ojos. El borde de la hondonada se confundía en una nebulosa línea de ángulos y oscuros perfiles que no permitían calcular la distancia.

Y entonces, de pronto, casi con una sensación de sorpresa, las manos de Pitt encontraron el blando y desnudado borde de la cuesta. Con un vigor que no creía posible, trepó a terreno llano y se tendió de espaldas, yaciendo inerte y, según todas las apariencias, muerto. Permaneció rígido durante casi cinco minutos. Sólo su pecho, que subía y bajaba agitadamente, se movía. Lentamente, cuando el agotamiento cedió, se puso de pie y contempló las diminutas figuras que había abajo, en el fondo del angosto abismo. Ahuecó las manos alrededor de la boca para gritar, pero luego decidió no hacerlo. No se le ocurrían palabras que pudieran tener algún sentido, comunicar algún aliento. Desde abajo, los demás

sólo podían ver su cabeza y sus hombros sobre el nivel del empinado precipicio.  
Después los saludó con la mano y desapareció.

Pitt se erguía como un árbol solitario en una vasta llanura desierta. En todas las direcciones, hasta donde él podía ver, se extendía una vegetación musgosa de color oscuro, bordeada en un extremo por una cordillera de colinas altas, y envuelta por los otros dos flancos por una bruma blanqueada por el sol. Salvo unas cuantas elevaciones pequeñas que punteaban el desolado paisaje, la mayor parte del terreno era llano. Al principio creyó estar solo, pero luego vio un diminuto pajarillo que cruzaba el cielo como un dardo en busca de un blanco oculto. Se acercó más y, a sesenta metros de altura, voló mirando a Pitt como si observara con curiosidad al extraño animal que tan vividamente resaltaba con su plumaje rojo y amarillo sobre el centro de la alfombra infinita de color verde. Después de tres rápidas pasadas, satisfecha ya su curiosidad, el pajarillo agitó las alas y continuó su vuelo hacia ninguna parte.

Como si hubiera leído los pensamientos del ave, Pitt contempló su ropa extravagante.

—Había oído hablar de estar vestido de fiesta y sin tener a dónde ir, pero esto es ridículo.

El sonido de su voz le advirtió súbitamente el hecho de que su mente volvía a funcionar. Sintió el alivio derivado de haber triunfado en el agotador ascenso del precipicio, el entusiasmo de estar vivo y con esperanzas de encontrar ayuda antes de que las personas que habían abajo murieran congeladas. Animado, echó a andar por la estepa hacia las distantes colinas.

Cuando tan sólo había recorrido quince metros se dio cuenta de que se había perdido. El sol estaba alto sobre la línea del horizonte. No había estrellas que lo guiaran. Norte, sur, este y oeste eran palabras que nada significaban, no tenían definición alguna en términos de medición ni de exactitud. Una vez que se internara en la bruma que avanzaba hacia él, no habría nada que le sirviera de guía, ninguna colina que lo orientara. Estaba perdido, a la deriva, sin saber a dónde dirigirse.

Pero en aquella fría y húmeda mañana no sintió miedo, y no porque supiera que el miedo enturbiaría sus ideas y confundiría su razonamiento, sino porque lo consumía la cólera por haber sido tan burlado, llevado a la complacencia, sin advertir en su ignorancia que iba hacia la muerte. Todas las circunstancias; los

ordenadores de Hermit Limited, su mayor enemigo, habían calculado todas las circunstancias. Era demasiado lo que estaba en juego en el mortífero plan que estaban ejecutando Kelly, Rondheim y su grupo de despiadados socios comerciales. Pero se juró que no perdería esa partida sin defenderse. Entonces se detuvo y se sentó a meditar.

No hacía falta ser muy ingenioso para advertir que se hallaba en algún lugar de la parte deshabitada de Islandia. Trató de recordar lo poco que había estudiado acerca del edén del Atlántico Norte, los pocos datos que había retenido mientras estudiaba los mapas de vuelo a bordo del Catawaba. Recordó que la isla tenía una extensión de cincuenta y cinco kilómetros de norte a sur, y de casi cien kilómetros de este a oeste. Como la distancia más corta era la que iba de norte a sur, eliminó mentalmente las otras posibilidades. Si iba hacia el sur, era muy posible que se encontrara con la masa de hielo del Vatnajökull, el glaciar más grande no sólo de Islandia, sino de Europa; una gran muralla helada que habría señalado el final de su aventura.

Decidió que iría al norte. La lógica en que apoyó su decisión era casi primitiva, pero había otra razón, un compulsivo anhelo de burlar a los ordenadores yendo en la dirección más imprevista, una dirección que ofrecía la menor posibilidad de éxito. En circunstancias similares, un hombre común se habría encaminado probablemente hacia Reykiavik, el centro civilizado más grande, situado lejos, al suroeste. Pitt tenía la esperanza de que los ordenadores hubiesen sido programados por la mente de un hombre común.

Ahora tenía una respuesta, pero era sólo una respuesta a medias. ¿Hacia dónde estaba el norte? Aunque lo supiera con certeza, no tenía modo de seguir esa dirección en línea recta. En ese momento, recordó que era un hecho comprobado que un hombre diestro, sin ninguna señal en el terreno que lo orientara, caminaría en círculo hacia la derecha.

El gemido de los motores de propulsión a chorro interrumpió sus pensamientos, y al levantar la vista, protegiendo con una mano los ojos del resplandor del cielo azul cobalto, divisó un avión comercial que volaba serenamente dejando tras él largas estelas de vapor blanco. Pitt no podía determinar el rumbo del aparato. Podía ir en cualquier dirección: al oeste, hacia Reykiavik, al este, hacia Noruega; al sureste, hacia Londres. No había modo de saberlo con certeza sin una brújula.

Una brújula... Su mente retuvo la palabra, saboreándola como un hombre que muere de sed en pleno desierto del Mojave y saborea la idea de una cerveza helada. Una brújula, un simple trozo de hierro magnético montado sobre un pivote y flotando en una mezcla de glicerina y agua. Entonces una luz se encendió súbitamente en los profundos recovecos de su cerebro. Un fragmento olvidado de saber tradicional que había aprendido muchos años atrás, durante una caminata de cuatro días por las sierras con su antigua compañía de Boy Scouts,

empezó a traspasar envuelta en brumas la barrera del tiempo.

Le llevó casi diez minutos la búsqueda de un charco de agua en una pequeña depresión, bajo una colina en forma de cúpula. Con rapidez y toda la destreza que le permitían sus despellejados y ensangrentados dedos, Pitt desabrochó la faja parda y arrancó el alfiler que la sostenía. Se envolvió la rodilla con un extremo de la tela de seda, se arrodilló y lo estiró con la mano izquierda, mientras con la derecha frotaba contra la tela el alfiler, de la cabeza a la punta, en una sola dirección, acumulando fricción y magnetizando el trocito de metal.

El frío, más intenso, penetró sus ropas empapadas de sudor provocándole espasmos que le recorrieron el cuerpo. El alfiler se le resbaló de los dedos y perdió minutos enteros en tantear el suelo musgoso hasta que encontró la pequeña astilla de plata al clavársela accidentalmente bajo una uña. Casi se sintió agradecido por el dolor, pues significaba que aún tenía sensibilidad en las manos. Siguió frotando cuidadosamente el alfiler contra la seda para que no se le resbalara de nuevo.

Cuando creyó que ya era suficiente, dejó de frotar y se pasó el alfiler por la frente y la nariz para cubrirlo con aceite corporal. Después sacó dos finos pedacitos de hilo del forro de su chaqueta roja y los dobló alrededor del alfiler sin apretar. Como todavía faltaba la parte más difícil de la operación, Pitt descansó un momento. Flexionó los dedos y se los masajeó como lo hubiera hecho un pianista antes de ejecutar el Vals del minuto de Chopin.

Cuando consideró que estaba preparado, levantó con cautela los hilos, y con minuciosa lentitud introdujo el alfiler en el tranquilo charquito. Conteniendo el aliento, Pitt vio cómo el agua se curvaba bajo el peso del metal. Entonces, con suma suavidad, sus dedos apartaron los hilos hasta que el alfiler se mantuvo a flote por el aceite y la tensión del agua en la superficie.

Sólo un niño que en Navidad mira sorprendido los regalos bajo el árbol, pudo haber experimentado una sensación de asombro como la de Pitt en ese momento, cuando, absorto, vio que la loca agujita oscilaba en semicírculo hasta que su cabeza indicó el norte magnético. Permaneció sentado, inmóvil, durante unos minutos enteros, con la mirada fija en su improvisada brújula, temiendo que, si pestañeaba, ésta se hundiría y desaparecería.

—A ver si esos malditos ordenadores prevén esto —murmuró Pitt.

Un hombre sin experiencia quizá habría echado a correr con impaciencia en la dirección indicada por el alfiler, presumiendo equivocadamente que una brújula siempre apunta fielmente hacia el norte verdadero. Pitt sabía que el único lugar donde una brújula indica con exactitud el Polo Norte es una pequeña zona de los Grandes Lagos, entre Estados Unidos y Canadá, donde por casualidad los polos Norte y magnético se alinean. Como navegante experto, sabía también que el polo magnético se situaba en alguna parte bajo la isla Príncipe de Gales, sobre la Bahía de Hudson, aproximadamente a mil ochocientos kilómetros por debajo

del Polo Ártico y sólo algunos cientos de kilómetros encima de Islandia. Eso significaba que el alfiler señalaba unos cuantos grados al noroeste. Pitt calculó que la declinación de su brújula era de unos ochenta grados, una suposición aproximada, pero al menos tenía la certeza de que el norte se encontraba casi en ángulo recto con la cabeza del alfiler.

Después de orientarse, Pitt sacó del agua la aguja de la rudimentaria brújula y echó a andar en medio de la niebla. No había recorrido cien metros, cuando sintió el sabor de la sangre que brotaba de las heridas abiertas de sus labios y los dientes doloridos, además la patada que Rondheim le había dado en la ingle hacía imposible caminar sin una marcada cojera. Aferrado tenazmente al hilo de la conciencia, se obligó a seguir andando. El suelo era áspero y desigual, y pronto perdió la cuenta de la cantidad de veces que tropezó y cayó, rodeándose el pecho con los brazos en un vano intento de apaciguar el tormento de sus costillas rotas.

La suerte lo acompañó, y la niebla se disipó al cabo de una hora y media. Esto le ofreció la posibilidad de aprovechar los muchos manantiales calientes que encontró a su paso y orientarse con su brújula improvisada. Para entonces ya podía ubicar algún accidente del terreno en dirección al norte, y seguir moviéndose de uno a otro hasta estar seguro de que se estaba desviando. Entonces se detenía, consultaba de nuevo la brújula y reiniciaba el proceso.

Dos horas, luego tres. Tres horas, luego cuatro. Cada minuto era un infinito núcleo de angustia y sufrimiento de frío torturante, de intenso dolor y grandes esfuerzos por dominar su mente. El tiempo se disolvió en una eternidad que, Pitt lo sabía, tal vez nunca acabara hasta que él cayese por última vez sobre la blanda hierba mojada. Pese a su determinación, comenzó a tener dudas de poder sobrevivir mucho tiempo.

Un paso delante de otro, un ciclo interminable que lentamente empujaba a Pitt al agotamiento. Entonces sólo podía pensar en el mojón siguiente, y cuando lo alcanzaba, concentraba la poca energía que le quedaba en el próximo. La lógica no existía. Sólo cuando en los rincones oscuros de su cerebro oía sonar una alarma advirtiéndole que se desviaba del rumbo correcto, se detenía en un humeante charco de azufre para volver a orientarse con la brújula.

Para Pitt, las anteriores doce horas parecían doce años; entonces sus reflejos habían estado alertas, listos para obedecer cualquier orden de su cerebro; pero en ese momento, cuando depositó el alfiler en el agua, las manos temblorosas le fallaron, y la ingeniosa brújula se deslizó bajo la superficie, hundiéndose en el hondo charco de agua clara como un cristal. Pitt tuvo tiempo de atraparla antes de que se perdiera, pero luego se quedó inmóvil y absorto, desperdiçando segundos antes de reaccionar ante ese contrat tiempo. Entonces fue demasiado tarde, porque su esperanza de hallar el rumbo para salir de la yerma meseta de Islandia se había perdido.

Sus ojos hinchados estaban prácticamente cerrados, las piernas agarrotadas

por el agotamiento, y su aliento se había convertido en torturados jadeos que atravesaban el aire despejado y quieto, pero se incorporó con esfuerzo y siguió adelante tambaleándose, incitado por una fortaleza interior cuya existencia desconocía. Durante las dos horas siguientes anduvo a tientas. Entonces, mientras ascendía por un pequeño terraplén de tres metros de altura, su cuerpo cerró el interceptor de la conciencia y se desplomó como un globo desinflado, a pocos centímetros de la cima.

Pitt supo que había cruzado el umbral que separaba la sensibilidad física de la inercia del sueño crepuscular. Pero aún podía captar señales vitales alrededor de él. Su cuerpo estaba muerto; el dolor había desaparecido, al igual que las sensaciones y las emociones humanas. Sin embargo, aún podía ver, aunque sólo percibía unos centímetros del terreno cubierto de hierba. Y podía oír: sus oídos comunicaban una vibración a su cerebro entumecido, que se negaba a transmitir explicación alguna de la causa o la distancia de donde provenía ese extraño golpeteo.

Entonces, de pronto, se hizo el silencio. El sonido se había extinguido, y tan sólo veía las hojas verdes que se movían levemente por la tenue brisa. En la desolación en que había caído, algo estaba fuera de contexto. El esfuerzo sobrehumano y valeroso había sido inútil; su responsabilidad hacia la gente que había quedado en la gélida hondonada se evaporaba en la atmósfera vacía. Pitt estaba más allá de toda preocupación, de todo saber o sentir; podía desprenderse de la vida y morir pacíficamente bajo el frío sol nórdico. Qué fácil habría sido rendirse y caer en el pozo negro de donde no se regresa, pero hubo algo que se lo impidió, una ilusión que no se correspondía con la concepción de la muerte. Un par de botas, dos gastadas botas de cuero, paradas ante los ojos ciegos de Pitt, donde un momento antes sólo había una extensión desierta de hierba silvestre. Y después unas manos espectrales lo tendieron de espaldas y vio una cara enmarcada en el cielo vacío; una cara seria, de ojos azules como el mar. Cabello gris que fluía alrededor de una frente ancha, como el casco de un guerrero en un cuadro flamenco. Era un anciano de algo más de setenta años vestido con un suéter viejo de cuello alto. El hombre se agachó y tocó el rostro de Pitt.

Después, sin decir palabra, con una fuerza sorprendente en un hombre de su edad, lo levantó y lo transportó más allá del terraplén. A través de las telarañas de su mente, Pitt empezó a maravillarse de la coincidencia, el milagro, que en verdad lo era, que había conducido a que lo encontraran. Un poco más allá de la pequeña cima se extendía un camino. Pitt había caído cerca de un pequeño sendero de tierra paralelo a un río glacial de espuma blanca que se precipitaba velozmente por una angosta garganta de roca de lava negra. Sin embargo, el sonido detectado por los oídos de Pitt no provenía del bramido del agua al caer, sino del tubo de escape de un destartado jeep inglés cubierto de polvo.

Como un niño que pone un muñeco en una silla alta, el viejo islandés

acomodó a Pitt en el asiento delantero junto al del conductor. Después se sentó tras el volante y condujo al pequeño y recio vehículo por el sinuoso camino, deteniéndose con frecuencia para abrir las vallas para el ganado que se iban encontrando. Esta operación se hizo rutinaria cuando entraron en una zona de colinas ondulantes divididas por frondosos prados verdes rebosantes de chorlitos cuyas bandadas nublaban el cielo al acercarse el jeep. Se detuvieron frente a una pequeña casa de campo de fachada blanca y techo rojo. Eludiendo las manos que lo sostenían, Pitt entró tambaleándose en la sala de estar de la cómoda casita.

—Un teléfono, pronto. Necesito un teléfono.

Los ojos azules del anciano se entrecerraron.

—¿Es usted inglés? —preguntó lentamente el islandés con marcado acento nórdico.

—Norteamericano —respondió Pitt con impaciencia—. Cerca de aquí hay más de veinte personas gravemente heridas que morirán si no conseguimos que los auxilien pronto.

—¿Hay otros en la meseta? —preguntó el anciano sin ocultar su asombro.

—¡Sí, sí! —asintió Pitt con violentos movimientos de cabeza—. Hombre, por Dios, el teléfono. ¿Dónde lo tiene?

El islandés se encogió de hombros, en un gesto de impotencia.

—Las líneas telefónicas más cercanas están a cuarenta kilómetros de distancia.

Una marea de desesperación cubrió a Pitt, pero descendió y desapareció ante las siguientes palabras del desconocido.

—Pero tengo un radiotransmisor —dijo señalando una pieza contigua—. Pase, por favor.

Pitt lo siguió a una habitación pequeña, bien iluminada, pero austera. Los muebles principales eran una silla, un armario y una vieja mesa tallada a mano sobre la que se hallaba un reluciente transmisor salido de fábrica pocos meses antes. Pitt se sorprendió de que en una casa tan aislada se utilizara un equipo tan moderno. El islandés se acercó deprisa al aparato, se sentó y movió los diversos diales y perillas. Encendió la radio, eligió la frecuencia y tomó el micrófono.

Pronunció con rapidez algunas palabras en islandés y esperó. Nada se oyó por el altavoz. Movié apenas la frecuencia de transmisión y habló de nuevo. Esta vez una voz contestó casi de inmediato. Tan tenso como un cable de retén en un ventarrón, Pitt se paseó de un lado a otro sin tener en cuenta el dolor y la fatiga, mientras su benefactor conversaba con las autoridades de Reykiavik. Al cabo de diez minutos de explicaciones y traducciones, Pitt pidió y recibió una llamada de la embajada norteamericana.

—¿Dónde infiernos has estado? —explotó por el altavoz la voz de Sandecker, tan fuerte que parecía venir de la puerta.

—Esperando un tranvía, paseando por el parque —contestó secamente Pitt—.

No tiene importancia. ¿En cuánto tiempo puede reunir un equipo de enfermeros y enviarlo por avión?

Hubo un tenso silencio antes de que el almirante contestara. En la voz de Pitt advertía un tono de urgente insistencia, un tono que pocas veces Sandecker había oído de sus labios.

—Puedo tener un equipo de enfermeros paracaidistas de la fuerza aérea listo para partir en treinta minutos —respondió—. ¿Puedes explicarme por qué solicitas una unidad médica?

Pitt no contestó enseguida. Apenas podía dominar sus pensamientos. El anciano le ofreció una silla y Pitt se lo agradeció con un movimiento de cabeza.

—Con cada minuto que desperdiciamos con explicaciones, alguien puede morir. Por el amor de Dios, almirante —imploró Pitt—, comuníquese con la fuerza aérea y consiga a esos enfermeros paracaidistas y los helicópteros necesarios para ayudar a las víctimas de un desastre aéreo. Después, mientras haya tiempo, podré darle más detalles.

—Entendido. Espera —dijo Sandecker sin derrochar palabras.

Pitt asintió de nuevo, esta vez para sí, mientras se derrumbaba abatido en la silla. «Ya no tardará mucho —pensó—, con tal de que lleguen a tiempo». Al sentir una mano en el hombro, se volvió a medias y miró al cordial islandés con sonrisa torcida.

—He sido un huésped muy grosero —dijo con voz queda—. No me he presentado ni le he dado las gracias por salvarme la vida.

El anciano le ofreció una mano larga y curtida.

—Golfur Andursson —dijo—. Soy el ayudante principal del río Rarfur.

Pitt apretó la mano de Andursson y se presentó. Luego preguntó con ansiedad:

—¿Ayudante principal?

—Sí; un ayudante es además guardián del río. Trabajamos de guías para los pescadores y vigilamos la ecología del río, tal como lo hace en su país un encargado de proteger los recursos naturales de sus extensiones acuáticas interiores.

—Debe ser un trabajo solitario... —Pitt cerró la boca y lanzó una exclamación ahogada; un agudo dolor en el pecho lo dejó casi inconsciente. Se apoyó en la mesa y se esforzó por recobrar el equilibrio.

—Venga —dijo Andursson—. Le curaré las heridas.

—No —respondió Pitt con firmeza—. Debo quedarme junto a la radio; no abandonaré esta silla.

Andursson dudó un momento. Después movió la cabeza sin decir nada. Desapareció de la habitación y volvió en menos de dos minutos con un gran estuche de primeros auxilios y una botella.

—Tiene suerte. Uno de sus compatriotas estuvo pescando en el río el mes

pasado y me dejó esto —dijo sonriendo mientras mostraba con orgullo una botella de whisky canadiense Seagram. Pitt advirtió que el sello del tapón estaba entero.

Iba por el cuarto trago, y el anciano guardián del río acababa de venderle el pecho, cuando la radio chisporroteó y en la habitación se oyó de nuevo la voz áspera de Sandecker.

—¿Mayor Pitt?

Pitt levantó el micrófono y apretó el interruptor de transmisión.

—Aquí Pitt. Le oigo, almirante.

—Los enfermeros paracaidistas se están reuniendo en Keflavik y hay unidades islandesas civiles de búsqueda y rescate a la espera. Mantendré el contacto por radio y coordinaré la operación. —Hubo un breve silencio—. Aquí hay mucha gente preocupada. En Keflavik no saben nada de un avión desaparecido, ni militar ni comercial.

Pitt pensó que Rondheim no corría riesgos. El muy canalla se tomaba su tiempo para denunciar la desaparición de sus invitados. Aspiró profundamente y bebió otro trago de whisky antes de contestar.

—La notificación no está programada todavía.

—¿Cómo has dicho? Repite, por favor. —La voz de Sandecker delataba su desconcierto.

—Confíe en mí, almirante. No puedo tratar de responder a una décima parte de las preguntas que deben estar pasando por la mente de todos ustedes, especialmente por radio... repite; especialmente por radio.

Pitt pensó que los nombres de los hombres internacionalmente conocidos que esperaban en la hondonada debían ser ocultados a los medios de comunicación durante por lo menos las treinta y seis horas siguientes: tiempo suficiente para detener a Kelly, Rondheim y los otros miembros de Hermit Limited antes de que pudieran ser puestos sobre aviso y huyeran. Afortunadamente, el almirante Sandecker captó de inmediato la sugerencia de Pitt de mantener la noticia en secreto.

—Entendido tu mensaje. ¿Puedes indicarme el lugar de los hechos? Utiliza tu mapa coordinado inverso.

—Disculpe, no conozco ese...

—¡Maldición! —gritó Sandecker, convirtiendo el altavoz en un rayo de estática distorsionada—. Haz lo que se te ordena.

Pitt permaneció unos treinta segundos inmóvil mirando atontado el altavoz de la radio, luego su mente fatigada empezó a captar el significado oculto de las palabras de Sandecker. El almirante le estaba ofreciendo la posibilidad de contestar preguntas sin revelar información vital respondiendo al revés. Le molestó que Sandecker lo hubiese aventajado en la gimnasia verbal.

Pitt movió el interruptor del micrófono antes de volverse hacia Andursson:

—¿A qué distancia y en qué dirección está el pueblo más cercano?

Andursson señaló vagamente por la ventana.

—Sodafoss... Estamos exactamente a cincuenta kilómetros al sur de su plaza central.

A la cifra mencionada por el islandés, Pitt sumó rápidamente la distancia que había recorrido cruzando la meseta, y se volvió de nuevo hacia la radio.

—El aparato cayó aproximadamente a ochenta kilómetros al norte de Sodafoss. Repito: ochenta kilómetros al norte de Sodafoss.

—¿El aparato era civil o militar?

—Militar.

—¿Cuántos supervivientes?

—No lo sé con certeza. Dos, tal vez cuatro.

Pitt esperaba que el almirante entendiera que en realidad eran veinticuatro. El viejo y sagaz oceanógrafo no le falló.

—Ojalá podamos tenerlos sanos y salvos mañana a esta misma hora. —Las veinticuatro horas indicadas por Sandecker disiparon con rapidez sus dudas. Después de una pausa, su voz se oyó baja y queda, con una marcada inflexión de inquietud—. ¿Está contigo la señorita Royal?

—Sí.

Sandecker no respondió de inmediato. Pitt adivinó su repentina palidez, pudo oír cómo contenía de pronto el aliento.

—¿Te ha... te ha causado alguna molestia? —preguntó finalmente el almirante.

Pitt pensó un momento para encontrar las palabras adecuadas.

—Ya sabe cómo son las mujeres, almirante, siempre quejándose. Primero fue un dolor imaginario en los tobillos; ahora dice que se está muriendo de frío. Le quedaré eternamente agradecido si se da prisa y me saca de las manos a esta mujer fastidiosa.

—Haré todo lo posible —contestó Sandecker en el mismo tono áspero de antes—. Espera.

Pitt tarareó suavemente para sí. Aquello estaba llevando demasiado tiempo; cada minuto era precioso, cada segundo, irremplazable. Consultó su reloj: exactamente la una; habían pasado siete horas desde que salió arrastrándose de la hondonada. Sintió un súbito escalofrío y bebió otro trago de la botella.

La radio chisporroteó de nuevo.

—May or Pitt.

—Hable, almirante.

—Aquí tenemos un problema. Todos los helicópteros que hay en la isla están inmovilizados en tierra. Los médicos paracaidistas tendrán que arrojararse desde un avión.

—Entiéndame. Es imperioso que se utilicen helicópteros. Hay que sacar a los

supervivientes por el aire. Y lo más importante, almirante, yo debo dirigir la búsqueda. Repito: yo debo dirigir la búsqueda. El lugar del desastre es invisible desde el aire. Su equipo de rescate podría buscar durante días sin encontrarlo.

Pitt pudo intuir el abatimiento que reinaba al otro lado de la línea. Sandecker tardó mucho tiempo en responder. Después lo hizo con voz fatigada, derrotada, como si estuviera pronunciando una oración fúnebre. Y, en efecto, casi lo era.

—Respuesta negativa. Hay siete helicópteros en la isla. Tres pertenecen a la fuerza aérea, cuatro al departamento islandés de búsqueda y rescate. Todos están siendo reparados. —Sandecker hizo una pausa, luego continuó lentamente—. Aunque la posibilidad parece remota, nuestra gente y las autoridades locales temen que se trate de un sabotaje.

—¡Dios! —murmuró Pitt, y la sangre se le heló de pronto. «Todas las circunstancias...». Estas palabras volvían para acosarlo una y otra vez. Los ordenadores de Kelly habían erigido una muralla muy alta para impedir el rescate. Y la banda de asesinos de Rondheim, con fría eficiencia, había ejecutado al pie de la letra las órdenes electrónicas.

—¿Hay terreno llano suficiente donde estás para que un avión aterrice y te recoja? —insistió Sandecker con ansiedad—. Si la respuesta es afirmativa, podrías dirigir la operación de rescate desde el aire.

—Tal vez un avión pequeño pueda llegar —dijo Pitt—. Aquí tengo un prado llano tan grande como un campo de fútbol.

Afuera, sin que Pitt lo advirtiera, el sol, un perfecto disco anaranjado en las latitudes norteñas, estaba siendo alcanzado por grandes nubes negras que no tardaron en ocultar su brillante resplandor. Se había levantado una brisa fría que mecía la hierba de los prados y colinas. Pitt notó en ese momento la mano de Andursson apoyada en su hombro, y la súbita disminución de la luz en la habitación.

—Se aproxima una tormenta por el norte —dijo solemnemente el islandés—. Antes de una hora nevará.

Pitt apartó la silla y cruzó deprisa la habitación hasta una pequeña ventana doble. Miró con incredulidad hacia afuera, y dio un puñetazo en la pared con desesperación.

—¡Dios mío, no! —susurró—. Para los enfermeros sería un suicidio lanzarse en paracaídas a ciegas en medio de una tormenta de nieve.

—Tampoco un avión podría volar en esas condiciones —dijo Andursson—. He visto iniciarse muchas tormentas procedentes del norte y conozco su ferocidad. Ésta será mala.

Como ebrio, Pitt volvió junto a la radio tambaleándose y se desplomó en la silla. Cubriéndose con las manos el rostro hinchado y lleno de cortes, murmuró con suavidad:

—Que Dios los proteja. Que Dios los proteja a todos. No hay esperanzas, no

hay esperanzas.

La voz de Sandecker sonaba por la radio, pero Pitt no lo oía.

—Tu posición exacta, mayor. ¿Puedes indicarme tu posición exacta?

Andursson se estiró por encima de Pitt y cogió el micrófono.

—Un minuto, almirante Sandecker —dijo con firmeza—. Espere, por favor. —Apretó con fuerza la mano de Pitt, mientras lo miraba con ojos llenos de compasión—. Mayor Pitt, debe dominarse. «El nudo de la muerte, aunque sea duro como la piedra, puede ser desatado por aquel que conoce la hebra frágil».

Pitt levantó lentamente la vista hacia los ojos de Andursson.

—Así que tengo ante mí a otro poeta.

Andursson se limitó a mover la cabeza con timidez en un gesto de asentimiento.

—En esta semana he conocido a más poetas que en toda mi vida —suspiró Pitt.

Después maldijo en voz baja. Ya había perdido demasiado tiempo en charla innecesaria y congoja inútil, y el tiempo se acababa. Necesitaba un plan, un ardid para llegar hasta quienes habían depositado su confianza en él. «Los ordenadores cometen errores —se dijo—. Esos fríos monstruos electrónicos pueden equivocarse». Una equivocación remota que, sin embargo, cabía la posibilidad de que existiera. Su mecanismo no incluye sentimientos, no da lugar a la nostalgia.

—Nostalgia —dijo Pitt en voz alta. Y como saboreando cada sílaba de esta palabra, la repitió una y otra vez.

Andursson lo miró con extrañeza.

—No comprendo.

—Pronto lo comprenderá —dijo Pitt—. No esperaré a encontrar la hebra frágil en su poético nudo de la muerte. Lo cortaré con hojas.

—¿Hojas? —preguntó el anciano más desconcertado que nunca.

—Sí, hojas de propulsor. Tres, para ser exacto.

Hay en este mundo muchos espectáculos maravillosos que contemplar, pero a Pitt nada, ni un cohete de treinta pisos elevándose hacia el espacio, ni un esbelto avión supersónico, podía parecerle tan increíblemente bello como el viejo trimotor Ford, el famoso Ganso de Hojalata, cabeceando y bamboleándose torpemente en el caprichoso viento, entre las negras cortinas de enormes nubes amenazantes. Se preparó para resistir el creciente ventarrón y observó con atención el viejo aparato que, elegante en su fealdad, volaba una vez más en círculo sobre la granja de Andursson antes de que el piloto aflojara las válvulas reguladoras, pasara a menos de tres metros de una cerca y aterrizara en el prado, donde las ruedas de aterrizaje, bien separadas, se detuvieron del todo a menos de sesenta metros del sitio donde había tomado tierra.

Pitt se volvió hacia Andursson.

—Bueno, Golfur, adiós. Gracias por lo que hizo por mí... por todos nosotros.

Golfur Andursson estrechó la mano de Pitt.

—Soy yo quien le agradece, mayor, la oportunidad que me ha dado de ayudar a otros hombres. Que Dios lo acompañe.

Pitt no podía correr, sus costillas rotas no se lo permitían, pero recorrió la distancia que lo separaba del trimotor en menos de treinta segundos. Cuando llegó al lado derecho del fuselaje, la portezuela se abrió, y unos brazos amistosos le ayudaron a subir a la estrecha cabina.

—¿Es usted el mayor Pitt?

Pitt vio a un hombre corpulento como un toro, de rostro tostado y patillas rubias y largas.

—Sí.

—Bienvenido a la escandalosa década de los años veinte. Excelente idea la de utilizar este fósil volador para una misión de rescate. —Y tendió la mano—. Soy el capitán Ben Hull.

—Nos conviene partir, si queremos ganar terreno a la nieve —dijo Pitt estrechando la enorme zarpa de Hull.

—Tiene razón —contestó Hull con voz tonante y vivaz—. Podrían multarnos por estar mal estacionados durante demasiado tiempo.

Hull no hizo comentario alguno sobre el rostro hinchado de Pitt o sus extrañas

ropas.

—Hicimos este viaje sin copiloto, ese asiento está reservado para usted, mayor. Pensamos que le gustaría tener sitio en primera fila para llevarnos hasta el lugar del desastre.

—Antes de concluir la transmisión, pedí un par de cosas al almirante Sandecker.

—Mayor, ese viejo lobo de mar tiene mucha autoridad. Movié cielo y tierra para obtener lo que usted pidió antes de nuestra partida. —Hull sacó de su abrigo un paquete, y con aire inquisitivo añadió—: Aunque no me explico para qué quiere una botella de vodka y una caja de cigarrillos en un momento así.

—Es para unos amigos —dijo Pitt sonriendo.

En la parte de atrás había unos diez hombres instalados en diversas posiciones de descanso sobre el suelo de la cabina; hombres altos, tranquilos, de aspecto decidido, vestidos con ropas apropiadas para el clima ártico. Eran hombres adiestrados para bucear o saltar con paracaídas, eran expertos en métodos de supervivencia y medicina de emergencia, aunque no podían llevar a cabo operaciones quirúrgicas. Aquellos hombres hicieron renacer su confianza en el éxito de la misión.

Se agachó para poder entrar por la portezuela de la carlinga y entró en el estrecho recinto; luego acomodó su dolorido cuerpo en el gastado y agrietado asiento del copiloto sentándose distraído. En cuanto ajustó bien las correas, se volvió hacia el lado del piloto y se encontró con la cara sonriente del sargento Sam Cashman.

—Qué tal, mayor. —En los ojos de Cashman se dibujó la sorpresa—. Dios Todopoderoso, ¿quién le ha destrozado la cara?

—Se lo contaré alguna vez con una copa —respondió Pitt, mientras observaba el tablero de instrumentos y se familiarizaba rápidamente con los anticuados manómetros—. Me sorprende un poco ver...

—Ver a un sargento volando en esta misión, en lugar de un auténtico oficial de vuelo —terminó Cashman—. No puede elegir, mayor. Soy el único en toda la isla que sabe manejar este viejo cacharro. ¿No es una preciosidad? Es capaz de despegar y aterrizar en un billete de un dólar.

—Bueno, sargento. Está usted al mando. Ahora remontemos este aparato al viento. Ponga rumbo hacia el oeste. Seguiremos el río hasta que le indique cuándo debemos virar hacia el sur.

Cashman asintió con la cabeza. Hizo un diestro giro de ciento ochenta grados para poner el Ganso de Hojalata frente al viento que venía del lado opuesto del prado. Luego empujó las tres válvulas reguladoras, y, dando saltos y estremeciéndose, el viejo y pesado avión se acercó a la cerca del otro extremo del campo, situada a unos cien metros de distancia.

Cuando pasaban dando tumbos frente a la puerta de la casita de Golfur

Andursson, con la cola del avión todavía pegada al suelo, Pitt imaginó lo que pensó Charles Lindbergh en 1927 cuando el Espíritu de Saint Louis se elevaba de la pista cenagosa del aeródromo Roosevelt. A Pitt le parecía imposible que, aparte de un helicóptero o un avión liviano de dos asientos, un aparato volador pudiera despegar de la tierra en tan corto espacio. Miró con el rabllo del ojo a Cashman, lo dominaba una calma fría y una tranquilidad total. Cashman silbaba con indiferencia una canción, pero los motores de doscientos caballos de fuerza impidieron a Pitt distinguir la melodía.

No había lugar para las dudas, reflexionó Pitt. Cashman parecía saber manejar un avión como aquél. Cuando habían recorrido ya dos tercios del prado, Cashman empujó hacia adelante la palanca de control y levantó la rueda de cola, tirando luego hacia atrás para que el avión se elevara a escasa distancia del suelo. Entonces Pitt se asustó de veras cuando Cashman bajó de pronto el trimotor al suelo a unos quince metros frente a la cerca. El horror de Pitt se convirtió en asombro cuando el sargento dio otro tirón a los controles e hizo que el viejo Ganso de Hojalata saltara literalmente la cerca y se elevara en el aire.

—¿Dónde infernos aprendió eso? —exclamó Pitt lanzando un gran suspiro de alivio.

En ese momento reconoció la canción que silbaba Cashman; era el tema de una vieja película: £505 hombres magníficos en sus máquinas voladoras.

—Antes trabajaba en Oklahoma rociando los sembrados con insecticida desde un avión —dijo Cashman.

—¿Cómo acabó siendo mecánico en la fuerza aérea?

—Un día mi avioneta tuvo una avería. Cayó en el campo de un granjero y mató a su mejor semental. Todos los habitantes del distrito querían demandarme. Yo no tenía un centavo, de modo que para escapar, me alisté en la fuerza aérea.

Sin poder evitar una sonrisa, Pitt miró el río por el parabrisas. Estaba sesenta metros más abajo. Desde esa altura le era fácil divisar la cuesta donde Andursson lo había encontrado. Entonces vio algo que no esperaba. Casi imperceptiblemente advirtió una larga línea pareja que se extendía hacia el sur. Abrió la pequeña ventanilla lateral y volvió a mirar. Allí estaba, sí: un oscuro trazo verde sobre la estepa de color más claro. Sus pisadas, al hundirse en la blanca vegetación, habían dejado un rastro tan fácil de seguir como la línea continua de una carretera.

—Hacia el sur. Siga ese rastro oscuro hacia el sur —dijo Pitt a Cashman señalando hacia abajo.

Ladeando el avión, Cashman miró por un momento desde la ventanilla lateral. Luego movió la cabeza en un gesto de asentimiento e hizo girar el trimotor hacia el sur. Quince minutos más tarde, el sargento se maravilló por el acertado recorrido que Pitt había hecho hasta el río. Salvo algunas desviaciones para esquivar terrenos accidentados, la marca dejada por Pitt en la tierra era casi

tan recta como una plomada. Quince minutos, eso fue todo lo que necesitó la vieja reliquia para cubrir la misma distancia que Pitt había tardado varias horas en recorrer.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Pitt—. Allí, esa depresión semejante a una grieta donde terminan mis huellas.

—¿Dónde quiere que aterrice, mayor?

—Paralelo al borde de la hondonada. Hay una zona plana que se extiende unos ciento cincuenta metros de este a oeste.

El cielo se oscurecía con rapidez... La tormenta de nieve se avecinaba. Cuando Cashman se disponía a aterrizar, los primeros copos empezaron a salpicar el parabrisas y se deslizaron hasta los bordes del cristal, luego la corriente de aire los arrastró al cielo. Pitt había ganado su carrera, pero sólo por un pequeño margen.

Cashman aterrizó sin tropiezos y con suavidad, a pesar de lo accidentado del terreno y las difíciles condiciones del viento. Calculó su descenso de modo que la portezuela de la cabina del trimotor quedara a unos diez metros del escarpado precipicio.

Apenas se habían detenido las ruedas cuando Pitt saltó del avión y se lanzó resbalando y tropezando al fondo del precipicio. Detrás de él, los hombres de Hull comenzaron a descargar metódicamente los pertrechos y a ordenarlos sobre el suelo húmedo. Dos enfermeros paracaidistas desenrollaron unas sogas y las arrojaron por la pendiente, preparándose para izar a los supervivientes. Pitt no vio estas maniobras. Un solo deseo lo impulsaba: ser el primero en llegar al infierno helado de aquel pozo.

Encontró a Lillie tendido de espaldas y a Tidi agazapada sobre él acunando su cabeza entre sus brazos. Le estaba diciendo algo que Pitt no pudo entender, pues su voz era débil, como un ronco susurro. Tidi se esforzaba por sonreír, pero apenas lograba curvar los labios en una lastimosa sonrisa y no había alegría en su voz ni en sus ojos. Pitt se acercó a ella por detrás y le tocó suavemente el cabello mojado.

—Según parece, ustedes dos se han hecho buenos amigos —dijo.

Tidi se volvió y miró aturrida a Pitt.

—¡Buen Dios, has vuelto! —exclamó estirándose para tocarle la mano—. Me pareció oír un avión. ¡Oh, Dios, qué maravilla, has vuelto!

—Sí —dijo Pitt con una leve sonrisa; luego señaló a Lillie con un movimiento de cabeza y añadió—: ¿Cómo está?

—No lo sé —contestó ella fatigada—. Simplemente, no lo sé. Perdió el conocimiento hace una media hora.

Pitt se arrodilló junto a Lillie para poder escuchar su respiración. Era lenta y sostenida.

—Vivirá. Este tipo tiene un coraje enorme. Lo que no sé es si volverá a

caminar.

Tidi apretó la cara contra la mano de Pitt y se echó a llorar. Su cuerpo, dominado por la emoción, el dolor y el alivio, se estremeció convulsivamente. Él la estrechó fuertemente sin decir nada. Aún la tenía abrazada y le acariciaba el cabello como a una niña, cuando se acercó el capitán Hull.

—Lleven a la muchacha primero —dijo Pitt—. Tiene los tobillos rotos.

—Mis hombres han instalado una carpa en lo alto de la pendiente con una estufa encendida. La señorita estará cómoda allí hasta que el equipo islandés de búsqueda y rescate pueda trasladarla a Reykiavik —Se frotó los ojos con cansancio—. Sus vehículos de transporte terrestre vienen hacia aquí, gracias a que han podido captar nuestras señales de radio.

—¿No pueden llevarla en avión?

Hull negó con la cabeza.

—Lo siento, mayor. Ese viejo trimotor sólo puede llevar ocho camillas en un viaje. Me temo que en el primer cargamento deberían ir los heridos más graves. En esta ocasión las damas tendrán que ser las últimas. —Señaló con la cabeza a Lillie—. Y él, ¿cómo está?

—Tiene los hombros y la pelvis fracturados.

Aparecieron dos hombres de Hull con una camilla en forma de cesta de aluminio.

—Llévense primero a este hombre —ordenó Hull—. Y trátenlo con cuidado, tiene fracturada la espalda.

Los enfermeros paracaidistas depositaron cuidadosamente el cuerpo inerte de Lillie en la camilla, y lo ataron con correas para subirlo a lo alto del precipicio. Pitt se sintió impresionado y agradecido por la eficiencia y la precisión de los hombres de Hull. Apenas tres minutos más tarde, éste volvió en busca de Tidi.

—Bueno, mayor, ahora me llevaré a esta jovencita.

—Tenga cuidado con ella, capitán. Es la secretaria del almirante Sandecker.

Hull parecía no asombrarse por nada. La sorpresa sólo asomó a sus ojos por un instante.

—Bueno, bueno —tronó—. Siendo así, la acompañaré yo mismo.

Levantó con suavidad a Tidi en sus enormes brazos y la llevó hasta una camilla vacía. Después, cumpliendo su palabra, trepó junto a ella hasta lo alto de la pendiente y se aseguró de que quedara cómodamente instalada en la carpa. Luego bajó de nuevo al fondo del precipicio para dirigir la operación de rescate.

Pitt sacó el paquete que llevaba bajo el brazo y cruzó lentamente la hondonada hasta llegar junto al diplomático ruso.

—¿Cómo sigue usted, señor Tamareztov?

—A los rusos nos gusta el frío, mayor Pitt —dijo el interpelado mientras levantaba la palma de la mano y le mostraba un puñadito de nieve que le había caído sobre el pecho—. Moscú no sería Moscú sin una estación entera de nieve.

Para mí la nieve es como el desierto de arena para un árabe: una maldición que es parte de nuestra existencia.

—¿Siente dolor?

—Un viejo bolchevique nunca admite el dolor.

—¡Qué lástima! —comentó Pitt.

—¿Lástima? —dijo Tamareztov mirando a Pitt con suspicacia.

—Sí, pensaba ofrecerle una copita que es el mejor remedio para aliviar las incomodidades causadas por la fiebre de heno, el dolor de cabeza y la indigestión.

—¿Más humor yanqui, mayor?

Pitt dejó que una leve sonrisa asomara a su rostro.

—Sarcasmo yanqui —contestó—. El principal motivo de que los pueblos de otros países nos interpreten mal. El norteamericano tiene una vena sarcástica imposible de comprender. Por ejemplo, tiene usted aquí los frutos de mi viaje a la licorería de la esquina —dijo sentándose junto a Tamareztov y sacando la botella de vodka.

El ruso miró a Pitt con incredulidad.

—Una promesa hecha es una promesa cumplida —dijo Pitt mientras sostenía la cabeza del ruso y llevaba la botella a los labios del herido—. Tome, beba un poco.

Tamareztov vació de un trago un cuarto de la botella. Cuando Pitt la apartó de sus labios, el ruso asintió con la cabeza y masculló palabras de agradecimiento. Luego sus ojos cobraron una expresión cálida y penetrante.

—Es vodka casero, auténtico vodka soviético casero. ¿Cómo lo consiguió? —quiso saber.

—Estaba de oferta —dijo Pitt poniéndole la botella bajo el brazo.

Luego se incorporó y se dispuso a marcharse.

—Mayor Pitt...

—¿Sí?.

—Gracias —dijo simplemente Tamareztov.

Blanco de nieve, y acia tendido, con la mirada vacía fija en las nubes, cuando Pitt lo encontró. Su rostro, calmó y sereno, tenía la expresión de un hombre a quien no alcanza el dolor, un hombre feliz, satisfecho y en paz consigo mismo. Inclinado sobre él, un enfermero lo examinaba.

—¿El corazón? —preguntó Pitt en voz baja temiendo despertarlo.

—Teniendo en cuenta su edad, es lo más probable, señor —contestó el enfermero. Luego se apartó e hizo señas a Hull, que se encontraba de pie a escasa distancia de allí—. ¿Lo evacuamos ahora, capitán?

—Déjenlo tranquilo —dijo Hull—. Nuestra tarea es salvar a los vivos. Este hombre está muerto. Mientras haya la posibilidad de evitar que alguna de estas personas se reúna con él, debemos dedicarle toda nuestra atención.

—Tiene usted razón, por supuesto —dijo Pitt fatigado—. Usted manda, capitán.

El tono de Hull se suavizó al preguntar:

—¿Conoce usted a este hombre, señor?

—Ojalá lo hubiera conocido mejor. Se llama Sam Kelly.

Era evidente que el nombre nada significaba para Hull.

—Permítame llevarlo arriba, mayor. Usted tampoco está demasiado bien.

—No. Me quedaré aquí con Sam.

Pitt cerró suavemente los ojos de Kelly por última vez, y apartó los copos de nieve de su viejo rostro arrugado. Después tomó de la caja un cigarro, que, según pudo ver, era de la marca especial que fumaba Sandecker, y lo metió en el bolsillo delantero de Kelly.

Por un momento Hull permaneció inmóvil tratando de encontrar las palabras adecuadas. Empezó a decir algo, pero lo pensó mejor y se limitó a mover silenciosamente la cabeza en un gesto de comprensión. Luego se volvió y reanudó su tarea.

Sandecker cerró el legajo, lo apartó y se inclinó como si se dispusiera a saltar.

—¡Mi respuesta terminante es no! ¡No daré mi autorización!

—Me pone usted en situación incómoda, almirante.

Estas palabras las pronunció el hombre que se hallaba sentado frente a Sandecker. Era bajo y parecía tan ancho como el sillón. Llevaba puesto un indescriptible traje negro y una camisa blanca adornada con una corbata negra de seda. De vez en cuando, sin darse cuenta, pasaba la mano por su cabeza calva como si buscara el cabello que alguna vez tuvo, y atisbaba con ojos grises que jamás pestañeaban bajo la furiosa mirada de Sandecker.

—Tenía la sincera esperanza de que no hubiera desacuerdo entre nosotros —continuó—. Sin embargo, ya que esto no es posible, debo informarle de que mi presencia aquí es puramente un acto de cortesía. Tengo en mi poder las órdenes para la nueva misión del mayor Pitt.

—¿Quién ha dado esas órdenes? —preguntó el almirante Sandecker.

—Las ha firmado el secretario de Defensa —respondió con naturalidad el individuo.

—No tendrá inconveniente en mostrármelas —dijo Sandecker, que estaba jugando su última carta y lo sabía.

—Muy bien —suspiró su interlocutor. Sacó de su maletín unos papeles y se los entregó a Sandecker.

En silencio, el almirante leyó las órdenes. Luego sus labios se torcieron en una irónica sonrisa.

—No me quedaba otra alternativa, ¿verdad?

—Así es.

Sandecker volvió a mirar los papeles que tenía en las manos y movió la cabeza.

—Me piden ustedes demasiado... demasiado.

—No me agrada esta clase de cosas —dijo el hombre grueso—, pero el tiempo es algo que no nos sobra. Todo este ingenuo plan engendrado por Hermit Limited es impracticable. Admito que resulta emocionante. Salvar al mundo, construir un paraíso. Quién sabe, quizá F. James Kelly tenga la respuesta para el futuro. Pero, por el momento, es el jefe de una banda de maníacos que han

asesinado a casi treinta personas. Y dentro de exactamente diez horas se propone asesinar a dos jefes de estado. Nuestra actitud está determinada por un solo hecho elemental: hay que impedirselo. Y el mayor Pitt es la única persona físicamente capaz de reconocer a los asesinos pagados por Kelly.

Sandecker arrojó los papeles sobre la mesa.

—Físicamente capaz... Nada más que unas malditas palabras carentes de sentimiento. —Se levantó del sillón y paseó de un lado a otro de la habitación—. ¿Me pide que ordene a un hombre que ha sido como un hijo para mí, a un hombre a quien casi mataron a golpes, que se levante de una cama de hospital y siga la pista de una banda de perversos asesinos a diez mil kilómetros de aquí? —Sandecker negó con la cabeza—. No tiene usted idea de lo que me está exigiendo. El valor de un hombre tiene límites. Dirk ya hizo mucho más de lo que se esperaba de él.

—Admito que el valor se reduce al utilizarlo. Y estoy de acuerdo en que el mayor ha hecho más de lo que humanamente se creía posible. Dios sabe que pocos o ninguno de mis hombres podían haber efectuado ese rescate.

—Es posible que estemos discutiendo por nada —sugirió Sandecker—. Tal vez Pitt no esté en condiciones de salir del hospital.

—Temo que sus temores, ¿o debo decir esperanzas?, sean infundados —dijo el hombre calvo mientras revisaba una carpeta parda—. Tengo aquí algunas observaciones de los agentes que han estado custodiando al mayor. —Se interrumpió para leer; luego continuó—: Excelente estado físico, la constitución de un toro, excepcional contacto con... las enfermeras. Catorce horas de descanso, cuidados intensivos e inyecciones de vitaminas, además de la mejor terapia muscular conocida por los médicos más destacados de Islandia. Ha recibido puntos, le han dado masajes y le han vendado las heridas. Afortunadamente, sólo tiene daños graves en las costillas, pero las fracturas son secundarias. En resumen, su estado es lamentable, pero no puedo ser exigente. Me lo llevaría aunque lo estuvieran depositando en un ataúd.

Sandecker, con el rostro pálido e inexpresivo, se volvió hacia la puerta cuando una de las secretarías de la embajada asomó la cabeza por ella.

—El mayor Pitt está aquí, señor —dijo.

Sandecker miró ceñudo al visitante.

—¡Maldita sea! Usted sabía desde el principio que él aceptaría —dijo sin poder disimular su sorpresa.

El gordo se encogió de hombros sin decir nada. Sandecker se puso tenso, y lo miró con resentimiento.

—Bueno, que pase.

Pitt entró y cerró la puerta tras él. Cruzó la habitación muy rígido hasta el sofá vacío y se sentó lentamente en los cojines mullidos. Tenía toda la cabeza vendada; únicamente los agujeros para los ojos y la nariz, además de la abertura

superior por donde asomaba un parche de cabello negro, daban indicios de vida bajo los rollos de gasa blanca. Sandecker trató de mirar bajo los vendajes; los profundos ojos verdes no pestañearon.

Sandecker se sentó detrás del escritorio y unió las manos por detrás de la cabeza.

—¿Saben los médicos del hospital dónde estás?

—Sospecho que se lo preguntarán dentro de media hora —dijo Pitt sonriendo.

—Creo que ya conoces a este caballero —continuó Sandecker señalando al hombre gordo.

—Hemos hablado por teléfono —respondió Pitt—. No hemos sido formalmente presentados... Al menos, no con los nombres correctos.

El hombre grueso se levantó rápidamente.

—Kippmann, Dean Kippmann —dijo tendiéndole la mano.

Pitt se la estrechó. Era engañosa: el apretón no había sido suave ni débil.

—Dean Kippmann —repitió Pitt—. El jefe de la agencia nacional de contraespionaje. No hay nada como tratar con personas importantes.

—Agradeceremos profundamente su ayuda —dijo Kippmann cordialmente

—. ¿Tiene ganas de hacer un viajecito en avión?

—Después de Islandia, un poco de sol sudamericano no me vendrá mal.

—Disfrutará del sol, sin duda —dijo Kippmann acariciándose de nuevo la piel del cráneo—. En particular la variedad del sur de California...

—¿El sur de California?

—Esta tarde a las cuatro.

—¿Esta tarde a las cuatro?

—En Disney landia.

—¿En Disney landia?

Sandecker intervino pacientemente:

—Me doy cuenta de que no es precisamente allí donde pensabas ir. Pero no nos hace falta el eco.

—Con todo respeto, señor, pero esto es ilógico.

—Hasta hace una hora, nosotros decíamos lo mismo —contestó Kippmann.

—¿Qué se proponen con exactitud? —quiso saber Pitt.

—Esto —dijo Kippmann, mientras sacaba más papeles de su aparentemente insondable maletín y los estudiaba brevemente—. Hasta que pudimos interrogarlo a usted y a los otros supervivientes que estaban en condiciones, sólo teníamos una vaga idea de lo que la Hermit Limited se proponía. Sabíamos que existía, y tuvimos la suerte de descubrir un reducido porcentaje de sus tratos comerciales, pero su objetivo final, los cerebros, el dinero que financiaba toda la operación, seguían siendo un misterio.

Pitt lo interrumpió cautelosamente:

—Pero tenían una pista. Sospechaban del doctor Hunnewell.

—Me alegro de que no lo haya descubierto antes, mayor. Sí; la agencia de inteligencia seguía la pista del doctor Hunnewell. No tenemos pruebas concretas, por supuesto. Por eso le preparamos una trampa con la esperanza de que nos condujera hasta los cabecillas de la organización.

—¡Oh, Dios, era una trampa! —No es fácil lanzar una exclamación de furia y un gemido de angustia al mismo tiempo, pero Pitt lo consiguió—. Todo lo que ocurrió en aquel iceberg era una trampa.

—Sí. Hunnewell nos llamó la atención cuando proporcionó tan atentamente las soluciones adecuadas para la sonda submarina de Fyrie Limited, pero no colaboró en absoluto en los intentos de desarrollarla en su propio país.

—Entonces, el Lax sepultado en el iceberg era un engaño —dijo Pitt—. Era la carta que ustedes se guardaban en la manga. Estaban seguros de que Hunnewell se presentaría como investigador cuando el almirante se lo pidiera, lo que parecía pura coincidencia. Es probable que Hunnewell no pudiera dar crédito a su suerte. Se ofreció como voluntario, no para ver qué le había ocurrido a su viejo amigo Kristjan Fyrie (eso ya lo suponía), ni para inspeccionar el extraño fenómeno de un barco atrapado en el hielo, sino para descubrir qué había pasado con su preciosa sonda submarina.

—Otra vez sí, mayor —dijo Kippmann, y le entregó varias fotografías—. Estas son imágenes tomadas desde el submarino que vigiló al Lax durante casi tres semanas. Muestran un rasgo insólito de la tripulación.

Pitt ignoró por un momento a Kippmann y miró fijamente a Sandecker con severidad.

—Por fin se revela la verdad. La flota expedicionaria encontró el Lax y luego lo siguió hasta que el barco se incendió.

Sandecker se encogió de hombros.

—El señor Kippmann se tomó la molestia de informarme anoche de ese interesante dato.

Los diabólicos rasgos del almirante y su tirante sonrisa no indicaba cordialidad alguna hacia Kippmann.

—Está en su derecho de reprochárnoslo —contestó éste con seriedad—, pero era vital que ustedes dos fueran mantenidos al margen de nuestro trabajo. Si Kelly o Rondheim, especialmente Hunnewell, hubieran intuido la conexión que ustedes tenían con nosotros, nuestra operación hubiera fracasado. —Clavó la mirada en Pitt y bajó la voz—. Mayor, usted debía actuar como piloto y escolta para Hunnewell mientras él inspeccionaba el Lax. Después tenía que llevarlo hasta Reykiavik donde habríamos vuelto a observar sus movimientos.

—Pues no resultó ser así, ¿verdad?

—Subestimamos al otro bando —dijo Kippmann con sinceridad.

Pitt chupó un cigarrillo y contempló ociosamente el humo que se alzaba hasta el techo.

—No ha explicado cómo apareció el Lax en el iceberg. Tampoco nos ha dicho qué pasó con la tripulación pirata, ni cómo es posible que Fyrie, su tripulación y sus científicos desaparecieran durante más de un año y luego se descubrieran sus cadáveres carbonizados en el barco.

—Las respuestas a ambas preguntas son sencillas —afirmó Kippmann—. La tripulación de Fyrie nunca salió de la nave.

Sandecker retiró las manos de detrás de la cabeza y se inclinó lentamente para colocarlas sobre el escritorio. Su mirada era dura como la roca.

—Matajic informó sobre una tripulación de árabes, no de rubios escandinavos —dijo.

—Es cierto —admitió Kippmann—. Si me hacen el favor de mirar estas fotografías, verán lo que quiero decir respecto de la tripulación.

Dio las fotos a Sandecker, y copias de las mismas a Pitt. Luego se arrellanó en el sillón y encendió un cigarrillo que había introducido en una larga boquilla. Su tranquilidad era absoluta. Pitt pensó que ese hombre sería capaz de bostezar si lo acuchillaban en la ingle.

—Por favor, fíjese en la foto número uno —dijo Kippmann—. Fue tomada con una lente de telefoto muy potente colocada en un periscopio. Como ven, muestra con claridad a diez tripulantes cumpliendo sus tareas en diversas partes del barco. Ninguno de ellos tiene la piel oscura.

—Coincidencia —dijo cautelosamente Sandecker—. Es posible que los árabes descritos por Matajic estuvieran abajo.

—Es una remota posibilidad, almirante, si sólo contáramos con esta foto. Sin embargo, hay más fotografías, tomadas en momentos distintos y en días diferentes. Después de estudiarlas, hemos concluido que en el barco había aproximadamente catorce hombres, ninguno de ascendencia árabe. Caballeros, no hay duda de que si en ese barco hubiera habido un solo árabe, éste tendría que haber aparecido en alguna foto en un período de tres semanas... —Se interrumpió para golpetear la boquilla contra el borde del cenicero—. Además, hemos identificado a los hombres de esas fotografías; son las mismas personas que zarparon en el Lax poco antes de que éste desapareciera.

—Pero ¿y Matajic? —indagó Sandecker—. Era un científico destacado, un experto en observaciones exactas. Sin duda estaba seguro de lo que vio.

—Matajic vio a hombres que simulaban pertenecer a otras nacionalidades —explicó Kippmann—. Los tripulantes eran unos maestros en el arte del disfraz cuando Matajic se encontró con ellos, hay que tener en cuenta que por entonces ya habían visitado varios puertos. No corrieron el riesgo de ser reconocidos. Son meras suposiciones, por supuesto, nunca lo sabremos con certeza, pero casi se podría asegurar que los tripulantes sorprendieron a O'Riley observándolos y se disfrazaron antes de que Matajic llegara a bordo para cenar.

—Entiendo —dijo Pitt en voz baja—. ¿Y después?

—Ya puede adivinar el resto, si es que no lo sabe. —Kippmann jugueteó un momento con su boquilla, luego prosiguió—. No es difícil imaginar que de algún modo el celtinio 279 se encendió y transformó al Lax en una tea flotante. Nuestro submarino presenció el desastre sin poder hacer nada. Sucedió tan rápido que no hubo supervivientes. Afortunadamente, el capitán del submarino era un hombre inteligente. Se acercaba una tormenta, y él sabía que en poco tiempo las chapas ardientes del barco del Lax se enfriarían y se contraerían hasta que las juntas reventaran y el agua del mar lo inundara y hundiera; un final que por la tormenta de fuerza ocho que se acumulaba en el horizonte aceleraría.

—De modo que un submarino de veinte millones de dólares se convirtió en un remolcador que empujó el casco en llamas contra un iceberg cercano hasta que penetró en él —dijo Pitt mirando a Kippmann con expresión placentera.

—Su teoría es correcta, mayor —contestó Kippmann con voz tenue.

—La teoría no es mía, sino del doctor Hunnewell —sonrió Pitt—. Fue a él a quien se le ocurrió pensar en una vara caliente entrando en el hielo.

—Comprendo —dijo Kippmann, aunque no era cierto.

—La otra pregunta que me interesa de manera directa... —se interrumpió un momento mientras apagaba su cigarrillo— es ¿por qué nos enviaron a Hunnewell y a mí por todo el Atlántico Norte en busca de ese iceberg y después borraron las señales de pintura que lo identificaban? ¿Por qué planificaron las cosas para que Hunnewell partiera en busca del Lax, y después intentaron deliberadamente esconder el barco?

Kippmann miró a Pitt impasible.

—Gracias a usted, mayor, mis hombres tuvieron que romperse el lomo trabajando a bajas temperaturas para quitar la pintura roja con que la Guardia Costera había señalado el iceberg. Lo que ocurrió fue que ustedes aparecieron dos días antes de lo programado.

—Estaban inspeccionando el Lax minuciosamente, y no habían terminado cuando Hunnewell y yo aparecimos en escena, ¿verdad?

—Exactamente —admitió Kippmann—. Nadie previo que usted volaría en helicóptero cuando aún no se había disipado la peor tempestad de la temporada.

—Entonces sus hombres estaban allí... —Pitt se interrumpió, miró pensativo a Kippmann y luego prosiguió con voz queda—: Sus agentes estaban ocultos en el iceberg mientras Hunnewell y yo explorábamos el Lax.

Kippmann se encogió de hombros.

—Ustedes no nos dieron tiempo, no pudimos facilitarles la retirada.

Pitt se levantó a medias del diván.

—¿Quiere decir que se quedaron sin hacer nada cuando Hunnewell y yo estuvimos a punto de caer al agua desde el iceberg? ¿Ni sogas, ni ayuda, ni una palabra de aliento, nada?

—En nuestra profesión debemos ser implacables —dijo Kippmann con

sonrisa fatigada—. No nos gusta, pero tenemos que serlo. Así es el juego.

—¿Qué juego? —preguntó Pitt—. ¿Una intriga fantástica? ¿Una pelea a muerte simulada? Vaya oficio miserable el suyo.

—Es un ciclo interminable, amigo mío —dijo ácidamente Kippmann—. No fuimos nosotros quienes empezamos así. Estados Unidos ha sido siempre el «bueno» de la película. Pero no se puede hacer de caballero andante cuando el otro bando emplea todos los métodos sucios existentes.

—Admito que somos el país de los incautos, siempre hemos creído que el bien debe triunfar sobre el mal. Pero ¿adonde nos lleva eso? ¿De nuevo a Disney landia?

—Ya hablaré de eso a su debido tiempo —dijo Kippmann—. Ahora bien; según lo informado por usted y las demás personas en el hospital, Hermit Limited se propone entrar en acción dentro de aproximadamente nueve horas y cinco minutos. El primer paso será asesinar al líder del país latinoamericano del cual se proponen apoderarse. ¿Estoy en lo cierto?

—Eso dijo Kelly —asintió Pitt—. Habló de empezar por Bolivia.

—No debería creer todo lo que oye, mayor. Kelly utilizó a Bolivia como ejemplo. Él y su grupo no tienen la fuerza suficiente como para apoderarse de un país tan grande. Además Kelly es un hombre de negocios que no intentaría nada a menos de estar seguro en un noventa por ciento de obtener ganancias.

—Hay cinco o seis que podrían ser el objetivo de la organización —intervino Sandecker—. ¿Cómo demonios pueden saber cuál es?

—También nosotros tenemos ordenadores —respondió Kippmann con cierta satisfacción—. Una vez procesados los datos, las posibilidades se redujeron a cuatro países. Y el mayor Pitt, amablemente, las redujo a dos.

—No lo entiendo —admitió Pitt—. ¿Cómo es posible que yo...?

—Las maquetas que sacó del mar —se apresuró a interrumpirlo Kippmann—. Una es la réplica exacta del edificio del gobierno de la República Dominicana. La otra representa el Parlamento de la Guayana Francesa.

—En el mejor de los casos, hay un cincuenta por ciento de posibilidades —comentó Sandecker con lentitud.

—En realidad, no —dijo Kippmann—. La agencia de inteligencia cree que Kelly y su pequeña brigada intentarán un doble ataque.

—¡Los dos países al mismo tiempo! —exclamó Sandecker mirando inquisitivamente a Kippmann—. No hablará en serio.

—Sí, hablamos en serio, y si me perdona la expresión, con una seriedad mortal.

—¿Qué espera ganar Kelly dividiendo sus esfuerzos? —objetó Pitt.

—Tratar de apoderarse de la República Dominicana y de la Guayana Francesa al mismo tiempo no es tan arriesgado como parece —respondió Kippmann mientras sacaba de la carpeta un mapa y lo desplegaba sobre el

escritorio de Sandecker—. En la costa norte de Sudamérica están Venezuela y las Guayanas Británica, Holandesa y Francesa. Más al norte, a un día de viaje en barco y pocas horas de vuelo en avión, está Haití y la República Dominicana. Estratégicamente, es una situación envidiable.

—¿De qué modo?

—Imaginen —sugirió Kippmann pensativo—, imaginen a un dictador que gobernara Cuba y también Florida.

Sandecker miró fijamente a Kippmann.

—Por Dios, sí que es una buena jugada. Sería sólo cuestión de tiempo que Hermit Limited, operando en la misma isla, estrangulara la economía de Haití y se apoderara de ese país.

—Sí. Después, usando la isla como base, podrían extenderse lentamente por los países latinoamericanos centrales y absorberlos uno por uno.

—La historia recuerda que Fidel Castro trató de infiltrarse en los países continentales y fracasó en todas las ocasiones —dijo Pitt impasible.

—Sí —dijo Kippmann—. Pero Kelly y Hermit Limited contarán con algo que Castro no tenía: un punto de apoyo. Kelly tendrá la Guayana Francesa. —Se interrumpió un momento para reflexionar—. Un punto de apoyo tan seguro y firme como el que los Aliados tenían en 1944 cuando invadieron Francia en Normandía.

Pitt movió lentamente la cabeza.

—Y yo que creí demente a Kelly. El canalla podría conseguir lo que se propone. Podría llegar a realizar su fantástico plan.

Kippmann asintió con la cabeza.

—Digamos que, en la actualidad, teniendo en cuenta todos los hechos, los cálculos de probabilidades favorecen a Kelly y Hermit Limited.

—Tal vez deberíamos dejar que lo hiciera —dijo Sandecker—. Tal vez esté predestinado a lograr su utopía.

—No, eso no sucederá —dijo Kippmann con calma—. No puede suceder jamás.

—Parece usted muy seguro —comentó Pitt.

—Creo que no se lo he dicho antes —dijo Kippmann con una tenue sonrisa y sin dejar de mirarlo—. Uno de los pajarracos que intentó matarlo en el consultorio de aquel médico decidió colaborar. Nos contó una historia extraordinaria.

—Según parece, olvidó contarnos algunas cosas —observó ácidamente Sandecker.

Kippmann continuó:

—La gloriosa iniciativa de Kelly está condenada al fracaso, lo sé por buenas fuentes. —Hizo una pausa, y mostró una risa aún más amplia—. En cuanto Hermit Limited se establezca en la República Dominicana y la Guayana

Francesa, habrá una lucha por el poder entre los miembros de la organización. El amigo del mayor Pitt, Oskar Rondheim, se propone eliminar a Kelly, Marks, Von Hummel y los demás miembros, y convertirse en presidente de Hermit Limited. Lamentablemente, las futuras intenciones del señor Rondheim difícilmente puedan clasificarse como honorables o benévolas.

Tidi estaba sentada coquetamente en un sillón de ruedas junto al lecho de Lillie, cuando Pitt entró en la habitación del hospital seguido por Sandecker y Kippmann.

Los médicos dicen que ustedes dos sobrevivirán —sonrió Pitt—. He venido a despedirme.

—¿Te marchas? —preguntó Tidi con tristeza.

—Sí. Alguien tiene que identificar a los pistoleros de Rondheim.

—Ten... ten cuidado —balbuceó ella—. Después de todo lo que hiciste para salvarnos, no queremos perderte.

—¿Por qué no me dijo en la hondonada que tenía las costillas rotas? —dijo Lillie muy serio, mientras levantaba la cabeza con rigidez.

—Yo era el único que podía caminar. Además, siempre me entusiasmo cuando tengo un buen público.

—Tenía el mejor —sonrió Lillie.

—¿Qué tal su espalda? —preguntó Pitt.

—No quiero pensar cuánto tiempo más tendré que estar enyesado, pero al menos podré volver a bailar cuando me lo saquen.

Pitt miró a Tidi. Tenía el rostro pálido, y los ojos llenos de lágrimas. Pitt comprendió.

—Cuando llegue el gran día —dijo con forzada sonrisa—, lo celebraremos con una fiesta, aunque para eso tenga que beber la cerveza de su padre.

—Eso ya lo veremos —dijo Lillie.

Sandecker se despejó la garganta antes de hablar.

—Ejem... Veo que la señorita Royal es tan buena enfermera como secretaria.

Lillie apretó la mano de Tidi.

—Me rompería un hueso cada día de la semana si con eso pudiera conocer siempre a una mujer como ella.

Hubo un breve silencio.

—Nuestro transporte de la fuerza aérea está esperando —dijo Kippmann finalmente.

Pitt se inclinó para besar a Tidi; luego estrechó la mano de Lillie.

—Hasta pronto. Espero la invitación para esa fiesta. —Mostrando las palmas hacia arriba, se encogió de hombros con aire desvalido—. Sólo Dios sabe cuándo encontraré a una mujer que quiera dejarse ver en público conmigo, mientras tenga la cara tan estropeada.

Tidi rió. Pitt le apretó el hombro antes de volverse y salir de la habitación.

En el automóvil que los conducía a la base aérea, Pitt clavó la mirada en la ventanilla, pero no veía nada, sus pensamientos se centraban en el hospital.

—Nunca volverá a caminar, ¿verdad?

Kippmann movió tristemente la cabeza en un gesto negativo.

—Es dudoso... muy dudoso.

Quince minutos después, sin que se hubiera pronunciado una palabra, llegaron al aeropuerto de Keflavik donde encontraron un bombardero B-92 de reconocimiento de la fuerza aérea esperando junto a la estación terminal. Diez minutos más tarde el avión supersónico recorrió la pista para despegar y, finalmente, sobrevoló el océano.

Solo, en la estación terminal, Sandecker siguió con la mirada el avión que se alzaba hacia el cielo azul hasta desaparecer en la distancia. Después, tristemente, regresó al automóvil.

Debido a las siete horas que se ganan al volar de este a oeste, y a los veinte mil kilómetros por hora adicionales del bombardero de propulsión a chorro, era todavía la mañana del mismo día en que Pitt partió de Islandia, cuando se despertó soñoliento en el estrecho recinto de la cabina. Al mirar ociosamente por la ventanilla lateral, observó la diminuta sombra del avión que cruzaba veloz las verdes laderas de las montañas de la sierra Madre.

Y ahora ¿qué? Pitt contempló con sonrisa irónica su reflejo en el vidrio mientras el bombardero se alejaba de las colinas y atravesaba el valle San Gabriel envuelto en una neblina. Abajo se extendía ya el océano Pacífico, y Pitt apartó su mente del pasado y la guió hacia el futuro inmediato. No sabía cómo, ni había pensado un plan, pero estaba seguro de que, cualesquiera que fuesen los obstáculos, mataría a Oskar Rondheim.

Sus pensamientos volvieron bruscamente al presente cuando el mecanismo de aterrizaje se abrió con una sacudida y quedó preparado.

—¿Ha dormido bien?—dijo Dean Kippmann dándole un codazo.

—Como un muerto.

El B-29 tocó tierra, y los motores bramaron cuando el piloto movió los controles. Afuera, el día parecía cálido y acogedor, y el sol de California resplandecía cegador sobre las hileras interminables de aviones militares estacionados junto a las pistas de aterrizaje. Pitt leyó las grandes letras pintadas en un gigantesco hangar:

«BIENVENIDOS A LA ESTACIÓN AÉREA MARINA EL TORO».

Los motores del bombardero se detuvieron lentamente, y un automóvil se acercó a toda velocidad mientras Pitt, Kippmann y la tripulación del avión bajaban a tierra por una escalerilla. De una camioneta Ford azul descendieron dos hombres que se aproximaron a Kippmann. Se intercambiaron saludos y apretones de manos. Después todos se dirigieron al coche. Pitt, que había quedado aparte, los siguió.

Junto a la puerta abierta del vehículo, los tres hombres juntaron las cabezas y conversaron en voz baja mientras Pitt, a pocos metros de distancia, disfrutaba de un cigarrillo. Finalmente Kippmann se acercó a él.

—Parece que estamos a punto de interrumpir una reunión familiar —dijo el

agente.

—¿Qué quiere decir?

—Que están todos aquí. Kelly, Marks, Rondheim; toda la banda.

—¿Aquí en California?—dijo incrédulo Pitt.

—Sí; les seguimos el rastro en cuanto salieron de Islandia. El número de serie del avión negro que usted descubrió resultó ser un dato importante. Hermit Limited compró a la fábrica seis aparatos del mismo modelo con números consecutivos. En este momento tenemos vigilados los cinco aviones restantes.

—Estoy impresionado. Han trabajado con rapidez.

Kippmann sonrió.

—No fue tan difícil. Podría haberlo sido si los aviones hubieran estado dispersos por el mundo, pero se encuentran estacionados todos juntos, a exactamente quince kilómetros de aquí, en el aeropuerto del distrito de Orange.

—Entonces el cuartel general de Kelly debe estar cerca.

—En las colinas de detrás de la playa Laguna, un complejo de doscientos mil metros cuadrados —dijo Kippmann señalando hacia el suroeste—. Además, Hermit Limited tiene a su servicio a más de trescientos empleados que creen estar haciendo importantes análisis políticos para sus gobiernos.

—¿Y ahora adónde vamos?

Kippmann indicó a Pitt que subiera al coche.

—A Disneylandia —respondió Kippmann solemnemente, mientras le indicaba a Pitt que subiera al coche—. A impedir un doble asesinato.

Tomaron la carretera de Santa Ana hacia el norte, entrando y saliendo del liviano tránsito matinal. Cuando pasaron el desvío de la playa de Newport, Pitt se preguntó si la hermosa pelirroja a quien había conocido pocos días antes en la playa lo estaría esperando todavía en el hotel Newporter.

Kippmann sacó dos fotografías y se las enseñó a Pitt.

—Éstos son los hombres que están en peligro.

—Éste es Pablo Castillo, el presidente de la República Dominicana —dijo Pitt señalando una de las fotos.

Kippmann asintió con la cabeza.

—Un brillante economista, y uno de los principales miembros de la derecha latinoamericana. Desde que está en el poder, ha iniciado un ambicioso programa de reforma. Por primera vez, el pueblo de su país irradia una atmósfera de confianza y optimismo. A nuestro Departamento de Estado no le gustaría que Kelly arruinara los proyectos de Castillo, precisamente ahora que hay esperanzas de que la República Dominicana se vuelva económicamente estable.

—No logro identificar al otro hombre —dijo Pitt mirando la otra fotografía.

—Es Juan de Croix —informó Kippmann—. Un médico muy prestigioso de origen indo-oriental y líder del Partido Popular Progresista, que ganó las elecciones hace apenas seis meses. Ahora es presidente de la Guayana Francesa.

—Si no recuerdo mal, según los periódicos, tiene problemas.

—Sí, es cierto —admitió Kippmann—. La Guayana Francesa es menos próspera que las Guayanas Británica u Holandesa. Hace cinco años se desarrolló un movimiento separatista, pero sólo ante la amenaza de una revolución los franceses autorizaron una nueva constitución y elecciones generales. De Croix, por supuesto, obtuvo la mayoría de los votos, y proclamó la independencia. Su lucha es difícil. Su país sufre toda clase de enfermedades tropicales, y hay escasez de alimentos. No lo envidio; nadie lo envidia.

—El gobierno de De Croix es vulnerable —comentó Pitt pensativo—. Pero ¿y el gabinete de Castillo? ¿Sus ministros tienen la fuerza suficiente para mantener las riendas del país si muere?

—Tienen el apoyo del pueblo. Pero el ejército dominicano no es demasiado leal. No cabe duda de que una junta militar se haría cargo del poder, a no ser que Kelly comprara a los generales.

—¿Cómo es que estos dos hombres se encuentran en el mismo sitio al mismo tiempo?

—Si leyera los diarios, sabría que los líderes del hemisferio occidental acaban de celebrar una reunión de la Alianza para el Progreso Económico y Agrícola en San Francisco. De Croix, Castillo y otros líderes latinoamericanos están haciendo un poco de turismo antes de regresar a sus respectivos países. Así de sencillo.

—¿Por qué no impidió que entraran en el parque de diversiones?

—Lo intenté, pero cuando nuestras fuerzas internas de seguridad pudieron actuar, ya era tarde. Hace dos horas que De Croix y Castillo se encuentran en el parque, y ambos se niegan a salir. Sólo podemos cruzar los dedos y rogar para que los asesinos de Ronnheim se atengan al horario que habían establecido.

—¿No se arriesga demasiado? —preguntó lentamente Pitt.

Kippmann se encogió de hombros con indiferencia.

—Se pueden controlar ciertas cosas; con otras, sólo se puede vigilar y estar preparado.

El automóvil salió de la carretera y entró en el bulevar del puerto. Al poco rato se detuvo frente a la entrada de los empleados. Mientras el conductor mostraba sus credenciales y pedía instrucciones al guardia, Pitt se asomó por la ventanilla para observar el tren de un solo riel que pasaba por encima de ellos. Se encontraban en el extremo norte del parque, y desde allí lo único que podía ver sobre las floridas colinas que rodeaban los edificios era la mitad superior del Matterhorn y los torreones del castillo del País de la Fantasía. Se abrió el portón y los dejaron pasar.

Mientras Pitt recorría el pasillo subterráneo rumbo a las oficinas de vigilancia del parque, pensó con nostalgia en la cama del hospital de Reykiavik y se preguntó cuándo podría acostarse en otra igual. Aunque no sabía con certeza qué esperaba hallar en las oficinas de vigilancia, lo cierto es que nunca se hubiera

imaginado lo que encontró.

La sala principal de reuniones era enorme; parecía una copia en pequeña escala de la sala de guerra del Pentágono. La mesa central medía aproximadamente quince metros y la rodeaban más de veinte personas. En un rincón había una radio y el operador estaba indicando lugares a un hombre que estaba sobre una rampa cerca de un mapa que debía medir tres metros y cubría la mitad de la pared opuesta. Pitt rodeó lentamente la mesa hasta detenerse bajo el mapa, bellamente trazado y pintado, de Disneylandia. Estaba observando las numerosas luces de colores y el rastro de cinta adhesiva azul fosforescente que el encargado extendía sobre las zonas de tránsito del parque, cuando Kippmann le tocó un hombro.

—¿Listo para empezar a trabajar? —preguntó.

—Mi cuerpo funciona todavía con la hora islandesa. Allá son las cinco de la mañana. Me vendría bien algún estimulante.

—Lo siento, señor —intervino un hombre corpulento y alto que fumaba en pipa y llevaba unas gafas muy modernas sin armazón—. Nunca se ha permitido el alcohol en ninguna zona del parque desde que lo inauguramos. Y pensamos seguir así.

—Pues lo lamento —dijo Pitt sin alterarse, y miró a Kippmann con curiosidad.

—Mayor Pitt, permítame presentarle al señor Dan Lazard, jefe de vigilancia del parque —dijo Kippmann.

Lazard estrechó su mano con firmeza.

—El señor Kippmann me explicó lo referente a sus heridas. ¿Cree estar en condiciones?

—Saldré del paso —dijo Pitt sombríamente—. Pero tendremos que hacer algo respecto de mi cara vendada. Con este aspecto llamo demasiado la atención.

Un brillo de regocijo asomó a los ojos de Lazard.

—Creo que podremos arreglarlo. Nadie advertirá sus vendajes... Ni siquiera la enfermera que se los hizo.

Más tarde, Pitt se detuvo frente a un espejo que lo reflejaba de cuerpo entero y adoptó una pose amenazante. No supo si echarse a reír o maldecir en voz alta cuando vio la imagen aterradora del Lobo Feroz.

—Debe admitir que ni su propia madre lo reconocería así vestido —dijo Kippmann tratando de contener la risa.

—Supongo que es un disfraz muy apropiado para mi personalidad —comentó Pitt, que luego se quitó la cabeza de lobo, se sentó en una silla y suspiró—. ¿Cuánto tiempo nos queda?

—Falta una hora y cuarenta minutos para el límite fijado por Kelly.

—¿No le parece que debería intervenir ya? No me deja mucho tiempo para descubrir a los asesinos; si es que logro hacerlo.

—Entre mis hombres, el personal de vigilancia del parque y los agentes del FBI, debe haber casi cuarenta personas concentrando todos sus esfuerzos en impedir el asesinato. A usted lo reservo para el último momento, en caso de que la situación sea crítica.

—Agotar sus posibilidades hasta el final. —Pitt se reclinó para descansar—. No puedo decir que apruebe sus tácticas.

—No trabaja usted con aficionados, mayor. Todas las personas que están ahí afuera son profesionales. Algunos están disfrazados, como usted, otros pasean cogidos de la mano como si fueran novios, otros fingen ser familias que disfrutan de los juegos y otros trabajan como si fueran empleados. Tenemos hombres apostados en los tejados y en las falsas oficinas de la planta alta con telescopios y binoculares —explicó Kippmann con voz suave pero segura—. Los asesinos serán descubiertos y detenidos antes de que cumplan sus sucios objetivos. Las medidas que hemos adoptado para evitar que Kelly logre lo que se propone son insuperables.

—Dígaselo a Oskar Rondheim —dijo Pitt—. El puede ser la falla que desbarate sus buenas intenciones. Ustedes no conocen a su adversario.

Un pesado silencio reinó en la pequeña habitación. Kippmann se frotó la cara con las manos, luego movió lentamente la cabeza como si se dispusiera a hacer algo que le disgustaba en grado sumo. Finalmente cogió el maletín y entregó a Pitt una carpeta marcada con una sencilla inscripción: « 078-34.»

—Admito que nunca lo he visto cara a cara, pero no es un desconocido para mí —afirmó Kippmann, y leyó—: « Oskar Rondheim, alias Max Rolland, alias Hugo von Klausen, alias Chatford Marazan, nombre real Carzo Butera, nacido en Brooklyn, Nueva York, el 15 de julio de 1940.» Podría hablar durante horas de sus arrestos y condenas. Era un personaje bastante importante en el puerto neoyorquino. Organizó el sindicato de pescadores, pero finalmente fue expulsado y desapareció. En estos últimos años hemos vigilado de cerca al señor Rondheim y sus empresas del albatros, y tras arduas investigaciones, descubrimos a Carzo Butera.

En el rostro de Pitt apareció una sonrisa sarcástica.

—Ya entiendo. Sería interesante ver qué habladurías escandalosas conoce sobre mí.

—Lo tengo aquí mismo —dijo Kippmann sonriendo a su vez—. ¿Quiere verlo?

—No, gracias. No me diría nada que no sepa ya —dijo secamente Pitt—. En cambio, me interesa saber qué datos tienen acerca de Kirsti Fyrie.

Kippmann se sorprendió como si hubiera recibido un balazo.

—Tenía esperanza de que no la mencionara.

—¿También tiene su informe? —preguntó Pitt, aunque más parecía una afirmación que una pregunta.

—Sí —contestó brevemente Kippmann. Comprendiendo que no tenía modo de evitarlo, ningún argumento sólido, suspiró inquieto y entregó a Pitt el legajo número 883-57.

Pitt tendió la mano y tomó la carpeta. Durante diez minutos examinó su contenido, hojeando con suma lentitud, casi a regañadientes, documentos, fotos, informes y cartas. Después, finalmente, como en un sueño, cerró la carpeta y se la devolvió a Kippmann.

—No puedo creerlo. Es ridículo. Me niego a creerlo.

—Me temo que todo lo que ha leído es verdad —contestó Kippmann con voz queda y tranquila.

Pitt se paseó el dorso de la mano por los ojos.

—Jamás, ni en mil años habría... —Su voz se apagó.

—A nosotros también nos dejó boquiabiertos. Tuvimos el primer indicio cuando no pudimos hallar ni rastro de ella en Nueva Guinea.

—Lo sé. Sabía que mentía al respecto.

—¿Lo sabía? Pero ¿cómo?

—Cuando cenamos juntos en Reykiavik, describí una receta de carne de tiburón envuelta en equidna. La señorita Fyrie no me contradijo. Algo bastante extraño en una misionera que pasó años en las junglas de Nueva Guinea, ¿no le parece?

—¿Cómo diablos quiere que lo sepa? —preguntó Kippmann encogiéndose de hombros—. No tengo la menor idea de qué significa equidna.

—Un equidna —explicó Pitt— es un mamífero espinoso que come hormigas y pone huevos. Muy común en Nueva Guinea.

—La verdad es que no la culpo por no haber advertido la trampa.

—¿Cómo reaccionaría usted si le dijera que me propongo asar un bistec neoyorquino envuelto en púas de puerco espín?

—Objetaría.

—¿Lo comprende ahora?

Kippmann fijó en Pitt una mirada de admiración.

—¿Por qué desconfió de ella? Hubo de observar algún indicio sospechoso.

—Su bronceado —contestó Pitt—. Era suave; algo imposible si se han pasado años en una jungla tropical.

—Es usted muy observador —murmuró Kippmann pensativo—. Pero ¿por qué? ¿Por qué se le ocurrió tenderle una trampa a alguien a quien apenas conocía?

—En parte por la misma razón que me tiene aquí dentro de este ridículo disfraz de lobo —dijo Pitt con acritud—. Me ofrecí para participar en esta cacería humana por dos motivos. Primero, tengo cuentas que ajustar con Rondheim y Kelly. Segundo, todavía soy director de proyectos especiales de la NUMA, y como tal mi principal deber consiste en obtener los planos de la sonda

de Fyrie para minerales submarinos. Por eso engañé a Kirsti. Ella sabe dónde están escondidos los planos. Así pues, saber algo de su vida que no tenía que conocer me proporcionó una posibilidad de atraparla y sonsacarle la información.

—Ahora entiendo —asintió Kippmann, mientras se sentaba en el borde de un escritorio y jugueteaba con un cortapapeles—. Está bien. Una vez que detengamos a Kelly y a su grupo, entregaré a Kirsti a usted y al almirante Sandecker para que la interroguen.

—No basta —fue la seca respuesta de Pitt—. Si quiere que siga cooperando con usted como testigo, tendrá que prometerme unos minutos a solas con Rondheim. Y plena y total custodia de Kirsti Fyrie.

—¡Imposible!

—En realidad, no. Es posible que la futura condición física de Rondheim signifique poco para usted.

—Aunque voliera la espalda para que usted pudiera darle un puntapié en los dientes, no podría entregarle a Kirsti Fyrie.

—Podrá —insistió Pitt en tono terminante—. Sobre todo porque no es suya. Si tiene suerte, tal vez pueda acusarla de complicidad. Pero eso podría perjudicar nuestras relaciones con Islandia, cosa que no gustaría demasiado a nuestro Departamento de Estado.

—Está desperdiciando saliva —dijo Kippmann con impaciencia—. Ella será declarada culpable de asesinato junto con los demás.

—No le corresponde a usted declarar culpable a nadie, su trabajo es detener a los sospechosos.

—Usted no lo entiende... —Kippmann movió la cabeza en un gesto de desesperación.

Se interrumpió al abrirse de par en par la puerta. Lazard apareció con el rostro pálido.

—¿Qué pasa, Dan? —preguntó Kippmann mirándolo con curiosidad.

Lazard se enjugó la frente mientras se desplomaba en una silla.

—De Croix y Castillo han modificado de pronto su itinerario. Se han deshecho de su escolta y han desaparecido en alguna parte del parque. Sólo Dios sabe qué puede pasar si no los encontramos a tiempo.

Ceñuda, perpleja, la cara de Kippmann expresó un momento de total desconcierto.

—¡Cristo! —exclamó—. ¿Cómo ha sucedido algo así? ¿Cómo pueden haberlos perdido de vista, cuando la mitad de los agentes federales de la zona custodiaba a ese grupo?

—En este mismo instante hay veinte mil personas en el parque —explicó Lazard pacientemente—. No es difícil que dos de ellos se pierdan. De Croix y Castillo protestaron por el exceso de vigilancia en cuanto entraron por la puerta

principal —añadió encogiéndose de hombros con aire desvalido—. Fueron juntos al servicio y se escabulleron como dos chiquillos por una ventana lateral.

—Pronto —dijo Pitt poniéndose en pie—, ¿tiene usted el itinerario de su gira con las paradas previstas?

Por un momento Lazard lo miró fijamente.

—Sí, tome —dijo finalmente entregándole una hoja de papel fotocopiado—, aquí figuran los espectáculos y atracciones que debían visitar con los correspondientes horarios.

Pitt examinó rápidamente el programa; luego se volvió hacia Kippmann sonriendo.

—Será mejor que me saque al campo, entrenador.

—Mayor, tengo la impresión de estar a punto de ser chantajeado —observó Kippmann descontento.

—Como suele decirse en las manifestaciones estudiantiles: ¿accede usted a nuestras exigencias?

Los hombros encorvados de Kippmann fueron una señal de derrota tan indudable como si hubiera agitado una bandera blanca. Al mirar a Pitt, advirtió en sus ojos una firmeza desconcertante. Entonces asintió con la cabeza.

—Rondheim y la señorita Fyrie son suyos —dijo—. Se alojan en el hotel Disneylandia, justo al otro lado de la calle. Habitaciones contiguas: 605 y 607.

—Tranquícese. Cinco minutos con Rondheim; después se lo doy. A Kirsti Fyrie me la guardo; digamos que es un pequeño obsequio de la agencia de inteligencia a la NUMA.

Kippmann se rindió por completo.

—Usted gana. Y ahora, ¿dónde están De Croix y Castillo?

—Es obvio —dijo Pitt sonriendo a Kippmann y Lazard—. En el sitio más obvio adonde se dirigirían dos hombres que han pasado su niñez cerca del mar español.

—¡Dios, tiene razón! —exclamó Lazard con cierta amargura—. La última parada del programa: « Los Piratas del Caribe ».

Después de las apariciones tan hábilmente maquinadas de la Casa Encantada de Disneylandia, la atracción de los Piratas del Caribe es la más popular de ese parque de diversiones famoso en todo el mundo. Construido en dos niveles subterráneos que ocupan casi ocho mil metros cuadrados, el paseo en bote lleva a los pasajeros, en un trayecto de medio kilómetro, por un laberinto de túneles y vastos recintos decorados con barcos piratas y poblaciones costeras víctimas del pillaje; todo ello aderezado con unos cien maniqués que no sólo parecen reales, sino que también cantan, bailan y saquean.

Pitt fue el último en subir por la rampa de entrada hasta el embarcadero donde los empleados ayudan a los clientes a subir a los botes al iniciarse la excursión de quince minutos. Las cincuenta o sesenta personas que aguardaban

en fila saludaron a Pitt e hicieron sonrientes comentarios acerca de su disfraz mientras él avanzaba detrás de Kippmann y Lazard. Él saludó a su vez a la gente, mientras se preguntaba qué cara pondrían si se quitara de pronto su máscara de lobo y mostrara su rostro vendado. Vio alrededor a unos diez niños que nunca más querían que se les leyera Los tres cerditos al acostarse.

—Pronto, detenga los botes —dijo Lazard asiendo al encargado por el brazo.

El encargado, un joven de unos veinte años, rubio y larguirucho, se quedó inmóvil y mudo sin entender nada. Lazard, a quien evidentemente no le gustaba perder el tiempo con explicaciones, cruzó rápidamente el embarcadero hacia donde estaban los controles, desenganchó la cadena submarina de tracción que tiraba de los botes para realizar las excursiones, ajustó el freno manual y volvió a encararse con el atónito muchacho.

—Dos hombres, dos hombres que iban juntos, ¿subieron a un bote?

El joven, confuso, apenas pudo tartamudear:

—No... no lo sé con certeza, señor. Ha... ha venido mucha gente. No puedo recordarlos a todos...

Interponiéndose, Kippmann mostró al muchacho las fotografías de Castillo y De Croix.

—¿Reconoce a esos hombres?

Los ojos del muchacho se dilataron.

—Sí, señor, ahora recuerdo —dijo frunciendo el entrecejo—. Pero no estaban solos. Otros dos hombres iban con ellos.

—¡Cuatro! —gritó Kippmann haciendo que unas treinta cabezas se volvieran hacia él—. ¿Está seguro?

—Sí, señor —contestó el muchacho moviendo violentamente la cabeza en un gesto de asentimiento—. En un bote caben ocho personas. En los cuatro primeros asientos iban un hombre y una mujer con dos niños. Los individuos de las fotografías ocuparon los asientos de atrás con otros dos hombres.

En ese momento llegó Pitt respirando con dificultad y se aferró a la baranda para reponerse del dolor y el agotamiento.

—¿Uno de ellos era corpulento, calvo y de manos peludas? ¿Y el otro de cara roja, enorme bigote y hombros como los de un mono?

Por un momento el muchacho miró extrañado el disfraz de Pitt.

—Acertó —dijo sonriendo—. Era una pareja extraña, uno bajo, el otro alto, pero de aspecto siniestro.

—Caballeros, creo que perdimos nuestro bote —dijo Pitt volviéndose hacia Kippmann y Lazard. Su voz sonó ahogada bajo la cabeza de lobo de goma.

—¡Por el amor de Dios! —murmuró Kippmann, exasperado—. No podemos quedarnos aquí parados.

—No. Tiene razón —dijo Lazard haciendo una seña al encargado—. Llame al número 309 y diga que Lazard ha localizado a los individuos perdidos en los

Piratas del Caribe. Dígalos que es una situación de extremo peligro; los cazadores están con ellos. —Volvió a encararse con Kippmann y Pitt y añadió—: Nosotros podemos ir por las pasarelas y los telones de fondo para intentar alcanzarlos. Espero que no lleguemos demasiado tarde.

—¿Cuántos botes partieron después del de ellos?—preguntó Pitt al encargado.

—Diez, tal vez doce. Deben estar más o menos a mitad de camino, probablemente en alguna parte entre la aldea incendiada y la batalla con cañones.

—¡Por aquí! —exclamó Lazard antes de desaparecer por una puerta abierta al final del embarcadero con un rótulo donde se leía: « Empleados » .

Mientras se internaban en la oscuridad que cubría los mecanismos de los piratas, oyeron como murmullos las voces de los pasajeros de los botes detenidos en distintos puntos del cavernoso trayecto. Pitt pensó que ni Castillo, ni De Croix, ni los hombres que se proponían asesinarlos podían sospechar gran cosa respecto del retraso; pero carecía de importancia, pues era muy posible que el plan de Kelly y Rondheim ya hubiera sido ejecutado. Resistiendo el dolor de su pecho, siguió la rechoncha silueta de Kippmann que en ese momento pasaba frente a un grupo de cinco piratas que estaban enterrando un cofre con tesoros. Parecían tan reales que era difícil creer que tan sólo fueran maniqués electrónicos. Tan absorto iba admirando aquella fantasía que tropezó con Kippmann, que se había detenido bruscamente.

—Espacio, espacio —protestó éste.

Lazard les indicó que se quedaran donde estaban mientras él avanzaba como un gato por un pasillo estrecho y se asomaba por la barandilla de una galería para trabajadores que pasaba sobre el canal por donde transitaban los botes. Después, con un gesto, les pidió que se acercaran donde estaba él.

—Por una vez tenemos suerte —dijo—. Miren.

Pitt, que aún no había habituado sus ojos a la oscuridad, contempló el increíble espectáculo. Una escena nocturna de loca fantasía en la que una banda de treinta piratas incendiaba y saqueaba lo que parecía ser una reproducción de Port Royal o Panamá. Brotaban llamas de varios edificios, mientras los piratas perseguían a las muchachas que gritaban y corrían tras las ventanas iluminadas desde atrás. De altavoces ocultos surgían resonantes canciones como si violar y saquear no fueran más que una simple diversión.

El canal por donde circulaban los botes pasaba entre los edificios. A la izquierda, los espectadores podían ver dos piratas que se esforzaban vanamente por lograr que una mula tirara de una carreta llena de objetos robados; a la derecha, otros tres bebían sentados en un montón de barriles de vino oscilantes. Pero lo que atrajo la atención de Pitt fue el centro del canal. Allí, en un bote, cerca de un puente, Castillo y De Croix estaban muy divertidos señalando detalles de la maravillosa escena. Parecían dos escolares que se han escapado de

la escuela para ir al cine. Y sentados detrás de los presidentes sudamericanos, como dos estatuas amenazantes, Pitt distinguió a los hombres que dos días antes, en Reykiavik, lo habían sujetado mientras Rondheim lo golpeaba.

Pitt miró la esfera luminosa del reloj Doxa anaranjado de su muñeca. Aún faltaban ochenta minutos para la hora señalada por Kelly. Demasiado pronto, y sin embargo había dos asesinos a sueldo de Rondheim sentados a menos de un metro de sus futuras víctimas. Faltaba un trozo muy grande del rompecabezas. No dudaba que Kelly había dicho la verdad respecto de su plan y de que Rondheim se atendería a él. Pero ¿lo haría? Si Rondheim pensaba apoderarse de Hermit Limited, era lógico suponer que quizá cambiara los planes.

—Este es su territorio, Dan —dijo Kippmann en voz baja al jefe de vigilancia—. ¿Cómo los detenemos?

—Nada de armas de fuego —contestó Lazard—. Debemos evitar que una bala perdida mate a un niño.

—Tal vez sea mejor esperar refuerzos —sugirió Kippmann.

—No podemos hacerlo —dijo Lazard—. Ya hemos tenido los botes detenidos demasiado tiempo. Todos, incluidos los dos personajes que están detrás de Castillo y De Croix, empiezan a ponerse nerviosos.

—En tal caso, tendremos que arriesgarnos —dijo Kippmann, mientras se pasaba un pañuelo por la frente húmeda—. Ponga los botes en marcha de nuevo. Cuando la barca de nuestros amigos empiece a pasar bajo el puente, les atacaremos.

—Está bien —asintió Lazard—. El puente nos dará protección suficiente para acercarnos a cinco metros de distancia. Yo daré la vuelta y saldré por aquella puerta que está bajo el cartel de la bodega. Kippmann, usted, ocúltese detrás de la carreta con la mula.

—¿Necesitan ayuda? —preguntó Pitt.

—Disculpe, mayor —contestó Lazard mirándolo con tranquilidad—. No está en condiciones para luchar. Sin embargo —añadió apretándole el hombro—, podría sernos de gran utilidad.

—Diga usted.

—Si se sitúa en el puente y se mezcla con los piratas con su traje de lobo, podría distraer a esos dos del bote y ayudarnos a Kippmann y a mí a ganar tiempo.

—Siempre será mejor que tratar de cazar a los tres cerditos —murmuró Pitt.

En cuanto Lazard encontró un teléfono interno y ordenó al encargado que pusiera en movimiento los botes del canal en dos minutos, él y Kippmann se dejaron caer en la aldea incendiada y se ocultaron tras las fachadas de los edificios para tomar posiciones.

Después de tropezar con el cuerpo relleno de un pirata, supuestamente desvanecido de tanto beber, Pitt se agachó y, al despojar al maniquí de su

alfanje, le sorprendió comprobar que era una reproducción en acero de uno auténtico. A pesar de tenerlos tan cerca, siguió maravillado por la magnífica caracterización de los piratas mecánicos. Los ojos de cristal, que dominaban los bronceados rostros de cera, miraban certeramente en la dirección apropiada, y las cejas se elevaban al unísono con los labios, mientras las notas de Dieciséis hombres sobre el cofre del muerto retumbaban desde altavoces ocultos dentro de sus cueros de almacén de aluminio.

Pitt se adelantó hasta el centro del puente situado sobre el canal y empezó a cantar en medio de tres alegres bucaneros que estaban sentados con las piernas colgadas sobre el falso parapeto de piedra y marcaban el compás de la canción con sus alfanjes. Pitt con su traje de Lobo Feroz y los bulliciosos piratas eran un extraño espectáculo para los ocupantes del bote, que los señalaban alegremente mientras cantaban la famosa canción marina. Los pequeños, una niña de diez años y un niño de unos siete, según calculó Pitt, no tardaron en reconocer el personaje del cuento de Los tres cerditos y lo saludaron.

Castillo y De Croix también rieron, y luego dijeron algo en español bromeando entre sí; mientras tanto, el asesino alto y calvo y su cómplice, un tipo enorme de hombros anchos, permanecían impassibles, sin alterarse por lo que veían. Pitt pensó que pisaba terreno peligroso, pues un movimiento en falso o el menor error de cálculo en cualquier detalle podían significar la muerte para los hombres, la mujer y los niños que disfrutaban inocentemente del espectáculo.

Entonces vio que el bote se movía.

La proa pasaba bajo sus pies cuando las oscuras siluetas de Kippmann y Lazard salieron de su escondite, se precipitaron por entre las figuras animadas y se dejaron caer en la parte de atrás del bote. La sorpresa fue total. Pero Pitt no pudo advertirlo. Sin alboroto, sin palabras formales de advertencia, introdujo fría y certeramente la hoja de su alfanje en el pecho del pirata que estaba sentado más cerca de él.

Una cosa extraña ocurrió. El pirata dejó caer su alfanje; sus labios se deformaron hasta convertirse en un óvalo silencioso, mientras en sus ojos se reflejaba la sorpresa, sorpresa que dejó paso inmediato a la terrible certeza de su muerte. Entonces los ojos se le quedaron en blanco y cayó de bruces en el canal.

El segundo pirata no reaccionó lo suficientemente rápido y no pudo detener el ataque de Pitt. Cuando se disponía a decir algo, Pitt le clavó el alfanje manchado de sangre en la base del cuello del pirata, en el omóplato izquierdo. El individuo lanzó un grito y, tendiendo el brazo derecho, intentó apartarse rodando, pero se resbaló y cayó de rodillas, desplomándose hacia un lado como si se desinflara, mientras le brotaba sangre de la boca entreabierta.

Pitt tuvo el fugaz atisbo de un resplandor metálico a la luz de las fingidas llamas, y una leve inclinación instintiva de su cabeza le salvó la vida cuando el alfanje del tercer pirata atravesó el sombrero de copa de su disfraz de lobo. Pitt

había confiado demasiado en su suerte. Había sorprendido a dos hombres de Rondheim antes de que éstos supieran qué pasaba, pero el tercero había tenido tiempo suficiente para contrarrestar el ataque de Pitt, que en esos momentos estaba tratando de recobrar el equilibrio.

Resguardándose a ciegas de las feroces arremetidas, trastabillando bajo la furia del ataque de su enemigo, Pitt se arrojó de lado y por encima de la barandilla a las frescas aguas del canal. En el momento mismo de zambullirse, Pitt había oído silbar la hoja del pirata al cortar el aire en el sitio donde se hallaba su cuerpo un instante atrás. Y entonces sintió una brusca sacudida, cuando su hombro chocó contra el fondo del canal, que era poco profundo. El dolor le invadió, y todo pareció disolverse y detenerse alrededor.

«Jo, jo, jo, dieciséis hombres y el cofre de un muerto...». «Dios mío — pensó Pitt en medio de su confusión—, ¿por qué esos canallas mecánicos no cantan otra cosa?». Como si fuera un especialista, exploró cuidadosamente su cuerpo magullado: las partes que le dolían, la posición de sus brazos y cuerpo en el agua donde se reflejaban las llamas. Tenía la sensación de que las costillas le explotaban dentro del pecho, con un fuego que se extendía espalda y los hombros. Trepó al embarcadero y se incorporó tambaleante. Para mantenerse erguido, tuvo que usar el alfanje como bastón, y se sorprendió al comprobar que aún sujetaba el mango con la mano derecha.

Se apoyó en una rodilla esforzándose por recobrar el aliento, esperando a que su respiración fuera más tranquila, y escudriñó el escenario tratando desesperadamente de penetrar la oscuridad más allá de la llameante media luz. El puente estaba desierto; el tercer pirata había desaparecido y el bote se perdía de vista en una curva rumbo a la segunda galería. Se volvió en la dirección opuesta en el momento preciso en que otra barca se acercaba por el canal. Contemplaba todo aquello sin ser consciente de ello. Su única preocupación era que un asesino disfrazado como uno de los piratas andaba cerca. Se sintió impotente; todos los maniqués le parecían iguales, y lo ocurrido en el puente había sucedido con tal rapidez que no había logrado percibir detalle alguno del traje de su agresor.

Casi frenéticamente, trató de planear el paso siguiente. Ya no tenía posibilidad de sorprender a nadie: su atacante sabía qué aspecto tenía, mientras a él le era imposible distinguir un pirata verdadero de uno falso. Además, había perdido la oportunidad de actuar primero. En el instante mismo en que estos pensamientos pasaban por su mente, Pitt supo que debía hacer algo.

Un segundo más tarde cruzaba el muelle, medio corriendo, medio tropezando, con una exclamación ahogada a cada paso cuando las olas de dolor recorrían cada tendón de su cuerpo. A través de una negra cortina, irrumpió en el escenario contiguo. En él había un enorme recinto abovedado iluminado para una escena nocturna.

En la pared de enfrente había una reproducción de un barco corsario con su tripulación de muñecos y la bandera con la calavera y las tibias ondeando con la brisa de un ventilador eléctrico oculto. Desde el navío se lanzaban cañonazos simulados desde una réplica de cañón que pasaban por encima de las cabezas de los ocupantes del bote de excursión y se dirigían a una fortaleza en miniatura situada en lo alto de una dentada montaña, justo en el lado opuesto del cavernoso recinto.

Estaba demasiado oscuro para distinguir algún detalle en el bote. Pitt, que no pudo detectar movimiento alguno en la popa, se sintió seguro de que Kippmann y Lazard tuvieran todo controlado; es decir, todo aquello que estaba a su alcance. Cuando sus ojos pudieron penetrar la densa oscuridad de la noche artificial que se extendía entre el barco y la fortaleza, vio a los ocupantes del bote acurrucados en los lados del casco. Se hallaba en medio de la rampa de mantenimiento que conducía a la cubierta de la nave corsaria, cuando comprendió por qué estaban así al oír un extraño sonido: el chasquido silencioso de un arma de fuego con silenciador.

Y entonces, de pronto, se encontró detrás un individuo que vestido de pirata apuntaba con un arma a la pequeña embarcación. Pitt lo miró con curiosidad, con lejano interés. Luego levantó el alfanje y con el lado chato de la hoja golpeó al pirata en la muñeca.

El arma voló por encima de la barandilla y cayó al agua. El pirata se volvió hacia él. El cabello blanco asomaba por debajo del pañuelo escarlata que le cubría la cabeza; sus fríos ojos grises azulados relampagueaban de ira y frustración; unas líneas hondamente marcadas le rodeaban la boca.

—Parece que soy su prisionero —dijo con voz dura y metálica, mientras miraba con curiosidad la figura cómica que con tanta serenidad había eliminado a dos de sus camaradas.

Pitt no se dejó engañar ni un instante. Esas palabras eran un pretexto, una cortina destinada a disimular el fulminante movimiento que sin duda se produciría. El hombre al que se enfrentaba era peligroso y se estaba jugando demasiado. Pero Pitt tenía algo más que un arma afilada; una nueva fuerza le recorría el cuerpo como una ola de marea en ascenso.

—¡Ah! ¿De modo que es usted, Oskar? —dijo sonriendo, e hizo una pausa significativa que aprovechó para observar a Rondheim como un felino.

Sin dejar de amenazar al verdugo en jefe de Hermit Limited con la punta de su alfanje, Pitt se quitó la cabeza de lobo de goma. La expresión de Rondheim siguió siendo dura, insondable, pero sus ojos delataban su desconcierto. Pitt dejó caer la máscara y se preparó para el momento que había estado esperando, aunque nunca llegó a creer que sobreviniera. Se quitó lentamente los vendajes, aumentando así el suspense, dejando que las gasas cayeran al suelo en pequeños montones. Cuando terminó, miró fijamente a Rondheim y dio un paso atrás. Este

comenzó a mover los labios para preguntar, y una expresión perpleja cubrió sus rasgos.

—¿Así que no recuerda mi cara, Oskar? —dijo Pitt con voz queda—. No le culpo; la dejó destrozada.

Rondheim clavó la mirada en los ojos hinchados, los labios magullados y abotagados, las suturas de los pómulos y las cejas.

—¡Pitt! —susurró sorprendido.

Este asintió con la cabeza.

—No es posible —exclamó Rondheim con voz ahogada.

—Pido disculpas por estropearle el día —dijo Pitt con una sonrisa—, pero esto prueba que no se puede confiar siempre en un ordenador.

—¿Y los demás? —preguntó Rondheim mirando escrutadoramente a Pitt.

—Todos, excepto una sola persona, sobrevivieron. Ahora están curándose los huesos rotos que usted les rompió con tanta generosidad —contestó, mientras, más allá de los hombros de Rondheim, veía que el bote penetraba sin contratiempos en la galería siguiente.

—En tal caso, volvemos a enfrentarnos usted y yo, mayor. En condiciones más favorables para usted que las que tuvo en mi gimnasio. Pero no espere demasiado. Un marica no puede estar nunca a la altura de un hombre —dijo apretando los labios en una sonrisa.

—De acuerdo —contestó Pitt, y lanzó el alfanje al agua por encima de la cabeza de Rondheim. Luego bajó la vista y se miró las manos: tendrían que bastarle. Hizo varias inspiraciones profundas, se mesó el cabello mojado, se frotó las manos con fuerza en los lados de su vestimenta y luego flexionó por última vez los dedos. Estaba preparado.

—Lo engañé, Oskar. Nuestro primer combate fue desigual. Usted contaba desde el principio con la superioridad numérica, los planes y la iniciativa. ¿Qué tal se siente solo, Oskar, sin sus ayudantes a sueldo para sostener a sus víctimas? ¿Qué tal se siente en un terreno extraño? Todavía tiene tiempo para escapar. Nada se interpone entre usted y la posibilidad de escapar, sólo yo. Pero ése es el problema, Oskar... Tendrá que pasar por encima de mí.

Rondheim mostró los dientes.

—No necesito a nadie para acabar con usted, Pitt. Lo único que lamento es no tener tiempo para hacer más larga esta lección de dolor.

—Bueno, Oskar, basta ya de idioteces psicológicas —dijo Pitt con calma.

Sabía con exactitud lo que iba a hacer. Aún estaba débil y muerto de cansancio, pero no importaba. Las figuras invisibles de Lillie, Sam Kelly, Hunnewell y todos los demás se alzaban a su lado infundiéndole una fuerza que solo nunca podría haber tenido.

Rondheim, sonriendo enigmáticamente, se agazapó en una posición de kárate. La sonrisa no duró. Pitt se lanzó contra él y le asestó un cross de derecha, un

puñetazo perfectamente calculado con el que le golpeó la cabeza y lo hizo trastabillar hasta el mástil principal del barco.

En su fuero interno, Pitt sabía que tenía pocas posibilidades de vencer a Rondheim en una pelea prolongada, que sólo podría contener a su enemigo durante algunos minutos, pero había planeado y calculado el momento de la sorpresa, la única ventaja con que contaba antes de que los golpes de kárate empezaran a lloverle de nuevo sobre la cara. La ventaja... era pequeña.

Rondheim era increíblemente fuerte; se recobró de inmediato del golpe. Se apartó de un salto del mástil y lanzó un puntapié a la cabeza de Pitt, errando apenas por dos centímetros cuando éste esquivó con soltura. El error de cálculo le costó caro. Pitt atacó con una serie de golpes inversos con el puño izquierdo, y otro corto y duro con la derecha que hizo caer a Rondheim de rodillas en la cubierta, cubriéndose con una mano la nariz rota y sangrante.

—Ha mejorado —susurró el criminal con la sangre chorreándole.

—Ya le dije que lo había engañado —contestó Pitt, que aguardaba al acecho, tenso en una posición de boxeo que tenía mucho que ver con el judo, esperando el siguiente movimiento de Rondheim—. En realidad, soy tan afeminado como Carzo Butera.

Al oír su verdadero nombre, Rondheim creyó ver que los dedos de la muerte se tendían para tocarlo, pero mantuvo su voz férreamente dominada. Su cara era una máscara inexpressiva.

—Parece que lo subestimé, mayor —comentó.

—Fue fácil despistarlo, Oskar, ¿o debo llamarlo por el nombre que figura en su certificado de nacimiento? No importa, usted ya perdió la partida.

Barbotando con labios manchados de sangre una ristra de insultos, con el rostro rígido por el odio, Rondheim arremetió contra Pitt. No había dado un segundo paso, cuando éste tomando impulso desde abajo, propinó a Rondheim un golpe en los dientes tan sólido como el de un martillo neumático. Pitt había concentrado en ese golpe toda su fuerza poniendo en juego su hombro y su cuerpo con tal ímpetu que sintió en las costillas un dolor torturante, y en ese momento tuvo la certeza de que nunca podría reunir de nuevo las fuerzas necesarias para repetir el intento.

Hubo un ruido líquido y sordo, mezclado con un crujido apagado. Los dientes de Rondheim se hundieron en sus labios, mientras la muñeca de Pitt chasqueaba. Durante dos o tres segundos, Rondheim pareció enderezarse y guardar el equilibrio como un cuadro detenido en un proyector cinematográfico; después, muy lentamente, se desplomó como un árbol en cubierta y quedó inerte.

Pitt se irguió jadeando entre los dientes apretados, con la mano derecha colgando flácida a lo largo del cuerpo. Al levantar la vista, vio las lucecitas que relampagueaban desde el falso cañón de la fortaleza, y entonces advirtió que el siguiente bote atravesaba el recinto. Cuando pestañeó para ver con más claridad,

el sudor le entró en los ojos. Había algo que debía hacer. Al principio la idea le repugnó, pero se sobrepuso, pues sabía que no había otra alternativa.

Pasó por encima de las piernas estiradas y abiertas de Rondheim, se agachó y le colocó un brazo entre la cubierta y la base de la barandilla. Después le levantó un pie y lo bajó con fuerza sobre el brazo, sintiendo el crujido interior al romperse el hueso pocos centímetros por debajo del codo. Rondheim se movió torpemente y lanzó un gemido.

—Esto es por Jerome Lillie —dijo Pitt con amargura.

Repitió el proceso con el otro brazo de Rondheim, y advirtió con satisfacción que los ojos de su víctima se habían abierto y miraban el vacío. Tenía las pupilas dilatadas, vidriosas por el dolor.

—Anote esto por Tidi Royal...

Moviéndose automáticamente, Pitt dio la vuelta al cuerpo de Rondheim y, como antes los brazos, apoyó sus piernas entre la cubierta y la barandilla. La parte pensante y emocional de la mente de Pitt ya no pertenecía a su cerebro. Flotaba fuera de su cavidad craneal manteniendo únicamente el contacto suficiente para tirar de las cuerdas que hacían moverse las manos y los pies. Dentro de ese recipiente magullado, lastimado y, en algunos sitios, dislocado, la maquinaria funcionaba silenciosa y suavemente. Se olvidó por el momento de su agotamiento y su dolor hasta que lograra el pleno dominio de su mente. Después saltó sobre la pierna izquierda de Rondheim.

—Esto es por Sam Kelly...

El grito de Rondheim se ahogó en su garganta. La mirada vidriosa de sus ojos grises azulados se clavó en los de Pitt.

—Máteme —susurró—. ¿Por qué no me mata?

—Aunque viviera mil años —contestó Pitt ceñudo—, jamás podría compensar todo el dolor y la desdicha que ha causado. Quiero que sepa qué se siente cuando te rompen los huesos, que conozca la impotencia de presenciar esa tortura sin poder hacer nada. Debería romperle la espina dorsal como hizo usted con Lillie; para que se pudriera en vida en una silla de ruedas. Pero eso sería pura ilusión, Oskar. Tal vez su juicio dure algunas semanas, meses incluso, pero cualquier jurado lo condenará a muerte. No; si lo matara, le haría un favor, y no quiero. Esto es por Willi Hunnewell...

No había sonrisa en el rostro de Pitt, ni resplandor de anhelo en sus profundos ojos verdes. Saltó por cuarta y última vez, y el ronco y horrible grito de dolor resonó sobre las cubiertas del barco, repercutió en la cámara, y luego se apagó y se extinguió lentamente.

Con una sensación de vacío, casi de tristeza, Pitt se sentó en la tapa de una escotilla, contemplando el quebrado cuerpo de Rondheim. No era un bonito espectáculo. Había desahogado su furia interior, y ahora, agotado, esperaba a que sus pulmones y su corazón recobraran el ritmo normal.

Seguía sentado en el mismo lugar cuando llegaron corriendo Kippmann y Lazard, seguidos de un pequeño ejército de agentes de vigilancia. No dijeron nada. No había nada que pudieran decir, no, por unos segundos, tras los cuales comprendieron lo que había ocurrido.

Finalmente Kippmann rompió el silencio.

—Ha sido bastante duro con él, ¿no le parece?

—Es Rondheim —contestó Pitt con vaguedad.

—¿Rondheim? ¿Está seguro?

—Pocas veces olvido una cara —contestó Pitt—. En especial la cara de un hombre que casi acaba conmigo a patadas.

Lazard se volvió para mirarlo.

—¿Qué fue lo que dije en cuanto a que usted no se hallaba en condiciones para luchar? —dijo sonriendo.

—Lamento no haber podido alcanzar a Rondheim antes de que disparara con su silenciador —dijo Pitt—. ¿Hirió a alguien?

—Rozó a Castillo en el brazo —contestó Lazard—. Después de que dominamos a esos dos payasos del asiento de popa, me volví hacia atrás y vi que usted estaba haciendo de Errol Flynn en el puente. Entonces comprendí que aún no estábamos fuera de peligro, me arrojé sobre la familia del asiento delantero y los obligué a tenderse en el suelo del bote.

—Mientras tanto yo traté de hacer lo mismo con nuestros visitantes de Latinoamérica —dijo Kippmann con una sonrisa, mientras se frotaba un chichón que tenía en la frente—. Se creyeron que estaba loco y me hicieron pasar un mal rato al principio.

—¿Qué pasará con Kelly y con Hermit Limited? —inquirió Pitt.

—Arrestaremos al señor Kelly y a sus adinerados socios internacionales, por supuesto, pero es casi imposible lograr la condena de hombres tan importantes como ellos. Me imagino que sus gobiernos los castigarán imponiéndoles fuertes sanciones económicas, con ellas la armada seguramente podría construir un nuevo portaaviones.

—No es un precio muy alto después del dolor que han causado —dijo Pitt con tristeza.

—De todos modos, es un precio —murmuró Kippmann.

—Sí... sí, lo es. Gracias a Dios que hemos logrado detenerlos.

Kippmann señaló a Pitt con la cabeza.

—Queremos darle las gracias, mayor Pitt, por haber denunciado la existencia de la Hermit Limited.

Lazard sonrió de pronto.

—Por mi parte, quiero ser el primero en expresar mi gratitud por el valor que ha demostrado tener en el puente. Kippmann y yo no estaríamos aquí ahora si usted no hubiera intervenido en ese momento. —Después puso una mano sobre el

hombre de Pitt y añadió—: Dígame una cosa, siento curiosidad...

—¿Respecto de qué?

—¿Cómo supo que aquellos piratas del puente eran de carne y hueso?

—Como alguien dijo una vez —contestó Pitt alegremente—, allí estábamos, sentados en el puente, cara a cara... y podría jurar que los vi pestañear.

Era un placentero anochecer del sur de California. La niebla se había despejado y una fresca brisa del oeste arrastraba el olor fuerte y limpio del océano Pacífico por el jardín central del hotel Disneylandia, calmando el dolor de las heridas de Pitt y tranquilizando su espíritu para la tarea que tenía por delante. Se detuvo en silencio, a la espera de que el ascensor con paredes de vidrio bajara por el exterior del edificio.

El ascensor zumbó, se detuvo y las puertas se abrieron deslizándose. Rascándose una imaginaria picazón en el ojo, Pitt bajó la cabeza para esconder la cara, cuando dos jóvenes, un hombre y una mujer cogidos del brazo, riendo alegremente pasaron por su lado sin advertir las contusiones de su cara o el brazo enyesado y sostenido por un cabestrillo negro.

Entró y oprimió el botón número seis. Mientras el ascensor se elevaba con rapidez, se volvió para mirar por las ventanas el horizonte del distrito de Orange. Inspiró profundamente y exhaló con lentitud, mientras observaba la centelleante alfombra de luces que se extendía y ensanchaba hacia el oscuro horizonte a medida que el ascensor iba tomando altura. El titular de las luces en el aire cristalino le recordó una caja de joyas.

Hacia ya dos horas que el médico del parque de diversiones le había curado la muñeca. Después Pitt se había bañado y afeitado, y había comido su primer alimento sólido desde su partida de Reykjavik. El médico insistió mucho en que debía ir a un hospital, pero Pitt no le hizo caso.

—Es usted un tonto —había dicho el médico con severidad—. Usted es un muerto andante. Hace horas que debería haberse dado por vencido y haber caído derrumbado. Si no se acuesta pronto en una cama de hospital, va a sufrir un infarto.

—Gracias —se había limitado a contestar Pitt—. Le agradezco su preocupación, pero aún falta representar un último acto. Dos horas, nada más, y después entregaré a la ciencia médica lo que queda de mi cuerpo.

El ascensor desaceleró y se detuvo; se abrió la puerta, y Pitt se detuvo sobre la blanda alfombra roja del vestíbulo del sexto piso. Se paró bruscamente para no chocar con tres hombres que esperaban el ascensor para bajar. Supuso que dos de ellos eran agentes de Kippmann. En cuanto al tercero, el que iba en el medio,

con la cabeza agachada, no cabían dudas: era F. James Kelly.

Pitt se quedó inmóvil bloqueándoles el paso. Kelly levantó lentamente la cabeza y clavó en Pitt una mirada vacía, sin reconocerlo. Por último, éste rompió el intranquilo silencio.

—Casi lamento que su grandioso plan haya fracasado, Kelly. En teoría, era glorioso. Pero imposible de ejecutar.

Los ojos de Kelly se dilataron gradual y lentamente, mientras el color desaparecía de su rostro.

—Dios mío... ¿es usted, mayor Pitt? Pero no... usted...

—¿Creía que había muerto? —terminó Pitt, como si eso ya no importara mucho a nadie, salvo a él mismo.

—Oskar juró que lo mataría.

—Pude irme pronto de la fiesta —contestó Pitt con frialdad.

Kelly movió la cabeza en un gesto afirmativo.

—Ahora entiendo por qué fracasó mi plan. Según parece, mayor, el destino le asignó el papel de Némesis vengadora.

—Sólo fue cuestión de estar donde no debía en el momento que no debía.

Kelly, con una tenue sonrisa, miró a los dos agentes e hizo un movimiento de cabeza. Los tres entraron en el ascensor.

Pitt, que se hizo a un lado, dijo súbitamente:

—Sam le dejó un mensaje.

Kelly tardó unos segundos en recobrase.

—¿Sam está...?

—Sam murió en la estepa —contestó Pitt—. Casi al final, quiso que usted supiera que lo perdonaba.

—¡Oh, Dios...! ¡Oh, Dios! —gimió Kelly cubriéndose los ojos con las manos.

Durante muchos años Pitt llevó consigo la imagen del rostro de Kelly en el momento de cerrarse la puerta del ascensor. Las arrugas de congoja, los ojos opacos, sin vida, la piel cenicienta. Era la cara de un hombre que parecía estar asfixiándose.

La puerta 605 estaba cerrada. Movié el picaporte de la habitación 607: se abrió. En silencio entró y cerró la puerta despacio. La pieza estaba fresca y oscura. El olor a colillas viejas de cigarro invadió sus fosas nasales antes de entrar. Ese olor era cuanto le hacía falta para saber que era la habitación de Rondheim.

La luz de la luna se filtraba a través de las cortinas, arrojando largas sombras uniformes, mientras él inspeccionaba el dormitorio. Las ropas y el equipaje de Rondheim estaban intactos. Kippmann había cumplido su palabra. Sus agentes habían tenido cuidado de no alarmar a Kirsti Fyrie, ni proporcionarle la menor advertencia sobre el destino de Rondheim o la súbita caída de Hermit Limited.

Se movió hacia un rayo de luz amarilla que asomaba por la puerta

entreabierta que comunicaba con la habitación contigua. Entró pisando despacio, sin ruido, como un animal nocturno que se dispone a saltar. Aquel lugar difícilmente podía llamarse una habitación; habría sido más exacto describirlo como un lujoso apartamento. Había un salón, una sala de estar con un bar bien provisto, un cuarto de baño y un dormitorio con una gran puerta corredera de vidrio que daba a un pequeño balcón.

Todas las habitaciones estaban vacías, salvo el cuarto de baño; oyó el ruido de agua y supuso que Kirsti se hallaba en la ducha. Pitt se acercó al bar, se sirvió un whisky escocés con hielo y se acomodó en un largo y cómodo sofá. Veinte minutos después, cuando ya se había tomado dos whiskys, Kirsti salió del cuarto de baño. Lucía un kimono de seda verde, atado a la cintura. El cabello dorado flotaba alrededor de su cabeza como un halo del color del sol. Se la veía increíblemente bella y encantadora.

Cruzó el dormitorio, entró en la sala de estar, y se estaba preparando una copa cuando vio la imagen de Pitt reflejada en el espejo de detrás del bar. Entonces quedó paralizada, muy pálida, con una expresión de incertidumbre en el rostro.

—Supongo —dijo Pitt con voz queda— que lo más adecuado que puede decir un caballero cuando una bella mujer sale de su baño es: ¡Mirad, Venus surge de las olas!

Ella se volvió hacia él. La expresión de incertidumbre fue lentamente reemplazada por otra de curiosidad.

—¿Lo conozco?

—Nos hemos encontrado en otra ocasión.

Sin decir palabra, apoyándose en el borde del mostrador, ella lo escrutó con la mirada.

—¡Dirk! —susurró con suavidad—. Eres tú. De veras eres tú. Gracias a Dios que aún estás vivo...

—Tu preocupación por mi bienestar llega un poco tarde.

Se miraron fijamente.

—Elsa Koch, Bonnie Parker y Lucrecia Borgia, a todas ellas podrías haber dado lecciones de cómo matar amigos e influir en enemigos —continuó él.

—Me vi obligada a hacer lo que hice —contestó la mujer con voz débil—, pero te juro que no he matado a nadie. Oskar me arrastró al torbellino en contra de mi voluntad. Nunca imaginé que su asociación con Kelly llevaría a tantos hombres a la muerte.

—Dices que no mataste a nadie.

—Así es.

—Mientes.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella lanzándole una extraña mirada.

—¡Mataste a Kristjan Fyrie!

Entonces ella lo miró como si lo creyera loco. Le temblaban los labios, y sus ojos, sus bellos ojos violeta, estaban ensombrecidos de miedo.

—No puedes hablar en serio —exclamó—. Kristjan murió en el Lax; murió quemado.

«Ha llegado el momento —se dijo Pitt— de zanjar la cuenta, hacer balance y contar la puntuación final». Se inclinó hacia ella.

—Kristjan Fyrie no murió quemado en un barco en medio del Atlántico Norte, murió en Veracruz bajo el escarpelo de un cirujano en una mesa de operaciones.

Mientras dejaba que ella pesara sus palabras, Pitt tomó dos o tres sorbos de whisky y encendió un cigarrillo. Las palabras no fueron fáciles para él. La miró sin hablar.

Kirsti se había quedado con la boca abierta. Trató de reaccionar y buscó, atontada, algo que decir. Estaba a punto de estallar en lágrimas. Por fin bajó la cabeza y se cubrió el rostro con las manos.

—Lo sé de buena fuente —continuó Pitt—. La operación se realizó en el hospital Sau de Sol, y el cirujano fue el doctor Jesús Ibarra.

—Entonces, lo sabes todo...

—Casi. Aún me quedan algunos cabos sueltos.

—¿Por qué me atormentas con rodeos? ¿Por qué no me dices lo que sabes?

—¿Que diga qué? —dijo Pitt con calma—. ¿Que en realidad eres Kristjan Fyrie? ¿Que nunca hubo una hermana? ¿Que Kristjan murió en el momento exacto en que tú naciste? —Movi6 la cabeza—. ¿De qué serviría? Como Kristjan, no quisiste aceptar el sexo que tu cuerpo te había dado, de modo que decidiste someterte a una operación para cambiarlo y te convertiste en Kirsti. Viniste al mundo como transexual. Tus genes te traicionaron. No estabas satisfecha con la suerte que te asignó la naturaleza, y por eso decidiste modificarla. ¿Qué más hay?

Ella salió de detrás del mostrador y se apoyó en la superficie acolchada de cuero.

—Tú nunca podrás saberlo, Dirk. Nunca podrás saber lo que es llevar una existencia frustrada y complicada que te obliga a actuar como un aventurero fuerte y viril mientras por dentro eres una mujer que anhela quedar libre.

—De modo que escapaste de tu caparazón —dijo Pitt—. Fuiste a México en busca de un cirujano especializado en operaciones de cambio de sexo. Recibiste inyecciones de hormonas y te sometiste a una implantación de silicona en los pechos. Después tomaste el sol en una playa de Veracruz, mientras se te cicatrizaban las heridas. Más tarde, en el momento adecuado, apareciste en Islandia, afirmando ser tu hermana, ausente durante mucho tiempo, que volvía de Nueva Guinea. Has sido muy vanidosa al pensar que podías salirte con la tuya —continuó Pitt—. En mi corta vida he conocido a algunos individuos muy astutos,

pero ¡por Dios!, Kirsti o Kristjan, o quien seas, tú debes ser la persona más sagaz que jamás ha existido. Los engañaste a todos. Burlaste al almirante Sandecker, convenciéndolo de que ibas a entregar la sonda submarina a nuestro gobierno. Hiciste que mil hombres, con sus barcos y aviones, emprendieran una búsqueda inútil, para encontrar un barco que nunca desapareció. Sedujiste al doctor Hunnewell, un viejo amigo, para que identificara un cadáver carbonizado como el tuyo. Usaste a los colaboradores de Fyrie Limited... que murieron ejecutando tus órdenes. Usaste a Rondheim. Usaste a Kelly. Y hasta trataste de usarme a mí con la esperanza de que eliminara a Oskar. Lástima que la burbuja tuviera que reventar. El primer paso en todos los fraudes es engañarse a uno mismo, y en esto has tenido un éxito extraordinario.

Kirsti, que se había acercado lentamente a una bolsa de viaje que había sobre una mesa, sacó de ella un pequeño Colt 25 automático, y apuntó al pecho de Pitt.

—Tus acusaciones no son tan ordenadas como crees —declaró—. Buscas a tientas, Dirk; buscas a tientas en la oscuridad, como un ciego.

Después de mirar el arma, Pitt se volvió despreocupadamente.

—¿Qué tal si me lo explicas?

Ella miró a Pitt indecisa, pero siguió sosteniendo el arma con la firmeza de una estatua.

—Tenía la intención de entregar la sonda submarina a tu país. Mi plan inicial era poner a mis científicos y técnicos a bordo del Lax y enviarlos a Washington para las ceremonias de presentación. Entonces, en el viaje a través del Atlántico Norte, Kristjan Fyrie debía caer por la borda y desaparecer.

—Entretanto, tú habías ido a operarte a México.

—Sí —respondió Kirsti con suavidad—. Pero algo inesperado, una coincidencia imprevista, significó el fin de la nueva vida que yo había planeado tan minuciosamente. El doctor Jesús Ibarra era miembro de Hermit Limited.

—De modo que te delató informando a Rondheim.

Kirsti asintió con la cabeza.

—Desde ese momento fui la esclava de Oskar. Me amenazó con denunciar al mundo mi transformación si no entregaba mis recursos financieros a él y a Kelly. No tenía otra alternativa. Si se hubiera divulgado mi secreto, el escándalo habría significado el fin de la Fyrie Limited y destrozado la economía de mi país.

—¿Por qué la mascarada del Lax?

—Oskar y Kelly no tenían intención de entregar la sonda submarina. Por eso fraguaron una historia falsa acerca de la desaparición del Lax. Debes admitir que era una situación perfecta. Todos creyeron que la sonda submarina se había perdido en el fondo del mar.

—Al igual que Kristjan Fyrie.

—Sí, la historia también sirvió para mis fines.

—Eso no explica la alteración de la estructura del Lax —insistió Pitt—. ¿Por

qué no se sacó la sonda del Lax y se instaló en otro barco?

Por primera vez ella sonrió.

—La sonda submarina es muy complicada. Un barco debe ser literalmente diseñado para poder transportarla. Retirarla del Lax y reinstalarla en un pesquero cualquiera habría llevado meses. Mientras todos lo buscaban, el Lax era secretamente transformado en una ensenada de la costa oriental de Groenlandia.

—¿Y el doctor Hunnewell? ¿Qué tenía que ver en todo eso?

—Colaboraba conmigo en la sonda.

—Lo sé, pero ¿por qué tú? ¿Por qué no trabajaba con alguien de su país?

Ella estudió su rostro por un largo rato.

—Yo pagaba las investigaciones y la preparación sin condiciones. Las corporaciones tecnológicas de Estados Unidos querían asegurarse los servicios del doctor Hunnewell y todos sus resultados experimentales, pero él odiaba hacer algo que apestase a beneficio comercial.

—No obstante, se asoció con Kelly y con Hermit Limited.

—Cuando el Lax estaba inspeccionando el fondo del mar, cerca de Groenlandia, la sonda tuvo una avería. El doctor Hunnewell era el único que tenía conocimientos técnicos suficientes para llevar a cabo una reparación rápida. Kelly lo llevó en avión desde California. Ese F. James Kelly es muy persuasivo... Convenció al doctor Hunnewell de que ingresara en Hermit Limited para salvar al mundo. El doctor no pudo rehusar su oferta. Siempre fue lo que ustedes, los norteamericanos, llaman un alma buena. —Una expresión dolorida pasó por el rostro de Kirsti—. Llegó a lamentar su decisión, y eso le costó la vida.

—Eso explica el incendio en el barco —dijo Pitt pensativo—. Ustedes subestimaron al doctor Hunnewell, que no se dejó embaucar por Kelly y descubrió todo el sucio plan. No le gustó lo que vio en el Lax: los secuaces de Rondheim manteniendo prisioneros a los científicos. Es posible incluso que éstos le revelaran los hechos referentes a la muerte del doctor Matajic y su ayudante. Hunnewell supo entonces que debía hacer algo para detener a Kelly, y por eso preparó la sonda de modo que se autodestruyera cuando él ya estuviera en el aire, de regreso a Estados Unidos. Sólo que cometió un error. Algo que ni siquiera él comprendía respecto de los elementos relativos del celtinio hizo que éste se incendiara, destruyendo no sólo la sonda, sino también todo el barco y su tripulación. Yo estaba junto a él cuando volvió a pisar el Lax, y vi su expresión aturrida cuando se dio cuenta de lo que había hecho.

—Fue culpa mía —murmuró Kirsti con voz temblorosa—. Yo soy la única culpable. Nunca debí revelar el nombre del doctor Hunnewell a Oskar y a Kelly.

—Kelly dedujo lo sucedido y ordenó a Rondheim que silenciara a Hunnewell.

—Era mi más viejo amigo —gimió suavemente Kirsti—. Y yo firmé su condena a muerte.

—¿Estaba enterado de tu operación de cambio de sexo?

—No; Oskar le dijo simplemente que me encontraba en un hospital, recobrándome de una enfermedad.

—Era mejor amigo tuyo de lo que supones —dijo Pitt—. Identificó falsamente como tuyo uno de los cadáveres del Lax. Lo hizo para que Kristjan Fyrie supiera que no quedaría implicado cuando él acudiera a las autoridades y denunciara los hechos que acusaban a Hermit Limited. Lamentablemente, el mal triunfó sobre el bien; Rondheim llegó antes hasta él. —Pitt suspiró y movió tristemente la cabeza; luego añadió—: Entonces entra Dirk Pitt por la izquierda del escenario.

Kirsti se estremeció visiblemente.

—Por eso insistí en conocerte. Debía expresarte mi gratitud por haber intentado salvar a Hunnewell. Aún estoy en deuda contigo.

Pitt se pasó el vaso frío por la frente.

—Demasiado tarde, ahora da lo mismo —dijo con voz fatigada.

—Para mí, no. Por eso te salvé de que Oskar te despedazara. —Su voz comenzó a temblar—. Pero no... no puedo salvarte por segunda vez. Debo salvarme yo, Dirk. Lo lamento. Por favor, no te muevas, no me obligues a apretar el gatillo. Tienes que esperar a que llegue Oskar.

Pitt volvió a mover la cabeza.

—No esperes a que Oskar llegue a rescatarte. En este momento, tu ex amo yace inconsciente y casi completamente enyesado en una cama de hospital. Rodeado, debo agregar, por una bandada de agentes del servicio de inteligencia. Tal vez tengan que llevarlo al patíbulo en silla de ruedas, pero sea como sea será colgado.

—¿Qué quieres decir? —dijo sujetando el arma en la mano temblorosa.

—Que todo ha terminado. Eres libre. Hermit Limited y su equipo directivo se han hundido.

Aunque parezca extraño, Kirsti no acusó a Pitt de estar loco.

—Quiero creerte, pero ¿cómo?

—Coge el auricular del teléfono y llama a Kelly, Marks, Von Hummel, o a tu amigo Rondheim. O mejor aún, inspecciona todas las habitaciones del sexto piso.

—Y ¿qué esperas que encuentre?

—Nada, absolutamente nada. Han sido arrestados todos —dijo Pitt, mientras vaciaba el vaso y lo dejaba encima de la mesa—. Sólo quedamos tú y yo, por cortesía de la Agencia Nacional de Contraespionaje. Tú eres mi recompensa, un regalo por los servicios prestados. Te guste o no, tu alma ha pasado de Rondheim a mí.

Kirsti sintió que la habitación oscilaba alrededor de ella al comprender que Pitt decía la verdad. Se había extrañado de que Rondheim no se comunicara con ella, de que Kelly no la hubiera visitado como había prometido, de que no

hubiera sonado el teléfono, ni hubieran llamado a la puerta durante casi dos horas. Cuando recobró el equilibrio, aceptó con rapidez lo sucedido.

—Pero... ¿y yo? ¿Seré arrestada también?

—No; el servicio de inteligencia conoce tu nueva situación, y dedujeron que Rondheim te estaba chantajeando. Pensaron detenerte como cómplice, pero yo les convencí de lo contrario.

El arma fue suavemente depositada sobre la mesita. Se hizo un incómodo silencio.

—Debe haber un precio, siempre hay un precio —dijo Kirsti clavando su mirada en Pitt.

—Es barato, teniendo en cuenta tus pasados errores... errores que no podrás subsanar jamás, ni siquiera con tu fortuna. Pero puedes pasar la página e iniciar una nueva vida sin intromisiones externas. Lo único que quiero es tu garantía de una cercana y continua cooperación entre Fyrie Limited y la NUMA.

—¿Y qué más?

—La memoria de los ordenadores de Kelly contiene datos suficientes para construir una nueva sonda submarina. Hablo en nombre del almirante Sandecker cuando te digo que le gustaría que tú dirigieras ese proyecto.

—¿Eso es todo? ¿Nada más? —preguntó ella con incredulidad.

—Ya te dije que era barato.

Ella lo miró con franqueza.

—Mañana, la semana que viene, el año próximo, ¿cómo puedo saber que no decidirás elevar las tasas de intereses?

La mirada de Pitt se tornó fría, y su voz como de hielo.

—No soy como tus otros socios. Nunca me gustó el asesinato en masa ni la extorsión. Tu secreto está a salvo en mis manos, y más aún en las de la Agencia Nacional de Contraespionaje. Ellos se ocuparán de que ningún periodista se acerque a quince metros de Rondheim, Kelly e Ibarra.

Ella vaciló.

—Lo siento, lo siento de veras. ¿Qué más puedo decir?

Sin contestar, Pitt se limitó a mirarla.

Ella se volvió y contempló por la ventana el parque de atracciones. Los torresones del castillo mágico brillaban como una tarta de cumpleaños. Las familias ya se habían ido y se veían jóvenes parejas paseando por los senderos y calles del parque cogidos de las manos respirando la artificial atmósfera romántica.

—Y tú, ¿qué harás ahora? —preguntó ella.

—Después de unas breves vacaciones, volveré al cuartel general de la NUMA en Washington y me pondré a trabajar en una nueva misión.

Ella se volvió para mirarlo.

—¿Y si te pido que vengas conmigo a Islandia y te conviertas en miembro de

mi equipo directivo?

—No soy el tipo adecuado para un trabajo de dirección.

—Debe haber algún otro modo de mostrarte mi gratitud —insistió acercándose a Pitt y deteniéndose frente a él. Una sonrisa curvó sus labios; los ojos de gacela se suavizaron, y en su frente asomaron leves gotas de sudor—. Todo será como tú pidas —añadió lentamente, mientras con los dedos tocaba con suavidad su rostro desfigurado—. Mañana veré al almirante Sandecker y le confirmaré nuestra colaboración... —Vaciló y se apartó de él—. Sin embargo, debo extraer una pequeña recompensa a cambio.

—¿Cuál es?

Ella se desató el cinturón y con un movimiento de hombros arrojó el kimono al suelo. Su desnudez recordaba la tranquila belleza clásica. Bajo la luz de la lámpara, parecía una figura bronceada por el sol, moldeada con la exacta suavidad del raso por las pacientes manos de un gran escultor. Los labios llenos, redondeados, estaban entreabiertos por la excitación y la impaciencia. Los suaves ojos violeta eran sugerentes. Su cara y su cuerpo eran magníficos: un monumento perfectamente construido por un milagro de la ciencia médica.

—La verdad —dijo con voz ronca— es que nunca creí que fueras afeminado como aparentabas.

—Ellos se reconocen unos a otros.

Ella palideció antes de responder:

—Yo me he convertido en alguien muy diferente.

—Tú te has convertido en una bruja fría, astuta, calculadora...

—¡No!

—Kristjan Fyrie era un hombre cálido, sincero, que amaba a la humanidad. Tu cambio no fue sólo físico, sino también emocional. Para ti, la gente sólo sirve para usarla, para desecharla cuando su utilidad termina. Eres fría y estás enferma.

Ella negó con la cabeza.

—¡No... no! He cambiado. Pero no soy fría... no soy fría. —Le tendió los brazos—. Deja que te lo demuestre.

Inmóviles en medio de la habitación se enfrentaron en silencio. Y entonces ella vio la expresión que se formaba en el rostro de Pitt, y dejó caer lentamente sus brazos a lo largo del cuerpo. Parecía aturdida; sus ojos exóticos expresaban consternación. Miró a Pitt a la cara con una extraña intensidad paralizadora. Sus facciones encerraban una fría amenaza. Las magulladuras moradas, la carne hinchada, los cortes; todo conformaba una espantosa y repulsiva máscara. Sus ojos ya no veían la belleza de Kirsti. Sólo podían ver las cenizas imposibles de identificar de unos pobres hombres. Veía a Hunnewell muriéndose en una desolada playa. Recordó el rostro del capitán del hidroplano antes de desaparecer entre las llamas, y el dolor de Lillie, Tidi y Sam Kelly. Y supo que Kirsti Fyrie

era parcialmente responsable del sufrimiento de todos ellos y de la muerte de algunos.

Kirsti palideció y dio un paso atrás.

—Dirk, ¿qué ocurre? —exclamó.

—¡Dios te proteja! —dijo él.

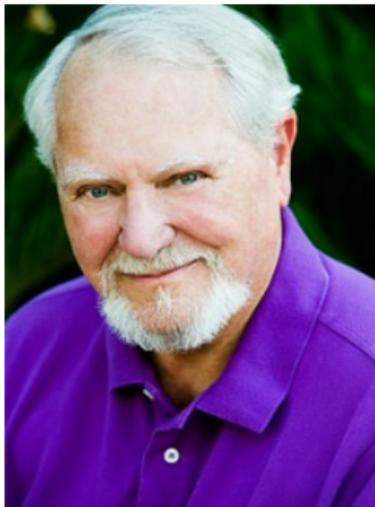
Luego se dirigió hacia la puerta y la abrió. Los primeros pasos hacia el ascensor fueron los más difíciles. Después se hizo más fácil. Cuando salió del vestíbulo del hotel caminó hasta el borde de la acera y detuvo un taxi; había recobrado su antigua compostura, tranquila y confiada.

El conductor abrió la portezuela y bajó la banderilla.

—¿Adonde, señor?

Pitt guardó silencio un momento. Y entonces, de pronto, supo adonde tenía que ir. No había otra alternativa. Él era quien era.

—Al hotel Newporter. Y a una pelirroja compasiva... espero.



CLIVE CUSSLER. Nació en Illinois en 1931, pero creció en Alhambra, California, donde era el típico chico que se perdía en clase para soñar que estaba navegando bajo bandera pirata, o junto al almirante Nelson. Dejó la Universidad cuando empezó la guerra de Corea para alistarse en las fuerzas aéreas, donde sirvió como mecánico de aviones e ingeniero de vuelo, en una base de Hawai, y aprovechó su tiempo libre para aprender a bucear junto a sus amigos, uno de los cuales fue la fuente del mejor amigo de su personaje estrella, el italoamericano Al Giordino. El propio autor recuerda que en esta época, principios de los años 50, no se sabía casi nada sobre el submarinismo, que no se respetaban los tiempos de descompresión, y que se jugó la vida más de una vez. Pero llegó a amar el mar con toda su alma, un amor que no le ha abandonado, y que fue clave en su vida.

Después de dejar el ejército, se dedicó a la publicidad, y llegó a ser director creativo de dos de las agencias más importantes de Estados Unidos. Durante este tiempo, también se dedicó a escribir y producir anuncios de radio y televisión, que le hicieron ganar varios premios, incluido uno del festival de Cannes.

Sin embargo, llegó un momento en el que se dio cuenta que lo que él realmente quería era escribir novelas de submarinismo. Apoyado por su mujer, Barbara, dejó su trabajo en la multinacional para sacarse el título de buceador profesional, y se puso a trabajar en una tienda de artículos de submarinismo, al tiempo que daba cursos a aficionados. Los tiempos libres los aprovechaba en la trastienda, escribiendo en una máquina de escribir portátil artículos submarinos para

revistas. En 1973 publicó la que sería la primera novela de Dirk Pitt, *The Mediterranean Caper* (*Peligro en el mediterráneo*). Fue con su tercera novela, *Raise the Titanic* (*Rescaten el Titanic*) con la que alcanzó la fama, y pudo dedicarse a su mayor afición: rescatar barcos hundidos.

Cussler invirtió los beneficios de su libro para empezar a buscar, siempre apoyado por su mujer Barbara, y sus tres hijos, Teri, Dirk y Dana, barcos sumergidos. El primero que buscó fue el barco de John Paul Jones, uno de los héroes de la historia marítima, pero a pesar de que no logró encontrarlo, la experiencia le permitió aprender mucho sobre la búsqueda de barcos hundidos. Hasta la fecha, Cussler ha encontrado más de 60 barcos, entre ellos: El *Hunley*, un submarino confederado conocido por ser el primero en hundir un barco, el *Housatonic*. El *U-20*, el submarino alemán que hundió el famoso *Lusitania*; el barco de la república de Texas *Zavala*, encontrado bajo un parking en Galveston; y los restos del *Carpathia*, el barco que rescató a los supervivientes del *Titanic*. Todos estos descubrimientos los ha logrado con su ONG, la *NUMA*, que se llama así porque es la organización para la que trabaja su personaje, Dirk Pitt. (Él se negó a que se llamase así, pero el resto de socios votaron por unanimidad).

Con su libro, «*The Sea Hunters*» . («*Exploradores del mar*»), publicado en 1996, acerca de sus trabajos como arqueólogo marino, logró que se conocieran gran parte de sus actividades enrolado en su ONG, la *NUMA*. También logró un hecho histórico: la Facultad de Ciencias del mar de la Universidad Estatal de Nueva York aceptó su libro como una tesis doctoral, y le otorgó el título de Doctor. Fue la primera vez en los 123 años de historia de la universidad que se concedió tal privilegio.

Además, Cussler es miembro de «El club de exploradores de Nueva York», la «Royal Geographic Society» de Londres, y la «American Society of Oceanographers». También destaca por su pasión por los automóviles antiguos, y posee una colección de más de 85 vehículos fabricados antes de los años 50, y restaurados a la perfección.

Cussler también tiene la tradición, desde su décima novela, «*Dragon*», de aparecer en sus propias novelas, en ocasiones como simples cameos, y en otros casos como salvador de los protagonistas y fundamental para su desenlace. El autor confiesa que todo empezó con una broma, y que estaba seguro de que su editor lo retiraría antes de publicar el libro, pero no fue así, y ya se ha convertido en una tradición, a pesar de que los personajes nunca recuerdan a Cussler de un libro a otro.

## Notas

[1] Agencia Nacional de Investigaciones Marinas. (N. del T). <<